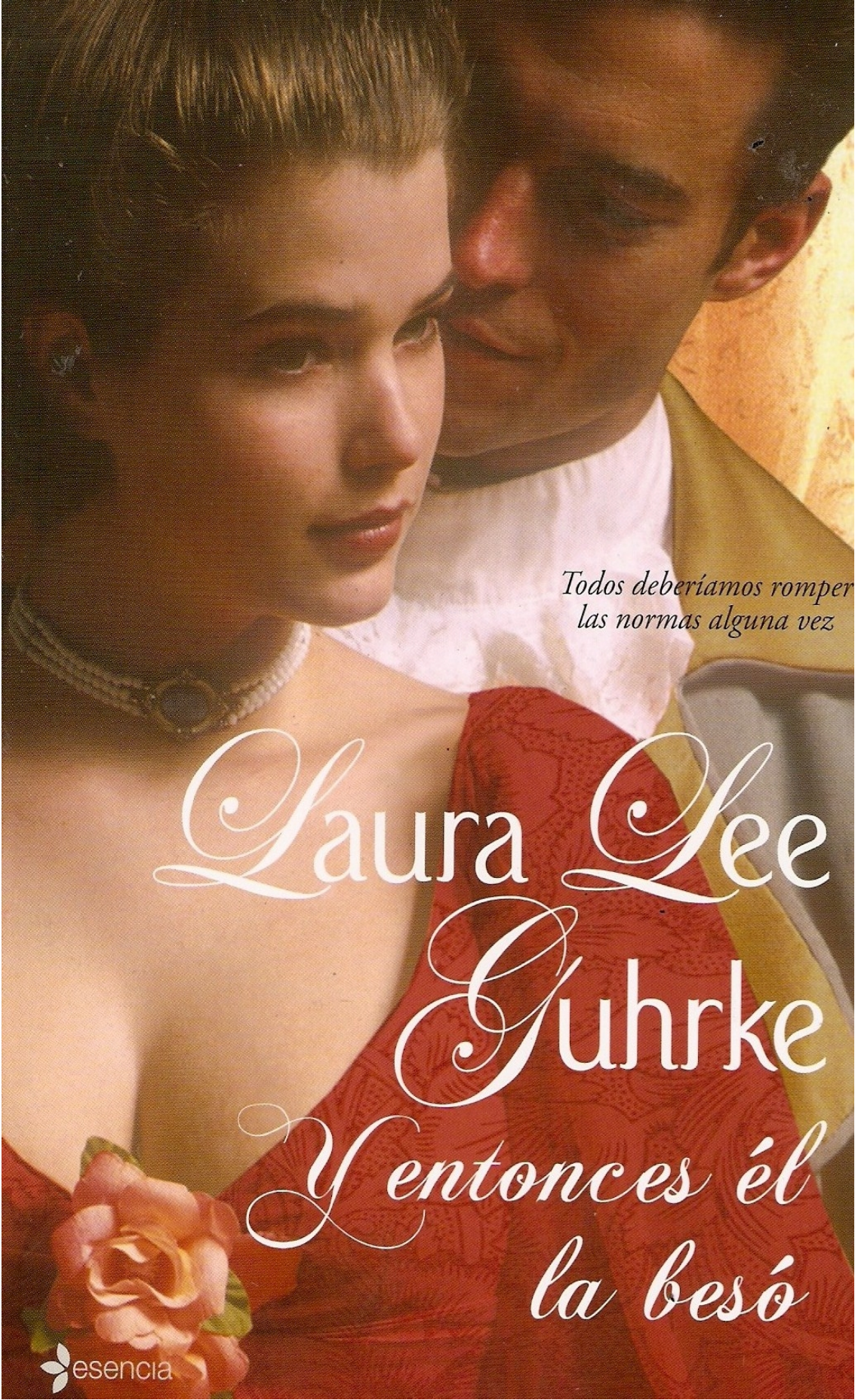




*Todos deberíamos romper
las normas alguna vez*

Laura Lee
Guhrke
*Y entonces él
la besó*

Laura Lee Guhrke

Y entonces él la besó

And Then He Kissed Her

1° Girl Bachelor

Para mis críticas compañeras Rachel Gibsonj Candis Terry.

Sin vuestro ánimo y vuestro apoyo, nunca

habría podido escribir este libro.

Os estoy mucho más agradecida de lo que nunca

podré llegar a expresar. Gracias

Argumento

Emmaline Dove siempre ha soñado con difundir sus conocimientos sobre etiqueta por todo Londres. Por eso, desde que comenzó a trabajar como secretaria para el editor más importante de la ciudad, el vizconde de Marlowe, ha intentado que éste publique sus artículos. Cuando Emma descubre que Marlowe jamás ha leído ni una sola línea de sus escritos, decide renunciar a su puesto en la editorial sin previo aviso.

Con su marcha, no sólo deja el negocio de Harry Marlowe sumido en el caos más absoluto, sino que también pone en entredicho la reputación del vizconde. Emma se merece una lección, y Harry está dispuesto a dársela. Sin embargo, un solo beso de ella le desveía el fuego que arde tras la aparente frialdad de su secretaria.

¿Logrará Harry que Emma se salte las normas por una vez?

Capítulo 1

Trabajar para un hombre atractivo es como recorrer un camino lleno de obstáculos. A todas las señoritas solteras que se hallen en tal situación, les recomiendo un firme carácter, un corazón inquebrantable, y pañuelos, muchos pañuelos.

Señora BARTLEBY
Consejos para señoritas, 1893

—¿Por qué? —exclamó entre sollozos esa exótica mujer de melena negra, ataviada con un traje seda naranja—. ¿Por qué me hace esto?

La señorita Emmaline Dove no se atrevió a responder a esa pregunta. Práctica como siempre, se ahorró saliva y buscó otro pañuelo. Se lo dio a la mujer que estaba frente a su escritorio sin decirle ni una palabra.

Juliette Bordeaux, la ahora ex amante del hombre para el que trabajaba Emma, el vizconde Marlowe, cogió el cuadrado de tela que ella le ofrecía.

—Hemos pasado seis maravillosos meses juntos y, cuando ha llegado el lacayo que me traía la cajita, me he puesto muy contenta. Pero cuando he leído la carta que acompañaba el regalo, la carta en la que da por terminado nuestro *amour*. *Mon Dieu!* Cree que con joyas podrá curar la herida que ha infligido a mi corazón. ¡Es de lo más cruel! —Agachó la cabeza y siguió llorando teatralmente—. ¡Oh, Harry!

Emma se removió incómoda en su silla y miró de reojo el reloj que tenía sobre el escritorio. Las seis y media. Lord Marlowe estaba a punto de volver, y ella quería hablarle de su nuevo manuscrito antes de que se fuera a la fiesta de cumpleaños de su hermana.

Estaba segura de que pasaría por la oficina antes de la celebración. El regalo que ella había comprado para lady Phoebe en su nombre seguía allí, envuelto y esperándolo. A no ser que el vizconde se hubiera olvidado por completo de la fiesta, cosa que era más que probable, lord Marlowe tenía que pasar a recoger el regalo antes de irse a casa.

Ésa sería su mejor oportunidad para hablar con él, pues terminada la celebración su jefe se iría a pasar una semana a su finca de Berkshire. Dado que no tenía ninguna reunión a la vista, y tampoco ningún compromiso al que acudir, y con su familia en la ciudad, lord Marlowe se tomaría un buen descanso en Marlowe Park. Emma confiaba en que la tranquilidad del campo lo relajase y lo pusiera en mejor, predisposición para leer su obra, a diferencia de lo que había sucedido hasta entonces. Al menos, valía la pena intentarlo.

Deslizó la mirada de la máquina de escribir que descansaba encima de su viejo escritorio hasta las páginas de su manuscrito que se amontonaban a su lado. Sólo faltaban ocho días para su cumpleaños, y qué buen regalo sería que Marlowe se decidiera al fin a publicar su libro.

De repente, una vaga inquietud se apoderó de ella, algo tan distinto al delicioso sentimiento de anticipación que sentía hasta entonces, que se asustó. Era difícil de describir, pero era tan desagradable que la dejó preocupada.

Trató de quitarle importancia. Tal vez lo único que pasaba era que temía otra negativa. Al fin y al cabo, lord Marlowe había rechazado ya sus cuatro anteriores manuscritos. Él creía que los libros de etiqueta no eran rentables, pero ella sabía que eso se debía a que la mayor parte de ellos ofrecían consejos pasados de moda, nada acordes con los tiempos modernos. En vista de ello, Emma se había esforzado mucho por recoger las nuevas tendencias y crear una obra única y contemporánea. Si pudiera explicarle a Marlowe por qué su nuevo libro podía atraer al público actual, tal vez estaría más predispuesto a publicarlo, en especial si podía leerlo sin que lo molestaran, en la tranquilidad del campo.

El problema era que la señorita Bordeaux no parecía tener intención de irse. Emma estudió a la mujer pensando en cómo podía echarla con educación. Si ella seguía allí cuando lord Marlowe llegara, seguro que tendrían una discusión, y la conversación que ella pensaba mantener con su jefe sería ya imposible, con lo que perdería una oportunidad de oro.

Seguro que muchos pensarían que era fría e insensible por no sentir ninguna compasión por la desdeñada amante. Pero no era así. En los cinco años que llevaba como secretaria del vizconde, había visto ir y venir a multitud de amantes, y había llegado a saber muy bien que el amor no desempeñaba ningún papel en aquellas relaciones. La señorita Bordeaux era una bailarina de music hall, y aceptaba dinero a cambio de favores sexuales. Era evidente que el amor no tenía nada que ver con semejante acuerdo.

Pero tal vez, pensó Emma, no estaba siendo justa con ella. Lord Marlowe causaba una honda impresión en muchas integrantes del sexo femenino. Parte de su encanto se debía, sin duda, a que era una rara avis entre la nobleza británica: tenía título y dinero. Pero era mucho más que eso. Cada vez que Harrison Robert Marlowe entraba en una habitación en la que hubiese mujeres, daba lugar a una serie de suspiros y halagos, y retoque de cabellos.

Emma descansó el codo en la mesa y apoyó la barbilla en la mano, y, mientras la señorita Bordeaux seguía llorando con dramático fervor, analizó al vizconde con objetividad.

Era atractivo. Había que estar ciega para no darse cuenta. Tenía los ojos de un extraordinario azul profundo, que destacaban aún más gracias a su pelo castaño oscuro. Estaba muy bien proporcionado, era alto y de hombros anchos. Además tenía sentido del humor, y una especie de encanto infantil, potenciado por una devastadora sonrisa.

Ahora, Emma podía pensar en esa sonrisa sin que se le acelerara el pulso, pero no siempre había sido inmune a ella. Había habido una época, justo al principio de empezar a trabajar para él, en que sólo con mirar sus labios, un agradable escalofrío le recorría la espalda. En aquel entonces, incluso se había retocado el pelo en más de una ocasión y había suspirado un par de veces. Pero no tardó en darse cuenta de que nada bueno podía salir de semejantes ilusiones. Además de su diferente categoría social, lord Marlowe era un libertino, y en sus relaciones con las mujeres buscaba una única cosa. Como secretaria suya que era, Emma sabía que lo que el vizconde hiciera o dejara de hacer no era asunto suyo, pero como mujer virtuosa, hacía ya mucho tiempo que había descartado toda idea romántica respecto a él.

Cualquiera con dos dedos de frente opinaría lo mismo. El vizconde Marlowe se había divorciado de su esposa tras adulterio y abandono por parte de ella. Fue un proceso muy sonado, que duró cinco años y que escandalizó a toda la alta sociedad. La familia del vizconde seguía pagando las consecuencias. Bien fuera por la infidelidad de su esposa o porque ya pensara así antes, lord Marlowe no ocultaba la mala opinión que le merecía la institución del matrimonio, y todo aquel que leyera la revista semanal *Guía para solteros* podía comprobarlo. En sus columnas de

opinión, lord Marlowe equiparaba claramente el matrimonio a la esclavitud, y sostenía que el primero era sólo una versión más moderna de la segunda.

Teniendo en cuenta su comportamiento y sus cínicas opiniones, las mujeres deberían alejarse de él, pero ante el total asombro e incomprensión de la práctica Emma, sucedía todo lo contrario. El juramento que el vizconde había hecho de no volver a casarse jamás sólo le proporcionaba más atractivo, y la gran mayoría del sexo femenino se lo tomaba como un reto irresistible. Mujeres de todas las clases sociales soñaban con atrapar su corazón. Emma sin embargo era demasiado sensata como para incluirse entre ellas. Los seductores nunca la habían atraído.

Se quedó mirando a la mujer que seguía llorando sentada frente a ella y pensó en la tentadora sonrisa de lord Marlowe. No todas las mujeres tenían sentido común. Tal vez la bailarina había sido lo bastante ingenua como para enamorarse del vizconde y confiar en que él hiciera lo mismo. Tal vez estaba apenada de verdad por su abandono. Emma no tenía experiencia en asuntos del corazón, el único episodio que había vivido tuvo lugar diez años atrás, y aún podía recordar lo doloroso que había sido el desengaño.

Abrió un cajón del escritorio y sacó una cajita a rayas blancas y rosa.

—Seguro que todo esto tiene que ser muy difícil para usted —dijo levantando la tapa—. ¿Le apetece un bombón? A mí me confortan mucho cuando estoy desanimada.

La mujer no pareció apreciar su ofrecimiento. Levantó la cabeza y miró la cajita con desdén.

—Yo no como chocolate —contestó, y se secó las mejillas con el pañuelo—. Estropean la figura. —Hizo una pausa y la miró de a cabeza a los pies—. Pero usted sí debería comer alguno más, *chérie*, le hace falta un poco de «relleno». Aunque supongo que le la igual —añadió de golpe—. Una solterona no se preocupa por esas cosas, *n'est-ce pas*?

Emma se puso tensa. «Solterona.» Eso había sido cruel.

La extraña sensación de antes regresó, pero esta vez con más fuerza, y entonces lo comprendió: su cumpleaños se estaba acercando.

Apartó la caja de bombones y trató de tomárselo con filosofía. Cumplir los treinta no tenía importancia. Era sólo un número, algo sobre lo que no podía hacer nada. De acuerdo, «treinta» sonaba ya a muchos años... pero sólo era uno más. No tenía por qué alterarse tanto.

Y en lo que se refería a su figura, no tenía nada que ver con su soltería. Dirigió una resentida mirada al generoso y abundante busto de la señorita Bordeaux y trató de recordarse a sí misma que no le importaba lo que opinara una bailarina de cancan.

—Supongo que usted es la señorita Dove —prosiguió la francesa—. Su secretaria.

El tono en que fueron pronunciadas esas palabras puso a Emma en guardia, y se preparó para algún otro comentario más ofensivo.

—Sí, soy la señorita Dove.

La bailarina se rió, pero ella pudo notar la maldad subyacente en esa risa.

—Típico de Marlowe, tener a una mujer como secretaria. Es tan propio de él... Dígame, ¿le paga un piso o una casa?

Emma se puso furiosa. No era la primera vez que alguien insinuaba algo así. Trabajaba para un hombre en un oficio que solían desempeñar hombres, y la reputación de su jefe con las mujeres era más que conocida. Pero eso no significaba que tuviera que soportar malévolos comentarios sobre su virtud.

—Se equivoca. A mí no me...

—No importa. —La señorita Bordeaux movió la mano quitando importancia al asunto—. Ahora que la he visto, comprendo que no representa ninguna amenaza para mí. A Marlowe no le gustan las mujeres planas.

Emma se mordió la lengua. Quería decirle lo que pensaba, pero sabía que no serviría para nada. Además, siempre cabía la posibilidad de que la bailarina y lord Marlowe se reconciliaran, y no podía correr el riesgo de perder su trabajo, por muchas ganas que tuviera de poner a aquella arpía en su lugar. De modo que, como había hecho muchas otras veces a lo largo de su vida, no dijo nada.

Muy a su pesar, tenía que reconocer que estaba más enfadada porque la hubiese llamado vieja y plana que por haber insinuado que era una mantenida.

—No —continuó la señorita Bordeaux, sacando a Emma de su ensimismamiento—, Marlowe no me deja por usted. —Se inclinó hacia adelante, entrecerrando sus ojos negros—. ¿Quién es ella?

Haciendo un esfuerzo para no inventarse una amante imaginaria con poco pecho, Emma respondió:

—Eso es asunto del vizconde, no mío.

—No importa, ya lo averiguaré. —La señorita Bordeaux dejó el pañuelo a un lado, y la expresión que se dibujó en su rostro la hizo parecer mayor, unos diez años como mínimo, pensó Emma. Y ella no era de las que criticaban.

—Señorita Dove —dijo entonces la bailarina—, dado que usted es la secretaria de lord Marlowe, quiero que le dé un mensaje de mi parte. —Abrió el bolso y sacó un collar de topacios amarillos y diamantes montados en oro—. Dígle que su patético regalo es un insulto, y que no pienso aceptarlo. —Tiró la joya encima del escritorio como si le diera asco—. ¡Una baratija como ésta no basta para consolarme!

La semana anterior, Emma se la había pasado prácticamente de compras, algo nada raro teniendo en cuenta lo pésimo que era Marlowe comprando regalos y recordando fechas, de modo que esa tarea siempre recaía en ella. La señorita Dove no sólo se había encargado de buscar el regalo de cumpleaños de lady Phoebe, sino que también había elegido el collar que tanto ofendía a la señorita Bordeaux.

No le molestaba desempeñar esa tarea para la familia del vizconde, pero sí le parecía de muy mal gusto tener que hacerlo para las muchas y variadas amantes que éste había tenido. Estaba convencida de que no era apropiado. Si tía Lydia viviera se hubiera escandalizado, pues ella siempre esperaba que el comportamiento de su sobrina fuera intachable. Pero a pesar de todo, a Emma le molestó el comentario de la bailarina. Se había esmerado mucho en ese regalo, y había pasado casi una hora en la joyería de la calle Bond; aunque para ser sincera consigo misma, gran parte de esa hora se la había pasado mirando embobada unas esmeraldas y soñando con cosas imposibles.

Cuando eligió el collar, lo hizo convencida; era caro, pero no en exceso, al fin y al cabo era un regalo de despedida. También era lo bastante grande y llamativo como para que la gente pudiera verlo en la ópera con unos binóculos y, por último, era fácil de vender en caso de que la mujer tuviera que hacerlo. Emma consideró importante este último aspecto, pues suponía que el oficio de cortesana era bastante precario.

Al parecer, la señorita Bordeaux no opinaba igual.

—¡Topacios! —exclamó—. ¿Acaso no valgo más para él? Este collar es una chuchería, una bagatela, ¡nada!

Con aquella bagatela, Emma habría podido sobrevivir doce años, pero era obvio que la bailarina no debía de ser tan austera en sus gastos.

—Trata a Juliette como si fuera un par de botas viejas, ¿y cree que mandándome un collar de topacios con un mensajero me apaciguará? ¡Non! —La señorita Bordeaux se puso de pie. Con la respiración entrecortada y en los ojos lágrimas de furia, se inclinó hacia el escritorio—. ¡Este patético regalo no significa nada para mí!

La representación dejó a Emma impasible.

—Le daré su mensaje al vizconde —dijo sin inmutarse—, y le diré que ha devuelto el regalo.

Pensando que la incómoda escena había llegado a su fin, adelantó la mano para coger el collar, pero la señorita Bordeaux fue más rápida, y lo atrapó antes de que los dedos de Emma lo rozaran siquiera.

—¿Devolverlo? ¡Non! Ni lo piense. ¿Acaso he dicho yo eso? ¿Cómo puedo devolver un regalo, por pequeño que sea, del hombre al que amo? ¿El que ha sido mi compañero durante este tiempo? ¿El hombre al que le he dado todo mi cariño? —Apretó la joya contra su pecho—. Aunque me haya roto el corazón, yo sigo queriéndolo, pero no tengo elección, no me queda más que aceptar mi sino y sufrir.

Emma deseó con todas sus fuerzas que la bailarina se fuera a sufrir a otra parte, pero en vez de eso, la mujer volvió a sentarse y reanudó el llanto.

—Me ha abandonado —gimió—. No me quiere. Estoy sola. Como usted.

El resentimiento estalló en el interior de Emma, pero no hacia la señorita Bordeaux, sino hacia lord Marlowe, por haberla puesto en aquella situación. Una secretaria, incluso aunque fuera una mujer, no tenía por qué soportar los numeritos de las amantes de su jefe.

Se esforzó por recordar que el vizconde le pagaba un más que generoso sueldo, idéntico al que le habría pagado a un hombre. Era mucho más de lo que Emma había esperado, y más teniendo en cuenta su sexo. Debería sentirse agradecida, pero en esos momentos no era eso lo que sentía. Estaba furiosa.

Pero ¿qué le estaba pasando ese día? Estaba resentida con lord Marlowe por tener horribles amantes, con el mundo porque no podía permitirse comprar aquellas esmeraldas, irritada por el hecho de que, aunque se comiera todo el chocolate del mundo, sus pechos no aumentarían de tamaño, furiosa con el destino por no ser ya joven y por no haber sido nunca bella. Todo eso era absurdo.

«A los treinta no se es vieja.»

Dada su situación, podía considerarse muy afortunada. En aquella época de moral tan estricta, una mujer sola tenía muy pocas salidas. A diferencia del trabajo de las chicas pobres, empleadas como esclavas en las fábricas de cerillas o en tiendas, su profesión suponía todo un reto, y a menudo le permitía poner a prueba su ingenio y desarrollar su talento. Pero lo más importante era que ella quería ser escritora, y trabajar para un editor aumentaba mucho las probabilidades de que llegara a conseguirlo.

Tal como diría su personaje, la señora Bartleby, una mujer educada soporta todo lo que la vida le trae, y lo hace con elegancia.

Suspiró resignada y le dio a la señorita Bordeaux otro pañuelo.

Harry llegaba tarde. Cosa rara, y no porque él fuera especialmente puntual. De hecho, era de sobra conocido que se trataba del hombre más despistado del mundo, y que solían olvidársele las fechas y las citas con facilidad, pero también era sabido que tenía a la secretaria más eficiente de todo Londres. En general, la señorita Dove controlaba el horario de Harry como si fuera el del ferrocarril británico, pero ese día las cosas no iban según lo previsto.

Y no era culpa de la joven. Harry se había encontrado con el conde de Barringer al salir de Lloyd's, y había aprovechado para sacar de nuevo el tema de la compra de la revista de éste, el *Social Gazette*. Marlowe sabía que el conde estaba pasando por un momento delicado, y que necesitaba dinero. Pero Barringer era reticente a vender, porque consideraba que su publicación era muy superior a las de menor categoría de Harry, y también que él estaba muy por encima del otro hombre. Barringer se había opuesto al proceso de divorcio de Harry en la Cámara, y había pronunciado interminables discursos sobre la santidad del matrimonio.

A pesar del evidente antagonismo entre ellos, ambos hicieron gala de educación, y se pasaron la tarde discutiendo las condiciones de una posible compra, aunque al final no llegaron a ningún acuerdo.

A Harry le encantaba hacer negocios y ganar dinero. El mundo de las finanzas era como un juego para él, divertido y emocionante, y mucho más gratificante que su título nobiliario y sus propiedades, que en la actualidad no significaban nada para un noble. El reto de convencer a Barringer de que le vendiera el *Gazette* por menos de las exorbitantes cien mil libras que exigía lo había distraído de otros menesteres. Si el conde no hubiera dado por terminada la reunión diciendo que aquella noche tenía que ir a la ópera, tal vez Harry se hubiera olvidado del cumpleaños de Phoebe, lo que le habría supuesto un gran problema.

Saltó del carruaje antes de que se detuviera del todo frente a las puertas de las oficinas de Marlowe Publishing, Limited.

—Espere aquí —le dijo al conductor, corriendo ya hacia la entrada del edificio.

Buscó la llave en su bolsillo, abrió y entró. Se apresuró hacia la escalera más cercana, y gracias a que conocía de sobra el camino pudo hacerlo a oscuras y subir los peldaños de dos en dos.

Al llegar arriba, pudo ver que las lámparas de gas de su despacho seguían encendidas y oyó el rápido repiqueteo de una máquina de escribir.

La señorita Dove seguía allí, algo que a Harry no lo sorprendió lo más mínimo. Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que su secretaria no tenía vida fuera del trabajo.

La joven dejó de trabajar y levantó la vista cuando lo oyó entrar. Cualquier otro empleado se habría sorprendido de verlo aparecer por allí a aquellas horas, pero al parecer, a ella nada conseguía alterarla. Ni siquiera arqueó una ceja.

—Milord —le saludó al levantarse.

—Señorita Dove —respondió él al entrar—. ¿Han llegado ya los contratos de compra del *Halliday Paper*?

—No, señor.

Dado que esperaba una respuesta afirmativa, Harry se detuvo junto al escritorio de su secretaria.

—¿Por qué no?

—He llamado a los abogados del señor Hallyday, Ledbetter & Ghent, para preguntárselo. Al parecer ha habido una confusión.

—¿Una confusión? —Levantó una ceja—. ¿Se ha equivocado usted en algo, señorita Dove? Quién lo hubiese dicho.

Ella lo miró ofendida.

—No, señor.

Debería haberlo sabido y ahorrarse las palabras. La señorita Dove jamás se equivocaba.

—Por supuesto que no. Disculpe. ¿Qué ha pasado?

—El señor Ledbetter no ha querido decírmelo, pero me ha asegurado que los contratos llegarán dentro de una semana. Los repasaré durante ese fin de semana para asegurarme de que no hay ningún error, y así usted podrá firmarlos el lunes siguiente. Ese día tiene que asistir con su familia a la fiesta del conde de Rathbourne, pero podría pasarse antes por aquí. ¿Quiere que se lo anote en la agenda, milord?

Y, diciéndolo, tendió la palma de la mano hacia arriba. Harry sacó la libretita de piel de su bolsillo y se la entregó. Ella le anotó la cita y se lo devolvió.

—Cuando haya firmado los contratos —continuó la joven—, un recadero de Ledbetter & Ghent puede venir a buscarlos, y así usted llegará al Adelphi a tiempo de ver cómo bautizan el nuevo yate de lord Rathbourne. —Cogió unos papeles—. Aquí tiene sus mensajes.

—Es usted la eficiencia personificada, señorita Dove —murmuró al coger los papeles.

—Gracias, señor. —Respiró hondo y señaló la pila que había junto a su máquina de escribir—. Tengo un nuevo manuscrito. Si tiene un segundo...

—Me temo que no —contestó, aliviado de tener una excusa. Se encaminó hacia su despacho, repasando los recados por el camino—. Tengo que ir a la ópera y, como habrá visto, ya llego tarde. Mi abuela me disparará gustosa si por mi culpa se pierden el primer acto, en especial siendo el cumpleaños de Phoebe. ¿Qué es esto?

Se detuvo frente a la puerta, con la mirada fija en una de las notas de la pila.

—¿Juliette ha estado aquí? ¿Para qué si puede saberse?

Su secretaria, que había escrito con pelos y señales los detalles de la visita, no le respondió, al asumir, correctamente, que se trataba de una pregunta retórica.

—Vaya —murmuró él mientras leía—, ¿así que no le ha gustado el regalo?

—Lo siento mucho, señor. Pensé que un collar de topacios y diamantes sería adecuado, pero al parecer, la señorita no opina igual.

—No tengo tiempo para esto, y me importa un rábano si le gustó o no el regalo. —Arrugó la nota y la tiró al suelo. A partir de aquel momento, Juliette podía tender sus codiciosas manos hacia las joyas de otro. La única opinión femenina que a Harry le importaba era la de las mujeres de su familia—. Telefónee a mi casa, señorita Dove, y dígame a mi madre que no podré pasar a recogerlas por Hanover Square. Dígame que tomen un carruaje y que se reúnan conmigo en Covent Garden.

—Ya he telefoneado, milord. —Rodeó el escritorio, recogió el papel que él había tirado al suelo y lo tiró a la basura antes de volver a sentarse—. Le pregunté si usted estaba allí. Dado que no había pasado por aquí para recoger el regalo de lady Phoebe, pensé que se le habría hecho tarde. Su mayordomo me ha dicho que su madre, abuela y hermanas habían partido hacia Covent Garden sin usted.

—Supongo que me consideran un caso perdido.

La siempre discreta señorita Dove no hizo ningún comentario. Volvió a la máquina y Harry entró en su despacho. Un espacio que, dos años atrás, su secretaria había redecorado, y, aunque él

apoyaba su gusto, no pasaba allí el tiempo suficiente como para disfrutarlo. Harry sabía perfectamente que el dinero no se consigue sentado tras un escritorio, por precioso que éste sea.

Lanzó los mensajes que le faltaban por leer encima de la silla, y luego se encaminó hacia la puerta que comunicaba con su vestidor. Dado que su casa estaba en el otro extremo de la ciudad, su ayuda de cámara, junto con la señorita Dove, se aseguraba de que tuviera siempre un par de trajes y una amplia selección de camisas limpias en la oficina. Echó agua en un cuenco y preparó el jabón y la cuchilla de afeitar.

Quince minutos más tarde, se había afeitado, puesto el chaqué, y se estaba abrochando los gemelos de plata. Después, se levantó el cuello de la camisa y se hizo un nudo napoleón en el pañuelo. Colocó la cadena del reloj colgando del chaleco, cogió un par de guantes blancos, el sombrero de copa y se dirigió a la salida.

La señorita Dove dejó de escribir a máquina y lo miró.

—¿El regalo de Phoebe? —preguntó él.

—En su bolsillo, señor.

Dejó el sombrero encima del escritorio y buscó en los bolsillos del chaqué. Al notar un pequeño bulto en uno de ellos, lo sacó y vio que se trataba de una pequeñísima caja envuelta en papel amarillo, con un lazo de seda color lavanda. Una tarjeta, no mayor que la caja, colgaba de la cinta.

—¿Por todos los santos, qué le he comprado? ¿Un bombón?

—Una cajita de Limoges. Tengo entendido que su hermana las colecciona. Ésta es de 1740. Está decorada con ángeles, lo que me parece muy apropiado si me permite. Usted la llama «carita de ángel», ¿no es así?

Nunca dejaba de sorprenderlo la cantidad de cosas que sabía la señorita Dove.

—Dentro de la cajita hay un anillo con un zafiro —añadió ella.

Harry arrugó la frente.

—¿No suelo comprarle perlas?

—Su hermana ya ha terminado de confeccionar su collar de perlas. En cualquier caso, lady Phoebe cumple veintiún años, y ya es lo suficiente mayor como para recibir otras joyas. Creo que un anillo con un zafiro de medio quilate montado sobre platino es lo más adecuado.

—No tengo ninguna duda.

La señorita Dove hundió la pluma en el tintero y se la ofreció.

—¿Puedo sugerirle que firme la tarjeta?

Él miró incrédulo el pequeño pedazo de cartulina.

—Menos mal que mi nombre tiene sólo cinco letras.

Se quitó un guante y firmó lo mejor que pudo en el reducido espacio.

Le devolvió la pluma a la señorita Dove, sopló la tinta para secarla y se volvió a guardar el paquete en el bolsillo. Se puso de nuevo el guante, y ya iba a darse la vuelta, cuando la voz de ella lo detuvo.

—Milord, su pañuelo.

—¡Maldición! —Tuvo que volver a dejar el sombrero y, llevándose las manos al cuello, se arregló el nudo—. ¿Qué tal?

Ella sacudió la cabeza.

—Me temo que sigue torcido.

Resignado, tiró de los extremos y empezó a hacer de nuevo el nudo.

—Milord, acerca de mi nuevo manuscrito —dijo ella mientras él batallaba con su pañuelo—. Esperaba que pudiera leerlo y...

—¡Pañuelo del demonio! —Harry se dio por vencido, y le pidió a su secretaria que se levantara—. Señorita Dove, si no le importa...

Ella se incorporó y rodeó el escritorio.

—Mi nueva obra es distinta de las anteriores —insistió la joven mientras intentaba arreglar el estropicio.

Harry tuvo ganas de salir corriendo. Incluso la ópera era preferible a los libros de etiqueta de la señorita Dove. Por desgracia, ella seguía sujetándolo por el pañuelo.

—¿Cómo de distinta? —preguntó él, obligándose a mantenerse quieto donde estaba.

—Sigue siendo un manual sobre buenos modales, pero trata sobre mujeres como yo. Es decir, sobre chicas solteras y trabajadoras.

Oh, Dios. No sólo era sobre modales, sino que estaba dirigido a las solteronas. Harry se mordió la lengua para no decir lo que pensaba.

—Sí —prosiguió ella, tirando para liberar el nudo—. Es una... especie... de guía para señoritas solteras, similar a su *Guía para solteros*, pero sólo para mujeres. Trata de cómo buscar un piso con un alquiler razonable, cómo comer bien por cuatro guineas al mes. Ese tipo de cosas.

Harry observó los brazos de la mujer que tenía delante y, al ver lo delgada que estaba, pensó que no le iría mal incrementar el presupuesto de comida en al menos una o dos guineas. Tal vez debería subirle el sueldo, para que así pudiera gastar más en pasteles y dulces.

Y, en lo que se refería al manuscrito, bueno, Harry preferiría ir al dentista y que éste le arrancara todos los dientes, antes que leer una guía para solteronas que vivían en pisos respetables. No tenía ninguna duda de que el resto del mundo opinaría igual que él. Y ése era el problema.

Él publicaba libros y periódicos para ganar dinero, no para enseñar a la gente cómo comportarse.

—Señorita Dove, ya hemos hablado antes de esto —le recordó—. Los libros de etiqueta no son rentables. Hay demasiados en el mercado y es muy difícil que ninguno destaque.

Ella asintió.

—Por eso mismo le he dado un enfoque más moderno. Dado el éxito de la *Guía para solteros*, y teniendo en cuenta que usted siempre ha defendido que las mujeres deberían tener acceso al mundo laboral, he creído que la idea podría gustarle. Cada vez hay más señoritas solteras y trabajadoras en Inglaterra. Las estadísticas...

A Harry le dio dolor de cabeza la retahíla de datos sobre chicas solteras que le soltó su secretaria. A él no le importaban las estadísticas, sólo hacía caso de sus instintos, y éstos le decían que no importaba el enfoque que le hubiera dado la señorita Dove, ella jamás podría escribir nada interesante, puesto que era una persona gris y sin chispa. Su propio nombre era aburrido. Con aquel pelo castaño, sus ojos pardos y su dulce voz, la señorita Dove era la amabilidad personificada.

Él la había contratado siguiendo un impulso, con la intención de demostrar su teoría de que una mujer era perfectamente capaz de ganarse la vida por sus propios medios, lo mismo que cualquier hombre. La joven había superado con creces todas sus expectativas. Era una trabajadora ejemplar, mucho mejor que cualquier secretario que hubiera tenido antes. Nunca llegaba tarde, nunca estaba enferma, y era muy eficiente.

Y, lo más importante, la señorita Dove poseía una cualidad que solía asociarse con el sexo femenino, pero de la que solían carecer la mayoría de las mujeres: era dócil. Nunca cuestionaba nada. Si Harry le pidiera que fuera en barco hasta Kenia y le trajera un saco de café, de inmediato saldría del despacho para comprar un pasaje en la naviera de Thomas Cook & Son.

A pesar de que le era muy útil, la docilidad de la señorita Dove hacía que ella le pareciera casi irreal, distinta a cualquier mujer de carne y hueso que él hubiera conocido jamás. Harry tenía una madre entrometida, una abuela que aún lo era más y tres hermanas temibles y muy, muy poco obedientes. Su debilidad por mujeres de carácter tempestuoso hacía que acumulara una colección de ex amantes, y una ex mujer, digamos que todo menos dóciles.

Tenía la teoría que lo que hacía que la señorita Dove fuera tan poco complicada era su falta de pasión, más que su físico poco atractivo. Una secretaria de sensuales curvas y carácter desafiante habría sido imposible de aguantar, pero sin duda mucho más gratificante a corto plazo. No, en cuanto a secretarias se refería, se quedaba con la señorita Dove, y desde el principio se había jurado a sí mismo no manifestar tendencias amorosas hacia ella. Por suerte, la muchacha siempre le había puesto muy fácil mantener dicha promesa.

—Ya está —dijo ella y, dando un paso hacia atrás, alejó a Harry de sus pensamientos. Lo recorrió con la mirada y luego asintió—. Confío en que sea de su agrado, milord.

Harry ni se molestó en mirarse en el espejo. No tenía ninguna duda de que llevaba un nudo perfecto, y de la clase que estaba más de moda entre los caballeros.

—Señorita Dove, es usted un tesoro. —Se bajó el cuello, cogió el sombrero, y se dirigió de nuevo hacia la puerta—. No sé qué haría sin usted.

—Sobre mi nuevo libro —empezó ella, haciendo que él caminara a mayor velocidad hacia la salida—. ¿Lo leerá?

—Mándelo a mi casa antes de que me vaya mañana por la mañana —dijo él, impidiendo cualquier otro comentario—. Lo leeré en el campo.

—Gracias, milord.

Harry se fue de allí aliviado. Era una lástima que no pudiera escaquearse de la ópera con la misma facilidad.

Capítulo 2

Las hermanas son el demonio en persona. Cuando son pequeñas, te torturan y atormentan. Cuando crecen, tratan de encontrarte esposa, lo que viene a ser lo mismo.

Lord MARLOWE
Guía para solteros, 1893

—Lord Dillmouth y sus hijas han llegado a la ciudad. Sus primas, las Abernathy, los acompañan.

Con esas palabras de su hermana Diana, Harry supo lo que venía a continuación. Le indicó al camarero que tenía más cerca que le sirviera más vino, pues sabía que iba a hacerle falta.

—Qué noticia tan interesante. ¿Quieres que la publique en el periódico?

—Mamá y yo las hemos visto durante el intermedio. —Diana, la mayor de sus tres hermanas, seis años más joven que él, era guapa y lista. Y también muy obstinada. Sin dejarse amedrentar por su falta de entusiasmo, sólo dejó de hablar del tema los segundos necesarios para colocarse bien un mechón de pelo y beber un poco de vino—. Se las ve muy bien, en especial a lady Florence. Es una reconocida belleza.

—Seguro que sí —convino él—. Lástima que su cerebro no sea igualmente admirado.

—Juliette Bordeaux es el claro ejemplo de lo mucho que valoras la inteligencia en una mujer —contraatacó Diana.

Harry decidió no decirle que había roto con la bailarina. Sólo serviría para darle ánimos.

—Es más lista que lady Florence —optó por decir—. Aunque reconozco que eso no es decir demasiado.

La menor de la familia intervino en la conversación:

—¿Por qué vas con esa mujer? —preguntó Phoebe con un cejo en su cara de querubín fruncido con genuino asombro.

Harry no le contestó; los atractivos de una voluptuosa bailarina no era el tema más apropiado para que un caballero lo discutiese con sus hermanas.

Al parecer, su madre estaba de acuerdo.

—Phoebe, déjalo ya —dijo Louisa, tratando de parecer firme y autoritaria, aunque la mujer era tan firme y dura como un flan. Lo que explicaba, Harry estaba seguro de ello, que sus hermanas fueran tan imposibles—. Después de todo —añadió—, estamos cenando en el Savoy.

Vivian, la hermana mediana, se echó a reír.

—¿Y eso qué tiene que ver, mamá? —Miró a su alrededor y contempló el lujoso comedor en el que estaban—. Estas paredes rojas, con los candelabros de cristal y los brocados dorados, parecen más que adecuadas para hablar de una bailarina.

—¡Vivian! —exclamó su abuela Antonia mirando a toda la mesa—. No seguiremos hablando de la tal Bordeaux —ordenó con una voz mucho más impresionante que la de la madre—. Me altera la digestión.

Dado que estaba a punto de cumplir los ochenta, los comentarios y la digestión de la abuela eran tomados muy en serio. Para satisfacción de Harry, el tema de Juliette se dio por zanjado. Lástima que lo siguiente que captó la atención de sus hermanas fuera buscarle esposa.

—Lady Florence es un poco tonta, Di —dijo Vivian, recuperando el tema que había introducido su hermana y dándole la razón a Harry sobre la capacidad intelectual de la menor de los Dillmouth—. Seguro que podemos aspirar a algo mejor.

—Ya sé que mi opinión es del todo prescindible —comentó él sarcástico, adoptando un aire de fingida humildad ante los consejos de sus hermanas—, pero sólo de pensar en casarme con Florence Dillmouth, se me ponen los pelos de punta.

—Se te ponen los pelos de punta sólo de pensar en casarte, punto —espetó Diana, seca—. Ese es el problema.

—Eso, Di, no es ningún problema. Es una bendición. Phoebe, pásame el jamón.

La joven le acercó la bandeja.

—¿Y qué me dices de la hermana de Florence, Melanie? —sugirió su hermana menor mientras Harry se servía—. Melanie está bien. Es simpática sin ser demasiado tonta. Me gusta.

—Excelente —contestó él con la boca llena—. Entonces, ¿por qué no te casas tú con ella?

—Harrison, mastica antes de hablar —le ordenó Antonia, como si fuera un niño de siete años en vez de un hombre de treinta y seis—. Y niñas, dejad de buscarle esposa a vuestro hermano. Sólo conseguís que aún tenga menos ganas de casarse. Y supongo que es lógico que esté reticente —añadió a regañadientes—, después de lo que pasó con aquella insufrible americana.

«Aquella insufrible americana» era como su abuela llamaba siempre a su ex esposa. No era que a él le importara, de hecho también él prefería no hablar de Consuelo.

—Una mala experiencia no debería hacerte renegar para siempre del matrimonio —insistió Phoebe.

—Dijo la voz de la experiencia —replicó Harry, tratando de cambiar de tema burlándose de ella.

—Yo sólo quiero que seas feliz.

—Lo sé, carita de ángel, y te quiero mucho por eso. —Se inclinó hacia ella y le dio un afectuoso beso en la mejilla—. Pero casarme de nuevo no me hará feliz. Créeme.

—Es muy poco considerado por tu parte decir eso, Harry, yo me caso dentro de diez meses —se rió Diana, interviniendo de nuevo en la conversación—. A diferencia de ti, yo estoy ansiosa por volver a casarme. Edmund es el hombre más maravilloso que he conocido jamás.

Su hermana había sido muy desgraciada en su primer matrimonio, y aunque su marido le había causado grandes penas con sus descaradas infidelidades, había tenido el detalle de morir en un accidente ferroviario. A pesar de lo mal que lo había pasado, Diana nunca había perdido la fe en el amor ni en la institución del matrimonio. Seis años después de la muerte de su primer marido, iba a repetir la experiencia. Tal vez esta vez su fe estuviera justificada. Harry esperaba por su bien que así fuera, pero eso no significaba que él tuviera que seguir su ejemplo.

—Tú eres una romántica, Diana. Siempre lo has sido.

—¿Y qué me dices de mi prometido? Ya sabes que la primera experiencia de Edmund con el matrimonio fue idéntica a la tuya. También se enamoró de una de esas americanas y se casó con

ella. Su divorcio fue igual de difícil y doloroso que el tuyo, pero en cambio no se ha convertido en un cínico.

¿Cínico? Harry sintió una punzada de dolor en el pecho, un débil eco de la terrible agonía que había sentido la noche en que finalmente aceptó la verdad sobre su esposa y su futuro. La noche en que ella lo dejó y él abandonó cualquier idea de amor eterno, lo único que le había permitido seguir adelante durante los horribles cuatro años de vida conyugal.

—No soy cínico —mintió entre dientes—. Es sólo que no tengo ningún motivo para volver a casarme.

—¿Ningún motivo? —preguntó su abuela, apartando los ojos de su plato para mirarlo con desaprobación—. ¿Y qué me dices del hijo que deberías tener para que heredase el título?

—Ya hay un heredero para eso. El primo Gerald.

Antonia suspiró exasperada.

—Pero abuela, él está encantado de serlo, de hecho está impaciente por hacerse cargo de todo. Cada vez que visita Marlowe Park, repasa la cubertería de plata, pregunta cómo están las cañerías, y se pasa horas interrogando al administrador. Sería una lástima echar a perder tanto talento.

Antonia, adoptando unas maneras majestuosas, dio a entender la poca gracia que le hacía el comentario.

—Deja de decir tonterías, Harrison. Siempre haces lo mismo cuando no quieres hablar de algo. Eres vizconde, y tu deber es casarte y tener hijos.

La abuela se había quedado un poco pasada de moda. Se negaba a aceptar que la mayoría de los aristócratas sólo eran ya terratenientes arruinados. Hacía mucho tiempo que Harry se había dado cuenta de que soplaban vientos de cambio. En verdad, eso era lo único que le podía agradecer al padre de Consuelo, el señor Estravados. Fue él quien le dijo que serían los empresarios, y no los aristócratas, los que liderarían en el futuro. Harry siguió su consejo, y aquellos catorce años le habían dado la razón. Tener o no hijos que pudieran heredar el título ya no era tan importante como antes.

Pero su madre debía dar su opinión al respecto.

—Harry, tienes que casarte y tener hijos. Debes hacerlo. Los años pasan, ya has cumplido los treinta y seis, y dentro de poco ya será demasiado tarde. Cumplirás cuarenta, y ya sabemos lo que os pasa a los hombres entonces, pobrecitos.

Harry se atragantó con el vino.

—Tienes que encontrar esposa en seguida —prosiguió Louisa, que al parecer no se había dado cuenta de que su hijo casi se ahoga.

Se dijo a sí mismo que su madre no sabía de lo que estaba hablando.

—¿Y por qué debería buscarla yo si mis hermanas se están esforzando tanto en hacerlo?

—¿Qué les pasa a los hombres a los cuarenta? —preguntó Phoebe curiosa.

—Ni caso —le dijo Diana, y antes de que la joven pudiera preguntar nada más, volvió a sacar el tema de las chicas Dillmouth—. ¿Sabes, Phoebe?, creo que tienes razón. Lady Melanie es la mejor de las hermanas. Supongo que hay quien cree que, a sus veintiocho años, es una solterona, y no es tan guapa como Florence, pero tiene, el pelo oscuro y a Harry siempre le han gustado las morenas. Además Melanie es la más inteligente de las dos.

—¿Inteligente? —Harry suspiró ofendido—. Melanie Dillmouth es incapaz de mantener una conversación. Nunca dice nada, me pregunto cómo habéis podido formaros una opinión sobre su inteligencia.

—Es tímida cuando tú estás cerca —le dijo Diana—. Y es comprensible, teniendo en cuenta lo que siente por ti. Aunque no estoy segura de si esos sentimientos suponen que vaya a ser una buena esposa para ti o no.

—¿De qué estás hablando?

La mayor de las muchachas miró a su hermano exasperada.

—¡Oh, Harry! Mira que eres lerdo.

—Seguro —contestó él—. Al fin y al cabo, soy un hombre. Pero ¿puede saberse por qué a Melanie Dillmouth le da vergüenza hablar conmigo?

—¡Porque está enamorada de ti!

—¿Qué? —Harry estaba atónito—. No digas tonterías.

—En serio —insistió Diana—. Siempre lo ha estado. Desde que salvaste a su gato.

Él dejó de comer y las miró a todas; por su expresión, vieron que no se acordaba del incidente. Cuatro resignados suspiros, y uno de exasperación, respondieron a la pregunta que formulaban sus ojos. Harry se mantuvo impertérrito. Después de veinte años como único varón en la familia tras la muerte de su padre, había aprendido que era imposible estar a la altura de las expectativas de las damas.

—Estás loca, Di —dijo, y volvió a comer—. Yo jamás he salvado a un gato. Odio a esos animales.

—No puedo creer que no te acuerdes —exclamó ella—. Las chicas Dillmouth pasaron un verano en Marlowe Park. Tú acababas de graduarte en Cambridge. El gato de Melanie se quedó atrapado en una ratonera y tú lo soltaste.

La historia empezó a sonarle vagamente.

—Por Dios santo, de eso hace siglos. Quince años, como mínimo.

—Ella nunca lo ha olvidado —le dijo Diana—. Lloró cuando te casaste con Consuelo.

—Si hubiera sabido lo que me esperaba, yo también habría llorado.

A nadie pareció hacerle gracia el comentario. Harry se preguntó cómo podían pensar que la imagen de Melanie llorando iba a despertar en él algún interés romántico. Lo único que le inspiraba era lástima, y ganas de salir corriendo en dirección contraria.

—¿Y qué me dices de Elizabeth Darbury? —sugirió Phoebe—. También es morena.

—Una familia muy fértil —intervino Antonia dando su aprobación—. Los Darbury han tenido como mínimo dos hijos varones en cada generación.

—Lizzie Darbury no nos sirve —soltó Vivian—. No entiende los chistes de Harry. Siempre se queda mirándolo como si le faltara un tornillo.

—Eso es importante —opinó Louisa—. Los hombres odian que no los encontremos graciosos. En especial Harry. A él eso lo pone de muy mal humor.

—No me pone de mal humor. Y no sé por qué mis hermanas están tan empeñadas en elegirme una esposa.

—Porque a ti se te da fatal elegir las —contestó Vivian, apoyada en seguida por las otras mujeres de la mesa.

Incapaz de rebatir ese argumento, y no queriendo recordarle a Diana que a ella tampoco se le había dado demasiado bien el asunto, Harry decidió quedarse callado, a ver si así daban por zanjado el tema. Tres segundos más tarde vio que no.

—¿Y Mary Netherfield? —sugirió Vivian—. Tiene mucho estilo. Siempre va a la última moda.

Viniendo de Vivian, que adoraba comprarse ropa y todo lo relacionado con la moda, esas palabras eran un gran cumplido.

Phoebe descartó a lady Mary con un movimiento de cabeza.

—Es muy sosa. Además es rubia y de ojos azules. Y demasiado seria y estricta.

—Sí, pero ése es exactamente el tipo de mujer que nuestro hermano necesita. —Vivian lo señaló—. Él es tan inconstante que necesita a una chica como ésa.

—Pero Harry odia a las mujeres así.

Lo que Harry odiaba era que hablaran de él como si no estuviera presente.

—Esta conversación es absurda —les dijo enfadado—. No voy a volver a casarme. ¿Cuántas veces tengo que repetíroslo?

—Oh, Harry —suspiró su madre decepcionada—, en las cosas importantes eres un caso perdido.

Como si el dinero con que pagaban los lujosos vestidos que llevaban, el palco en la ópera y el salón privado para cenar en el Savoy no fuera importante. Pero sabía que sería inútil decirle eso a Louisa. Con su madre, utilizar la lógica era perder el tiempo, en especial en asuntos de dinero. Una vez, trató de explicarle cómo funcionaba la Bolsa, y ambos terminaron con dolor de cabeza.

—Tienes que casarte y tener hijos —insistió ella—. Hoy en día es muy difícil encontrar una casa de campo en buen estado.

No entendió qué tenía que ver una cosa con otra, pero bueno, Louisa era así. Decir cosas incoherentes era típico de ella.

Phoebe vio lo confuso que estaba y tuvo el detalle de descifrar el mensaje.

—Si tú murieses y Gerald fuera el vizconde, no nos dejaría vivir en Marlowe Park —le explicó—. Y dado que entonces le pertenecería, tendríamos que irnos a vivir a otra parte.

—Ah. —Harry optó por no decirles que el millón de libras, más los intereses, que tenía en Lloyd's les garantizaría poder vivir donde quisieran. En vez de eso, fingió reflexionar sobre el tema—. Supongo que, después de mi muerte, podríais ir a América. Allí hay muchas casas de campo. De hecho, hay un pueblo llamado Newport que es precioso.

Su madre nunca se daba cuenta de cuándo le tomaba el pelo.

—Bueno, si así es como están las cosas —dijo con voz temblorosa—, ¿qué haremos si te mueres sin un heredero?

A Harry le parecía mucho más grave el hecho de que se muriera que no que lo hiciera sin tener hijos, pero por lo visto era el único que lo veía así.

Diana tosió incómoda.

—Como he dicho antes, las chicas Dillmouth viajan con sus primas, Nan y Felicity Abernathy. Y he pensado...

—¡Basta! —A Harry se le agotó la paciencia y soltó bruscamente los cubiertos sobre el plato—. ¿Queréis parar ya? No hay ninguna mujer sobre la capa de la Tierra que pueda tentarme a contraer matrimonio. Nunca volveré a casarme. ¡Nunca! ¿Está claro?

Ante su estallido de furia, las cinco mujeres que amaba más que a nada en el mundo se lo quedaron mirando como perritos apaleados. Odiaba que hicieran eso.

Apartó el plato y, dado que todas habían acabado de comer, le indicó al camarero que procediera a retirar la mesa.

—No sé ni por qué estamos hablando de esto —dijo Harry a continuación—. Hoy es el cumpleaños de Phoebe. Creo que ha llegado el momento de los regalos. Veamos... —Buscó en

sus bolsillos y sacó el paquete. A continuación se lo entregó a su hermana pequeña con una reverencia—. Aquí está, «carita de ángel». Feliz cumpleaños.

Ella levantó la vista con los ojos llenos de lágrimas.

—Es una cajita de Limoges, ¿a que sí? Tiene que serlo. Es tan pequeño, no puede ser nada más. ¿Tengo razón?

—Ábrelo y lo verás.

La joven tiró de la cinta y rompió el papel. Cuando abrió el paquetito y vio lo que contenía se echó a reír.

—¿Es o no una cajita de Limoges? —Vivian estiró el cuello para poder verla.

—Así es. Mira. —Phoebe la sacó para que todas pudieran verla.

Harry recordó lo que le había dicho la señorita Dove, y se acercó a su hermana.

—Estas cajitas se abren, ¿no? —le preguntó, fingiendo ignorancia.

Phoebe picó el anzuelo.

—Sí, claro —contestó, y levantó la tapa para demostrárselo—. Mira... ¡Oh, Dios mío!

Con dedos temblorosos, cogió el anillo y lo depositó en la palma de su mano.

—¡Un zafiro! Mirad, un zafiro. —Dejó a un lado la cajita de Limoges y levantó el anillo un segundo para que todas pudieran verlo antes de ponérselo en el dedo anular de su mano derecha. Era exactamente de su medida. La señorita Dove lo había hecho todo a la perfección.

—Ahora ya tienes veintiún años —dijo—, y ya puedes llevar zafiros. Combina con tus ojos. ¿Te gusta?

—¿Gustarme? —Phoebe le rodeó el cuello con los brazos—. Me encanta —exclamó, dándole un beso en la mejilla—. ¡Es perfecto! Y la cajita de Limoges también. ¡Tus regalos siempre son los mejores!

Su madre, su abuela y Vivian se acercaron a Phoebe para admirar la joya pero Diana no las secundó. En vez de eso, se acercó a Harry.

—La señorita Dove es impresionante —susurró—. Siempre da con el regalo perfecto.

—No sé de qué me estás hablando.

—No te preocupes, hermanito. Soy la única que ha descubierto tu secreto, y no voy a decírselo a nadie.

—Eres un sol, Di.

—Bueno, a ver si sigues opinando igual después de que te cuente lo que he hecho.

Su hermano la miró a los ojos.

Ella se lo contó.

—¿Qué? —El irritado grito resonó en la sala, y las otras cuatro mujeres los miraron asustadas. Diana retrocedió al ver la expresión del rostro de Harry.

—Me dejé llevar por la compasión —le explicó ella, mordiéndose el labio inferior y tratando de parecer arrepentida.

—¡Qué compasión ni que ocho cuartos!

—Dios santo —dijo su madre—, ¿qué está pasando?

Fue Diana la que respondió.

—Le he contado lo de la invitación.

—Vaya. —Louisa frunció el cejo y se quedó mirando a su hijo—. No le ha parecido bien, ¿verdad?

—¿Cómo se te ha ocurrido pensar que podía gustarme la idea? —exigió saber él levantando la voz.

—Bueno, ahora ya está hecho —concluyó Diana.

A Louisa se le iluminó el semblante.

—Sí, y tu hermana ha hecho lo correcto.

—¿Lo correcto?

—Harry, querido, no grites. Esas pobres chicas están solas en Londres excepto por el viejo señor Dillmouth. Verdaderamente, es imperdonable que las haya traído a la ciudad sin una carabina. ¿En qué estaría pensando?

—No. —Harry sacudió la cabeza—. Me niego.

Pero hablarle a su madre era como hablarle a una pared.

—Lo único que puedo decir en su defensa es que perder a su amada esposa debe de haberlo vuelto definitivamente loco —prosiguió Louisa como si nada—. Por Dios santo, esas pobres chicas no pueden ir a ningún lado. Se están aburriendo como ostras. —Lo desafió con la mirada—. Yo creo que Diana ha hecho lo que debía.

A Harry se le ponían los pelos de punta sólo de pensar en tener a cuatro mujeres más viviendo en su casa durante seis semanas, mujeres a las que sus hermanas consideraban como candidatas a convertirse en su segunda esposa. Entonces se acordó de lady Melanie llorando por él, y aún se sintió peor.

—Coged una pistola y matadme —farfulló—. Pero dejad ya de torturarme.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Antonia—. Diana, explícate.

—Mamá y yo nos hemos encontrado a Dillmouth con sus hijas y las dos chicas Abernathy en la ópera, durante el descanso. Iban sin carabina, exceptuando al anciano, claro. Y cuando me he dado cuenta de cuál era la situación, las he invitado a pasar las seis semanas que van a estar en Londres en casa con nosotras. No creía que a Harry fuera a importarle.

—¡Pues me importa! —gritó él.

—Ya las he invitado —contestó su hermana, serena—, y ellas han aceptado. Ahora no puedo echarme atrás.

—Pues ¡claro que no! —Antonia se estremeció sólo de pensarlo—. Eso sería de muy mala educación.

Harry gimió y se dio cuenta de que estaba atrapado. A pesar de que Dillmouth estaba arruinado, seguía siendo marqués, título muy superior al de Harry, y tenía mucho poder en la Cámara de los Lores. Por otra parte, no era de los que olvidan un desaire. La vida social de sus hermanas, que ya se había resentido mucho por lo de su divorcio, no sobreviviría a la enemistad de alguien como él. No sabía si estrangular a Diana o darse de cabezazos contra la pared.

—Ya está todo decidido. Llegarán dentro de una semana, justo cuando tú regreses de Berkshire. —Diana le sonrió—. Harry, ¿conoces a lady Felicity? Es una dama encantadora.

Él miró a su hermana y, por la leve sonrisa que se dibujaba en sus labios, supo que lady Felicity era a quien había tenido en mente todo el tiempo.

—Es encantadora, ¿a que sí? —intervino Vivian—. Si no recuerdo mal, es morena. Y tiene los ojos oscuros. Y un tono de piel que hace que en ella resalten mucho las joyas.

—Sin embargo tiene mal carácter —dijo Phoebe, pero incluso de perfil, Harry pudo ver que hacía esfuerzos por no sonreír—. Dicen que le viene de la parte latina de la familia.

Sus hermanas eran el diablo en persona. Conocían todas sus debilidades. Harry empezó a plantearse irse a vivir a una casita en América.



Durante la semana siguiente, Emma no pensó demasiado en su inminente cumpleaños, pero justo la noche anterior, soñó con seda. Con un tafetán de preciosa y suave seda del que surgía un lujoso vestido que ondeaba con cada uno de sus movimientos. Y con aquellas mangas abullonadas que tanto éxito tenían últimamente. Era de seda verde, con un estampado de lágrimas azules y turquesa que brillaban a la luz de los candelabros.

¿Candelabros? Sí, estaba en un baile, y los músicos tocaban un vals. Ella danzaba con un hombre. Qué raro que no pudiera verle la cara, estaba borrosa, pero él la hacía reír, y a Emma eso le gustaba. De repente, vio que en la mano sujetaba un abanico, un abanico precioso, hecho de plumas de pavo real. Lo abrió y desde detrás miró al hombre de un modo muy seductor, deleitándose al sentir las plumas acariciándole la nariz.

Entonces se despertó, y vio que el hocico de *Señor Gorrión* estaba a escasos centímetros de su cara, y que eran los bigotes del gato los que le rozaban la nariz. El animal maulló para darle los buenos días. Ante un cambio tan abrupto de decorado, Emma volvió a cerrar los ojos, pero al abrirlos segundos más tarde, vio sin ninguna duda al atigrado felino acurrucado en su almohada.

Había estado soñando. Y ahora le parecía un sueño absurdo. ¡El tafetán de seda era carísimo! ¿Y cómo diablos había sido capaz de bailar un vals y abanicarse al mismo tiempo? Pero a pesar de todo, sintió una punzada de pesar al darse cuenta de que ni el precioso vestido ni el hombre existían de verdad.

El abanico en cambio era otro cantar. Era precioso, con sus largas plumas, sus varillas de marfil y su borla de seda azul, y había visto uno igual en una tienda en la calle Regent. La misma tienda en la que había comprado la cajita de Limoges para lady Phoebe. Uno de esos lugares donde se pueden encontrar piedras falsas de lapislázuli al lado de valiosísimas pitilleras estilo Carlos I, y abanicos como los del sueño. Un objeto que costaba dos guineas, se recordó a sí misma. Un precio altísimo para un capricho.

Emma se tumbó de espaldas, mirando al techo, y con la mirada recorrió las cuatro paredes amarillo pálido que constituían su pequeño apartamento de la calle Russell. Pensó en las historias de Las mil y una noches, y en sitios como Ceilán y Cachemira, lugares en los que el aire tenía fragancia de especias y las cimitarras no dejaban de blandir; con mercados llenos de alfombras persas y coloridas sedas chinas. Ver aquel abanico, aunque fuera a través del polvoriento cristal de la caja en la que estaba guardado, la había hecho sentir por un instante tan exótica como Scheherezade. Suspiró.

Señor Gorrión le lamió la oreja, ronroneó, y Emma decidió dejar a un lado sus fantasías y acariciar al gato. Le gustó sentir el tacto de su piel contra la mejilla. Luego, apartó la colcha y se levantó.

Al ver que su ama salía de la cama, el felino se quejó.

—Lo sé, lo sé —dijo ella—, pero tengo que ir a trabajar. —Lo miró por encima del hombro y, descalza, atravesó la habitación—. A diferencia de otros, yo no puedo quedarme todo el día en casa, durmiendo.

El gato no se dio por aludido, y con un bostezo volvió a acurrucarse en la almohada. Como de costumbre, Emma se lo permitió mientras ella procedía a su rutina matutina. La cama la dejaría para el final.

Puso agua en el cuenco de mármol blanco que había en el tocador y buscó su pastilla de jabón de pera. Después de lavarse, se vistió con una camisa blanca recién planchada, una falda azul oscuro, y sus habituales botas de lazos negras, y luego corrió las cortinas.

Se sentó al tocador y, tras deshacer la larga trenza que llevaba para dormir, se cepilló el pelo.

En el espejo, observó el reflejo del cepillo deslizándose a lo largo de su melena, que le llegaba a la cintura. Ver el utensilio de madreperla le trajo tristes recuerdos de su tía. Cien pasadas para hacer que el pelo brillara, le repetía su tía Lydia a diario desde que Emma cumplió los quince años. Si su padre hubiera estado vivo y hubiera oído el consejo de su cuñada, lo habría tildado de frivolidad, y habría dicho que pasarse tanto rato frente al espejo era un acto de vanidad.

Tal vez lo fuera, pero a Emma le gustaba cuidarse el pelo. Normalmente, parecía que lo tuviese de un castaño de lo más corriente, similar al color del pan de centeno. Pero con la melena suelta, un poco ondulada por la trenza, y con la luz que entraba por la ventana, parecía rojizo, como de cobre, y mucho menos soso.

El vestido de seda verde, pensó, habría quedado precioso. Bueno, ¿qué se le iba a hacer?

Se recogió el pelo en un moño en lo alto de la cabeza y lo sujetó con dos peinetas hasta asegurarse de que aguantarían todo el día. Satisfecha, se levantó, y, al acordarse de algo, se detuvo en seco.

Era su cumpleaños.

Se volvió a sentar de golpe, con la mirada fija en su reflejo. Tenía treinta años.

Se dijo a sí misma que no los aparentaba, que las pecas que tenía en la nariz y en los pómulos y que no había podido eliminar jamás por muchos limones que se frotara, la hacían parecer más joven. Unos ojos nada excepcionales en un rostro ovalado le devolvieron la mirada, ojos rodeados por unas pestañas poco espesas y por unas arrugas que no estaban allí el año anterior. Levantó la mano y, con la yema de los dedos, resiguió las tres líneas que tenía en la frente.

Aquel horroroso sentimiento de insatisfacción volvió a invadirla, y apartó la mano. Si seguía lamentándose así, llegaría tarde. Se puso de pie y salió de la habitación. Pasaban de las ocho, de modo que no podía quedarse a desayunar con los demás inquilinos en el comedor de la planta baja, pero si se daba prisa, podría tomarse una taza de té en su apartamento antes de coger el ómnibus que la llevaba al trabajo.

Corrió las cortinas de su pequeña sala de estar, calentó un poco de agua en el pequeño hornillo que allí tenía y, mientras esperaba a que hirviera, mordisqueó una galleta. Echó el té en el agua, y, al hacerlo, captó el aroma del jazmín y la corteza de naranja.

Ceilán, Cachemira. Seda verde. Scheherezade.

Qué tontería, se rió a sí misma, pagar dos guineas por un abanico, aunque fuese su cumpleaños. ¿Gastarse más del sueldo de media semana en algo que jamás podría utilizar? Ridículo.

Pero no pudo dejar de pensar en las plumas de pavo real durante todo el camino al trabajo.

Capítulo 3

Una verdadera dama siempre es comedida. Es alegre, comprensiva y serena. No manifiesta sus emociones, nunca pierde la calma ni monta una escena.

**Consejo de la señorita LYDIA WORTHINGTON
a su sobrina, 1880**

Los periódicos no eran sólo con lo que Harry se ganaba la vida, sino que también servían para muchas otras cosas, como, por ejemplo, para ocultarse tras ellos. Cosa que esa mañana le era de lo más útil.

Sabía que era de muy mala educación colocar el diario como un muro entre él y sus invitadas, pero no le importaba. Todo hombre tenía su límite, y cuatro mujeres más sentadas a su mesa de desayuno, mujeres a las que sus hermanas estudiaban como futuras cuñadas, era más de lo que podía soportar. Esa mañana, justo después de llegar de Berkshire, Harry había escogido el *Social Gazette de Barringer* para ocultarse tras él.

Por suerte, los desayunos en su casa eran informales, y consistían en una serie de platos calientes que los criados dejaban preparados en un aparador para que todo el mundo se sirviera lo que quisiera y cuando quisiera. Llevaba años haciéndolo así, y su madre ya había renunciado a que en aquella casa se cumplieran los más mínimos horarios. Esa mañana, esa manera de funcionar le permitía a Harry trabajar y de paso ignorar a sus invitados.

No le extrañaba nada que el *Gazette* y su propietario tuvieran problemas económicos, pensó mientras comía un poco de jamón. Era tan aburrido y soporífero como leer el *Times*.

Una voz femenina se destacó por encima de las demás.

—¿Y qué opina usted, lord Marlowe?

En la habitación se hizo el silencio, y Harry bajó el periódico lo suficiente como para ver los ojos negros de lady Felicity. No cabía duda de que era muy bella, pero claro, Diana conocía de sobra sus gustos. Si Felicity no fuera una dama, tal vez lograría despertarle un poco de interés, sin embargo, las jóvenes como ella eran unas criaturas muy peligrosas: querían casarse.

Le sonrió con educación.

—Discúlpeme, pero no estaba escuchando. —Sacudió el periódico—. Estoy ocupado con algo más importante.

—¿Algo más importante? —preguntó lady Felicity señalando el diario—. ¿Tan importante es leer el periódico?

—Para Harry sí —respondió Vivian riéndose—. Siempre lee todo lo que publica la competencia.

—Sí, pero no suele hacerlo a la hora del desayuno —señaló la abuela, dejando claro lo que pensaba aunque su nieto decidió ignorarla.

Harry volvió a mirar a Felicity por encima del *Gazette*.

—Verá, lady Felicity —le explicó—, leer los periódicos de la competencia es crucial para mi empresa. Me permite llevarles ventaja y ese tipo de cosas. Soy un hombre de negocios, y me gusta mucho serlo.

—¿Le gusta? —La joven se echó a reír—. Me está tomando el pelo, lord Marlowe.

—Todo lo contrario. Me gusta mucho más que ocuparme de la finca. Esperar a que a uno le paguen las rentas es muy aburrido. Y poco rentable. Prefiero hacer negocios.

La chica sabía que había metido la pata, y trató de solucionarlo.

—¿Prefiere hacer negocios a ocuparse de su finca? Eso es muy... —hizo una pausa dramática— muy moderno.

Harry vio que Diana fruncía el cejo y, contento, volvió a levantar el periódico. ¿Cómo había podido pensar que lady Felicity sería adecuada para él? Iba a pasárselo en grande restregándoselo por la cara.

—Sí, bueno, yo soy así, un tipo muy moderno —murmuró despreocupado.

Haciendo caso omiso del suspiro de exasperación de su abuela, miró el reloj y fingió sorprenderse.

—¿Ya son las nueve y media? —Dobló el periódico antes de levantarse y trató de parecer compungido—. Disculpenme, señoritas, pero debo ganarme la vida.

—No llegues tarde esta noche, querido —le pidió su madre mientras él recogía el montón de periódicos que el mayordomo había dejado junto a su plato—. Escucharemos un poco de música después de cenar. Nan va a cantar unas piezas sólo para nosotros.

Le dedicó una sonrisa a la musical lady Nan.

—Estupendo, mamá. Haré lo que pueda, pero me temo que no puedo prometer que nada me retenga. —Hizo una inclinación y se encaminó hacia la puerta antes de que Louisa pudiera decir nada más. Suspirando aliviado, abandonó el comedor y se dirigió al vestíbulo.

—Mi carruaje, Jackson —ordenó—, y avísame cuando esté listo. Estaré en mi despacho.

—Muy bien, milord. —El mayordomo hizo una seña a un lacayo mientras Harry se dirigía a su refugio. Una vez allí, lanzó el ejemplar del *Social Gazette* a la papelera. Había leído tantos artículos presuntuosos como su estómago podía resistir en una mañana. Lo primero que haría cuando la publicación fuera suya sería aligerar un poco el tono. Y estaba decidido a comprarla. Estaba convencido de que si la modernizaba un poco podía ser rentable. Y su ubicación, un edificio de ladrillo justo enfrente de las oficinas de Harry, era perfecto para la expansión del negocio. Claro que derrotar a Barringer era ya una satisfacción en sí misma. Tarde o temprano, el conde tendría que vender. Era sólo cuestión de tiempo.

Abrió su maletín con la intención de guardar en él el resto de ejemplares de la competencia, para leerlos de camino al trabajo, pero se detuvo al ver el manuscrito atado con cordel.

El nuevo libro de la señorita Dove.

Le había prometido que lo leería mientras estuviera en Berkshire, pero al llegar allí se había olvidado por completo; pescar era mucho más divertido que leer nada que aquella chica hubiera escrito. El cochero tardaría aún unos diez minutos en llegar con el carruaje, y por la experiencia que tenía de los anteriores manuscritos, aún le sobrarían nueve minutos y medio para hacer honor a su promesa y verificar lo que ya sabía.

Sacó el original del maletín, se sentó frente al escritorio y desató el cordel. Deslizó los dedos por entre las páginas para abrir una al azar.

El piso más pequeño, sin un solo rayo de sol que lo ilumine, puede transformarse en un hogar acogedor por poco dinero si su propietaria utiliza el sentido común y el entusiasmo propios de una chica joven y profesional. Y, claro está, si sabe dónde comprar.

Harry cerró el manuscrito. Aburrido hasta decir basta, tal como sospechaba. La pobre señorita Dove parecía incapaz de comprender que nadie quería leer semejante montón de tonterías.

Volvió a atar el cordel y devolvió el original al maletín. A continuación sacó su agenda, llena de anotaciones hechas por su eficiente secretaria, y que había sido enviada a su casa el día anterior para que, a su regreso, supiera todo lo que tenía que hacer.

Hizo una mueca de contrariedad al ver la primera cita. Tenía una reunión con sus editores. Esa cita mensual era siempre tediosa, y Harry dudó si saltársela, al fin y al cabo, él era el jefe. Pero si no estaba allí para mantenerlos a raya, a saber qué se les ocurriría publicar. Cuando Jackson le anunció que el carruaje ya estaba listo, Harry cogió el sombrero y se resignó a lo inevitable. Gracias a su pronta huida del desayuno, llegó a las oficinas de la calle Bouverie antes de lo previsto.

La señorita Dove se puso de pie al verlo entrar.

—Buenos días, milord —lo saludó—. Llega temprano.

—Sorprendente, lo sé —dijo—. Problemas domésticos, señorita Dove.

—Lamento oírlo. Si su ama de llaves o su mayordomo necesitan encontrar a alguien, hay un par de buenas agencias. Yo puedo...

—No es ese tipo de problemas. Éste en concreto me temo que no puede resolverlo ninguna agencia, a no ser que conozca una que pueda encontrar maridos para mis hermanas y así poder echarlas de mi casa. —Hizo una pausa, como si estuviera pensando en el asunto—. Y también uno para mi madre, bien pensado. Sí, ella también podría volver a casarse. Si de mí dependiera, la casaría con un noble escocés que tuviese un castillo lejos de aquí; en un sitio de esos que necesitan como mínimo dos días en tren para llegar.

—Uno, si coges el exprés.

La señorita Dove siempre meditaba en serio todo lo que él decía, y luego respondía en consonancia, de modo que Harry había llegado a la conclusión de que carecía de sentido del humor.

—Creo que existen una o dos agencias dedicadas a encontrar pareja —prosiguió ella un poco insegura—, pero no creo que sus hermanas necesiten de sus servicios. ¿La mayor de ellas no está ya prometida con lord Rathbourne?

—Le estoy tomando el pelo, señorita Dove —dijo él con una sonrisa, inclinándose hacia ella por encima del escritorio.

—Oh. —Su expresión no cambió—. Entiendo —añadió, en un tono que dejaba claro que no era así.

Harry se dio por vencido. Era inútil bromear con su secretaria, ella nunca lo pillaba. Pero no importaba, él sólo lo había hecho para tratar de suavizar la mala noticia que iba a darle.

Respiró hondo y dejó el maletín encima del escritorio de la muchacha. Aflojó la hebilla y lo abrió.

—He echado un vistazo a su nuevo texto —le dijo sacando el manuscrito—, pero me temo que tiene el mismo problema que los anteriores. Para que un libro de etiqueta sea rentable, tiene que decir algo nuevo y distinto, tiene que destacar.

—Sí, milord. —Apretó los labios con fuerza e inclinó la cabeza para que él no pudiera verle la cara—. Lo entiendo, pero tenía la esperanza de que...

—Lo sé —la interrumpió él, deseando dar por zanjada la conversación lo antes posible. Le ofreció el montón de papeles sujetos por el cordel—. Lo siento.

Ella se quedó mirando su obra durante un segundo, luego la cogió y la guardó en el cajón de su escritorio.

—¿Quiere tomar ahora su café, milord?

—Sí, gracias.

Se lo sirvió tal como le gustaba, fuerte, caliente, sin leche ni azúcar. Después de eso, Harry le dictó un par de cartas hasta que los editores llegaron para la reunión. Tres horas después, acompañó a los hombres a la puerta tratando de ser cordial y sin entender por qué no eran capaces de comprender los aspectos financieros del negocio. Ellos preferían la brillantez literaria al éxito de ventas, lo cual dejaba a Harry atónito. Si un libro no resultaba atractivo para el público, a él no le importaba lo preciosas que fueran sus metáforas, o la sutileza de sus alusiones literarias, o cuan profundo fuera el tema del que trataba, no iba a publicarlo.

Regresó a su despacho y vio que su secretaria se estaba poniendo el sombrero.

—¿Va a salir, señorita Dove?

—Sí, milord.

Inclinó la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿No estará enfadada por lo de antes, espero? —preguntó él.

—Por supuesto que no —contestó la joven, esforzándose por mostrarse amable—. Entiendo los motivos por los que lo ha rechazado, pero eso no me detendrá.

Harry no se vio capaz de decirle que no siguiera intentándolo.

—Ese es el espíritu. El trabajo duro siempre es recompensado, o eso dicen.

—Me lo tomo como un obstáculo más en el camino hacia el éxito —dijo ella mientras se ponía los guantes—. Como dice la señora Bartleby, después de muchos «noes» siempre hay un «sí».

—¿Quién?

Ella se detuvo y lo miró sorprendida.

—La señora Bartleby —repitió, y por el tono, quedó claro que él debía saber de quién se trataba.

Harry frunció el cejo tratando de recordar si había oído alguna vez ese nombre; finalmente, sacudió la cabeza.

—Lo siento, señorita Dove, pero no sé de quién se trata.

—Pero... —Se calló y se quedó mirándolo, con sus ojos almendrados fijos en él y los labios entreabiertos. A continuación, la sorpresa pasó a ser incredulidad.

Lo que se veía en el rostro de la chica era tan distinto a la inexpresividad a la que estaba acostumbrado, que incluso se asustó.

—¿Se encuentra bien, señorita Dove?

—No sabe quién es la señora Bartleby —dijo de un modo muy raro, como tratando de aceptar algo imposible.

Harry empezó a sentirse incómodo.

—¿Debería saberlo? —Le sonrió—. Refrésqueme la memoria, no recuerdo haber oído nunca el nombre de esa persona. ¿Ha publicado un libro suyo alguno de mis competidores?

—No. —La señorita Dove tragó saliva y lo miró fijamente, quieta como una estatua.

La incomodidad de Harry se transformó en preocupación. ¿Su secretaria iba a desmayarse? No podía ni imaginarse a la señorita Dove haciendo tal cosa, pero siempre había una primera vez para todo.

—Está blanca como el papel. ¿Está enferma?

—No. —Sacudió la cabeza, y salió de aquel estado de trance. Pareció recuperar la compostura y él se preguntó si tal vez se lo había imaginado todo—. Gracias por darme su opinión sobre mi manuscrito —dijo—. Dado que hoy es sábado y ya son más de las doce, me iré si no necesita nada más.

No esperó a que respondiera y se dirigió hacia la puerta.

—¿Señorita Dove? —llamó Harry.

Ella se detuvo. Ladeó la cabeza, pero no lo miró.

—¿Sí, milord?

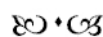
—¿Quién es la señora Bartleby?

La joven tardó varios segundos en responder.

—Nadie importante —contestó al fin, y salió, cerrando la puerta tras ella.

Él frunció el cejo, y aún incómodo, siguió con la mirada fija en la salida. Estaba claro que se sentía decepcionada, pero Harry no podía ni imaginar qué tenía que ver con todo aquello la tal Bartleby.

Sacudió la cabeza y olvidó el tema. Cada vez que rechazaba uno de sus manuscritos hería los sentimientos de la señorita Dove, pero lo superaría. Siempre lo hacía.



Él nunca había leído ninguno de sus libros, se iba repitiendo Emma una y otra vez, mientras caminaba por Chancery Lane, incapaz aún de creerlo. No había leído ni siquiera uno de sus manuscritos.

Pensó que tal vez se equivocaba, pero en el preciso instante en que se le ocurrió esa idea supo que no era así. Si Marlowe hubiera leído alguno, sabría que la señora Bartleby era el seudónimo que utilizaba para firmar todos sus textos. Por Dios santo, si el nombre de la mujer aparecía en la portada. ¿Cómo podía no haberlo visto? Y a lo largo del texto salía mencionado en multitud de ocasiones. No, no estaba cometiendo ningún error.

Todo ese tiempo, todo el trabajo duro, toda su lealtad, ¿y él ni siquiera se había molestado en leer el título?

La sorpresa dio paso a la rabia, y ésta empezó a arder en su estómago. Jamás se había sentido tan furiosa con nadie. En todo aquel tiempo, todos aquellos años, él sólo había fingido interesarse por su obra. Era todo mentira.

Quería echárselo en cara. Debería haberlo hecho, pero cuando se dio cuenta de lo que sucedía se quedó anonadada. Allí, de pie frente a su escritorio, mirándolo, comprendiendo por primera vez lo que sucedía, fue incapaz de moverse. Ahora, fuera ya del edificio, la niebla del aturdimiento se había disipado, pero ya era demasiado tarde.

No, no lo era. Se detuvo en la esquina de High Holborn, dio media vuelta, y regresó a la calle Bouverie. Iba a hacerlo. Iba a plantarle cara, lo enfrentaría a sus mentiras, y le diría lo que pensaba de su hipocresía.

En el momento en que imaginó la escena, Emma se dio cuenta de que era una estupidez. La despediría. Cualquiera lo haría ante tal impertinencia.

No valía la pena. Se detuvo, y esta vez un joven que caminaba detrás protestó indignado al chocar con ella. Desalentada, se quedó allí, en la acera, mientras el muchacho la esquivaba, pensando que no podía enfrentarse a Marlowe. No importaba lo satisfactorio que pudiera ser, no podía permitirse el lujo de perder su empleo.

Enfadada consigo misma, Emma dio un puñetazo al aire para desahogar su frustración. Estaba muy enfadada, y necesitaba expresar sus sentimientos. Quería gritar, llorar, tirar cosas contra la pared, pero no podía hacer nada de eso. Estaba en la calle, rodeada de gente, y una dama jamás manifestaba sus emociones frente a los demás.

Regresaría a su apartamento. Dio media vuelta y desanduvo sus pasos. En su habitación podría tirar cosas, llorar y gritar hasta que el corazón le dijera basta. Claro que si rompía algo que le gustaba luego lo lamentaría. Y además su casera creería que era una lunática. Tal vez incluso llamara a la policía. Qué horror.

Viendo que no tenía manera de desahogarse, respiró hondo y se conformó con caminar. Recorrió High Holborn, con sus tacones resonando sobre el pavimento al ritmo de furiosos pisotones.

Decidió que lo mejor que podía hacer era dimitir. El lunes por la mañana a primera hora renunciaría formalmente, le daría los quince días de rigor, y contendría la ira lo suficiente como para pedirle una carta de recomendación. Sí, eso sería lo más sensato.

«No, no lo es», dijo una vocecita en su cabeza.

Dimitir no era lo más sensato. Ganaba más de siete libras al mes. ¿Dónde diablos iba a conseguir esa cantidad de dinero? Hombres como Marlowe, que creyeran que una mujer debía tener el mismo sueldo que un hombre, eran tan difíciles de encontrar como los unicornios. Ella tenía un pequeño y confortable apartamento en un barrio respetable, la estabilidad de un puesto de trabajo fijo, y una libreta de ahorros en el banco que le pagaba un interés anual del tres por ciento, su protección contra la pobreza cuando fuera demasiado vieja para trabajar.

Emma volvió a detenerse y se apoyó en la barandilla de metal que rodeaba el Royal Music Hall. Suspiró. Había ocasiones, como aquélla, en las que ser sensata era una maldición. Se quedó allí durante unos minutos sin saber qué hacer, vacilando de un modo que habría puesto furioso a su estricto padre.

Uno no debería ser sensato todo el tiempo. Seguro que había veces en que había que dejarse llevar por el impulso y actuar sin pensar, pero Emma no podía recordar ninguna ocasión en que lo hubiera hecho. Cuánto desearía ser capaz de ello.

Se apartó de la barandilla y se acercó a la esquina, dispuesta a coger el primer ómnibus que pasara. Por primera vez en su vida no iba a ganar el sentido común. Iba a ir a Mayfair y se compraría el abanico de plumas de pavo real sin importarle el precio. Tenía derecho a sentirse bella y exótica el día de su cumpleaños.

Al entrar en la tienda de antigüedades y curiosidades Dobbs, la campanilla la asustó, pero el señor Dobbs no se dio ni cuenta. Estaba ocupadísimo atendiendo a un grupo de jóvenes damas que estaban ante el mostrador principal.

Emma se quedó paralizada. Una de las muchachas, pequeña, rubia y con un vestido de seda rosa, estaba sujetando el abanico. Su abanico.

Se lo mostró a sus amigas.

—¿Creéis que me quedará bien para el baile de Wallingford? —preguntó, riéndose y haciendo una reverencia.

Emma estaba a punto de gritar. Dio un paso hacia adelante, y luego se detuvo. A no ser que le arrancara a la joven el abanico de la mano, no podía hacer nada, aparte de esperar.

Corno un grupo de preciosas mariposas, las chicas se deslizaron por la tienda, con sus bonitos vestidos color pastel, tocando una a una el abanico, mientras ella seguía de pie junto a la puerta, con los dedos cruzados a la espalda y rezando para que lo dejaran. Las oyó hablar del baile al que iban a asistir, de sus pretendientes, de lo llenos que estarían sus cuadernos de baile.

—Bueno, ¿debería quedármelo o no? —preguntó la rubia levantando la voz para que sus amigas pudieran oírla por encima de su cháchara. Todas coincidieron en que las plumas de pavo real combinaban a la perfección con el vestido de seda turquesa que iba a estrenar para el baile.

Con una horrible sensación en el estómago, Emma vio cómo la chica lo compraba. Sabía que su reacción era exagerada, y trató de tranquilizarse. Era sólo un abanico, se dijo a sí misma, y tenía más sentido que se lo quedara aquella joven dama que ella. Si se lo hubiera comprado, no habría sabido qué hacer con él. Colgarlo en la pared, probablemente, donde se limitaría a acumular polvo.

«Esta chica está viviendo su primavera», se dijo Emma. Un momento de su vida en que un abanico de plumas es algo vital, una época llena de fiestas, bailes y romances, de esperanzas y sueños, y de planes para el futuro... un futuro lleno de alegría y posibilidades.

Su primavera en cambio ya había pasado hacía años, si es que alguna vez había llegado a existir.

La mente de Emma retrocedió doce años. Se acordó de cuando tenía dieciocho, diecinueve, veinte; de lo enamorada que estaba del señor Parker y de lo ansiosa que estaba por descubrir si él sentía lo mismo. Se acordó de lo mucho que había deseado que se le declarara, y de que nunca lo hizo. Y de que lo vio casarse con otra.

En esa época, la tía Lydia se había puesto enferma. Emma recordó los cinco años que se había pasado cuidándola, rezando para que mejorara, para al final verla morir y enterrarla.

Y ahora estaba con lord Marlowe, que nunca había tenido la más mínima intención de publicar ninguno de sus libros, que ni siquiera se los había leído. Cinco años llenos de esperanza y duro esfuerzo, tecleando como una esclava cada noche, y todo para nada.

Aquella era la tónica de su vida. Se había pasado la juventud esperando y deseando cosas que nunca habían sucedido. Ahora tenía treinta años.

El grupo de jóvenes damas se encaminó hacia la puerta. Emma se hizo a un lado, miró cómo aquel absurdo y extravagante abanico salía con su nueva propietaria, y algo se le rompió por dentro.

«Demasiado tarde», se dijo. Había perdido un montón de años haciendo a un lado lo que quería y ahora ya era demasiado tarde.

Con ese pensamiento, todas las emociones que había estado intentando controlar desde que se había ido de la editorial la sacudieron como un vendaval. Se llevó una mano enguantada a la boca para tratar de mantener la compostura, pero fue en vano. Como una presa al romperse, toda la rabia y la tristeza la inundaron. Y, para empeorar las cosas, Emma empezó a llorar.

Capítulo 4

Los hombres siempre se preguntan por que las mujeres no nos comportamos de un modo racional. Lo que en realidad no entienden es que sí lo hacemos.

Señora BARTLEBY
Ensayo sobre el matrimonio, 1892

En lo que se refería a su familia, Harry se consideraba bastante tolerante, pero por Dios santo, todo tenía un límite. Sus hermanas se habían pasado los últimos cuatro días aprovechando cualquier ocasión, por pequeña que fuera, para hacer campaña sobre los encantos de sus invitadas. Y ya no podía más. No podía soportar ni una mirada más de adoración de Melanie, ni el mediocre talento musical de Nan, ni la actitud «cazamaridos» de Felicity; y la estúpida conversación de Florence no sólo amenazaba con hacerle perder el sentido del humor, sino también la cordura.

El lunes por la mañana, cuando le informaron de que sus invitadas iban a acompañarlos a la fiesta de inauguración del yate de Rathbourne, y comprendió que iba a estar atrapado con ellas en un lugar cerrado sin posibilidades de huir, Harry supo que había llegado el momento de hacer algo. Pero no sabía qué.

No podía mandarlas de regreso con Dillmouth. Eso haría llorar a su madre, una perspectiva espantosa. En cuanto a sus hermanas, se limitarían a buscar nuevas candidatas que tal vez serían incluso peores. La vida social de su familia volvería a caer en picado, ya que Dillmouth no perdonaría que despreciaran a sus hijas y a sus sobrinas. En resumen, estaba hecho un lío, y Harry siempre intentaba evitarlos por todos los medios.

Desafortunadamente, los líos no siempre evitaban a Harry. Hizo una parada en sus oficinas para firmar los contratos de Halliday antes de seguir su camino hacia la fiesta de Rathbourne. Y entonces sus planes se fueron al traste, su día se convirtió en un infierno y Harry descubrió lo que era de verdad estar metido en un problema.

Todo empezó con el señor Tremayne, el encargado del periódico. Éste era un hombre de cara rubicunda, capaz de solucionar cualquier crisis sin alterarse. Ese día no era así. Cuando Harry llegó, estaba esperándolo frente a las puertas del edificio y por su expresión ya vio que algo andaba mal.

—Por Dios santo, Tremayne, ¿qué pasa? Parece que se haya muerto alguien.

—No tengo la plantilla de tareas diarias que prepara siempre la señorita Dove.

—¿Aún no se la ha mandado? —preguntó él sorprendido mientras atravesaba el vestíbulo y las salas donde los mecanógrafos tecleaban a toda velocidad.

El otro hombre seguía sus pasos.

—La señorita Dove no está.

—¿Qué? —Harry se detuvo en seco en mitad de la escalera y buscó su reloj—. Eso es imposible. Son las diez y media. La señorita Dove tiene que estar en algún sitio. Búsquenla.

—El señor Marsden..., el de recepción, ya sabe... —y señaló hacia el extremo opuesto del vestíbulo—, dice que la señorita Dove hoy aún no ha llegado.

—Lo más probable es que no la haya visto entrar, seguro. —Despreocupado, se guardó de nuevo el reloj en el bolsillo y siguió subiendo.

—Sí, milord —contestó Tremayne, siguiéndolo hasta el tercer piso—. Yo también lo creí así. Mandé a mi secretario a investigar, pero cuando Carter subió vio que ni el sombrero ni el abrigo de la señorita Dove estaban en el colgador que hay fuera de su despacho. La hemos buscado por el edificio, pero no está por ningún lado. Tal vez esté enferma.

—La señorita Dove nunca está enferma. Eso es un hecho empírico, Tremayne, tan cierto como las leyes de la gravedad y que el Sol sale y se pone cada día.

Los dos hombres entraron en las oficinas de Harry y se detuvieron junto al escritorio de la señorita Dove. El vizconde vio que no había nada encima, excepto un tintero justo en el centro de la superficie. La máquina de escribir tenía aún puesta la funda de piel. El colgador estaba vacío.

—¿Lo ve, milord? —El señor Tremayne abrió los brazos—. Es como si nunca hubiera estado aquí.

—De acuerdo, dígame a Marsden que la llame y averigüe por qué no ha venido.

—No creo que la señorita Dove tenga teléfono —contestó el hombre indeciso—. Y, aunque lo tuviera, dudo que Marsden supiera el número. —Hizo una pausa y carraspeó—. Milord, ¿qué hago? Necesito esa plantilla.

Antes de que Harry pudiera dar una respuesta, la puerta se abrió y el señor Finch, el encargado de la división de libros, entró en la estancia.

—Milord, señor Tremayne —los saludó a ambos, y luego miró hacia el escritorio vacío—. ¿Ha ido la señorita Dove a hacer algún recado?

—Esta mañana mi secretaria aún no ha llegado, señor Finch —le informó Harry.

El hombre se quedó sorprendido, reacción que Harry compartía completamente.

—Milord, la señorita Dove es siempre la primera en llegar.

—Al parecer, hoy no. Deduzco que usted también necesita algo.

—Así es. Necesito el catálogo de libros para el año próximo. La señorita Dove lo actualiza cada mes. Es la mejor asegurándose de que todos los autores cumplen con las fechas de entrega, ¿sabe?

—¿De verdad necesita...?

La puerta volvió a abrirse, interrumpiendo así la pregunta de lord Marlowe, y entró el señor Marsden.

—Hay un recadero de Ledbetter & Ghent, milord. Dice que ha venido a recoger unos contratos firmados.

—¡Maldición! —Harry volvió a mirar el escritorio de su por el momento desaparecida secretaria, pero allí no había ningún papel. Se suponía que la señorita Dove iba a leer los contratos durante el fin de semana para que él pudiera firmarlos el lunes por la mañana—. Aguarden aquí —les dijo a los hombres antes de entrar en su despacho. Como había supuesto, encima de su mesa había un impecable montón de papeles. Y sobre ellos, un sobre con su nombre escrito en él de puño y letra de la señorita Dove.

Aliviado tras haber encontrado los importantes contratos, Harry dejó a un lado el sobre y repasó los documentos en busca de los espacios donde tenía que firmar. Lo hizo, y luego regresó

a la oficina que precedía la suya. Dejó una copia encima del escritorio de la señorita Dove para que luego ella la repasara y archivara, y le entregó la otra a Marsden.

—Déle esto al recadero de Ledbetter —le dijo, y volvió a centrar su atención en los otros dos.

El señor Tremayne fue el primero en hablar.

—Milord, antes de las tres tengo que dejar listas para imprimir las cinco ediciones de la noche. No puedo hacerlo sin esa plantilla.

Harry se frotó la cara con las manos, tratando de encontrar una solución.

—Tal vez esté en su escritorio. Busque por los cajones a ver si la encuentra.

—¿Y qué me dice de mi catálogo? —preguntó Finch—. Si algún autor se está retrasando, cosa más que probable, necesito saberlo con tiempo.

—Sí, entiendo, pero ¿realmente necesita saberlo ahora? ¿No puede esperar? ir Finch procedió a explicarle con todo lujo de detalles los motivos por los que no podía hacerlo. A mitad del discurso, la puerta volvió a abrirse, y entró lady Diana.

—Harry, hace una eternidad que te esperamos. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—No está aquí —dijo el señor Tremayne, cerrando el último cajón del escritorio—. He mirado en todos los rincones.

—Milord —interrumpió Finch—, se supone que tengo que reunirme con mis editores dentro de un cuarto de hora.

—Harry —insistió—, el yate de Edmund zarpará a las once. Si no te das prisa, nos perderemos la fiesta.

—¡Basta! —gritó él por encima de todos, y procedió a centrarse primero en Tremayne—. Hubo una época en la que sacábamos a tiempo las ediciones sin ayuda de la señorita Dove. Estoy seguro de que puede seguir haciéndolo sin ella. Vuelva abajo y encuentre el modo de organizar esas ediciones. No me importa cómo diablos lo haga, pero hágalo. —Luego se dirigió al otro—. Señor Finch, no le hace falta tener el catálogo actualizado hoy mismo, así que regrese a su despacho y posponga la reunión. Y que uno de ustedes haga el favor de localizar a la señorita Dove.

Cuando los dos hombres se hubieron ido, su hermana entró en acción.

—¿Has perdido a la señorita Dove?

—Eso parece.

—Qué raro. No es nada típico de ella. Espero que no le haya pasado nada malo. ¿Ha desaparecido sin decir ni una palabra?

—No. Al menos no nada que... —Harry se interrumpió al recordar la carta que había en su escritorio—. Un momento, tal vez sí ha dicho algo.

Entró en su despacho y cogió la carta de encima de la mesa. El mensaje era claro, conciso y completamente imposible de creer.

—¿Qué diablos? —Harry releyó la misiva, pero no había confusión posible en aquellas cinco líneas mecanografiadas. La firma era manuscrita y estaba justo debajo del párrafo.

—¿Qué pasa?

Levantó la vista y vio que su hermana estaba de pie en el umbral de la puerta.

—Ha dimitido —contestó, incapaz de dar crédito a lo que decía a pesar de que sus labios estaban pronunciando las palabras—. La señorita Dove ha dimitido.

—¿En serio? Déjame ver. —Diana atravesó el despacho, cogió la carta de manos de él y la leyó. Luego lo miró y sonrió, cosa que irritó a Harry—. Pareces sorprendido, hermanito.

—Por supuesto que estoy sorprendido. ¿Acaso no debería estarlo?

—Bueno, Harry, no es que quiera criticarte, pero a mí no me gustaría nada trabajar para ti.

—La señorita Dove jamás se ha quejado.

—Pues, por lo visto, se sentía lo bastante infeliz como para dimitir.

—¿Y qué tiene que ver la felicidad con todo esto? No le pago para que sea feliz. —Recuperó la carta de un manotazo—. Cuando vino aquí por primera vez fue para solicitar un puesto de mecanógrafa. Le hice un favor al convertirla en mi secretaria. Contraté a una mujer, a una mujer sin experiencia, como secretaria personal. Y le pago un sueldo mucho mayor del que conseguirá en ninguna otra parte. Puede ser feliz en sus ratos libres.

—La contrataste para demostrar en la Cámara que tenía razón —le recordó Diana—. ¿O es que ya no te acuerdas? Según tu radical idea, el problema del exceso de mujeres como carga pasiva de la sociedad podría solucionarse si mis compañeras de sexo tuvieran acceso a los mismos trabajos que los hombres, y así vosotros no tendríais que casaros y mantenernos. Una idea absurda.

—No es absurda. Es una idea completamente lógica y...

—¿Y sabes por qué lo hiciste? —prosiguió su hermana como si él no hubiera abierto la boca—. Pues porque eres un cínico y no crees en el matrimonio.

—¡No soy un cínico! —replicó él antes de recordar que se había jurado no hablar con Diana sobre eso. Volvió al tema que los ocupaba—. Lo que ahora importa es que le di a la señorita Dove una oportunidad única. La escogí al azar entre multitud de candidatos. Y, tras cinco años de satisfactoria relación profesional, va y dimite. —Harry empezaba a ponerse nervioso—. ¿Cómo ha podido hacerme esto después de todo lo que he hecho por ella? ¿Dónde está su sentido de la lealtad?

—La verdad es que no veo dónde está el problema. Búscate otra secretaria. Seguro que te será muy fácil. Llama a una agencia o algo por el estilo.

—No tengo intención de contratar a otra secretaria o secretario. Estoy muy satisfecho con la que tengo.

—Tenías —lo corrigió su hermana—. Ha dimitido.

—Me niego a aceptar su renuncia, y así se lo diré cuando la encuentre. No voy a permitir que me abandone.

—¿Vas a obligarla a que se quede? Con esa actitud seguro que la convences.

Harry miró a Diana, que seguía sonriendo.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Dado que soy incapaz de imaginarme a ninguna mujer queriendo trabajar para ti, no, no se me ocurre nada. Pero tal vez deberías empezar por preguntarte por qué se ha ido. Tiene que haber algún motivo para que lo haya hecho sin avisar.

—¿Motivo? —Eso lo hizo dudar. Se calló unos segundos y pensó un poco—. Rechacé su último manuscrito.

—Pero eso ya lo habías hecho antes, ¿no es así?

—Sí, pero esta vez me pareció que se lo tomaba peor. Esperaré un par de días y luego iré a verla. Así dará tiempo a que se le pase el enfado.

—Si es que ha dimitido por ese motivo.

Harry no le hizo caso y siguió con su razonamiento:

—Es una mujer muy sensata —dijo, golpeándose una mano con la carta mientras hablaba—. Incapaz de hacer nada tan irracional o impetuoso como esto. Dos días bastarán para que se dé

cuenta de que ha cometido un error. Seguro que se alegrará de que vuelva a ofrecerle el puesto. Me dará las gracias por permitirle enmendar su error.

—¿Que te dará las gracias?

—Le diré que no le guardo rencor, le ofreceré un aumento de sueldo, y todo quedará olvidado.

Diana soltó una carcajada. Dio media vuelta y se dirigió hacia la salida.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Prométeme que me contarás cómo termina todo esto. —Cogió el picaporte—. Deduzco que no vienes a la fiesta de Edmund. —Sin esperar una respuesta, Diana lo dejó allí y se fue, cerrando la puerta tras ella.



Emma se obligó a mantener la calma. Se cogió las manos por encima del manuscrito de la señora Bartleby que descansaba en su regazo para así no tocarse el pelo, y trató de no pensar que todo su futuro dependía de lo que sucediera en aquella cita.

No se podía decir que fuera la decisión más conservadora. Ni tampoco la más sensata. Pero estaba harta de ser conservadora y sensata.

Dos días atrás se había desmoronado en la tienda de la calle Regent. Y después de pasarse la noche de su trigésimo cumpleaños llorando, abrazada a *Señor Gorrión*, había decidido cambiar de vida. El domingo por la mañana se había puesto manos a la obra. Después de misa y de varias plegarias pidiendo ayuda al Altísimo, había decidido ir a la editorial para escribir su carta de dimisión y dejarla encima del escritorio de Marlowe.

Sabía que estaba mal no avisarle con antelación, pero los quince días reglamentarios que debería pasar en la oficina le darían demasiado tiempo para cuestionarse su decisión y que tuviese tentaciones de cambiar de opinión; Marlowe acabaría consiguiendo que se quedara. Ahora por fin era lunes, él habría recibido ya la carta, y ella no podía dar marcha atrás.

Era el amanecer de un nuevo día y de una nueva Emma Dove. Jamás volvería a quedarse sentada viendo pasar la vida a su alrededor. A partir de ese momento, iba a perseguir sus sueños, y no permitiría que se le escaparan de las manos.

Jamás había estado tan asustada.

—¿Señorita Dove?

Levantó la vista. El conserje que la había recibido estaba de pie ante ella.

—Sígame, por favor.

Emma se puso en pie y trató de controlar los retortijones que sentía en el estómago. Con una mano sujetando los manuscritos, lo siguió por la escalera hasta la primera planta, donde otro hombre, un secretario, la esperaba tras su escritorio. Señaló una puerta que había a su espalda.

—Puede pasar, señorita.

Ella se quedó mirando la entrada un instante, y luego inspiró hondo y pasó junto al secretario para entrar en una oficina con muebles tan caros como los de Marlowe, pero a diferencia de la de él, no parecía ser un auténtico lugar de trabajo.

—¿Señorita Dove? hombre muy alto y muy, muy atractivo se levantó y salió de detrás de la mesa con una sonrisa en los labios—. Es un placer poder conocerla al fin.

—¿Al fin, milord? —Observó aturdida cómo él inclinaba la cabeza y le besaba la mano.

—Toda la calle Fleet ha oído hablar de la excepcional secretaria de Marlowe. Sé muchas cosas sobre usted, señorita Dove —añadió sin soltarla—, y todo cosas buenas.

El asombro de Emma crecía por momentos.

—Ojalá pudiera decir lo mismo, milord —murmuró—. También yo he oído hablar mucho de usted a lord Marlowe, pero de manera no muy halagadora.

Lord Barringer echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—De eso estoy seguro.

Capítulo 5

En lo que atañe a las mujeres, un caballero tie-ne que aprender a esperar lo inesperado. Pues es lo que suele ocurrir.

**Lord MARLOWE;
Guía para solteros, 1893**

El apartamento de la señorita Dove estaba en el barrio de Holborn, donde una serie de edificios configuraban un barrio muy respetable, a lo largo de la calle Little Russell. Harry se detuvo frente al número 32, una construcción de ladrillo rojizo con cortinas de encaje. Un pequeño letrero pintado a mano anunciaba en una de las ventanas que había un apartamento libre para alquilar, pero sólo disponible para «mujeres de buena reputación». Un par de tiestos con geranios flanqueaban la puerta pintada de verde, cuyo picaporte resplandecía a la luz del sol del atardecer.

«Justo el tipo de casa donde viviría un dechado de virtudes como la señorita Dove», pensó Harry al entrar. El vestíbulo era un poco oscuro comparado con la tarde tan luminosa, pero el agradable aroma a limón hablaba de limpieza. Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, pudo distinguir un salón a su izquierda, y a su derecha, el comienzo de una escalera con un pasamanos metálico que conducía a una especie de rellano donde había un enorme escritorio de roble. Detrás, en la pared, unos cubículos numerados contenían mensajes para las inquilinas.

Ni la casera ni ningún miembro del servicio de la casa parecían rondar por allí, pero Harry no necesitaba ayuda. Buscó el número del apartamento de la señorita Dove en el casillero, y luego subió hasta la cuarta planta, donde los apartamentos 11 y 12 estaban frente por frente, y había un tramo más de escalera que conducía al piso superior.

Detrás de la puerta número 12, pudo oír teclear una máquina de escribir. Cuando llamó a la puerta, el sonido se detuvo, y segundos más tarde Emma le abrió.

—¡Lord Marlowe! —Parecía sorprendida de verlo, aunque él no entendía por qué. Seguro que era consciente de las consecuencias de su repentino abandono. Y si ella no comprendía el alcance de los problemas que había causado su ausencia, Harry desde luego sí lo hacía. A lo largo del día, el goteo de miembros de su plantilla en su despacho había sido constante; reclamando informes, guías, horarios y todo tipo de cosas que solía hacer la señorita Dove y que Harry ni siquiera sabía que existían, pero que al parecer eran imprescindibles para que todo pudiera funcionar. Al principio, había tenido intención de aguardar un par de días antes de ir a verla, pero tras ocho horas sin ella, había visto claro que no podía esperar tanto. Necesitaba que volviera a su puesto de trabajo al día siguiente mismo, a primera hora, o habría un motín en el periódico.

Se quitó el sombrero y la saludó.

—Señorita Dove.

—¿Qué está haciendo aquí? —Tiró del reloj que llevaba colgando de la camisa blanca—. Son las seis y media. ¿Tan pronto ha terminado la fiesta de lord Rathbourne?

—No he ido. —Levantó su carta de dimisión—. Mi secretaria ha dimitido. Y por su culpa mis oficinas están hechas un caos, las ediciones de la noche van a salir tarde, y he perdido el barco, esto último es un decir, claro.

—Lamento oír eso.

Pero no parecía lamentarlo lo más mínimo. Parecía... maldita fuera, parecía contenta. Una comisura del labio se le levantaba unos milímetros, como si estuviera disfrutando de ver que tenía problemas. Harry pensó en el día tan horrible que, tanto él como sus empleados, habían vivido, y no le vio la gracia.

—Veo que disfruta viendo lo mal que lo hemos pasado con su ausencia, señorita Dove.

—Ni mucho menos —respondió ella de manera automática y mintiendo de nuevo. Se veía a las claras lo contenta que estaba.

—Pues debería alegrarse —dijo él mientras se guardaba la carta en el bolsillo de la chaqueta—. Todos mis directivos se han pasado el día corriendo como conejos asustados al ver que usted no estaba.

—Pero usted no, de eso no tengo ninguna duda.

—Yo estaba demasiado atónito como para asustarme. Su dimisión ha sido de lo más inesperada.

—¿En serio? —El brillo de satisfacción desapareció de su mirada, y fue sustituido por una especie de dura determinación.

—Sí. —Señaló hacia el interior de su piso—. ¿Puedo entrar para discutir el tema con usted un momento?

—Es una dimisión sin más. ¿Qué quiere discutir?

—Después de cinco años, ¿no me merezco siquiera la cortesía de poder hablarlo con usted?

Ella dudó un instante, aquella falta de entusiasmo no auguraba nada bueno. Tal vez se había precipitado al ir a verla, tal vez debería haberle dado más tiempo para pensar en las consecuencias de lo que había hecho, pero ahora ya no había marcha atrás.

—¿Le han visto entrar? —preguntó la joven, mirando tras él—. ¿Mi casera? ¿Algún sirviente?

—No. —Harry recordó el letrero de la ventana y entendió por qué le preguntaba esas cosas, pero a él le importaba mucho más recuperar a su secretaria, que lo que pudiera pensar nadie, y mucho menos una casera histérica o unos sirvientes chismosos—. No me ha visto nadie, señorita Dove. Pero si me quedo en el pasillo más rato, alguien terminará por hacerlo.

Emma abrió la puerta para que pudiera entrar.

—Está bien. Puede pasar, pero sólo un momento, y cuando se vaya asegúrese de que nadie lo vea. No quiero que piensen... piensen cosas.

El piso de su secretaria lo sorprendió, pues era distinto de cualquier otro que hubiera visto jamás. Por decirlo de alguna manera, era poco convencional, y con detalles muy exóticos. Había botes dorados llenos de incienso encima de la mesa, una caldera de cobre con carbón, una cesta redonda repleta de almohadones y una alfombra turca sobre el suelo. Había también dos mullidos sofás de terciopelo color crema alrededor de una otomana de piel que por lo visto hacía las veces de mesilla de té, ya que encima de ella había una tetera de esmalte.

Unas cortinas de brocado de color bronce flanqueaban dos ventanales por los que entraba la luz del atardecer. Entre ambas ventanas había una vitrina de cristal, en la que la señorita Dove

tenía muchos libros alineados, y una cajonera marrón oscuro, con infinidad de compartimentos secretos. En el otro extremo de la habitación, una pesada puerta de roble macizo conducía a la otra estancia del apartamento. Junto a ella, se abría el balcón que daba paso a la escalera de incendios, y se veía una mesita con una máquina de escribir. Los dos espacios del pequeño salón estaban divididos por un biombo de madera pintada. Aunque era un piso pequeño, se tenía la sensación de estar rodeado de un suntuoso confort, y no era en absoluto el tipo de casa que se había imaginado que tendría la nada dada a excentricidades señorita Dove.

Algo le rozó la pierna y, al bajar la vista, vio un enorme gato pegado a sus pies. Estaba demasiado gordo como para poder pasar entre sus tobillos, así que dio la vuelta a su alrededor y se restregó contra sus piernas. Seguro que los pantalones de lana gris iban a quedarle llenos de pelo naranja.

Harry lo miró resignado.

—Tiene un gato.

—*Señor Gorrión*.

Se sentó en una butaca y le indicó que hiciera lo mismo.

Harry lo hizo y, justo cuando dejó el sombrero a un lado, el enorme gato le saltó sobre las rodillas. Sorprendido de que un animal tan obeso pudiera saltar, observó atónito cómo ronroneaba en su regazo.

—Le gusta —comentó la señorita Dove sorprendida.

—Sí —respondió él con pesar. Aunque él los detestaba, hacía tiempo que había asumido que los gatos lo adoraban. El motivo era, claro está, que éstos y Dios tenían el mismo pésimo sentido del humor. Cuando el animal le clavó las garras para restregarse con abandono, apretó la mandíbula y lo soportó con dignidad—. ¿*Señor Gorrión*? No me extraña que lo haya llamado así, señorita Dove. De este modo, ambos tienen nombre de pájaro.*

—Sí, pero no fue por eso por lo que lo bauticé así. Lo hice porque le gusta perseguir a los gorriónes que hay en el tejado. Siempre lo ha hecho, desde que era un cachorro. Cuando caza uno, baja por la escalera de incendios y me lo trae.

—Qué detalle. —Qué criaturas tan sanguinarias eran realmente los gatos. Trató de relajarse—. A juzgar por su aspecto, se diría que come muchos de esos pájaros.

—¿Está insinuando que mi gato está gordo?

—En absoluto —mintió él, y decidió que había llegado el momento de cambiar de tema—. Señorita Dove —empezó, empujando al terror de los tejados hacia el suelo—, he venido a ofrecerle la pipa de la paz. Sé que está enfadada porque rechacé su manuscrito, pero usted sabe que un editor debe fiarse de sus instintos.

—Por supuesto.

—No puedo publicar algo que creo que no dará beneficios. —Le sonrió con amabilidad—. Sería un mal hombre de negocios si tomara decisiones tan poco acertadas.

—Sin duda.

Se hizo un gran silencio, y Harry tuvo la sensación de que estaba empujando una carga muy pesada cuesta arriba, pero perseveró.

—Puedo entender que esté dolida, y tal vez incluso un poco desanimada, pero seguro que eso no justifica que haya dejado su trabajo.

* En inglés, dove significa «paloma». (N. de la t.)

—Es impresionante lo bien que comprende mis sentimientos.

Harry decidió cambiar de táctica.

—¿Qué va a hacer ahora? ¿Adonde irá? Los trabajos respetables, en especial para mujeres, no son tan fáciles de encontrar. —Señaló a su alrededor—. Estoy convencido de que en todo Londres nadie le pagará lo bastante como para poder seguir viviendo aquí.

—Milord...

—Pero incluso en el caso de que consiga otro trabajo con un sueldo similar, ¿qué pasará cuando vea que no le gusta? ¿O cuando su jefe no la trate bien? —fungió preocupación—. El mundo puede ser un lugar muy peligroso para una mujer sola, señorita Dove. ¿Qué pasará con usted? Sin mí, su futuro es incierto, y lo sabe.

—Es muy amable por su parte preocuparse tanto por mi futuro. —El tono sarcástico de su voz se iba acentuando por momentos.

—Si no regresa, lo que me preocupará será el futuro de ambos —respondió él—. Y también el de mis empleados. Ellos la necesitan tanto como yo.

Emma le sonrió.

—No hace falta que ni usted ni nadie en Marlowe Publishing se preocupe por mí o mi futuro. Verá, ya he encontrado un nuevo trabajo.

De la sorpresa, se sentó erguido de golpe en el sofá.

—¿Qué? ¿Tan pronto?

—Sí. Voy a trabajar para lord Barringer.

—¿Barringer? —Harry no daba crédito a lo que estaba oyendo—. ¿Ese pomposo y egocéntrico hipócrita?

La sonrisa de la muchacha se ensanchó hasta convertirse en la viva imagen de la satisfacción.

—El mismo.

Él sacudió la cabeza, convencido de que lo que estaba diciendo era imposible.

—¿Que Barringer ha contratado a una mujer como secretaria? No me lo creo.

—No me ha contratado como secretaria. Va a publicar mis escritos.

Harry se echó a reír. No lo pudo evitar; la idea era completamente absurda.

Como era de esperar, a ella no le pareció tan gracioso. Dejó de sonreír, entrecerró los ojos, y él se serenó de golpe.

—Disculpe. Me temo que ha malinterpretado por qué me he reído, señorita Dove. Lo he hecho por la ironía de la situación.

—¿Ironía?

—Sí. Debo contarle la verdad sobre Barringer. Aunque sea conde, y dé muestras de ser un caballero, en realidad no lo es. Y aunque parece muy distinguido y muy correcto, en su vida privada es todo lo contrario. Que Barringer publique un libro de etiqueta es como si el diablo diera una charla sobre moral.

Ni una sonrisa, ni la más mínima apreciación de la ironía asomaron al rostro de la muchacha, que dijo muy seria:

—Y como en cambio su vida privada es todo un ejemplo, seguro que no sería irónico que fuera usted quien publicara libros de etiqueta. —No le dio la oportunidad de responder—. En cualquier caso, lord Barringer no va a publicar mi libro. Escribiré para él una columna cada semana, que se publicará en el *Social Gazette*. Y, aunque, claro está, la etiqueta tendrá un peso importante, no es de lo único de lo que voy a hablar.

Antes de que pudiera terminar, Harry ya había deducido lo que Barringer pretendía.

—La ha contratado para restregármelo por las narices, y nada más. Me odia, y como sabe cuánto dependo de usted, disfruta con la idea de robarme a mi secretaria. Una columna semanal le dará la posibilidad de revivir esa sensación de triunfo cada siete días.

—¿No se le ha ocurrido pensar que tal vez esto no tenga nada que ver con usted? ¿Que quizá baya decidido publicar mis artículos porque crea que son buenos?

—Barringer no reconocería un buen escritor aunque le mordiera el trasero. Estudió en Oxford.

Eso a ella tampoco le hizo gracia.

—No me sorprende que se burle de la capacidad de Barringer para distinguir a un buen escritor. Pero ¡lo que no entiendo es que ataque mis libros cuando ni siquiera los ha leído!

Harry tenía la sensación de que cada vez se estaba hundiendo más, pero no iba a mentirle acerca de sus textos para salirse con la suya.

—He leído lo suficiente como para saber que no estaba interesado en publicarlos.

Ella se puso en pie, dando por terminada la conversación.

—Entonces, no le importará si al final lord Barringer lo hace.

—Eso no es lo que me preocupa. —También se levantó—. Lo que me preocupa es perder a mi secretaria, una secretaria que no tenía experiencia, ni referencias, ni siquiera una carta de recomendación cuando la contraté, pero a la que le di una oportunidad.

Ella suspiró indignada.

—Qué generoso por su parte.

—Pues ¡claro que fui generoso! ¿Quién más la habría contratado? ¿Quién le habría pagado el mismo sueldo que a un hombre? ¿Quién le habría dado una paga extra por Navidad y las tardes de los sábados libres? Nadie. Barringer no, de eso puede estar segura.

—¡Y a cambio de su generosidad, yo cumplí con mi deber con creces durante cinco años! No puede quejarse de nada.

—¿De nada? Ha dimitido sin siquiera darme una oportunidad, sin comentarme que no estaba satisfecha con su puesto, sin decirme nada sobre su malestar. Ha aceptado una oferta de mi más acérrimo competidor, un hombre que me odia y que se muere de ganas de sonsacarle información confidencial sobre mí.

—¡Nadie va a sonsacarme nada, eso puedo asegurárselo!

—Y —prosiguió él, haciendo caso omiso de lo que ella decía— usted ha cometido este acto de deslealtad sin observar las más mínimas normas de etiqueta, que dictan que, como mínimo, me tenía que avisar con antelación.

Por primera vez, la señorita Dove tuvo el detalle de parecer avergonzada. Y con motivo.

—Lamento no haber podido avisarle antes. —Se dio media vuelta y se alejó de él—. Lo único que puedo decir —añadió de espaldas y mirando por la ventana— es que tomé la decisión con el absoluto convencimiento de que no tendría ningún problema en encontrarme sustituto.

—¿Un sustituto para usted? ¿Es que aún no ha entendido a qué he venido? ¿No se lo he dejado lo bastante claro? No quiero sustituirla. Quiero que usted abandone para siempre todas esas tonterías sobre escribir libros de etiqueta y que vuelva a trabajar para mí, que es donde tiene que estar.

—¡Escribir libros de etiqueta no es ninguna tontería! —Se volvió con la barbilla levantada. El sol se reflejaba en su melena—. Y, dado que usted está siendo tan sincero, yo haré lo mismo. Lo que escribo es importante y útil, y no permitiré que siga ofendiéndome. ¡Y en lo que se refiere a

que tengo que volver con usted, deje que le diga que estoy harta! Me he comportado como una trabajadora leal y de confianza, he hecho todo lo que se esperaba de mí y mucho más, y, a cambio, lo único que he recibido ha sido más trabajo.

—Y un sueldo muy generoso —contraatacó él.

Ella lo ignoró.

—Usted me encargaba trabajo tras trabajo, y nunca podía dedicar ni un minuto a hablar conmigo de mis escritos; se ha aprovechado de mí tanto como ha podido. ¡Si incluso me mandaba a comprar los regalos para sus amantes!

—Se lo pedí, jamás se lo exigí. Y si eso la molestaba tanto, debería habérmelo dicho.

—Jamás me ha valorado, ni a mí ni nada de lo que he hecho por Marlowe Publishing —siguió como si él no hubiera dicho nada—. Siempre ha creído que me tenía segura. Pues bien, ¡ya estoy harta!

La frustración de Harry desapareció para dar paso a la sorpresa a medida que escuchaba las críticas que ella le dedicaba. Jamás la había visto enfadada, ni exteriorizando ninguna otra emoción. Aquélla no era la señorita Dove que él conocía. No era la complaciente secretaria que se había plantado frente a él una docena de veces cada día durante los últimos cinco años, dispuesta a seguir sus instrucciones y a obedecer sus órdenes con una sonrisa y sin rechistar. Aquélla no era la señorita Dove que siempre se comportaba con eficiencia, exactitud y decoro. Era otra persona, alguien a quien no conocía.

Se quedó mirándola, y algo en el modo en que ella permanecía allí quieta, en cómo los rayos del sol bañaban su figura, llamó su atención.

—Señorita Dove —dijo sorprendido—, es usted pelirroja.

—¿Qué? —Parpadeó—. ¿Qué ha dicho?

—Es pelirroja. Jamás me había dado cuenta. Siempre he creído que era castaña, pero no es así. A la luz del sol se ve claramente que es pelirroja.

Ella frunció el cejo y lo fulminó con la mirada.

—Ya sé de qué color tengo el pelo, gracias. ¿Y qué diablos tiene eso que ver con nada?

Había conseguido hacerla enfadar aún más.

—Tranquila, no hay para tanto —intentó calmarla—. Hay gente a la que no le gusta ser pelirroja, lo sé, pero no se preocupe. Su tono no es demasiado rojizo, más bien parece marrón, pero cuando está bajo la luz del sol, se vuelve como de cobre fundido. Es como... —Se detuvo. Tenía la sensación de haber descubierto algo extraordinario—. Es precioso.

A ella no le gustó el cumplido. De hecho, fue como si la hubiera insultado.

—¡Oh! —exclamó, apretando los puños a los costados—. ¡Es usted el hombre más manipulador que he conocido jamás! Y el más falso.

—¡Falso! ¿Es que no me cree?

—¡Por supuesto que no! Es mucha casualidad que precisamente hoy me diga un piropo. Además, a usted sólo le gustan las morenas. —Vio su sorpresa y sonrió satisfecha—. ¡Ja! ¿Lo ve? Le conozco, lord Marlowe. Los cinco años que he pasado trabajando para usted hacen que le conozca como la palma de mi mano. Así que es inútil que trate de camelarme con piropos absurdos. Usted regala cumplidos como quien da caramelos a los niños. Lo hace para conquistar, para conseguir lo que quiere, o para salir airoso de una situación desagradable, jamás he entendido cómo nadie, en especial tantas mujeres, pueden haber sucumbido a esa táctica, pero yo no soy tan tonta.

«Es pelirroja y además tiene carácter —pensó sorprendido—. No sabía que fuera ninguna de las dos cosas.»

—Jamás he creído que fuera tonta.

—«Es usted un tesoro, señorita Dove» —lo imitó ella—. «No sé que haría sin usted, señorita Dove.» ¿De verdad creía que esos vacíos comentarios iban a hacer que me sintiera valorada o importante? Pues no —prosiguió, respondiéndose a sí misma antes de que él pudiera hacerlo—. Pero ahora quiere que vuelva, y recurre a los cumplidos, ¡como si algo tan absurdo como elogiar el color de mi pelo fuera a servir de nada!

A Harry no se le había pasado por la cabeza la idea de convencerla con halagos. Tenía razón al decir que a él solían gustarle las morenas, pero eso no implicaba que hubiera mentido al elogiar su color de pelo. Le molestó que ella lo creyera así.

Abrió la boca para dejar las cosas claras, pero la joven no lo dejó, sino que respiró hondo y siguió hablando.

—Además, ya me ha mentido antes, ¿así que por qué debería creer nada de lo que me está diciendo?

Harry se tentó al oír esas palabras. Él no era ningún mentiroso, y nadie lo había acusado jamás de serlo.

—Yo no miento, señorita Dove. A pesar de lo que usted pueda pensar sobre mí y mis motivos, jamás digo falsos cumplidos. Reconozco que soy un manipulador, dudo que pudiera tener éxito en los negocios sin esa cualidad, pero no soy un mentiroso.

—Pues digamos que es extremadamente despistado. ¿Le gusta más así? ¡Ni siquiera sabía que «Señora Bartleby» es mi seudónimo, y eso que aparece en todas las portadas de cada uno de los manuscritos que le he dado!

—¿Así que de eso se trata? —Por fin se enteraba de quién era la dichosa Bartleby, aunque, en esos momentos, haber satisfecho su curiosidad era lo que menos le importaba—. Dios santo, jamás miro las portadas de sus manuscritos. Ya sé que los ha escrito usted.

—Dejando a un lado las portadas, si hubiera leído mi obra sabría quién es. ¡Me hizo creer que había leído mis textos, cuando en realidad no era así!

Aquello empezaba a ser ridículo.

—Leía lo suficiente como para formarme una opinión. Es lo que hace un editor. A no ser que me llame la atención por algo especial, nunca leo un manuscrito entero. Si leyéramos todo lo que recibimos, jamás publicaríamos nada. Y después de pasar cinco años trabajando para mí, abriendo el correo y viendo la cantidad de manuscritos que recibo a diario, debería saberlo.

—Lo que sé es que jamás publicará nada que yo haya escrito porque es incapaz de analizarlo con objetividad. Es usted demasiado estrecho de miras.

—¡Yo no soy estrecho de miras!

—Finalmente, me he resignado a aceptar ese defecto suyo —continuó ella como si nada—, y he decidido llevar mis originales a otra parte, a alguien que respete mi trabajo. A alguien que me respete a mí.

—¿Respeto? —Esa insinuación de que no la respetaba era un insulto de tal calibre que Harry empezó a enfadarse de verdad—. Si cree que Barringer tendrá el más mínimo respeto por usted o por su trabajo, está muy equivocada. Le seré franco, usted no es de su clase, y Barringer es de esos pomposos asnos que tanto abundan en este mundo, que marcan siempre las distancias. Es un esnob y un hipócrita.

—Él ha dicho algo por el estilo sobre usted.

—Seguro que sí.

—Y a lo largo de estos últimos años, he tenido pruebas suficientes que demuestran que lo que me ha dicho es verdad.

—¿Qué pruebas? Dice usted que me conoce, pero si así fuera no se habría creído nada de lo que le hubiera dicho el impresentable de Barringer. ¿Cree que sabe algo de mí? Es obvio que no me conoce en absoluto, señorita Dove.

—¡Y si usted cree que voy a volver a mi antiguo trabajo sólo para tolerar que siga vilipendiando mis escritos diciendo que son tonterías, es usted el que no me conoce a mí, milord!

Harry se quedó mirándola. Su pelo rojizo y brillante enmarcaba su cara de mejillas sonrosadas, y tenía los puños apretados a ambos lados... y entonces su ira se desvaneció de repente.

Había trabajado para él durante cinco años, durante los cuales ambos habían dado por hechas muchísimas cosas sobre el carácter del otro. Ella creía que él era falso y mentiroso, y sólo Dios sabía cuántas cosas más. Él estaba convencido de que era fría, desapasionada, dócil, y siendo sincero consigo mismo, casi inhumana. Al parecer, ambos estaban equivocados.

—Quiero que se vaya.

Esas palabras lo sacaron de su ensimismamiento.

—¿Disculpe?

Ella se acercó a él con la barbilla levantada, y lo miró a los ojos.

—He dicho que quiero que se vaya.

¿Qué otras cosas no sabía sobre ella? ¿Qué más se le había pasado por alto? Observó el rostro de la chica, pero no cómo lo había hecho cada día, sino como si la estuviese viendo por primera vez.

Tenía los ojos almendrados, eso ya lo sabía, pero lo que no sabía era que tuviese unos iris de ribetes dorados que destellaban cuando estaba enfadada. Hasta entonces, nunca se había fijado en las pecas que tenía en la nariz y en los pómulos, como polvo de hadas, ni en una pequeña cicatriz en forma de estrella que se le veía en una mejilla. Hasta ese instante, no se había dado cuenta de que las pestañas le brillaban en las puntas, como si estuvieran salpicadas de oro.

—¿Está usted sordo? —Levantó las manos y lo empujó con todas sus fuerzas. Al ver que él seguía sin moverse, volvió a empujar—. ¡He dicho que se vaya!

Harry debía de pesar como mínimo cincuenta o sesenta kilos más que ella, así que no lo movió ni un milímetro. Él seguía mirándola desde aquella nueva perspectiva, como si nunca la hubiera visto antes. Y, para su sorpresa, descubrió que le gustaba lo que veía. No era una mujer hermosa, pero allí, con las mejillas sonrosadas y los ojos echando chispas, resultaba irresistible. La señorita Dove era en realidad muy humana.

Viendo que no servía de nada que lo empujara, Emma se detuvo.

—Váyase ahora mismo, lord Marlowe —exigió—. Si no lo hace, llamaré a la policía. Hay una comisaría en la esquina.

Sabiendo que no serviría de nada lo que dijera para convencerla, Harry lo intentó por la parte económica.

—Le subiré el sueldo. ¿Qué le parecen diez libras al mes?

—¡No! —Volvió a empujarlo, pero esta vez él se lo permitió, sabiendo que, de lo contrario, no lograría nada.

—Veinte —dijo él. Era un sueldo exorbitante para una secretaria, pero podía permitírselo.

—No.

—Treinta. Y tendrá fiesta todo el sábado, no sólo por la tarde.

—¡No, no, no! —Con cada negativa, lo acercaba un poquito más a la puerta—. No se trata del dinero, ni de los días de fiesta.

—Entonces, ¿de qué se trata? —preguntó él mientras ella se detenía junto al sofá para coger su sombrero—. ¿De que herí sus sentimientos?

—No. —Con una mano le encasquetó el sombrero y con la otra siguió tirando de él—. Se trata de mí y de lo que yo quiero. Quiero ser escritora, y no quiero seguir trabajando para usted.

—No acepto su dimisión.

—Tiene que hacerlo.

Harry se quitó el sombrero y se lo llevó al corazón.

—¿Qué tengo que hacer para conseguir que vuelva?

Entre dientes, ella suspiró exasperada.

—¿Nunca se da por vencido?

—No, cuando de verdad quiero algo. Soy así de obstinado. Y, dado que dice conocerme tan bien, ya debería saberlo.

—Entonces tenemos algo en común, milord, porque yo también soy muy obstinada.

Tenía que contarle la verdad sobre Barringer. Era lo justo.

—Le suplico que sea razonable. Como mi secretaria, tiene el futuro asegurado, mientras que con Barringer las cosas no le van a salir bien. Verá, él tiene...

—No quiero tener el futuro asegurado —lo interrumpió—, ¡y no voy a cambiar de opinión! Me he pasado la vida siendo razonable. Y, además, creo que voy a tener éxito. Hay mucha gente a la que le interesan los buenos modales, aunque es obvio que usted no es uno de ellos.

—Desconoce las circunstancias financieras de Barringer. No me sorprende que no se lo haya contado, pero debería usted saber que...

—Que él no es usted. Eso es lo único que necesito saber. —Se apartó y abrió la puerta. Después de mirar a ambos lados, volvió a mirarlo a él y esperó.

Al ver que no se movía, suspiró agotada y volvió a colocarse delante del vizconde. Apoyó las palmas de las manos en su torso, chafándole de paso el sombrero, y empezó a empujar hacia el pasillo.

—Conseguiré convertirme en escritora, que es lo que siempre he querido ser. Barringer se hará rico gracias a mí, y le restregará su éxito por las narices, cosa que, según usted, es lo único que pretende. —Se detuvo bajo el marco de la puerta, con la respiración entrecortada por el esfuerzo—. Pero ¡lo mejor de todo, es que nunca más tendré que comprar regalos para sus amantes! —Iba ya a cerrar la puerta cuando añadió—: ¡Y *Señor Gorrión* no está gordo! —Y tras esas palabras, dio un portazo.

Harry se quedó allí de pie, incapaz de dar crédito a lo que acababa de suceder. Se suponía que había ido allí como un jefe benevolente, dispuesto a ofrecer una segunda oportunidad a su confusa secretaria. Se suponía que, entonces, ella pensaría mejor las cosas y que, tras hacerlo, entraría en razón. Se suponía que por la mañana estaría de vuelta en el despacho. En vez de eso, le habían dado literalmente con la puerta en las narices, y su dócil y eficiente secretaria iba a trabajar para el imbécil de lord Barringer.

Harry se pasó una mano por la cara y se preguntó si, igual que Alicia, habría pasado al otro lado del espejo y habría ido a parar a un mundo en el que todos estaban locos y nada ni nadie era lo que parecía.

Aunque una cosa sí estaba clara: la señorita Dove no estaba al corriente de la penosa situación financiera de Barringer, y no tenía ni idea de que el destino iba a convertirla de nuevo en empleada de Harry en poco tiempo. A Barringer se le daba muy bien fingir que tenía dinero, pero él sabía que los acreedores acechaban al conde en cada esquina. Pronto se vería obligado a vender el *Gazette*, y cuando fuera suyo, lo primero que haría sería eliminar la columna sobre etiqueta.

Había tratado de explicárselo, pero ella se había negado a escuchar. Había interrumpido ambos intentos de contarle la verdad. También había insultado sus modales, lo había acusado de no respetarla y lo había llamado mentiroso. Seguro que ese comportamiento, maldita fuera, no era propio de ningún manual de etiqueta.

Decidió que no volvería a tratar de ayudarla. Tarde o temprano, ella descubriría la verdad sobre su nuevo empleo y, cuando lo hiciera, Harry estaría allí, dispuesto a aceptarla de nuevo y a olvidar lo sucedido.

Arregló como pudo su sombrero, se lo puso, y bajó la escalera. Tal vez todo aquello hubiese servido para algo. Tal vez la señorita Dove por fin se daría cuenta de que los libros de etiqueta no eran publicables. La gente no quería leer sobre normas de conducta. Quería leer sobre lo mal que se portaban los demás.

Ella aún no lo sabía, pero al cabo de unas pocas semanas, volvería a ocupar su escritorio. Lo único que Harry tenía que hacer era contratar a un sustituto y tener un poco de paciencia. No parecía tan difícil, ¿no?

Capítulo 6

No importa si el precio es el justo. Lo que importa es lo que una está dispuesta a pagar.

Señora BARTLEBY
«Londres para señoritas»
***Social Gazette*, 1893**

Si Harry tenía alguna duda sobre lo poco que iba a durar la carrera literaria de la señorita Dove, la edición del sábado siguiente del *Social Gazette* se las resolvió todas. Se pasó el periódico doblado de la mano derecha a la izquierda y siguió leyendo su columna mientras su ayuda de cámara, Cummings, lo ayudaba a ponerse la chaqueta.

Satisfecha su curiosidad con tan sólo dos párrafos, dejó el ejemplar sobre la bandeja de plata que sujetaba el mayordomo.

—Gracias, Jackson. Puedes llevarlo abajo y dejarlo en el comedor con el resto de la prensa. Bajaré en seguida.

—Muy bien, milord.

El hombre se fue, y Harry se dio la vuelta alzando la barbilla para que Cummings pudiera hacerle el nudo del pañuelo. Se imaginaba que la señorita Dove escribiría sobre algo tan insustancial como «Cómo preparar un almuerzo de etiqueta» y estaba convencido de que eso ello no iba a contribuir a mejorar la economía de lord Barringer. Él y el conde no tardarían en llegar a un acuerdo sobre el precio de su periódico. Quince días, pensó mientras bajaba la escalera. Máximo un mes.

—¿En Chelsea venden manteles? —Oyó preguntar a su madre al entrar en el comedor—. No lo sabía. Buenos días, querido.

—Buenos días, mamá. —Besó a Louisa en la mejilla—. Buenos días, señoritas. —Les hizo una reverencia a todas y le sorprendió ver que lady Felicity había desarrollado cierto interés por los periódicos, pues sujetaba uno entre las manos.

—Hoy estás de buen humor, Harry —comentó Diana mientras él se acercaba al aparador.

—¿Y por qué no debería estarlo? —preguntó su hermano, sirviéndose judías, jamón y unas tostadas.

—Hace unos días no lo estabas —contestó ella—. Pero al parecer ya te has resignado a la pérdida de tu secretaria.

Su abuela habló antes de que él pudiera contestar.

—Harrison, no puedo creer que la señorita Dove haya dejado su empleo. —Sacudió resignada la cabeza—. Seguro que ahora ya nunca llegarás puntual.

—No te preocupes, abuela. No he perdido a la señorita Dove. —Se sentó a la cabecera de la mesa—. Sólo estará fuera unos días.

—Muy típico de ti definir la dimisión de esa chica como que «sólo estará fuera unos días» —dijo Vivian, riéndose—. Siempre has sido muy optimista, Harry.

—¿Por qué Chelsea? —preguntó Louisa, retomando el tema del que estaban hablando antes de que él entrara en el comedor—. ¿Menciona alguna tienda en concreto?

Felicity levantó el periódico doblado con una mano y, tras recorrerlo con la mirada, asintió. Carraspeó y empezó a leer en voz alta para sus compañeras de mesa:

—Si nos hacen falta unos manteles, la tienda Maxwell, en Chelsea, es el lugar ideal donde comprarlos. El hilo irlandés del que están hechos es de excelente calidad, y las que tengan una economía más ajustada podrán comprobar que sus precios son de lo más razonable.

—Déjame ver. —Louisa se colocó las gafas de montura dorada en la punta de la nariz y cogió el periódico que Felicity le ofrecía—. Veamos... dice que para decorar una mesa para un almuerzo, tan apropiados son los manteles de lino blanco como los rosados.

Harry dejó de comer.

—¿Estáis leyendo el *Social Gazette*?

—Sí, querido —respondió su madre sin mirarlo—. Una columna de una mujer llamada Bartleby. Felicity quería ver qué era lo que tanto te había llamado la atención como para que le pidieras a Jackson que te lo subiera esta mañana, pero jamás habría creído que te interesases por cómo organizar un almuerzo o saber dónde comprar manteles. Humm... también recomienda poner centros de orquídeas, pues quedan preciosos y no huelen, claro... ¿y doblar las tarjetas en forma de flamencos de papel rosa? Qué idea tan original.

«Original» no era la palabra que Harry hubiera utilizado. Absurda, más bien.

—Dice que a eso se le llama *origami* —continuó su madre—, una tradición de Japón. «*El origami* —citó Louisa— es el arte de doblar el papel hasta conseguir imitar las formas de animales y flores, y ofrece a una anfitriona infinitas posibilidades de decoración para cualquier fiesta. Al finalizar el evento, la dama en cuestión puede obsequiar a los invitados con las figurillas de papel.»

—Es una idea excelente —comentó Vivian—, y muy ingeniosa.

El comentario fue secundado por varias exclamaciones de aprobación del resto de las damas, y a Harry se le hizo un nudo en el estómago.

—¿No lo dirás en serio? —preguntó.

—Organizar un almuerzo, o cualquier tipo de fiesta, es algo muy serio, querido. —Su madre desdobló el periódico y volvió la página para leer el resto de la columna de la señorita Dove—. Una fiesta bien organizada puede convertir a la anfitriona en la estrella de la Temporada.

—Dudo que unos flamencos de papel puedan hacer nada por mejorar el estatus social de nadie —dijo Harry.

—Oh, se equivoca, cosas como ésa son muy importantes, lord Marlowe —lo informó lady Felicity—. Dado que mi padre es viudo, me corresponde a mí hacer de anfitriona, y puedo asegurarle que organizar una fiesta requiere mucho tiempo y esfuerzo. Estoy segura de que Melanie, que está en mis mismas circunstancias, estará de acuerdo conmigo. Las sugerencias de esta señora Bartleby pueden sernos de lo más útiles para que nuestras fiestas sean todo un éxito.

Melanie, que parecía incapaz de hablar siempre que él estaba en la misma habitación, se limitó a asentir con la cabeza.

—Chicas, escuchad esto. —Louisa se inclinó hacia adelante, impaciente por compartir la última perla de sabiduría de la señora Bartleby—. Dice que hay una papelería justo enfrente de la tienda de los manteles de Chelsea donde venden papeles de colores ideales para esto del origami.

Y que también enseñan a hacer los flamencos, o bien los hacen ellos por encargo. La recomienda encarecidamente.

—¿De verdad? —Antonia bebió un poco de té—. ¿Y quién es esa señora Bartleby, para que su recomendación signifique tanto?

Harry podría decirles exactamente quién era, pero no tenía intención de hacerlo. Si sus hermanas se enteraban de que era la señorita Dove, lo machacarían por haberla dejado escapar y mandarla directamente a las garras de Barringer. A pesar de que era sólo una situación temporal, jamás lograría que lo olvidaran. De modo que, sabiamente, mantuvo la boca cerrada.

—¿Quién la conoce? —prosiguió Antonia—. ¿Quiénes son su familia? No sé de ninguna familia inglesa de buena cuna que se apellide Bartleby.

—Tal vez sea americana —sugirió Phoebe.

—Oh, americana —repitió Antonia, subrayando la palabra con desdén y dejando muy claro lo que pensaba, tanto de los oriundos de ese país como de la ficticia señora Bartleby.

—Es imposible que sea americana —dijo Vivian, señalando al periódico con una tostada—. Si lo fuera, no sabría cuáles son las mejores tiendas de Londres para comprar manteles y objetos de papelería, ¿a que no?

—Sea quien sea, una cosa está clara —intervino Diana—. Hoy mismo nos vamos de excursión a Chelsea.

—¿Vas a ir a Chelsea? —Harry la miró preocupado—. ¿Sólo porque una mujer a la que ni siquiera conoces lo ha dicho?

—No —respondió Diana al instante—. Iremos a Chelsea para comprar manteles.

—¡Y para aprender a hacer flamencos de papel! —añadió lady Florence con una sonrisa. Miró a Harry—. ¿Nos acompañará, lord Marlowe?

Antes preferiría saltar por un precipicio.

—Lo siento, lady Florence —se disculpó él como si lo lamentara—, pero no puedo. Tengo asuntos importantes de los que ocuparme.

Y dicho eso, se levantó, cogió los periódicos y la correspondencia, y, tras hacer una inclinación, se despidió. Pero todas ellas estaban tan entusiasmadas hablando sobre flamencos de papel rosa, organizando su partida a Chelsea y elucubrando sobre la identidad de la señora Bartleby, que ni siquiera se dieron cuenta de que se había ido.



A lo largo de los dos meses siguientes, la incomodidad de Harry durante los desayunos le demostró que se había equivocado con los escritos de la señorita Dove. Tras sesenta días, y muy a su pesar, todo el mundo comentaba lo inteligente que era la señora Bartleby, y lo ingeniosas que eran sus ideas.

Él siempre había sabido que la señorita Dove era una mujer inteligente, pero se le había escapado hasta qué punto. Por lo visto, era la Enciclopedia Británica con patas.

La señora Bartleby parecía saberlo absolutamente todo. Cómo quitar las manchas de tinta de la seda, el mejor modo de rechazar una proposición de matrimonio de un viudo, qué restaurantes eran los más respetables para que una chica fuera a cenar después del teatro, ¿acompañada, claro está!, y qué pastelerías servían los mejores dulces.

En su columna, aseguraba a las señoritas trabajadoras que estaba permitido pasear con un joven por la tarde y sin carabina, siempre y cuando su amistad se remontara a varios años, que

dicho paseo tuviera lugar al salir del trabajo, y que el joven en cuestión fuera respetable y tuviera buena reputación. Las damas de la alta sociedad eran ya otro tema, pues éstas gozaban de menos libertad que las chicas que se ganaban la vida trabajando y debían ir acompañadas de sus carabinas hasta cumplir los treinta.

La señora Bartleby no se olvidaba tampoco del sexo masculino en su columna semanal. Sabía desde dónde comprar las botas de caballero más cómodas, hasta qué estanco tenía el mejor surtido de habanos; habanos que habría que fumar en el exterior, por supuesto. Era una acérrima defensora de los cuellos de camisa bien planchados y de los gemelos, que recomendaba a todos los chicos trabajadores, y en cambio aborrecía las viseras y los manguitos, y los desaconsejaba incluso para el trabajo de contable.

Las palabras «La señora Bartleby dice...» se repetían en tantas conversaciones, que Harry creía que si las escuchaba una vez más, se volvería loco.

A este imprevisto y más bien nauseabundo éxito, Harry tenía que añadirle que aún no había encontrado sustituto para la señorita Dove. El día siguiente a su altercado en el piso de ella, había llamado a la agencia, y, desde entonces, una multitud de secretarias y secretarios habían desfilado por su despacho. Cada vez le aseguraban que le mandaban a alguien con experiencia, pero luego siempre salía algo mal. Uno era demasiado lento tomando notas, otro era incapaz de acordarse de que a Harry le gustaba el café y no el té, y que lo tomaba sin leche ni azúcar, otro olvidaba sus citas.

El último día había sido peor que ningún otro, porque encima de todo, Harry había perdido su agenda. Si la señorita Dove hubiera estado allí, eso no habría supuesto ningún problema, ya que ella siempre sabía dónde tenía que estar y a qué hora, pero sus sucesores habían demostrado ser todos unos incompetentes.

El más reciente, un chico llamado Quinn, a Harry le parecía el peor del lote. Tenía la irritante costumbre de agachar la cabeza como un perrito apaleado cada vez que él le decía que se había equivocado. Pero tener que repetir las mismas explicaciones día tras día a personas distintas era agotador, tanto para él como para los miembros de su equipo, de modo que, finalmente, se había resignado a quedarse con Quinn de manera provisional. Pero a medida que pasaban los días y que la popularidad de la señora Bartleby iba aumentando, empezó a temer que iba a tener que quedarse con Quinn, o con alguien igual de incompetente, durante mucho tiempo.

Y como si no tuviera bastante con eso, las féminas de su familia volvieron encantadas de su expedición a Chelsea y, desde entonces, seguían a pies juntillas los consejos que la señora Bartleby daba desde su columna semanal, que ellas leían en voz alta todos los sábados por la mañana. Organizaban su vida alrededor de la información que dictaba el álter ego de la señorita Dove, y gastaban el dinero de Harry en cualquier tontería que ésta recomendara.

—Diana, la columna de hoy parece escrita para ti. —Louisa se peleó con el periódico que tenía en las manos—. La señora Bartleby habla de cómo organizar almuerzos de boda.

La noticia fue recibida con entusiasmadas exclamaciones por parte de todas las comensales. Harry, que se estaba planteando prohibir leer periódicos durante el desayuno con la excusa de que era de mala educación, se quedó mirando el plato de huevos con bacon y se preguntó si en su club servirían desayunos.

—«Este año, se lleva tanto organizar convites con los comensales sentados como con bufete libre —leyó su madre—, claro que cada acto requiere de un menú distinto.» Veamos... si los invitados no están sentados, no se pueden servir entrantes calientes, es evidente. Canapés de cangrejo y patés puede ser una buena opción, y sopa fría de tomate servida en una taza. Así los

invitados pueden beberla sin cuchara mientras pasean por la fiesta, charlando unos con otros. ¡Qué gran idea! ¡Y qué inteligente!

Harry no pudo evitar poner los ojos en blanco, aunque ninguna de ellas se dio cuenta.

—«Además de los habituales fiambres —prosiguió su madre—, una ensalada siempre es bienvenida. De pollo, por ejemplo, con almendras y mayonesa, es deliciosa, y se puede servir encima de pequeños cruasanes o pequeños sándwiches.»

La sugerencia recibió aplausos y cumplidos, a pesar de que Harry seguía sin entender qué les resultaba tan fascinante.

Jackson se le acercó con la correspondencia y él apartó el plato para poder clasificarla, deteniéndose de golpe al ver un sobre con el escudo de lord Barringer.

Lo abrió, y la información que contenía lo dejó tan atónito que tuvo que leerla dos veces para asegurarse de que no estaba soñando. El *Social Gazette* había duplicado su tirada en el último par de meses, le decía Barringer con orgullo. Y como resultado, los ingresos por publicidad habían aumentado también considerablemente; así pues, el conde había decidido subir el precio de venta del periódico hasta ciento cincuenta mil libras. Barringer necesitaba el dinero con premura, pensó Harry, lo que debería obligarlo a bajar el precio. Pero no, se lo estaba subiendo. ¿Y por qué? Pues, por culpa de animalitos de papel y de sopa servida en tazas.

—Querido, no chirríes los dientes —lo riñó Louisa, y luego miró a su hija mayor por encima de las gafas—. Diana, el menú que propone la señora Bartleby es excelente, ¿no te parece? Sería de lo más apropiado para tu boda.

Harry no pudo soportarlo más.

—¡Ni hablar! —exclamó poniéndose de pie—. ¡Yo no voy a beber sopa servida en una taza, mamá, ni siquiera por Diana!

Una vez clara su opinión, tiró la servilleta junto al plato, se guardó la carta de Barringer en el bolsillo y salió de allí, dejando a nueve mujeres con la boca abierta.

Como no tenía ni idea de cuáles eran sus compromisos del día, y al parecer, su secretario tampoco, decidió ir a su club. Aquel lugar sagrado, el último bastión donde podían refugiarse los hombres a los que no les importaban los menús de boda, ni si se podía pasear o no con una muchacha en plena tarde.

Al llegar a Brook's, vio en seguida a dos conocidos, sentados a una mesa en la esquina. Cruzó la estancia para acercarse a ellos.

Lord Weston fue el primero en verlo.

—Esto sí que es estupendo —exclamó, poniéndose de pie para darle una palmada en el hombro—. Me alegro de que estés aquí, Marlowe. Estamos teniendo una discusión, y has llegado justo a tiempo para aclarar las cosas.

—¿Ah, sí? —Harry saludó al otro hombre, sir Philip Knighton, y apartó una silla para sentarse—. ¿De qué estáis discutiendo esta vez?

—Yo digo que el nudo diplomático sigue estando de moda, pero sir Philip dice que ya no, que ahora el que se lleva es el *comme il faut*.

—No soy yo quien lo dice, Weston —protestó sir Philip—. La tal Bartleby lo ha dejado muy claro en su columna de esta semana. El nudo diplomático está muerto.

—¡Esto es el colmo! —Harry se levantó tan de prisa que hasta tiró la silla—. Maldita sea, ¿es que ni siquiera en el club puede estar uno tranquilo?

Todos los caballeros que había a su alrededor, incluidos sus amigos, lo miraron atónitos. Harry respiró hondo.

—Disculpadme —dijo con una inclinación de cabeza—, pero me tengo que ir. Acabo de recordar que tengo una cita muy importante.

Salió de allí y pidió que le trajeran el carruaje, pero cuando éste llegó, le dijo al cochero que se fuera sin él y se fue caminando.

Repasó mentalmente todo lo que pudo recordar de los escritos de la señorita Dove, que no era mucho, puesto que no había leído casi nada. Y como lo poco que había leído no había conseguido captar su interés, apenas pudo acordarse de nada. Algo sobre cómo decorar un piso y poco más; cómo organizar una fiesta en casa, el modo más adecuado de salir a cabalgar... Se aburría sólo de pensarlo. ¿Por qué estaba teniendo tanto éxito? Era incapaz de entenderlo.

Y ése era precisamente el problema. Porque, a pesar de que a él no le interesara lo que la señorita Dove escribía, era evidente que a otra gente sí. En apenas dos meses, el personaje de la señora Bartleby había causado sensación. ¿Cómo era posible que se hubiera equivocado tanto con los gustos de los lectores?

Recordar la acusación de su ex secretaria fue como recibir una bofetada.

«Es usted demasiado estrecho de miras.»

¿Era verdad? Harry siempre se había enorgullecido de tener una mentalidad abierta. ¿Se había convertido en alguien conservador sin darse cuenta? Pensó en sus editores, en todos los manuscritos que le habían recomendado a lo largo de los años y que él había rechazado. ¿Cuántas señoras Bartleby más habría entre ellos? Ahora ya no lo sabría jamás.

Él siempre había confiado en su instinto, y éste nunca le había fallado. Su éxito como hombre de negocios dependía de su capacidad de anticiparse a las necesidades de los lectores y satisfacerlas en el momento adecuado.

¿Le estaba desapareciendo esa capacidad? ¿Le estaba fallando su instinto? Harry no estaba acostumbrado a dudar de sí mismo, y era una sensación muy extraña. ¿Estaba perdiendo las cualidades que lo habían convertido en el editor con más éxito de toda Gran Bretaña?

Al llegar a Hyde Park, se detuvo frente a un chico con gorra que vendía periódicos. Tenía tres de los que él editaba, más el *London Times* y el *Social Gazette*. Compró un ejemplar del último, buscó un banco vacío y se sentó. Leyó hasta la última coma de la columna de «Londres para señoritas», escrita por la señora Honoria Bartleby y, al terminar, aunque se sabía informado de todo sobre el perfecto almuerzo para una boda, seguía sin saber qué era lo que gustaba tanto a la gente. Aunque por otro lado, sabía que lo que él pensara de los escritos de la señorita Dove ya no importaba.

Harry se recostó en el banco y trató de analizar la situación con objetividad. El negocio de editor era muy arriesgado, siempre cambiante y muy competitivo. No podía permitirse quedarse atrás. En los últimos años, sus inversiones más rentables habían sido fruto de su instinto visionario y de su capacidad para saber sacar provecho de cualquier situación. Tal vez había llegado el momento de hacer lo mismo con el asunto de la señorita Dove. Se le ocurrió una idea, y sintió cómo el optimismo renacía en su interior.

Una hora más tarde, se levantó sabiendo exactamente lo que tenía que hacer. Iría a ver a Barringer y aceptaría las condiciones de la venta. E iba a hacerlo ya. Tal como estaban las cosas, si seguía perdiendo el tiempo, el éxito de la señora Bartleby le costaría otras cincuenta mil libras más.

A Emma le encantaba su nueva vida. Pasarse la tarde recorriendo las tiendas de Londres en busca de información que transmitir luego a sus lectoras; dar rienda suelta a su ingenio, a su creatividad y encontrar desde el modo en que, incluso las matronas más tacañas pudieran organizar una cena exitosa, hasta los mejores consejos para que una señorita trabajadora pudiera decorar su piso. Le gustaba mucho escribir y ver publicados sus escritos, y también el personaje de la señora Bartleby, porque cuando cada mañana se ponía a la máquina y redactaba los consejos como su álter ego, podía oír de nuevo la voz de la tía Lydia. Era casi como si la tuviera sentada a su lado, ayudándola, compartiendo su éxito con ella.

Porque tenía éxito, por increíble que pareciera.

A pesar de los continuos rechazos de su antiguo jefe, Emma siempre había estado convencida de que sus consejos podían ayudar a la gente. Pero estaba anonadada de ver el impacto que había tenido su personaje y la rapidez con que se había hecho tan popular. En un mes, se había convertido en el tema de conversación de las mañanas de los sábados, y cuando le pidió a Barringer que le subiera el sueldo, éste aceptó encantado, con lo que pudo dejar de recurrir a sus ahorros y mantenerse sólo con su sueldo de escritora.

Al cabo de dos meses, recibía montones de cartas, tantas, que no podía responderlas en el plazo que dictaban las normas de educación. A veces, mientras esperaba el ómnibus en la esquina, o hacía cola en la carnicería, oía cómo la gente hablaba de la señora Bartleby. Esa popularidad le causaba un ligero cosquilleo en el estómago, pero si recibía una mala crítica u oía hablar mal de ella, se deprimía durante horas y acababa comiendo demasiado chocolate.

A pesar de las ocasionales críticas y de sus correspondientes dolores de estómago, Emma jamás había sido tan feliz. Lo que estaba haciendo era mucho más útil que asegurarse de que aquel hombre impresentable y desmemoriado llegara a tiempo a sus reuniones. Y mucho más gratificante que comprar regalos en su nombre.

Pero tenía que reconocer que su nuevo trabajo no era nada fácil. Tuvo que acostumbrarse a trabajar con fechas de entrega, y eso era duro. Tenía que ser escrupulosa para documentarse y juiciosa al dar consejo. Por otra parte, lord Barringer le había pedido que mantuviera la identidad de la señora Bartleby en secreto, y eso era lo más difícil de todo, pues ella siempre había sido extremadamente honesta. Fuera como fuese, tal como había dicho lord Barringer, el misterio había servido para avivar aún más la curiosidad del público. Y, lo que era más importante, se suponía que los consejos los daba una mujer entrada en años, seguramente perdería credibilidad si se descubría que en realidad se trataba de una chica soltera. Al fin y al cabo, nadie quería recibir consejos de una solterona, que era precisamente por lo que Emma había decidido escribir con seudónimo.

Aunque entendía los motivos de seguir recurriendo a tal subterfugio, no veía el modo de mantenerlo. Lord Marlowe sabía la verdad, y tenía motivos de sobra para sacarla a la luz, pero cuando se lo dijo a lord Barringer, el conde se limitó a sonreír de un modo misterioso y a decirle que Marlowe era el último interesado en que se descubriera el pastel.

Extrañada de que confiara tanto en la discreción de Marlowe, aceptó mantener la boca cerrada, y pronto todo el mundo supo que, tras despedirse de su antiguo trabajo, Emma había empezado a trabajar como secretaria de la ahora tan famosa señora Bartleby. Se sentía culpable de mentir, pero en cuanto pensaba en lo que lord Marlowe había dicho sobre las «tonterías» que escribía, dicha culpabilidad desaparecía en el acto.

Con cada semana que pasaba, a Emma le resultaba más fácil desempeñar su papel. Un domingo por la tarde, mientras tomaba el té con las otras jóvenes que vivían en su edificio,

consiguió responder a todas sus preguntas sin decir ninguna mentira, cosa que tenía mérito. Sentada en el comedor de la señora Morris, rodeada por el papel pálido de la pared y entre aquellos muebles de caoba, Emma pudo escuchar cómo sus amigas comentaban su última columna, y comprobar de primera mano el alcance de su influencia. Fue una tarde de lo más gratificante.

—El señor Jones me ha pedido que me case con él.

Se oyó el tintinear de cinco tazas al entrar en contacto con sus respectivos platos, seguido por cinco exclamaciones de asombro procedentes de las muchachas, que ya levantaban la cabeza hacia la señorita Beatrice Cole, siempre la última en llegar, que acababa de entrar en la habitación.

—¡Oh, querida Beatrice! —La señora Morris dejó la taza encima de la mesa y se volvió para mirar a la joven—. Qué día tan feliz.

Beatrice se sentó en el gastado sillón orejero que solía ocupar. Su rostro resplandecía de satisfacción, sin duda alguna debido al amor, pero también en parte a la sensación de triunfo por haber conseguido algo tan difícil: encontrar a un joven respetable y con futuro.

—Y pensar que todo se lo debo a la señora Bartleby. —Beatrice se quitó los guantes para poder enseñarles a todas el anillo de compromiso, una delicada filigrana de plata—. De no haber sido por ella, seguramente me habría muerto virgen.

Tanto la señorita Prudence Bosworth como la señorita María Martingale se quedaron sin habla al oír el desafortunado comentario, pero la felicitaron de todos modos, por el afecto que tenían por ella, y también para ocultar su envidia.

La señora Morris y la señora Inkberry dejaron a un lado sus respectivas tazas de té y elogiaron el anillo sin resquemor. A diferencia de sus compañeras aún solteras, ellas no tenían que temer por su futuro. La señora Morris era viuda, y había heredado una fortuna de su difunto esposo. El marido de la señora Inkberry era el propietario de una próspera librería en la calle Fleet, y aunque el matrimonio vivía en el pequeño apartamento que tenían encima del establecimiento, su hogar era confortable, la tienda iba bien, y habían conseguido educar a cuatro hijas. Por su parte, Emma a pesar de que a sus treinta años ya había superado la edad de tener novios y se había resignado a no casarse, no era inmune al monstruo de ojos verdes. Pero la envidia que sintió al saber que Beatrice se casaba no era comparable a la satisfacción que la inundó al enterarse del papel tan importante que había desempeñado en la felicidad de su amiga.

—Beatrice, tienes que contárnoslo todo —le pidió la señora Inkberry, bebiendo un poco de té—. ¿Por qué dices que tu compromiso es mérito de la señora Bartleby?

—Claro, usted estaba en Yorkshire, así que no sabe todo lo sucedido. —La joven aceptó una taza de té de la anfitriona y se sirvió un pedazo de pastel—. Habrá oído a hablar de la señora Bartleby.

La mujer asintió:

—¡Por supuesto! Leo su columna siempre que puedo, aunque en Yorkshire es difícil conseguir el *Social Gazette*.

—Pues bien —continuó Beatrice—, el señor Jones llevaba meses pidiéndome permiso para recorrer conmigo el camino de vuelta al salir de la tienda, pero la señora Morris me decía que siendo los dos solteros no sería apropiado. Así que yo siempre lo rechazaba.

—Hiciste bien, Abigail, querida, en recomendarle que fuera cauta —le dijo la señora Inkberry a su amiga—. Una mujer sin familia nunca es lo bastante precavida en lo que se refiere a los hombres. Tiene que proteger con esmero su reputación.

—Así es, Josephine —respondió la señora Morris—, pero estaba equivocada. La señora Bartleby escribió en su columna que es perfectamente aceptable que una chica como Beatrice vaya por la calle con un joven.

—¿En serio? —El asombro de la señora Inkberry era evidente. Miró a las otras mujeres de la sala y las cinco asintieron al unísono.

—En la columna no hablaba específicamente de mí, claro —dijo Beatrice, refiriéndose a lo que Emma había escrito seis semanas atrás—. Así que ya lo ve, todo salió bien. Hace ya cuatro años que conozco al señor Jones. Nos vemos a diario, yo cierro la tienda de la señorita Wilson a las seis, y él siempre sale del despacho de abogados a la misma hora, y ambos nos hemos pasado años recorriendo las mismas calles sin decirnos nada. Y en lo que se refiere a su reputación, no cabe duda de que la del señor Jones es intachable, sólo hay que ver dónde trabaja. Y en más de una ocasión, mientras hacíamos cola en la cafetería para comprar el almuerzo, lo he visto comprar dos raciones y darle una a una indigente que siempre ronda por el barrio. Seguro que eso habla muy bien de él, ¿no?

Emma estaba completamente de acuerdo. Había escrito esa columna con el único objetivo de mitigar un poco esa estricta regla de conducta, y para que la pobre Beatrice pudiera caminar hasta casa con su joven pretendiente. La señora Morris tenía buen corazón, pero a decir verdad, no era muy lista, y solía tomárselo todo demasiado al pie de la letra. Incluso la tía Lydia, que había sido su amiga durante años, creía que era un poco lerda.

—Bueno —dijo la señora Inkberry—, si la señora Bartleby dijo que estaba bien, Beatrice, no tengo ninguna duda de que así es.

—Me puse tan contenta cuando leí el artículo... —prosiguió la joven—. Fue como si me quitaran un peso de encima. Entonces fui corriendo a ver al señor Jones, y le dije que si la señora Bartleby decía que lo de pasear juntos era correcto, entonces podíamos estar tranquilos. A partir de entonces, cada día salimos juntos del trabajo y venimos hasta aquí caminando, señora Inkberry. Y el domingo por la tarde vamos a pasear al parque. Allí es donde se me ha declarado, hace menos de una hora. —Miró el anillo y movió la mano hasta que la plata destelló bajo los rayos del sol que entraban por la ventana—. Nos casaremos antes de Navidad.

Emma sonrió y bebió un poco de té. Sí, su nueva vida era de lo más satisfactoria.

El jueves por la tarde, cuando el chico de los recados del *Social Gazette* fue a recoger su nueva columna, aún se sentía muy contenta, a pesar de que se había pasado cuatro días sintiendo lo que se denomina «el bloqueo del escritor». Cuando el joven señor Hobbs llamó a su puerta, Emma justo terminaba de mecanografiar frenéticamente el último párrafo.

—Un momento, Hobbs —dijo sin abrir mientras tiraba del folio y lo sacaba de la máquina de escribir—. Sólo será un momento.

Dobló todos los papeles y los ensobró, luego cerró el sobre con un poco de cera y, con las prisas, manchó el escritorio. Corrió hacia la puerta, la abrió, y le entregó el sobre al chico con un suspiro de alivio.

—Aquí lo tiene, señor Hobbs.

Ante su sorpresa, él no cogió el sobre, sino que sacudió la cabeza.

—Me han dicho que le diga que tiene que entregarlo usted misma en el *Gazette*. Sólo he venido a buscarla.

—Pero... —Emma se detuvo, frunciendo el cejo con preocupación. Aquello sí que era raro, pero Hobbs no parecía saber nada más. Cogió su sombrero, se puso los guantes, se guardó el sobre en el bolsillo de la falda, y fue con el joven hasta las oficinas del *Social Gazette*, asimismo en la calle Bouverie.

Cuando llegaron, el portero despidió al recadero y, con cara de preocupación, la acompañó hasta el despacho de Barringer. El desconcierto de Emma aumentó al ver al señor Ashe, el secretario del conde, empaquetando sus cosas.

—Buenas tardes, señor Ashe —lo saludó—. ¿Qué está haciendo?

El hombre dejó el tintero de plata en el escritorio de madera antes de contestar:

—Lord Barringer ha vendido el periódico —le explicó—. Me han ofrecido el puesto de secretario del nuevo propietario, pero llevo tantos años con lord Barringer que he preferido seguir con él, así que, como puede ver, estoy recogiendo mis cosas.

—¿Qué ha vendido el *Social Gazette*? ¿A quién?

—A mí, señorita Dove.

La voz que oyó a su espalda era tremendamente familiar. Cerró los ojos durante un instante, rezando para estar equivocada, pero cuando los abrió y se dio la vuelta, vio que no. En la puerta, con un hombro apoyado en el dintel y los brazos cruzados sobre el pecho, estaba su antiguo jefe.

Emma se quedó mirando a lord Marlowe, y se le hizo un nudo en el estómago al ver cómo su nueva y maravillosa vida se convertía en polvo.

Capítulo 7

Es perfectamente posible entablar una relación satisfactoria y agradable con una mujer. Pero sólo si no se pasa con ella por la Iglesia.

**Lord MARLOWE;
Guía para solteros, 1893**

—¿Lord Barringer le ha vendido el *Gazette*? ¿A usted? Esto es... —Emma se detuvo, tratando de recuperar la compostura—...de lo más inesperado.

—Barringer y yo llevábamos meses discutiendo una posible venta. La semana pasada llegamos a un acuerdo y ayer firmamos los papeles. —Se apartó de la puerta y le señaló el despacho que había tras él—. Me gustaría discutir un par de cosas con usted.

Ella entró en lo que había sido el despacho de Barringer. A pesar de que los muebles seguían allí, todos los efectos personales del anterior propietario habían desaparecido. Las estanterías estaban vacías, el elegante escritorio desnudo, los cuadros ausentes, y tampoco había alfombra.

Lord Marlowe cerró la puerta y se colocó tras el que ahora era su escritorio. Señaló la silla que tenía delante.

—Siéntese, por favor.

Emma no quería hacerlo. Quería acabar con aquello cuanto antes e irse de allí. Sacó el sobre del bolsillo de la falda.

—La columna para la próxima edición.

Le tendió el sobre al vizconde a pesar de que estaba convencida de que él iba a rechazarlo. Lo miró a los ojos, retándolo a que le dijera que su estúpida columna iba a desaparecer de la publicación, y que ella iba a quedarse sin empleo.

No le parecía mala idea. No escribiría para Marlowe aunque fuera el último editor sobre la capa de la Tierra. Además, en el último par de meses había conseguido hacerse un nombre, y seguro que algún otro editor estaría dispuesto a publicar sus cosas.

Reconfortada ante tal perspectiva, consiguió mantener la calma.

—¿No la quiere? Oh, pero ¿en qué estaría yo pensando? Por supuesto que no. Sólo habla de cómo poner la mesa. De cucharas de servir, palas de pescado y ese tipo de cosas. Aburridísimo. ¿Quién querría leerlo?

Iba a guardarse ya el sobre en el bolsillo cuando, para su sorpresa, Marlowe tendió la mano. Le dio el sobre y él lo dejó a un lado para luego volver a pedirle que se sentara.

—Señorita Dove, me gustaría estar cómodo mientras charlamos, pero como caballero que soy, no puedo sentarme hasta que usted lo haga. Ya sabe, normas de etiqueta.

Ella arqueó una ceja escéptica, descartando que él supiera de qué estaba hablando.

—Algo sé sobre modales —dijo el vizconde, y sonrió con picardía; las comisuras de sus ojos azul profundo se arrugaron con el gesto—. Aunque, hace poco, alguien me dijo que no suelo ponerlos en práctica.

Emma se recordó a sí misma que ser encantador era uno de los mayores talentos de lord Marlowe, y que con esa treta había conseguido manipularla durante años, con lo que consiguió no devolverle la sonrisa. En vez de eso, respiró hondo y decidió que no iba a quedarse allí esperando a que él le cortara la cabeza. Se sentó y tomó la palabra.

—Milord, sé lo que opina de los criterios editoriales de Barringer. Ya me los dejó claros la última vez que hablamos. En vista de lo cual, estoy segura de que querrá llevar al *Social Gazette* en otra dirección.

—Eso es cierto, pero...

—Y —prosiguió ella—, es obvio que las «tonterías» que yo escribo no entran dentro de sus planes.

—Al contra...

—Si tiene intenciones de publicar la columna que le he dado, le agradecería que me la pagase. Después, ya no tendrá que verme más, ni que volver a leer nada de lo que escriba; y tampoco tendrá que soportar que le sermonee acerca de sus modales.

Empezó a levantarse, pero la risa que se adivinaba en las palabras del vizconde la detuvo.

—Señorita Dove, acabo de reconocer que no siempre tengo modales, pero sí sé algunas normas básicas de cortesía. Por ejemplo, creo que interrumpir a alguien mientras habla es de muy mala educación, ¿no es así?

Emma sintió cómo se sonrojaba, y trató de mantener la compostura.

—No era consciente de que lo estaba haciendo —dijo—. Discúlpeme.

—Disculpas aceptadas —contestó, levantando la comisura del labio de un modo muy sospechoso. Ella se removió incómoda en la silla, y él debió de darse cuenta, porque de pronto se puso serio—. No me estaba riendo de usted. Bueno, tal vez sí —reconoció—, pero sólo un poco. Es que siempre se toma tan en serio todo esto de las normas de educación.

—Y ambos sabemos que usted no.

—Lo único que yo me tomo en serio son los negocios, e incluso en eso trato de pasármelo bien, si no no valdría la pena. —Sacó una copia del *Social Gazette* de un cajón y la abrió encima de la mesa. Fue a la página tres, donde estaba su columna, y siguió hablando—: Admiro su perspicacia al anticiparse a mis intenciones. Tiene razón al decir que intento hacer cambios. De hecho, cambios muy drásticos.

Emma quería acabar con aquello cuanto antes.

—Si va a eliminar mi columna, dígamelo, por favor.

—No tengo intención de hacerlo.

—¿Quiere seguir publicándola? —Se suponía que una dama jamás expresaba sorpresa, pero Emma no podía ocultar su asombro. Tal vez no lo había oído bien—. Pero si odia cómo escribo.

—Tal vez «odiar» sea una palabra demasiado drástica.

—Dijo que eran sólo tonterías. —Se cruzó de brazos y lo miró—. Dijo que no era bueno.

—Eso no es exactamente lo que dije.

—No nos andemos con rodeos. Eso es lo que cree.

Él no la corrigió, pero se quedó mirándola de un modo muy raro.

—¿Tanto le importa lo que yo crea?

—Cuando trabajaba para usted, sí, me importaba mucho. Respetaba su criterio. Le confié mis escritos, algo muy personal, con la esperanza de que los encontrara dignos de publicarse. Y, a cambio, usted ni siquiera se molestó en leerlos, por no hablar de analizarlos con objetividad.

—Leí algo, pero no voy a volver a justificarme. Así como tampoco volveré a dar mi opinión sobre ellos. —Hizo una pausa y la miró a los ojos antes de continuar—: Señorita Dove —dijo, inclinándose hacia adelante—, rechacé sus escritos porque de verdad no creía que pudieran interesarle a nadie. Pero es obvio que me equivoqué. Fui incapaz de analizar su obra con objetividad.

—A usted no le gustaron, y no puede entender que a los demás sí.

—Tiene razón. Usted me llamó estrecho de miras, y me he dado cuenta de que, como mínimo en relación con su trabajo, es una acusación acertada.

A ella la reconfortó oír eso.

—¿Y ahora quiere publicarme?

—Sí. —Levantó las manos con las palmas hacia ella—. Reconozco que no entiendo qué hay de fascinante en la decoración de un apartamento o en planear un menú para una boda. —Bajó las manos y se recostó en el respaldo de la silla—. Sin embargo, dado su éxito, sería idiota por mi parte no admitir que esa fascinación existe, y perder esta oportunidad. Usted satisface una necesidad, señorita Dove, una necesidad que yo he sido incapaz de percibir. Y siempre que hay una necesidad, significa posibilidades de hacer dinero. No tiene por qué gustarme su obra para publicarla.

—Lo que quiere decir es que ahora que he demostrado que puedo generarle ingresos, no le importa publicar algo que ha rechazado y ridiculizado. —Emma se levantó—. No. Me llevaré mi columna a otro editor, a uno que respete y aprecie lo que hago.

Esperaba que él se riera de ella, pero no lo hizo.

—Es libre de llevarse sus escritos donde quiera, por supuesto —dijo lord Marlowe al levantarse—. Si eso es lo que quiere, yo no puedo impedírselo. Aunque es una lástima —añadió al ver que ella se daba ya media vuelta—. Si se va, ya no podré convertir su columna en toda una sección.

Emma se detuvo de golpe, y poco a poco se volvió de nuevo de cara a él.

—¿Qué ha dicho?

—Había pensado en dedicar una sección entera del *Social Gazette* a los temas de etiqueta y moda. —Negó con la cabeza—. Habría sido todo un éxito. Es una lástima.

Ella frunció el cejo para observarlo con atención en busca de algún signo de que estuviese mintiendo, pero no lo halló.

—¿Va en serio?

—Ya se lo he dicho, siempre hablo en serio cuando se trata de negocios.

Emma tragó saliva y volvió a sentarse.

—¿Qué es exactamente lo que tiene pensado?

—Podrá escribir sobre todo lo que le apetezca. Normas de etiqueta, adonde ir de compras, recetas, sugerencias como la de esos flamencos rosa y cosas por el estilo. Será decisión suya, pues sólo usted estará a cargo del contenido. Podrá hacer entrevistas, dar consejos, contestar a cartas de los lectores, compartir recetas. Lo único que le pido es que mantenga el interés del público.

Ella sintió una emoción tan grande que apenas podía respirar.

—Sé que Barringer mantuvo en secreto su identidad —prosiguió él—, y a pesar de que odio tener que darle la razón en nada, en este caso estoy de acuerdo con él. Su credibilidad se resentiría si sus circunstancias salieran a la luz. Además, el misterio la hace aún más interesante.

Emma no contestó. Se le estaban ocurriendo tantas ideas que se veía incapaz de hablar.

—Antes de que se decida, señorita Dove, le advierto que tengo intención de involucrarme personalmente en este proyecto, al igual que hago con todas mis inversiones. Voy a hacer muchos cambios en el *Social Gazette* para adecuarlo a los tiempos que corren, y dado que le he pagado una fortuna a Barringer para hacerme con la publicación, voy a supervisar todos los detalles, incluida su sección. Me pasará cuentas directamente a mí, y yo mismo editaré y corregiré sus textos.

La excitación de Emma disminuyó un poco al oír esas últimas palabras.

—Eso jamás funcionará —dijo.

—¿Por qué no? —preguntó él.

—Porque usted no me gusta. —Tan pronto como hubo dicho esas palabras, se llevó la mano a los labios, horrorizada ante tal falta de tacto. La tía Lydia se habría quedado helada.

Pero ante su sorpresa, Marlowe se echó a reír.

—Me asusta pensar lo pobre que sería si sólo hiciera negocios con gente a la que le gustase, señorita Dove.

Ella bajó la mano.

—Ha sido de muy mala educación por mi parte. Discúlpeme, no debería haberlo dicho.

—Pero lo cree. —Dejó de sonreír y ladeó la cabeza para estudiarla. Se quedó pensativo.

Bajo su escrutinio, Emma se tocó el pelo. No sabía qué decir. Probablemente ya había dicho demasiado.

—A pesar de nuestra última discusión, yo siempre había creído que nos llevábamos bastante bien —murmuró él—. ¿Estaba equivocado?

La joven suspiró, sabiendo que el daño ya estaba hecho.

—No —respondió—. Pero nos llevábamos bien porque yo nunca cuestionaba sus órdenes. Mis deberes no tenían nada que ver con lo que yo pensara sobre usted o su vida. Haberle dado mi opinión, habría sido una impertinencia imperdonable.

—Pero al parecer, ahora ya no tiene ningún reparo en hacerlo. —Volvió a reírse, pero esta vez la risa no parecía tan sincera—. Sé que a varios de los hombres con los que hago negocios no les gusto demasiado, pero nunca se me había ocurrido pensar que a usted tampoco.

Ni a ella, hasta que aquellas palabras salieron de su boca.

—No es que no me guste, es sólo que no tenemos nada en común —explicó, tratando de justificar algo que ni siquiera ella misma entendía.

—No se reprima, siga.

—No me reprimo. Supongo que usted y yo somos muy distintos, y que vemos las cosas de diferente manera. Usted cree que lo que yo escribo es una tontería y que no sirve para nada, pero eso en parte se debe a su posición social. Los nobles pueden ser maleducados y a nadie le importa. Pueden «interpretar» las normas a su manera, incluso romperlas. Los de mi clase en cambio no podemos hacer algo parecido. Y mucho menos las mujeres. Mi padre era muy estricto. Era un militar retirado y de niña yo tuve... —Se detuvo, sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta.

—¿Usted tuvo qué? —preguntó él al instante.

Le costaba hablar de temas personales, en especial de los relacionados con su padre, pero le debía a lord Marlowe una explicación. Era lo justo.

Se obligó a continuar.

—Tuve una infancia que sin duda usted calificaría de... rígida. Nadie hacía nunca bromas y en casa de mi padre no se podía jugar. En consecuencia, su comportamiento a mí me parece frívolo, burlón y falso. Para usted todo es un juego, y me cuesta saber cuándo está bromeando y cuándo dice algo en serio. No le importan los demás, nunca compra personalmente los regalos, nunca es puntual, y todas esas cosas. Y en su vida afectiva, no puedo evitar pensar que tiene un comportamiento disoluto... Su desprecio por el matrimonio, sus aventuras con bailarinas y otras mujeres de mala reputación.

Él volvió a reírse.

—Bueno, digamos que tener una aventura con una mujer de buena reputación no tendría gracia.

Emma supuso que era un chiste.

La sonrisa del vizconde desapareció y carraspeó un poco.

—Sí, ya veo que en efecto no le gusto. Además de ser un manipulador y un mentiroso, soy frívolo, bromista, desconsiderado, impuntual y un libertino. ¿Me he dejado algo?

Dicho de ese modo, sonaba bastante mal. Emma no había tenido intención de juzgarlo tan duramente, pero no tenía práctica en lo de criticar.

—No se puede decir que usted tenga tampoco muy buena opinión de mí —se apresuró a decir incómoda—. Sé que piensa que soy fría, sosa y que no tengo sentido del humor.

—Bueno, no puede culparme de eso. Usted nunca se ríe de mis chistes.

Eso la hizo sonreír.

—¿Tal vez sea porque no tienen gracia?

—Sí, sí, de acuerdo. Se lo he puesto en bandeja.

Volvió a ponerse seria.

—La cuestión es que no puedo volver a tener la misma... relación desigual que teníamos antes. Para el tipo de trabajo que usted está proponiendo, yo tendría que sentirme libre de expresar mi opinión como escritora, y usted tendría que aprender a respetarla. —A cada palabra, Emma se deprimía un poco más—. Ambos tendríamos que ver al otro desde otra perspectiva. No como jefe y secretaria, ni como lord o hija de un sargento retirado, sino como dos personas con ideas y opiniones igual de importantes y de idéntico valor. Deberíamos tratarnos con respeto y consideración.

—¿Y no cree que eso sea posible?

Emma pensó en todas las veces en que él la había ignorado. En todas las veces que se había sentido demasiado intimidada como para decir lo que pensaba.

—No.

Hubo una larga pausa y luego él asintió.

—Tiene razón, supongo. A usted yo no le gusto, y a mí no me gusta lo que usted escribe, así que supongo que no tiene solución. —Señaló a la puerta—. La acompañaré abajo.

Ninguno de los dos habló mientras él la guiaba hacia el vestíbulo. Se detuvieron frente a las puertas.

—Yo voy a ir andando a mis oficinas —dijo lord Marlowe—, pero si quiere pido un coche para que la lleve a su casa.

—No hace falta. Estoy convencida de que el *Social Gazette* tendrá mucho éxito bajo su dirección. Mucha suerte —añadió, y lo decía en serio.

—Gracias. Y yo estoy seguro de que usted no va a tardar nada en encontrar a otro editor que publique su columna. —Abrió una de las puertas y salió tras ella—. Me ocuparé de que le paguen el artículo que me ha entregado hoy. Le deseo muchos éxitos, señorita Dove. —Hizo una inclinación y se marchó de allí.

Emma observó los anchos hombros de Marlowe al dar éste media vuelta y sintió una punzada en el pecho. Se dijo a sí misma que había tomado la decisión correcta. Si accedía a trabajar para él, a permitir que metiese mano en sus artículos, todo terminaría fatal, pues ellos dos eran como el agua y el aceite. Jamás se pondrían de acuerdo en nada. Había sido muy sensata al rechazar su oferta.

Esa palabra. Esa maldita palabra había vuelto a aparecer. «Sensata.»

—¡Espera! —gritó Emma, y corrió tras él. Harry se detuvo en la esquina, esperando a que se acercara—. Si llegásemos a un acuerdo, ¿cuánto me pagaría?

Él levantó una ceja ante el radical cambio de actitud, pero no dijo nada al respecto.

—Recibirá el diez por ciento de los anuncios que aparezcan en su sección —respondió.

Ella se acordó de todas las veces que había regateado con tenderos hasta conseguir un precio razonable, y se dio cuenta de que la situación era exactamente la misma. Decidió que ya era hora de obtener lo que se merecía.

—El cincuenta por ciento sería más justo.

—No estamos hablando de justicia sino de riesgo, y yo seré quien se arriesgará.

—Le he oído decir muchas veces que cuanto más alto es el reto, más elevados son los posibles beneficios. Y a usted le encanta correr riesgos. Disfruta con ello. Además, la popularidad del *Gazette* ha aumentado muchísimo gracias a mis artículos, y merezco que se me recompense por ello.

—Créame, ya he pagado un precio muy alto por esa popularidad, popularidad que puede no durar. Ahora está de moda, lo reconozco, pero puede ser algo pasajero, hoy está aquí y mañana nadie se acuerda de usted. Si eso sucede, el único que perderá miles de libras seré yo. Le daré el veinte por ciento.

—El cuarenta —contraatacó ella—. Creo que puedo mantener el interés del público por mucho tiempo.

«Puestos a pedir, que por mí no quede», pensó Emma.

—Y ya que estamos negociando —prosiguió ella—, quiero que quede claro que, a pesar de la diferencia social entre usted y yo, y de nuestra pasada relación profesional, a partir de ahora me tratará usted como a su igual. No le prepararé café, y no compraré regalos de los que debería ocuparse usted personalmente, y tampoco me haré responsable de si llega tarde o no a sus reuniones, ni conmigo ni con nadie. Y cuando tengamos que corregir los artículos, tendrá que confiar en mi instinto y no en el suyo.

—Le prometo que trataré de mantener la mente abierta, pero si creo que se va por las ramas hablando de cómo colocar bien una mesa, o de la decoración perfecta de un salón, me veré en la obligación de decírselo. Hasta ahora, jamás he criticado su trabajo como lo haría un editor, pero a partir de este momento, seré absolutamente honesto. Usted cree que no soy sincero, pero puedo ser brutal cuando hace falta, así que prepárese, señorita Dove. Si se ve capaz de aguantarlo, le daré el veinticinco por ciento, ¿de acuerdo?

Ella bajó la vista hacia la mano que él le tendía, grande, de dedos fuertes. Tal vez Marlowe no le gustara demasiado, ni aprobara el modo en que vivía, y pensara que la mitad de lo que salía de su boca eran tonterías, pero de una cosa estaba segura: cuando ofrecía su palabra, la mantenía.

Aceptó su mano, y, al hacerlo, Emma supo que iba a hacerse realidad un sueño mucho mayor de cuanto podía haber imaginado.

—De acuerdo.

Había algo tranquilizador en el modo en que él le rodeó los dedos, pero se sentía confusa. Había sucedido todo tan rápido que le costaba asimilarlo.

Él la soltó.

—Seguiremos publicando los artículos en la edición del sábado. Necesitaré cuatro páginas de contenido cada semana. ¿Podrá hacerlo?

—Podré hacerlo. —Con esas palabras, todo el malestar que había sentido al escuchar por primera vez su oferta, desapareció—. Lo que no sé si podré es convencerme de que todo esto está pasando de verdad.

—Pues créalo, señorita Dove. Quiero publicar el primer ejemplar del nuevo *Social Gazette* dentro de tres sábados. Dado que su último artículo está a punto de publicarse, y que me acaba de entregar uno para la próxima edición, necesitaré sólo otro para la semana siguiente. —Cuando ella asintió, continuó—: También necesitaré un resumen sobre lo que tiene previsto escribir en la nueva sección. El lunes debería estar sobre mi mesa. En cuanto le dé mi aprobación, tendrá una semana para escribir cada uno de los textos. Yo necesitaré un par de días para corregirlos, y podríamos reunirlos el miércoles para discutirlos. El jueves usted le entregaría la nueva versión a mi secretario, yo le daría el visto bueno al día siguiente y lo mandaría a imprimir. Los lunes usted me entregaría el artículo de esa semana. ¿Le parece bien?

Ella asintió.

—Perfecto —dijo Marlowe—. Entonces, a partir de ahora nos reuniremos los lunes para que pueda entregarme sus escritos y sus nuevas propuestas, y los miércoles para discutir mis correcciones. Confío en que este programa le resulte conveniente. —Sin esperar a que respondiera, prosiguió—: El miércoles de la semana que viene revisaremos las primeras correcciones. De momento, no tengo reuniones ni ninguna otra cita ese día. —Arrugó la frente—. O eso creo. Con el secretario que tengo ahora, nunca estoy seguro de nada.

—¿A qué hora quiere que nos reunamos y dónde?

—A las nueve de la mañana. En mi despacho.

—No llegue tarde —dijo ella, riéndose.

—Desde que usted no está, siempre llego tarde a todas partes. —Miró a ambos lados de la calle para ver si podía cruzar—. Pero me esforzaré por ser puntual, aunque sólo sea para mejorar la opinión que tiene de mí.

Emma se dio media vuelta.

Apenas había dado media docena de pasos cuando la voz de él la detuvo.

—Señorita Dove.

Giró la cabeza y vio que le estaba sonriendo.

—Si se hubiera mantenido firme —dijo—, le habría dado el cincuenta.

—Si usted se hubiera mantenido firme —respondió ella—, me habría quedado con el diez.

Harry soltó una carcajada. Dios santo, la señorita Dove tenía sentido del humor. ¿Quién se lo hubiera imaginado? Se quedó mirándola mientras cruzaba la calle, y se dio cuenta de que había muchas cosas que no sabía de aquella mujer.

Había dado en el clavo al describir lo que él pensaba de ella. En efecto, pensaba que era fría y sosa, pero a juzgar por la sonrisa que vio en su rostro mientras se lo decía, Harry supo que

también se había equivocado en eso. Al igual que con sus escritos. De hecho, se había equivocado en muchas cosas.

Siempre había creído que era una mujer del montón, al menos hasta el día en que dimitió y descubrió que tenía el cabello pelirrojo y destellos dorados en los ojos. Pensó en su aspecto de hacía apenas unos instantes, contenta y riéndose mientras le decía que no fuera a llegar tarde, y se dio cuenta de que nunca antes la había visto reír. Una pena, porque cuando sonreía, la señorita Dove no era en absoluto una mujer del montón.

Una cosa sí estaba clara. A ella él no le gustaba. Y eso le preocupaba. Harry solía gustar a las mujeres. No es que fuera engreído, pero eso era un hecho demostrable. Aunque la señorita Dove le estaba haciendo dudar de todas las cosas que daba por hechas.

Era obvio que a lo largo de los años que habían pasado juntos se había formado una opinión de su carácter. Y que sin que él lo sospechara siquiera, había confeccionado una lista de todos sus defectos. No le gustaba, pero así y todo había trabajado para él durante cinco años. ¿Por qué?

Intrigado, Harry estudió su delicada silueta mientras la veía alejarse de allí, y se dio cuenta de que en esa nueva relación que iban a iniciar como iguales, estaba en desventaja. Ella sabía muchas más cosas de él que él de ella.

Algo tenía que hacer para equiparar las cosas y decidió que debía empezar a investigar cuanto antes. Echó una especulativa mirada a las caderas de la muchacha. Todo en aras de la equidad, por supuesto.

Capítulo 8

La caballerosidad es indispensable en un hom-bre. Claro que también ofrece algunas agradables recompensas.

Lord MARLOWE;
Guía para solteros, 1893

La señorita Dove siempre había sido muy eficiente, así que a Harry no le sorprendió recibir tres días antes de lo previsto sus primeros artículos. Después de leerlos, se dio cuenta de dos cosas. La primera, realmente sabía escribir. Y la segunda, no importaba lo excelentes que fueran sus descripciones, lo cálida y cercana que fuera su prosa, él jamás, jamás entendería qué tenía de interesante confeccionar servilleteros con ramas de lavanda o saber que las jóvenes damas podían acudir a comidas y cenas siempre que éstas fueran reuniones literarias.

A pesar de todo, y dado que su éxito estaba más que demostrado, trató de ser lo menos duro posible a la hora de corregir su trabajo, y procuró mantener la mente abierta sobre su contenido. Como quería comentarle unas cuantas cosas, y hablarle también de ciertos cambios, decidió que lo mejor sería devolverle los artículos cuanto antes. Podría haber hecho que se los llevara un mensajero, pero decidió que, dado el nuevo espíritu de colaboración que se había instaurado entre los dos, sería mejor hacerlo en persona, y así poder debatir de viva voz sus sugerencias.

Sin embargo, cuando el sábado por la tarde entró en el pequeño apartamento de la señorita Dove, pensó que le sería del todo imposible hablar de temas profesionales. Ella estaba en plena redecoración del piso. La puerta del apartamento estaba abierta, y el olor a pintura inundaba el ambiente. Se detuvo bajo el dintel, y vio que las paredes eran ahora de un color azul claro y las molduras beige, y que una nueva alfombra dorada, con dibujos púrpura y verde azulado, cubría el suelo de madera. Había apartado uno de los sofás y colocado los muebles de una manera distinta para hacer sitio al escritorio de cerezo, cuyo color combinaba con el de su pelo.

Junto a esa nueva mesa de trabajo, había una pequeña mesa de teca cuyas patas tenían forma de elefante, y sobre ella, la señorita Dove, con su gusto por lo exótico, había colocado un enorme jarrón lleno de plumas de pavo real.

La joven estaba subida a una escalera, frente a la ventana abierta, colgando una cortina de seda azulada en la guía de madera. En la otra ventana, que estaba en el otro extremo de la pared, tenía ya una cortina idéntica, que se balanceaba con la suave brisa de junio.

Sin darse cuenta de su presencia, suspiró exasperada, y Harry observó cómo se ponía de puntillas y levantaba los brazos. Sujetándose a la guía con una mano para mantener el equilibrio, intentó coger con la otra la tela que se había soltado. Pero sus esfuerzos fueron en vano. Harry dejó su maletín y se encaminó hacia ella con intención de ayudarla, pero se detuvo en seco a medio camino.

Allí, de espaldas a él frente a la ventana, con los brazos por encima de la cabeza y con el sol de la tarde brillando tras ella, la silueta de su cuerpo se dibujaba a la perfección bajo su blusa blanca de lino. Harry podía ver las líneas de su torso hasta la estrecha cintura, y cuando se dio media vuelta y levantó aún más un brazo, pudo contemplarla de perfil, y distinguir la inconfundible forma de sus pequeños pechos.

De repente, sintió que no podía moverse. Era como si se hubiese quedado clavado al suelo; lo único que podía hacer era mirarla y sentir cómo el deseo empezaba a inflamar su cuerpo. Antes de darse cuenta siquiera de lo que estaba pasando, su mente empezó a conjurar imágenes de la señorita Dove mucho más específicas que la que estaba viendo allí, frente a la ventana. A él siempre le habían gustado las mujeres voluptuosas, pero al parecer y para su sorpresa, las discretas curvas de la señorita Dove habían despertado su lujuria.

Trató de recuperar la compostura. Se recordó a sí mismo a quién estaba mirando. Se trataba de la señorita Dove, aquella rígida muchacha que siempre seguía las normas al pie de la letra. Aquella a la que él no le gustaba, que desaprobaba su modo de vida, que lo consideraba un libertino. Claro que, en ese instante, esa descripción se acercaba mucho a la realidad, pues los pensamientos que desfilaban por su mente lo eran todo menos recatados.

Deslizó la mirada por la falda marrón oscuro, y luego inició despacio el camino de vuelta. Seguro que tenía las piernas bonitas. Y si necesitaba tanta tela para cubrirlas, sin duda eran sensuales. Al principio de trabajar para él, había especulado un par de veces sobre esa parte de su cuerpo, pero jamás se había permitido ir más allá. Empezó a imaginarse unos muslos bien torneados, de perfectas rodillas.

Ella se movió en lo alto de la escalera para tratar de liberar una vez más la cortina, y la falda se le balanceó al mismo tiempo que Harry se acercaba y estudiaba el trasero de la muchacha de un modo muy poco caballeroso. Con todas las enaguas que las mujeres llevaban bajo la ropa en aquellos tiempos, era difícil de asegurar, pero Harry juraría que las sensuales curvas de la señorita Dove eran del todo naturales.

—¡Oh, maldita sea! ¡Por todos los demonios!

La exclamación de frustración fue tan inesperada que alejó a Harry de las fantasías que su mente estaba elaborando y, al oír ese juramento tan impropio de su secretaria, se echó a reír.

Emma se dio la vuelta sorprendida, y la escalera se tambaleó peligrosamente.

—Cuidado, señorita Dove —la advirtió él, acercándose. Sujetó la escalera con una mano para equilibrarla.

—La cortina se ha quedado enganchada —explicó ella, mientras volvía a ponerse de espaldas a él y seguía moviendo la tela para ver si se soltaba.

—No —dijo él—. Baje y deje que lo haga yo.

Pero antes de que ella pudiera hacerlo, Harry le rodeó la cintura desde atrás con las manos, y, en un gesto de caballerosidad, la levantó para bajarla. Pero tan pronto como la tocó, se olvidó de toda cortesía, y sus pensamientos siguieron caminos mucho menos nobles. Al rozar sus caderas con los antebrazos, otra ola de deseo le recorrió el cuerpo. Había acertado. Casi no llevaba enaguas, una o dos, tal vez, y corsé, pero nada más. Bajó las manos unos centímetros, y, con los pulgares le rozó el principio de las nalgas. Tal vez la señorita Dove fuera pequeña, pero todo en su cuerpo era auténtico.

Apretó un poco las manos, y se acercó a ella, inspirando profundamente el aroma a polvos talco y ropa limpia; jamás habría creído que la esencia de una muchacha inocente pudiera excitarlo tanto. Si se acercaba un milímetro más, podría besarle el...

—¿Milord?

Dios santo, ¿qué estaba haciendo? Harry alejó aquellos lujuriosos pensamientos de besar el trasero de la señorita Dove y se recordó a sí mismo que era un caballero. La bajó de la escalera, la depositó en el suelo, y luego, muy a su pesar, la soltó.

Ella se dio media vuelta, pero no lo miró a los ojos, sino que mantuvo la mirada fija en su mentón. Tenía las mejillas sonrosadas y las cejas fruncidas.

Seguro que se moría de ganas de abofetearlo por haberla cogido en brazos como si él fuera un marino y ella una camarera del East End. Sabía que se lo tenía bien merecido, pero no lamentaba haberlo hecho. Harry la estudió de nuevo, pasando de su pelo color caoba hasta los pies enfundados en aquellas horribles botas y haciendo luego el camino inverso para terminar en la punta de su nariz salpicada de pecas. No, no se arrepentía lo más mínimo. De hecho, deseó poder abrazarla y tocarla de nuevo, cosa que era una auténtica estupidez.

Durante cinco años, había tenido a aquella mujer como secretaria, y siempre había podido dominar los pensamientos lujuriosos que en alguna ocasión había tenido sobre ella. La verdad era que no le había costado gran esfuerzo, pero en ese instante le estaba resultando mucho más difícil. No podía explicarlo, era como si algo hubiera cambiado entre los dos.

Tenía que quitarse de la cabeza esos pensamientos sobre la señorita Dove y recuperar la compostura. Ella ya no era su secretaria, iban a iniciar una relación profesional muy provechosa, y él no tenía intención de echarla a perder. Respiró hondo y señaló la escalera.

—Si se aparta, me encargaré de solucionarle el problema.

Ella por fin lo miró a los ojos.

—¿Eh? ¿Qué?

En vez de repetírselo, Harry le sujetó los brazos con ambas manos y la apartó de su camino, luego subió a la escalera y soltó la cortina del clavo donde se había enganchado. Cuando volvió a bajar, la joven seguía con el cejo fruncido, y pensó que recurrir al humor relajaría un poco la tensión.

—¿Por todos los demonios? —se burló él, agachando la cabeza para poder mirarla a los ojos.

—¿Disculpe?

—Por todos los demonios. Lo ha dicho usted.

Avergonzada, se encogió de hombros y las cejas se le juntaron aún más. Se tiró de los puños de la camisa, igual que una institutriz tratando de parecer seria.

—No sea ridículo. Yo no he dicho tal cosa.

—Sí lo ha dicho. He podido oírla perfectamente. —Negó con la cabeza y chasqueó la lengua—. Ese lenguaje no es propio de la mujer más educada de todo Londres. ¿Qué dirá la gente?

—Es que no sabía que usted estaba ahí de pie.

—¿Así que sólo reniega cuando está sola?

—Yo no reniego. —La evidente mentira de tal afirmación lo hizo sonreír, y ella siguió hablando—: ¡Nunca reniego!... o casi nunca.

—No se preocupe, su secreto está a salvo conmigo —le aseguró él como si ella no hubiera dicho nada—. No le contaré a nadie que la he oído jurar como un marinero de Blackpool.

—Es que la cortina estaba enganchada, y no llegaba, y me sentía tan frustrada y luego... y luego... Oh, vaya. —Se llevó tres dedos a la frente, y parecía muy disgustada consigo misma—. Ha estado muy mal por mi parte —añadió con un suspiro—, muy mal.

Harry pensó hasta qué punto debía de ser estricta consigo misma que el mero hecho de renegar le causaba tal preocupación.

—Déjelo ya, señorita Dove. Se toma las cosas demasiado en serio. ¿Sabe?, debería reír más a menudo. Y con ese único fin, me he propuesto contarle unos chistes. Pero no, ahora que lo pienso, eso tampoco serviría de nada —añadió, aguantándose la risa—. Mis chistes no son graciosos. O eso me ha dicho alguien hace poco.

Ella lo miró de reojo, pero levantó la comisura del labio en lo que parecía una sonrisa. Alentado por el gesto, Harry volvió a intentarlo:

—Tal vez debería contarme un chiste usted a mí. —Se inclinó hacia ella, como si fuese a decirle un secreto—. ¿Sabe alguno picante?

Emma apartó la mirada, y se mordió los labios para no sonreír, antes de volver a enfrentarse a lord Marlowe.

—Si ya se ha reído de mí lo suficiente —dijo con aquel tono de voz que a él le resultaba tan familiar—, tal vez debería decirme por qué ha venido.

—He leído su artículo, y quería discutir con usted un par de cosas.

—Ah. —Ella se apoyó primero en un pie y luego en el otro, como si estuviera incómoda—. Creía que íbamos a reunirnos los miércoles para eso. En su despacho.

—Y así es. Pero sentía tanta curiosidad que no he podido esperar.

—¿Curiosidad?

—Sí. Tengo que saber por qué a las jóvenes damas sólo les está permitido comer alitas de pollo en una cena.

—En una fiesta —lo corrigió Emma.

Él fingió comprender.

—Ah, claro, eso lo explica todo. Ahora sí que lo entiendo.

Ella se mordió el labio y lo miró insegura.

—¿Se está burlando de mí?

—No, se lo aseguro. Me he estado devanando los sesos tratando de dar con una explicación, pero al final me he dado por vencido.

—¿Ha venido hasta aquí para que le explique por qué las jóvenes damas pueden comer alitas de pollo?

—Y para discutir sobre los cambios que quiero sugerirle; son muchos y extensos. No es que haya destrozado su artículo, ni mucho menos —añadió al ver que su expresión de incertidumbre pasaba a ser de preocupación—. Pero creí que le iría bien tener un poquito más de tiempo para revisar mis sugerencias.

—Entiendo. —Miró detrás de él, y luego se acercó a la puerta para cerrarla, recordándole así que su casera era una mujer muy cotilla.

—Nadie me ha visto subir —dijo antes de que ella pudiera preguntárselo.

—Mejor. —Se dio media vuelta, y apoyó la espalda en la puerta—. Este edificio sólo alquila pisos a señoritas. No debería estar aquí. —Se rió incómoda—. La gente es muy tonta, ¿sabe? Y las mujeres aún más. Chismorrean, y dicen cosas que no son verdad. No me gustaría que nadie lo viera y pensara que... que usted y yo... que usted y yo... —Se apartó de la puerta y levantó la barbilla para mirarlo a los ojos—. No me gustaría que nadie creyera que traigo hombres a mi piso. No soy de ese tipo de mujer.

En ese instante, Harry deseó que lo fuera, pero creyó que sería mejor no decírselo.

—¿Le preocupa lo que piensen los demás?

—Por supuesto. —Lo miró atónita—. ¿A usted no?

—No. ¿Por qué debería preocuparme? Y, lo que es más importante, ¿por qué le preocupa a usted? Ahora mismo acaba de decir que la gente es tonta, y que suele chismorrear sobre cosas que no son ciertas. ¿Por qué pierde el tiempo preocupándose por lo que los demás piensen de usted?

—Porque... bueno... porque... ah, es sólo que me importa, eso es todo. ¡Pensarán que estamos... que estamos teniendo una aventura!

Se la veía tan preocupada, que Harry no se atrevió a decirle que medio Londres estaba convencido desde hacía mucho tiempo de que el vizconde Marlowe tenía una aventura con su secretaria.

—Si ese chisme llegara a oídos de su casera, ¿la echaría de aquí?

La señorita Dove se quedó pensando unos segundos.

—No, pero tendría una larga charla conmigo.

—Veo que se preocupa por usted.

—La señora Morris es un poco maniática, y demasiado protectora, pero era muy buena amiga de mi tía, y hace años que me conoce. Me importa lo que piense de mí.

—Pero si hace años que la conoce, ella debería saber que usted nunca haría eso. Y si no es así, lo peor que podría pasarle a usted sería que perdería a una amiga que en realidad nunca lo fue. Y que tendría que buscar otro piso, claro.

—Como si eso fuera poco —contestó con una nota de humor en la voz—. ¿Sabe lo difícil que es hoy en día encontrar un piso económico en Londres?

—Usted y yo vamos a ganar tanto dinero, que esas cosas pronto no le importarán.

Ella ladeó la cabeza y lo miró perpleja.

—¿Y si no ganamos nada?

Harry denegó con una sonrisa.

—Lo haremos, y mucho. Confíe en mí.

—¿Cómo está tan seguro? —Antes de que él pudiera responder, continuó—: Le he visto equivocarse antes.

—No digo que nunca me equivoque, pero no creo que esta vez sea una ellas.

—Usted nunca lo cree. Eso es lo que estoy tratando de decirle. Y cuando pierde dinero, se limita a quitarle importancia al tema. —Lo señaló con la mano—. Le he visto perder miles de libras en una tarde y comportarse como si no le importara. Usted siempre piensa que encontrará el modo de compensarlo.

—Y siempre lo encuentro, ¿no es así?

—Sí, pero eso a mí no me sirve.

—Se preocupa demasiado. —Se acercó a ella y la cogió por los brazos—. No tiene sentido que pierda horas de sueño pensando en lo que puede salir mal. Todo en esta vida tiene su riesgo.

—No todos tenemos tanta seguridad en nosotros mismos como usted. Yo no la tengo.

—No diga tonterías, pues claro que la tiene. Sí que la tiene —insistió cuando ella negó con la cabeza—. Usted dejó un trabajo seguro para dedicarse a escribir. Si eso no es tener confianza en uno mismo, no sé qué otra cosa puede ser.

La amplia y sincera sonrisa que esbozaron los labios de la señorita Dove fue del todo inesperada.

—Eso no fue confianza. Fue rabia. Estaba furiosa con usted por no saber quién era la señora Bartleby.

Él nunca la había visto sonreír tan abiertamente, y le gustó.

—Vaya, esto sí que es un cambio para mejor —murmuró—. Debería sonreír más a menudo, señorita Dove, está preciosa cuando lo hace.

La recompensa que recibió por el cumplido fue que se pusiera repentinamente seria, y entonces se acordó de que ella lo había acusado de ser un mentiroso y un hipócrita. De golpe se sintió inseguro, y eso no le gustó. No estaba acostumbrado a ello. La joven había sugerido que era un inconsciente, y en ciertos aspectos tal vez lo fuera, pero no estaba acostumbrado a meter la pata, y menos con una mujer. Pero por lo visto con ella nunca conseguía acertar. La muchacha se puso tensa, y él la soltó.

—No se ponga a la defensiva —le dijo—. No trataba de halagarla ni de engatusarla, ni nada por el estilo. Es sólo que me ha gustado verla sonreír y se lo he dicho.

—Yo no... no me he puesto a la defensiva. Es que... —Se colocó tras la oreja un mechón de pelo que se le había soltado—. Es que no estoy acostumbrada a que me digan cumplidos. Lo que quiero decir es que no estoy acostumbrada a que usted me diga cumplidos. No sé cómo reaccionar.

—Creo que lo más habitual es decir «gracias».

Eso la hizo reír.

—Trataré de recordarlo. Gracias.

—De nada. No me puedo creer que sea yo el que le esté dando lecciones de etiqueta. ¿Quién se lo hubiera imaginado? —Tanto tiempo conmigo, algo tenía que pegársele, ¿no?

—Sin duda. —Se agachó y cogió el maletín que había dejado en el suelo junto a la puerta—. La próxima vez que tenga que verla, le mandaré mi tarjeta y nos reuniremos en el salón. Confío en que así cumpliremos con sus normas de decoro.

—En efecto. Y en aras de este nuevo espíritu de cooperación que parece reinar entre los dos, trataré de aceptar sus cumplidos.

—Y sonreirá más a menudo.

—¡Sí, sí, de acuerdo, eso también! ¿Ya está satisfecho?

—¿Satisfecho? —Bajó la vista hasta sus labios y, por primera vez, se dio cuenta de que parecían muy suaves y sensuales—. No, no estoy en absoluto satisfecho.

Comentarios como ése eran completamente inútiles con ella, que lo miró desconcertada, claramente no entendiendo a qué se refería. Sin duda era mejor así. Besarla sería muy mala idea. Volvió a excitarse. Muy mala idea.

—¿Quiere que comentemos los cambios que ha hecho? —preguntó ella.

—¿Cambios?

—¿No es a eso a lo que ha venido? —Señaló el maletín que él sujetaba.

—Por supuesto. Sí. —Harry tuvo que hacer un esfuerzo para recordar el motivo de su visita—. Tiene razón.

—Muy bien, de acuerdo. Entonces baje al salón, yo en seguida iré.

—Podríamos quedarnos aquí —sugirió él con una pícara sonrisa, medio en broma—. Así le daríamos un poco de emoción a la vida de sus vecinos; ya sabe, tendrían algo de que hablar durante semanas.

A ella el comentario no le hizo tanta gracia como a él.

—Si quieren hablar de algo, le aseguro que no será sobre mí —replicó abriendo la puerta—. Vamos —insistió al ver que no se movía—, y asegúrese de que nadie lo ve.

Harry la miró con fingida tristeza.

—No tiene ni una pizca de espíritu aventurero, señorita Dove —murmuró, sacudiendo la cabeza mientras salía—. Ni una pizca.

Bajó la escalera pegado a la pared, intentando ocultarse de curiosas miradas; pensó que parecía un villano de opereta. No se cruzó con nadie, aquel lugar era como una tumba.

Llegó al salón y se sentó en un sofá incomodísimo, pero no tuvo que esperar demasiado. La señorita Dove llegó un par de minutos más tarde.

—¿Qué cambios había pensado hacer? —preguntó, sentándose a su lado.

Él le dio los folios que ella le había entregado unos días antes, que ahora estaban llenos de comentarios en los márgenes. Emma empezó a leerlos, y en seguida volvió a desviar la vista hacia él.

—Lo decía en serio —dijo, señalando una nota de la primera página—. No era ninguna broma.

—Bueno, reconozco que no sé demasiado sobre el mundo de las jóvenes damas, pero ¿por qué lo de las alitas de pollo? ¿Por qué no pueden comer otras partes del pollo?

—Porque las alitas son las únicas partes del animal que no tienen equivalencia en los humanos.

—¿Qué? —Harry tardó unos segundos en comprender lo que decía—. ¿Me está tomado el pelo, señorita Dove? —preguntó—. ¿Una dama no puede comer pechuga o muslo de pollo porque equivaldría a sus pechos o a sus piernas?

Ella se sonrojó al escuchar las palabras del vizconde.

—Sé que suena exagerado, pero...

—¿Exagerado? —Se echó a reír—. Lo que suena es absurdo.

—Estoy segura de que así lo cree —contestó ella, mirándolo con desaprobación—. Pero es cuestión de sensibilidades.

Él señaló el resto de los papeles que la muchacha sujetaba en la mano.

—Si ése es el motivo, entonces, ¿por qué no pueden comer codorniz? Me atrevería a decir que el ala de codorniz es lo bastante delicada para cualquier dama, con ella podrían alimentarse como mucho dos hormigas.

—Exactamente, por eso las codornices se sirven enteras. Y dado que una dama no puede comer... no puede comer...

—Pechugas —la ayudó él, disfrutando enormemente.

La señora Dove se cruzó de brazos.

—Lo que quiero decir es que, dado que las codornices se sirven enteras, una joven dama no puede comer dicha ave en una fiesta.

—Tampoco es que coman demasiado, por lo que yo he podido comprobar. —Se deslizó por el sofá para acercarse más a ella y poder así leer lo que había anotado en el margen del folio que sujetaba—. Ni chorlitos, ni pichón, ni faisán. Ni alcachofas, ni pastas saladas, ni queso. —Hizo una pausa para respirar, y continuó—: Nada demasiado picante, ni tampoco nada sazonado. Y nunca pueden beber más de una copa de vino. ¿Me he saltado algo?

Ella suspiró.

—Me gustaría que se tomara en serio mis escritos.

—Y lo hago —le aseguró Harry—. Después de leer esto, por fin entiendo por qué ustedes las mujeres tienen esas cinturas tan estrechas y se van desmayando por todos lados. Creía que era por los corsés, pero no, es que están muertas de hambre.

La señorita Dove se mordió los labios, pero eso no evitó que él viera que trataba de disimular una sonrisa.

—Yo jamás me he desmayado.

—Tal vez no, pero tiene que reconocer que tengo razón. La vida es demasiado corta para pasársela con hambre.

—Ni mucho menos. Estas normas sólo se aplican en las fiestas, y únicamente para las damas casaderas.

—Lo que explica que todas anden desesperadas por casarse —contestó él al instante—. Si tuviera que sobrevivir a base de pudín y alitas de pollo, incluso yo me plantearía casarme.

Eso lo consiguió. Emma se echó a reír a carcajadas.

—Ahora en serio, milord —dijo ella recobrando la compostura—. No sé de qué se sorprende. Usted ha acudido a miles de fiestas. Seguro que cuando ha tenido que trinchar un pollo para servirlo, le han pedido que colocara las alitas en un plato para las damas.

—La gente que me conoce sabe que soy incapaz de trinchar un pollo para servir. Soy demasiado torpe para eso. Las raciones siempre me salen enormes.

—Estoy convencida de que lo hace para que las damas tengan un poco más de comida en el plato y no se desmayen antes de los postres.

—Vaya, señorita Dove, creo que acaba de hacer un chiste.

—Al parecer, no ha sido demasiado bueno, o usted se habría reído.

—Ha sido horrible —admitió él—, pero eso demuestra una cosa. Usted estaba equivocada y yo tenía razón.

—¿De qué está hablando?

—Dijo que nunca podríamos trabajar juntos. Que no seríamos capaces de llevarnos bien. Esta conversación demuestra que estaba equivocada. Creo... —hizo una pausa y se inclinó hacia ella mirándole los labios—, creo que nos llevamos muy bien, señorita Dove.

Ella entreabrió la boca y bajó las pestañas, y él pensó que tal vez en unos pocos segundos se llevaran aún mejor. Pero entonces se apartó, y todos los sueños de Harry se esfumaron.

La señorita Dove ordenó los papeles que tenía en la mano y carraspeó.

—Bueno, y ahora que he satisfecho su curiosidad acerca de las alitas de pollo, ¿quiere que continuemos?

Harry se obligó a concentrarse en lo que estaban haciendo. Le explicó algunas de las cosas que había detectado en su modo de escribir y que creía que se debían cambiar, en especial su tendencia a explicarse con demasiado detalle. Comentaron párrafo a párrafo todas las correcciones y ella aceptó muchas y se quejó del exceso de otras.

A pesar de todo, parecía tomarse las críticas muy bien; tal vez fuera porque gracias a la charla sobre las jóvenes damas y las alitas de pollo se había roto el hielo entre ambos. Terminaron poniéndose de acuerdo sobre los cambios y la señorita Dove accedió a incluir un artículo semanal sobre caballeros en cada edición, y le aseguró que lo tendría escrito para su próxima reunión del miércoles, que era el día en que originalmente habían quedado. Luego, empezó a contarle algunas de las ideas que se le habían ocurrido para los números siguientes.

Harry trató de concentrarse en lo que le estaba diciendo, realmente lo intentó, pero su mente pronto empezó a imaginar cosas mucho más interesantes que almuerzos campestres y exposiciones de cuadros. Mientras ella seguía hablando sobre las viandas adecuadas para organizar un picnic, él no paraba de mirarle los labios imaginándose cómo sería besarla. Cuando la joven dejó de hablar, había imaginado ya veintisiete maneras distintas de hacerlo.

Fue el silencio lo que lo alejó de sus pensamientos lujuriosos y, sintiéndose culpable, vio que ella lo estaba mirando, esperando a que respondiera.

—Tiene toda la razón —aseguró, a pesar de que no había escuchado ni una sola palabra de lo que había dicho—. Estoy de acuerdo con usted.

Ella sonrió, de modo que supuso que había acertado con la respuesta, pero sabía que no podía seguir distrayéndose de ese modo. Lo que había valido cuando ella era su secretaria, seguía siendo válido entonces. Si iban a mantener una relación profesional, no podía seguir teniendo pensamientos lujuriosos sobre ella. Pero al recordar el calor de su cuerpo bajo sus manos al bajarla de la escalera, y el aroma a polvos de talco y ropa limpia, se preguntó por qué no se había dado cuenta antes de lo bonita que estaba cuando sonreía. Tuvo la sensación de que dejar de soñar con besar a la señorita Dove sería comparable a tratar de volver a cerrar la caja de Pandora. Difícil, muy difícil.



Emma pensó que la conversación de esa tarde había ido bien. Increíble, teniendo en cuenta el modo en que había empezado.

Estaba tumbada en la cama, mirando al techo de su habitación y, por culpa del tráfico de la ciudad que se colaba por la ventana abierta, apenas podía oír el ronroneo de *Señor Gorrión*. Además, sus pensamientos estaban ocupados con lord Marlowe y los acontecimientos del día.

El la había tocado. Nunca antes había hecho algo igual. Seguro que su intención inicial había sido comportarse como un caballero y ayudarla a bajar de la escalera, pero al final no era eso lo que había hecho. Le había rodeado la cintura con las manos y luego las había deslizado por sus caderas para después agarrarla por sus caderas. Entre sus manos.

Las múltiples advertencias de la tía Lydia sobre los caballeros y sus instintos animales volvieron a atormentarla. Emma sabía que debería haberle apartado las manos, que debería haberle dejado claro lo que pensaba de un comportamiento tan poco caballerosos. Pero en cambio se había quedado allí, con las manos de él en sus caderas y sintiendo cómo le acariciaba el final de la espalda con los pulgares; demasiado aturdida como para moverse, y con una extraña sensación naciendo en su interior, una sensación que no había sentido nunca antes.

Ningún hombre la había tocado hasta entonces, al menos no del modo en que lo había hecho lord Marlowe.

Pensó en el señor Parker, el único con el que había tenido una relación un poco más íntima. Las conversaciones que habían compartido en la pequeña casa de la tía Lydia siempre habían tenido lugar con él sentado en una silla y ella en otra a más de un metro de distancia. Habían paseado por el parque, en Red Lion Square, mientras él le contaba que iba a convertirse en procurador, y se habían rozado las manos en un par de ocasiones. Los vales que habían danzado juntos estaban por encima de cualquier reproche, con sus cuerpos separados, tal como dictaban las normas. Y, además, tía Lydia siempre había estado allí, cuidando de la virtud y reputación de su sobrina, dispuesta a intervenir en caso de que el señor Parker hiciera algo inapropiado.

Pero nunca lo hizo. Le cogió la mano, le besó los nudillos, la sujetó por la cintura al bailar el vals. Pero nada más. Nada incorrecto.

Nunca le deslizó las manos por las caderas. Nunca le acarició el comienzo del trasero con los pulgares, dibujando pequeños círculos y haciéndola arder de un modo desconocido. Nunca hizo nada de eso.

Cerró los ojos, y colocó las manos en el lugar donde habían estado las de Marlowe. Antes de que pudiera detenerse, deslizó los dedos igual que había hecho él, y volvió a sentir aquella cálida sensación en todo su cuerpo. Apartó las manos de golpe.

Lo que aquel hombre había hecho era exactamente el tipo de cosas contra las que la había advertido la tía Lydia. Cosas que una joven dama jamás debía permitir, y que deberían advertirle que tenía que mantener la distancia con su atractivo jefe. La tía Lydia siempre decía que, dado que los caballeros no podían huir de su naturaleza, les correspondía a las damas mantener las barreras del decoro y la educación.

«Pero él me ha tocado, tía. Me ha tocado.»

Y ella no había hecho bien al permitirselo.

Emma se sentó, dobló las piernas y se las rodeó con los brazos escondiendo los pies bajo el camisón. Descansó la frente encima de las rodillas. Se sentía culpable y avergonzada, pero también curiosa y excitada. Ahora sabía lo que se sentía cuando un hombre acariciaba a una mujer, por muy breve e indecorosa que hubiera sido esa caricia.

No permitiría que volviera a suceder.

Volvió a tumbarse con un suspiro. Tal vez se estaba preocupando en vano. Decidió seguir esa línea de pensamiento y ser positiva. Quizá lord Marlowe estuviera pensando ahora lo mismo que ella y procuraría comportarse de un modo más apropiado en el futuro. Al fin y al cabo, una vez en el salón, las cosas habían vuelto a la normalidad, y durante el resto de la tarde él se había portado como un perfecto caballero.

A pesar de las advertencias del propio vizconde, a Emma no le había parecido que sus críticas a su trabajo fueran tan despiadadas. Y había escuchado todas sus sugerencias con más atención de la que le había prestado jamás. Y eso que se había ido por las ramas al contarle cómo organizar un picnic, pero él no se había quejado ni había dado muestras de aburrimiento. Excepto un par de murmullos y unos ligeros asentimientos, se había mantenido callado y había atendido a todo su relato con educación.

Tal vez había sido demasiado dura al juzgarlo. Tal vez no fuera tan falso ni tan disoluto como había creído. Pero seguía siendo un hombre, y por ello tenía que asegurarse de que el incidente de la escalera no volvía a repetirse.

Capítulo 9

Pandora es una criatura nada cooperativa. De sexo femenino, claro.

**Lord MARLOWE;
Guía para solteros, 1893**

Cuando llegó el miércoles, el día fijado para su reunión, la señorita Dove ya había recuperado su aire de eficiencia y fría resolución al que Harry estaba acostumbrado. Sin duda era lo mejor para ambos, pero no pudo evitar sentirse decepcionado. Quería volver a ver a la otra señorita Dove; la que tenía una sonrisa capaz de iluminar una habitación y maldecía cuando estaba a solas. La que no le había abofeteado por acariciarle las caderas.

La tarde anterior, un botones le había llevado los artículos corregidos, y él los había dado por buenos. La columna para caballeros, que había escrito a petición de él, necesitó sin embargo de mucha corrección; estaba claro que la señorita Dove jamás había tenido que contratar a un ayuda de cámara, pero ella no puso ninguna objeción a sus cambios.

A pesar de que el comportamiento actual de la joven era mucho más parecido al de la señorita Dove de siempre, había algo distinto en ella, pensó Harry. La mujer que había sido su secretaria jamás se habría atrevido a echarlo de su piso. Ni lo habría criticado, ni tampoco habría negociado con él sobre porcentajes para su colaboración. Ella había cambiado, y aunque no sabía cuándo se había producido dicho cambio, sí sabía que ahora lo intrigaba como nunca antes.

Puede que su éxito como escritora le diese una confianza en sí misma que antes no tenía. O tal vez fuera porque había exigido que él la tratara en pie de igualdad. Deslizó la vista hacia la parte frontal de la camisa rosa que ella llevaba. O quizá, añadió para sí mismo, fuera porque no podía dejar de imaginarla desnuda.

—Mañana mismo lo tendrá listo para la imprenta —prometió ella, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Cómo sabe tantas cosas sobre vajillas, manteles y modales? ¿Y de dónde saca esas ideas tan creativas? —preguntó él con curiosidad.

—Mi tía Lydia fue institutriz antes de casarse, y era muy meticulosa con todo lo relacionado con temas de conducta. Así fue como aprendí sobre modales y todas esas cosas que tanto lo impresionan. Viví con ella desde que cumplí los quince.

—¿Y su madre?

—Murió cuando yo tenía ocho años. Apenas me acuerdo de ella. —La señorita Dove miró más allá de él, con la mirada perdida en el infinito—. Siempre me decía que no jugara con barro —murmuró—. De eso sí me acuerdo.

—¿No la dejaban jugar con barro? ¿Y por qué, si puede saberse?

—A mi padre no le gustaba que me ensuciara. Ya le dije que era muy estricto.

Harry lo comprendía perfectamente. Empezaba a hacerse una idea muy clara de lo que había sido la infancia de la señorita Dove, y era enormemente desalentadora.

—Así que se fue a vivir con su tía al cumplir los quince. ¿Estaba casada?

—Entonces ya había enviudado y vivía en Londres, a unas pocas calles de aquí a decir verdad. Cuando mi padre murió, fui a vivir con ella.

—¿Su tía no se trasladó con usted y su padre antes de que él muriera? —preguntó él sorprendido.

Su antigua secretaria adoptó una expresión de lo más extraña y distante, como una máscara. Y, al mirarla, Harry sintió algo que fue incapaz de explicar.

—No —respondió ella pasados unos instantes—. A mi padre... a mi padre no le gustaba mi tía. Era la hermana de mi madre.

Y a la mujer tampoco debía de gustarle demasiado su cuñado, dedujo Harry. Había algo muy raro en todo aquello. Podía sentirlo, y no le gustaba lo más mínimo.

—Pero después de que su madre muriera, lo mejor para usted, habría sido irse a vivir con su tía, ¿no?

—No. Al menos —añadió con una sonrisa que parecía forzada y frágil— mi padre no lo vio así. Y, como le he dicho, ellos dos no se llevaban bien. Pero volviendo a su pregunta sobre vajillas, mantelerías y todas esas cosas... —Hizo una pausa para pensar, y luego añadió—: No sé de dónde saco las ideas. Se me ocurren. Leo mucho. También doy largos paseos, observo lo que veo y luego escribo sobre lo que más me ha llamado la atención. Asimismo hablo con mucha gente: amas de llaves, comerciantes, artesanos... Y, claro está, me encanta visitar tiendas. Hoy sin ir más lejos, tengo intención de explorar la zona de Covent Garden. De hecho —añadió mirando el reloj que llevaba colgado de la chaqueta—, si ya hemos terminado, debería irme. Son casi las once. —Guardó los artículos corregidos en su carpeta y se levantó.

Harry también se puso de pie.

—Me gustaría acompañarla —se oyó decir inesperadamente.

Ella se detuvo y lo miró dubitativa.

—¿Quiere acompañarme? ¿Usted?

Él se rió.

—Sé que suena increíble.

—Y que lo diga. Sé que odia ir de compras.

—Y en cambio a usted le encanta. Por eso le pedía que me comprara los regalos. Se le da mucho mejor que a mí escogerlos. Tiene un talento especial para encontrar el presente más adecuado para cada persona.

—Vaya, gracias, milord. Me gusta mucho saber que acerté con mis elecciones.

—Dado que le gusta tanto, ¿por qué no vuelve a encargarse de ello?

—Ni hablar —contestó al instante.

Harry suspiró.

—Es usted una mujer sin corazón. Piense en mis pobres hermanas.

El comentario no la impresionó lo más mínimo.

—No se me da bien escoger regalos, señorita Dove —prosiguió él mientras iba con ella hacia la puerta—. No tiene ni idea de lo frustrante que es que cuando sólo faltan dos días para Navidad y aún no sé qué comprar.

—Le está bien merecido, por dejarlo para última hora.

—Tal vez, pero me echo a temblar sólo con pensar que estas Navidades no estará usted allí para ayudarme.

—No sea exagerado. Lo único que tiene que hacer es prestar atención a lo que digan sus hermanas. Y luego ir de compras, claro.

Él gimió de terror.

Eso sí la hizo reír.

—Tómese la salida de hoy como un ensayo.

—De acuerdo, la observaré con atención a ver si así aprendo algo.

Y con ese comentario, ambos se dirigieron hacia Covent Garden, y durante las dos horas siguientes, él empezó a conocerla mejor.

Descubrió que se le daba muy bien escuchar a los demás, y que tenía una habilidad innata para hablar con la gente y sonsacarles información. La mujer de un carnicero le dijo dónde podía comprar las mejores mostazas; un vendedor ambulante le explicó cómo preparar los mejores pasteles de carne; un policía que estaba de servicio en la esquina entre Maiden Lane y la calle Bedford la informó de cuáles eran los barrios más seguros de la ciudad. La señorita Dove estaba dispuesta a aprenderlo todo, y prestaba atención a lo que la gente le contaba, tomando notas en su pequeña libreta. Sabía sacar provecho de lo que es una verdad universal sobre la naturaleza humana: a la gente le encanta sentirse importante.

Harry se mantuvo en un segundo plano, y, en ocasiones, ella estaba tan concentrada escuchando a su interlocutor que se olvidaba de que él también estaba allí. Aprovechó esos momentos para observarla sin que se diera cuenta, aunque sabía que no había posibilidad de que volviera a ver su silueta bajo la luz del sol. Al menos, no durante esa mañana.

Llevaba un traje de lino beige, con la chaqueta abrochada hasta el cuello, y dejando al descubierto sólo el cuello de su camisa rosa y un lazo de color verde. Las mangas ajubonadas del abrigo exageraban las dimensiones de sus hombros y el corte recto del mismo no permitía adivinar sus caderas, por otra parte, el sombrero de paja con lazos verdes y plumas color crema le impedía ver sus mechones rojizos. Y el ala era tan ancha que, a no ser que se agachara, no podía mirarla a los ojos.

A pesar de todo, y mientras paseaban por entre las paradas de fruta y verduras del mercado, se consoló disfrutando de lo que sí podía ver: la pálida piel de su oreja y su mejilla, la delicada forma de su nariz, y aquellas preciosas pecas. Se preguntó cuántas más tendría en la parte de su cuerpo que no se veía, y cuánto tardaría en besarlas todas.

Cada vez que ese tipo de pensamientos acudían a su cabeza, Harry se esforzaba por redirigirlos hacia temas más impersonales, pero tal como había comprobado ya el otro día, le resultaba muy difícil. No podía dejar de recordarla subida en aquella escalera; el perfil de su silueta, la curva de sus pechos o la delicadeza de su cintura. Seguía pensando en aquellas largas piernas, y se imaginaba a sí mismo cubriéndoselas de cálidos y sensuales besos. Dicho de otro modo, la caja de Pandora era ya imposible de cerrar.

Decidió que había llegado el momento de distraerse con otra cosa.

—Señorita Dove, creo que ya sé de dónde proviene su sabiduría —le dijo mientras recorrían el mercado, esquivando cestas de fruta—. Se le da muy bien escuchar, y a la gente le gusta hablar con usted.

Ella lo recompensó con una sonrisa.

—Gracias. Aunque todo sería más fácil si pudiera decirles que soy la señora Bartleby. Así serían incluso más diligentes en sus comentarios. Pero dado que hemos decidido mantener su identidad en secreto, supongo que tendré que conformarme con ser su secretaria.

—Sí, ya he visto que se presenta de ese modo. Supongo que a la señora Bartleby no le haría falta halagar tanto a sus interlocutores como tiene que hacer usted.

—Yo no halago a nadie —replicó ella ofendida.

—Oh, sí lo hace. Halaga a todo el mundo. Bueno —añadió seco—, excepto a mí.

De repente, ella se detuvo, obligándolo a hacer lo mismo.

—Lamento mucho todo lo que le dije aquel día, de verdad —dijo, dándose la vuelta para mirarlo a los ojos—. No sé lo que me pasó para que le hablase como lo hice.

—Realmente tiene motivos para lamentarlo —contestó él, fingiendo estar enfadado—. Fue la descripción menos edificante del mundo. Es usted una mujer muy difícil de impresionar, señorita Dove.

—¿En serio? —Cogió una ciruela de la cesta que tenía delante—. ¿Y por qué le importa eso? Usted dijo que no le importaba lo que los demás pensarán —le recordó mientras volvía a dejar la fruta y escogía otra—. Si eso es así, ¿por qué quiere impresionarme a mí?

Sorprendido por la pregunta, la miró fijamente sin que se le ocurriese ninguna respuesta ingeniosa.

—¿A que no es tan sencillo, milord? —murmuró ella, con una picara sonrisa en los labios mientras cogía otra ciruela y la inspeccionaba—. A veces sí importa lo que piensen los demás, aunque no haya ningún motivo para ello. Por eso mismo las jóvenes damas comen sólo alitas de pollo, y por eso a mí me importa lo que piense mi casera. Observar una conducta apropiada es importante. Y por eso la gente lee a la señora Bartleby.

—Es muy propio de usted volver en mí contra mi propio comentario.

—Lo que quiero decir —continuó ella mirándolo de nuevo— es que, en cierto modo, a todos nos importa la opinión de los demás.

—A mí no —insistió Harry—. O, mejor dicho, no me importa lo que piense la gente en general. Pero usted y yo somos... amigos. —Eso era mentira. Él no quería ser su amigo. Lo que quería era besarla, y por eso le importaba lo que pensara de él. Si le gustaba, tenía más posibilidades de conseguirlo.

—¿Así que ahora somos amigos? —repitió la señora Dove, como si la idea le hiciera gracia.

—Exceptuando el pequeño detalle de que no le caigo bien —señaló Harry, y observó cómo el comentario la hacía sonreír—. Pero he decidido ignorar esa cuestión.

Ella se rió abiertamente.

—¿En beneficio de nuestra amistad?

—Por supuesto.

Emma dejó la ciruela en la cesta, cogió otra, suspiró indignada y la devolvió también a su sitio.

—Estas ciruelas son horribles, ¡y carísimas!

Harry miró la pizarra con el precio.

—Una docena por seis peniques, a mí me parece razonable.

—Es un disparate. En plena temporada, tres ciruelas deberían costar un penique.

—Es usted una tacaña, señorita Dove.

A ella no le gustó el adjetivo y frunció el cejo.

—Soy ahorradora —lo corrigió.

—Lo que usted diga.

—Además, no me gustan mucho las ciruelas. Tienen la piel muy amarga. ¡Ojalá estuviéramos en agosto! Entonces sería temporada de melocotones, y me encantan, ¿a usted no? —Levantó la cara, cerró los ojos e inconscientemente se lamió los labios—. Maduros, dulces, jugosos.

Imágenes eróticas de la señorita Dove desnuda rodeada de melocotones inundaron la mente de Harry. La lujuria tomó posesión de su cuerpo, y antes de que pudiera evitarlo, se excitó por completo.

—Milord, ¿se encuentra bien?

—¿Qué? —El sacudió la cabeza, desesperado por recuperar el control, mientras la protagonista de sus fantasías lo miraba preocupada.

—Tiene una expresión muy rara. ¿Está usted enfermo?

—¿Enfermo? —Era una manera de decirlo—. Todo lo contrario —mintió—. Estoy bien. Muy bien.

La joven dio por buena la respuesta y volvió a estudiar la fruta que tenía delante. Harry se tiró del cuello de la camisa, enfadado consigo mismo. ¿Qué le estaba pasando? Por Dios santo, ya no era un chaval de quince años, incapaz de controlar su libido. Ni tampoco era del tipo de hombre al que le preocupase lo que una mujer pensara de él, y ni mucho menos era de los que permitían que fantasías eróticas interfirieran en sus quehaceres diarios. Demonios, si a él nunca le habían gustado las mujeres respetables. Esa repentina atracción hacia la señorita Dove no tenía sentido, además de ser de lo más inconveniente.

Aunque su relación había cambiado, ella seguía trabajando para él. Los motivos que cimentaban el muro de separación entre ambos seguían allí. Harry tenía que asegurarse de que así era. Él era un caballero, y un caballero no se aprovecha de sus empleadas, en especial si éstas son vírgenes solteras y de cierta edad. Tenía que dejar de imaginarse a la señorita Dove rodeada de erotismo. Tenía que hacerlo. Y punto.

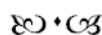
Mientras ella seguía mirando la parada de fruta, él se quedó atrás, luchando por eliminar de su mente cualquier fantasía respecto a ellos dos y una pieza de fruta; como por ejemplo, una en la que ambos estaban desnudos y él le daba de comer pedacitos de melocotón con los dedos. Cuando sintió que por fin había recuperado el control de sus instintos más básicos y que volvía a ser él mismo, se acercó a la joven.

—¿Ya ha terminado?

Ella sacudió la cabeza y levantó una pequeña cesta.

—Creo que voy a comprar algunas fresas.

Harry suspiró y se dio por vencido. Al fin y cabo, se dijo a sí mismo, no había nada de malo en que pensara aquellas cosas. Lo único que tenía que hacer era recordar que no podía ponerlas en práctica.



Lord Marlowe se estaba comportando de un modo muy raro, pensó Emma, mientras estaban sentados, el uno frente al otro, en la hierba de los jardines de Victoria Embankment, disfrutando de un picnic improvisado a base de pan, mantequilla, fiambres y fresas.

Él le había dicho que era una mujer difícil de impresionar, pero ella jamás se había imaginado que él quisiera hacerlo.

Aunque tenía que reconocer que esa mañana no parecía el mismo de siempre. La miró de un modo muy extraño cuando le dijo lo mucho que le gustaban los melocotones. Con la mirada perdida, como si estuviera pensando en otra cosa.

Y no paraba de mirarle los labios.

Como por ejemplo en ese preciso instante.

Emma se detuvo, con la fresa a medio camino de la boca.

—¿Por qué hace eso?

—¿El qué?

—Mirarme. Es de lo más desconcertante.

—¿Lo es? —No apartó la mirada. En vez de eso, se echó un poco hacia atrás y se apoyó en sus antebrazos sin levantar la vista. Luego sonrió.

—Me hace sentir como si tuviera algo en la cara —insistió ella—. ¿Y por qué sonrío de ese modo? ¿He dicho algo gracioso?

Harry deslizó la mirada de sus labios hasta sus ojos.

—No tiene nada en la cara, y no tenía intención de mirarla tan fijamente, disculpe. Es sólo que trato de conocerla mejor y he pensado que así podría hacerlo. Ya sabe, en beneficio de nuestra nueva relación como iguales.

A pesar de que no había dejado de sonreír, parecía sincero. Satisfecha, Emma decidió que ella también tenía que hacer algún gesto para demostrarle que ya no estaba enfadada. Al fin y al cabo, tenían que trabajar juntos.

—A pesar de lo que piensa, hay cosas de usted que admiro.

—Vaya, siga, siga —insistió Harry cuando la señorita Dove se detuvo—. No me deje así. Tiene que decirme cuáles son mis cualidades más admirables.

—Para empezar, tiene un gran olfato para los negocios.

Él se sentó, cogió una fresa, y la miró de reojo mientras se la comía.

—No tanto, y mucho menos en relación con cierta señora Bartleby.

—Todo el mundo comete errores. Además, ya he asumido que lo que yo escribo no es de su estilo, por decirlo de alguna manera. Y tenía razón al decir que mi popularidad puede ser transitoria. Usted, en cambio, tiene un curriculum lleno de éxitos, lo cual es admirable. Respeto mucho su visión para los negocios.

Dicho eso, se comió la fresa que tenía en la mano y fue a coger otra.

Pero Marlowe la estaba mirando expectante.

—¿Eso es todo? —preguntó él—. ¿Que respeta mi visión para los negocios?

Emma lo miró sorprendida.

—¿Y qué quería que dijera?

—No lo sé, pero no eso —contestó él con énfasis—. Por muy gratificante que pueda ser saber que me respeta, digamos que no es el comentario más halagador que un hombre puede recibir de una mujer.

Ella lo miró insegura mientras se comía otra fresa, sin saber si le estaba tomando el pelo.

—¿Me está diciendo que quiere que lo halague?

Harry se detuvo, como si tuviera que pensar la respuesta, y luego asintió decidido.

—Sí, eso es lo que quiero —admitió con una sonrisa—. Después de su retahíla de insultos, mi orgullo está herido. Y necesito con urgencia que me halaguen.

Cuando quería podía ser de lo más atrevido.

—Me niego —contestó Emma, cruzándose de brazos y tratando de no reír—. Si le halago, se volverá aún más presumido.

—No, si usted sigue a mi lado y se asegura de que no abandone la senda de la humildad. — Se arrastró por la hierba y se le acercó—. Ya sé que dijiste que no te gusto, pero me niego a creer que sólo tengas de mí una mala opinión. Tiene que haber algo más, aparte de mi olfato para los negocios, que te guste, Emmaline.

—¡No le he dado permiso para que me tutee! Además —añadió con una mueca—. Odio el nombre de Emmaline. Llamarle así no contribuirá a su causa.

—De acuerdo. Entonces, ¿prefieres que te llame Emma? ¿Es así como te llaman tus amigos?

—Sí, si quiere saberlo. Pero no sé por qué insiste en que somos amigos. Eso es imposible.

—¿Por qué?

Ella se puso tensa.

—Un caballero, como diría mi tía Lydia, no puede ser nunca amigo de una dama.

Harry se rió.

—Una mujer muy astuta, tu tía.

Estiró las piernas hasta que quedaron paralelas a las de la señorita Dove, tan cerca que casi se tocaban. Mucho más cerca de lo que dictaban las normas. Emma abrió la boca para recordárselo, pero entonces la rodilla de él rozó la suya, y fue incapaz de hablar.

—Aún no me has dicho lo que te gusta de mí —murmuró él, inclinándose hacia ella.

Se acercó tanto, que Emma pudo oler el masculino aroma de su jabón de sándalo y distinguir los anillos azul oscuro que rodeaban sus iris. Harry deslizó una mano entre las piernas de ambos posando la palma en la hierba, entre los dos, para apoyarse. Con la muñeca rozó el muslo de la joven.

—Vamos, Emma —le suplicó—. Halágame.

Una cálida sensación la recorrió entera como una marea que hizo que se ruborizase de la cabeza a los pies. Era ella a la que estaban halagando; lord Marlowe la miraba de una forma que hacía que se derritiera como mantequilla bajo el sol. Se movió, acalorada, inquieta, consciente de que el brazo de él descansaba junto a su pierna.

Por alguna razón, la sonrisa de él se ensanchó. Seguro que se había dado cuenta de que estaba nerviosa, pero no se apartó, y Emma sabía que no lo haría hasta obtener lo que deseaba.

En ese instante envidió la capacidad del vizconde para ser tan descarado. Tragó saliva, y miró directamente sus ojos azules, tan brillantes. Al ver su sonrisa, se quedó sin aliento, se le aceleró el pulso y, por primera vez, entendió por qué tantas mujeres habían perdido la cabeza por él.

—Es usted un hombre muy atractivo.

Lord Marlowe se apartó un poco y la miró con recelo, como si no estuviera seguro de que estaba hablando de él. Decidido a confirmar que de verdad era él el destinatario de sus palabras, la miró a los ojos con expresión escéptica.

—¿Tú crees que yo soy atractivo? ¿Tú?

—Sí —admitió la joven—. Y encantador, cuando quiere.

Harry volvió a acercarse hasta que su frente quedó a escasos milímetros del ala del sombrero que ella llevaba.

—Me gustaría mucho besarte. —Entrecerró los ojos—. Dios, si estuviéramos en un lugar más íntimo, lo haría.

El corazón de Emma golpeó con fuerza contra sus costillas.

—¡Será engreído! —dijo, avergonzada de que su voz sonara impaciente en vez de ofendida—. ¿Y quién le ha dicho que le dejaría hacerlo?

Él no parecía amilanado por la reprimenda, el muy atrevido. Volvió a sonreír, y esta vez ella vio la viva imagen de un niño travieso.

—¿Me estás retando, Emma? ¿Me estás retando a que te bese?

Un estremecimiento la recorrió entera al oír esas palabras, y tardó unos segundos en recuperar la compostura.

—Pero qué tonterías dice —contestó, y luego cogió su carpeta y se levantó—. Ahora que ya le he halagado, cosa que no puede ser buena para ningún hombre, será mejor que me vaya. Tengo que escribir un montón de cosas para el número de la próxima semana.

Se alejó de él, poniendo la distancia apropiada entre ambos. Pero mientras se sacudía las migas de la falda, lo oyó murmurar:

—Emma, yo jamás rechazo un reto.

Sabía que tenía que aclararle que no lo había retado a que la besara, y que, bajo ninguna circunstancia, le permitiría hacerlo. Pero abandonaron los jardines sin que Emma dijese nada al respecto. La tía Lydia se sentiría muy disgustada.

Capítulo 10

Si no lleva carabina, una joven soltera tiene que ser muy cuidadosa con su comportamiento, para evitar así que ningún caballero haga inapropiados avances.

Señora BARTLEBY
Consejos para señoritas, 1893

Sentada a la máquina, Emma tecleó una palabra, luego otra, y luego dos más. Una vaga sensación se apoderó de ella y supo que algo iba mal, así que dejó de escribir. Miró el papel que tenía enfrente, y leyó en voz alta lo que había puesto.

«Así pues, cuando una dama necesita besos...»

Gimió exasperada y se inclinó hacia adelante hasta descansar la frente en la máquina de escribir. Se suponía que estaba escribiendo sobre guantes, no sobre besos. Era la quinta vez que tecleaba la palabra equivocada. ¿Qué diablos le estaba pasando?

En el mismo instante en que se hizo la pregunta, Emma supo la respuesta. Miró a través de la ventana, y se imaginó a sí misma sentada en la hierba de los jardines de Victoria Embankment, con la mirada perdida en los picaros ojos azules del vizconde.

«Me gustaría mucho besarte.»

Pensar en ese hombre le había hecho perder dos días de trabajo. Y por mucho que lo intentaba, no podía quitárselo de la cabeza. Resultaba exasperante.

Se recordó a sí misma que tenía que cumplir con la fecha de entrega, y que no podía perder el tiempo soñando. Se sentó erguida, tiró del papel y lo dejó a un lado, junto con las demás páginas llenas de errores. Iba a coger otro folio cuando, casi sin darse cuenta, apoyó el codo en la mesa con la barbilla en la mano, y cerró los ojos.

«Vamos, Emma. Halágame.»

Y aquella maravillosa sensación volvió a recorrerle el cuerpo igual que dos días antes. En su mente, aún podía verlo allí, mirándola como si no diera crédito a lo que ella había dicho, como si sus palabras halagadoras fueran para él del todo inesperadas a pesar de que él era un hombre perfectamente consciente de su poderoso encanto.

«¿Cómo lo hará? —se preguntó Emma, antes de volver a incorporarse—. ¿Cómo hará para conseguir que las palabras más inocuas suenen tan seductoras?» Sin duda era un don de lo más peligroso para cualquier mujer con sentido común. Y en especial para ella.

«¿Me estás retando, Emma? ¿Me estás retando a que te bese?»

Era un descarado. ¡Mira que decir que ella quería que la besara! Si ni siquiera le gustaba. Después de recordarse a sí misma todos los motivos por los que eso era así, Emma se llevó los dedos a los labios y se preguntó qué sentiría si el vizconde la besara.

El reloj de la mesilla sonó, sacándola de su ensimismamiento y sumiéndola al mismo tiempo en la culpabilidad más absoluta. Miró la hora y le sorprendió ver que eran más de las dos y media. ¿Adonde había ido a parar la mañana? Tenía una cita en treinta minutos.

Se puso de pie de un salto y corrió hacia su habitación, tropezándose con el pobre *Señor Gorrión* que la fulminó con la mirada.

—Lo siento, *Gorrión* —le dijo sin darse la vuelta al entrar en su dormitorio.

Se cambió de camisa a toda velocidad, pero fue inútil, pues tuvo que acabar desabrochándose de nuevo para esa vez meter cada botón en su correspondiente ojal. Se puso su chaqueta verde de paseo, un simple sombrero de paja que sujetó al pelo con una horquilla, y se metió libreta y lápiz en la bolsa. Con ésta en una mano, corrió hacia la puerta, cogiendo los guantes antes de salir, y abrochándose los mientras bajaba la escalera.

Sin aliento, salió del edificio y se dirigió calle abajo a la velocidad máxima que le estaba permitido alcanzar a una dama. Odiaba llegar tarde.

—¿Emma?

Al oír su nombre miró a ambos lados de la calle. Saltando de un carruaje y periódico en mano, vio al culpable de su apresuramiento, al hombre que llevaba dos días obsesionándola. Consciente de que no podía fingir no haberlo visto, se detuvo y esperó a que él se acercara, pero tan pronto como se detuvo frente a ella, dijo:

—Buenas tardes, milord. Discúlpeme, pero no puedo entretenerme. Tengo una cita dentro de unos minutos. —Y reanudó la marcha.

—Te he traído una cosa —dijo lord Marlowe, que echó a andar junto a ella, siguiendo su ritmo sin problemas. Sin detenerse, levantó el periódico que llevaba consigo—. Es la edición de mañana.

Emma se detuvo en seco y olvidó por completo su reunión.

—¿Ya?

—La tinta aún no está seca —le dijo—, pero aquí lo tienes. El primer ejemplar. ¿Quieres verlo?

Ella se lo quitó de las manos, lo abrió por su sección, y exclamó encantada al ver su seudónimo con letras de imprenta. Empezó a pasar páginas, recorriendo con la mirada todos los artículos que había escrito. Cada vez que veía algo suyo publicado se sentía como una niña que ha recibido el regalo perfecto por Navidad.

—Es maravilloso —exclamó sin poder evitar reír de júbilo—. ¡Simplemente maravilloso!

—Emma, tu columna ha aparecido en los periódicos cada semana de los últimos dos meses —le recordó él—. ¿Siempre te emocionas tanto?

—Sí —contestó la joven, y se detuvo un segundo para mirarlo, sin dejar de reír—. Siempre.

Harry le devolvió la sonrisa.

—Si ver tus artículos publicados consigue hacerte sonreír así, cada viernes por la tarde te traeré el primer ejemplar.

Antes de que ella pudiera responder, el reloj de la iglesia dio la hora.

—¿Oh, Dios, son las tres? —preguntó preocupada—. Cielo santo, ¡ahora sí que llego tarde!

—¿Vas a otra expedición periodística?

—Sí. —Dobló el periódico y se lo devolvió—. Gracias por enseñármelo.

Él negó con la cabeza y no lo cogió.

—Es tuyo.

—Pero si es el primer ejemplar. ¿No quiere tenerlo usted?

—No. Quiero que lo tenga la señora Bartleby. —Señaló al carruaje que tenía a su espalda—. He venido con mi coche. Si quieres puedo llevarte a donde vas.

—Gracias, pero no sería apropiado que viajara en su carruaje. Y de todos modos, no es necesario. Voy a Au Chocolat —añadió al reanudar la marcha—, está en la calle de al lado.

—¿Tienes una cita en una bombonería?

—Sí. He quedado con el propietario, Henri Bourget. Él cree que va a entrevistarle la secretaria de la señora Bartleby.

—Eso me recuerda, una cosa que te quería preguntar. ¿Hacerse pasar por otra persona no equivale a mentir? —se burló—. O, como mínimo, es de mala educación, ¿no?

—No soy yo la que ha insistido en mantener mi identidad en secreto. Además, es un engaño diminuto, y lo hago para preservar la integridad periodística —contestó ella—. Para poder investigar mejor.

Él se rió.

—¿Ahora se llama «investigar» ir a una bombonería?

—¡Pues sí! Estoy pensando en escribir un especial sobre dulces para dentro de tres semanas. Postres, confites, ese tipo de cosas. Es una de las ideas que le comenté el sábado. ¿No se acuerda?

—Hum, claro. ¿Eres golosa, Emma?

—Sí. Me encantan los dulces. En especial el chocolate. —Se mordió el labio inferior y lo miró arrepentida antes de detenerse en la esquina—. Me temo que ahora conoce mi punto débil. Haría cualquier cosa a cambio de chocolate.

—¿De verdad? —murmuró él y la miró de reojo—. ¿Te importa que te acompañe? —le preguntó al cabo de un instante—. Me gustaría comprar unos cuantos bombones para mis hermanas. Tal como dijiste, tengo que empezar a comprar mis propios regalos, y sé que a todas les gusta el chocolate. —Le quitó el periódico de las manos—. Deja que lo lleve yo.

—Gracias. ¿Así que a sus hermanas les gusta también el chocolate?

—Les encanta. No lo entiendo, pero así es.

—¿Y a usted no le gusta? —Cuando él negó con la cabeza, ella lo miró como si empezara a dudar de su salud mental—. ¿Cómo es posible?

—Me gusta más lo salado. Para ser sincero, soy adicto a las sardinas.

—Bromea —dijo riéndose.

—Todo lo contrario, lo digo muy en serio.

Emma siguió riéndose, y volvió a mirarlo. Luego suspiró.

—Nunca sé cuándo me toma el pelo.

—Lo sé, y precisamente por eso me gusta tanto gastarte bromas. De hecho, creo que lo haré más a menudo.

—Perfecto —respondió ella resignada. Ahora sí que no podría volver a escribir una línea—. Eso es sencillamente perfecto.

Ante la confesión de que ella haría cualquier cosa a cambio de chocolate, un hombre honorable se negaría a especular sobre todas las posibilidades que conllevaban esas palabras. Pero todos decían que Harry era un libertino que llevaba una vida inmoral, así que, mientras el propietario de Au Chocolat les enseñaba la tienda, sus pensamientos exploraron todas y cada una de esas posibilidades.

La visita finalizó en una especie de vestíbulo, donde les esperaba una botella de champán frío, flanqueada por dos copas de cristal, y una selección de trufas en una bandeja de plata. En la mesa, había también una caja envuelta con papel de seda rosa y un lazo blanco.

—¿Tal vez a su señoría y a la secretaria de *madame* Bartleby les gustaría probar nuestras trufas y saborear un poco de champán?

Emma miró los bombones y creyó estar en el cielo.

—Qué considerado por su parte, *monsieur*.

El hombre le señaló la cajita.

—Por favor, entréguele este obsequio a la señora Bartleby de nuestra parte. Estamos convencidos de que las nuestras son las mejores trufas con licor de todo Londres, y confiamos en que así lo cuente en su columna.

—Me aseguraré de que recibe los bombones —respondió Emma seria—, pero no puedo garantizarle cuál será su opinión. Al fin y al cabo, yo sólo soy su secretaria.

El hombre no tuvo la oportunidad de responder, pues en ese instante otro caballero entró en la habitación con actitud preocupada. Se acercó a la mesa y le dijo algo a Bourget en voz baja.

A eso le siguió un rápido intercambio de palabras en francés, de las que Harry entendió sólo la mitad, pues hablaban muy rápido y él nunca había dominado por completo esa lengua, pero al parecer había algún problema en el proceso de fundición de un chocolate concreto.

Bourget volvió a dirigirse a sus invitados con las manos levantadas y una sonrisa de disculpa en los labios.

—Está visto que no pueden hacer nada sin mí. Señorita Dove, vizconde Marlowe, me temo que tendré que abandonarles un momento. Si me disculpan... —Cuando ambos asintieron, señaló la mesa—. Disfruten de las trufas. En seguida vuelvo. —Con una reverencia, salió junto con el otro francés dejando a Emma y a Harry en la habitación.

Él se volvió hacia ella y dejó a un lado el periódico que había paseado toda la tarde, para poder servir el champán.

—¿Qué te parece si disfrutamos de la amabilidad de *monsieur* Bourget? —preguntó, llenando ambas copas.

Emma guardó la libreta y el lápiz en su bolsa, y luego la dejó encima de la mesa. Se desabrochó los guantes, se los quitó y los dejó también allí. Bebió un poco de champán, y, durante unos segundos, estudió la bandeja de trufas hasta escoger una de chocolate negro con un lacito de azúcar rosa encima.

Harry la observó mientras la mordía, y sonrió al ver la expresión de éxtasis que le iluminó el semblante, aunque eso hizo que su imaginación se desbocara sin remedio. Cuando vio la gota de licor deslizándose por la comisura del labio inferior de Emma hasta caer en su barbilla, no dejó escapar la oportunidad.

Ella dejó la copa de champán, e iba a coger una de las servilletas de lino que había dobladas encima de la mesa, cuando él levantó la mano y, con el pulgar, capturó la gota de licor, que luego se llevó a los labios. Emma abrió los ojos sorprendida al ver que él se lamía el dedo.

—Avellana —murmuró Harry, y bajó la vista—. Delicioso, pero aún no he probado el chocolate.

Antes de que la muchacha adivinara cuáles eran sus intenciones y tratara de detenerlo alegando alguna estúpida norma de etiqueta, Harry le cogió la muñeca, le levantó la mano, y abrió la boca. Rodeó sus dedos con los labios y engulló la mitad de trufa que ella sujetaba.

A Emma le dio un vuelco el corazón, y aunque trató de soltarse, él no se lo permitió.

Harry la vio mirar hacia la puerta y luego devolver la mirada hacia él, observando perpleja cómo, despacio, lamía el chocolate que había quedado en los dedos de ella.

Vio cómo le temblaba el labio, y supo que se le había acelerado la respiración. Era consciente de todo lo que la joven estaba experimentando; del descubrimiento de la pasión que había permanecido presa de la modestia. De su inocencia. El cuerpo de Harry empezó a arder.

Emma se sonrojó. Desesperada, miró de nuevo hacia la puerta e intentó una vez más apartar la mano, pero él se lo impidió.

—Aún no —murmuró sin soltarla—. No he acabado.

Se tragó la trufa, y luego recorrió el dedo índice de ella con la boca. La muchacha gimió desconcertada, tanto por lo que Harry estaba haciendo como por la reacción de su propio cuerpo. Bajo el pulgar de la mano que le sujetaba la muñeca, podía sentir su pulso acelerado mientras él seguía lamiendo los restos de chocolate con deliberada lentitud.

La resistencia de Emma empezó a resquebrajarse al mismo ritmo que el cacao desaparecía de sus dedos. Dejó de intentar soltarse. Sus pestañas salpicadas por oro descendieron y cerró los ojos. Cuando él le dio la vuelta a la mano para besarle la palma, ella suspiró de placer. Harry le acarició la cara, y con las yemas húmedas, tocó su mejilla, haciendo que el deseo se apoderase de cada poro de la piel de él.

Le recorrió la palma con la lengua, y pudo sentir cómo se estremecía. Levantó la cabeza y la observó mientras se apartaba de la mano para acercarse más a ella.

La joven debió de darse cuenta de cuáles eran sus intenciones, porque irguió la barbilla, abriendo los ojos y separando los labios al mismo tiempo. Era una reacción instintiva, pensó Harry, pues dudaba mucho que fuera consciente de lo que él quería. Si lo supiera, seguro que ya lo habría detenido, pero en aquellos momentos el cuerpo de ella sólo sabía una cosa: que había despertado a la pasión.

Y era una de las cosas más eróticas que Harry había visto en toda su vida.

Sin embargo, no tuvo tiempo de disfrutarlo. El sonido de unas pisadas procedentes del pasillo le advirtieron que alguien se estaba acercando, y, tras depositar un rápido beso en los nudillos de Emma, le soltó la mano. Cuando Bourget entró en la habitación, la expresión soñadora de la joven había desaparecido, y Harry estaba en el otro extremo de la mesa, observando la bandeja con los chocolates y tratando de esclarecer su mente.

—De nuevo les pido disculpas —dijo el confitero al acercarse.

—No se preocupe, *monsieur* —respondió Harry cogiendo una trufa. Miró a Emma y añadió—: Se nos ha pasado muy rápido.

Una leve exclamación de sorpresa escapó de los labios de ella y se sonrojó como nunca.

Él le sonrió y mordió la trufa.

La muchacha se apoyó en la mesa y se inclinó hacia él.

—Creía que no le gustaba el chocolate —le dijo, con los ojos entrecerrados y observando cómo se comía el dulce. Harry esbozó su sonrisa más inocente.

—¿De dónde ha sacado esa idea, señorita Dove?

Capítulo 11

Ha sido mi deber, querida Emma, guiarte hacia la edad adulta. Enseñarte a comportarte como una dama, orientarte en los momentos difíciles de tu juventud, y protegerte de las maldades de este mundo. He tratado de inculcarte lo que significa de verdad ser una dama, y al verte ahora, sé que lo he conseguido. Estoy orgullosa de ti, querida. Muy orgullosa.

Últimas palabras de la señora LYDIA WORTHINGTON a su sobrina, 1888

Emma supuso que su tía no se sentiría tan orgullosa en aquel momento. Ella y lord Marlowe salieron de Au Chocolat y emprendieron el camino de regreso hacia Little Russell sin decirse ni una palabra. Cosa que agradeció, pues estaba demasiado confusa para hablar.

Sabía que ciertas cosas estaban mal. Así se lo habían enseñado. Consentir que un hombre le lamiera los dedos era una de ellas. Así como permitir que un hombre se sentara tan cerca en la hierba y le rozara la pierna con la suya. Y también dejar que la muñeca de ese hombre rozara su muslo. Si la tía Lydia hubiera estado con ellos durante esos incidentes, no habría permitido que lord Marlowe se tomara tales libertades. Y si con su mera presencia no hubiera bastado, la tía habría tosido o le habría golpeado con la punta de la sombrilla para advertirle.

Dejando aparte el caso de Beatrice y su excelente señor Jones, para los que Emma se había atrevido a reinterpretar las reglas de conducta, en sus escritos ella siempre aconsejaba a las jóvenes damas que mantuvieran las distancias. Si la señora Bartleby se hubiera encontrado en una situación como la de aquella tarde, habría detenido a lord Marlowe y lo habría abofeteado.

A Emma le preocupaba no estar hecha de la misma pasta que su personaje de ficción.

Cuando él le había lamido el chocolate de los dedos y le había acariciado la mano con la lengua, se había quedado tan aturdida que ni se le ocurrió siquiera resistirse. Había bastado sentir su boca en su piel para que todas las normas de conducta, junto con sus principios, se desvanecieran de su mente. Era horrible descubrir que sus convicciones tenían tan poco fundamento.

Lo miró de reojo mientras caminaba a su lado. Antes, él jamás se había comportado así. En alguna ocasión le había tomado el pelo, eso sí, y de vez en cuando le había gastado alguna broma. Pero ahora todos los comentarios que hacía eran personales, como si flirteara. Ningún hombre había flirteado con ella antes. Ninguno había tratado de hacer nada inapropiado, y Emma no lograba entender que lord Marlowe lo hiciera precisamente entonces. Él podía comportarse de ese modo con cualquier mujer, y seguro que lo había hecho muchísimas veces. ¿Por qué ella? ¿Por qué entonces?

«Me gustaría mucho besarte.»

De jovencita, Emma había soñado alguna vez con que el señor Parker la besara. Ahora ya no, y hacía mucho tiempo que había enterrado esos sueños junto con sus esperanzas y su corazón roto. En esos momentos sentía que aquellos sueños secretos y tan románticos volvían a renacer, pero con otro hombre; uno mucho menos apropiado y mucho más presuntuoso que el señor Parker. Un hombre que quería besarla y que no escondía su deseo, que la hacía preguntarse, al igual que cuando era aún casi una niña, qué sentiría cuando alguien la besara.

Volvió a mirarlo, y un escalofrío de anticipación le recorrió la espalda. Quería que la besara. Estaba mal que un hombre besara a una mujer sin estar casados o como mínimo prometidos, se recordó a sí misma, y era sabido que lord Marlowe no quería volverse a casar. Él era un hombre de mundo, de los que tienen ilícitas aventuras con bailarinas. Y desde luego, ella tampoco quería casarse con él.

Se detuvieron en una esquina y, sin dejar de mirarlo, Emma se llevó a los labios los dedos que él le había besado.

Lord Marlowe giró la cabeza, la miró a su vez y sonrió. Ella se quedó sin aliento, y el corazón le dio un vuelco, causándole dolor y placer a la vez.

Era un sentimiento demasiado fuerte. Apartó la mirada y bajó la mano con brusquedad. Ella era una persona seria, se dijo a sí misma mientras cruzaban la calle. No le gustaba hacer cosas prohibidas o que estuvieran mal. Ya no era una jovencita. Y desde luego, no era una provocadora.

—¿Qué pasa, Emma?

La voz de lord Marlowe interrumpió sus pensamientos.

—Después de lo que ha pasado, no entiendo que me haga esa pregunta, milord.

Él se rió.

—Después de lo que ha pasado, creo que deberías llamarme Harry.

Emma suspiró exasperada.

—Yo diría que no, milord.

Él se encogió de hombros y se cambió de mano la edición del Social Gamite y la caja de bombones que había comprado para sus hermanas.

—Sólo te he besado la mano.

—¡Hace que parezca tan inocente! —Se dio cuenta de que había levantado la voz, y miró alrededor para asegurarse de que nadie la había oído, pero el tráfico de Londres era tan ruidoso que aseguraba que los demás transeúntes no pudieran escuchar su conversación—. Tal vez no sepa... no sepa tanto como usted sobre estos temas —prosiguió, mirándolo a los ojos—, pero ¡incluso yo sé que no ha sido «sólo un beso»! Usted... usted estaba... —Le tembló la mano, una oleada de calor le recorrió todo el cuerpo, y se quedó sin habla.

Apartó la mirada, y, con las manos enguantadas metidas en los bolsillos de la falda, aceleró el paso, pero Marlowe la atrapó en seguida y caminó relajado a su lado.

—Emma —le dijo al llegar a la calle donde ella vivía—, no ha pasado nada. —La ternura que había en su voz sólo consiguió empeorar las cosas—. Ha sido algo inocente.

—No ha sido inocente. Si hubiera entrado alguien y nos hubiera visto...

—No ha entrado nadie.

—Pero ¡podría haber pasado! Y sería mi reputación, y no la suya, la que habría pagado las consecuencias.

Por primera vez, una sombra de culpabilidad apareció en el rostro del vizconde, y Emma apartó la mirada.

—Tú no me detuviste.

—Usted no me soltaba la mano.

—Tú no lo intentaste demasiado.

Contra eso no podía decir nada, porque era verdad.

—¡Y he hecho mal! Oh, ¿cómo he podido permitir que me hiciera algo tan perverso?

—¿De verdad crees que lo que ha ocurrido entre los dos es algo perverso? Emma, no vas a ir al infierno por lo que ha sucedido, eso lo sabes, ¿no? Nadie te va a mandar a la cama sin cenar, ni se va a llevar tus regalos de Navidad.

Eso la puso furiosa, y contribuyó a alterar aún más sus emociones.

—¡No se burle de mí! —gritó ella, deteniéndose en mitad de la calle, a escasos metros de la puerta de entrada.

Harry se puso serio de golpe y también se detuvo.

—No lo hago. Pero me parece que te preocupas demasiado por lo que ha sido un flirteo inocente, y no entiendo por qué.

«Por todo lo que tú me has hecho sentir.»

Quería gritarle esas palabras allí, en plena calle. Pero en vez de eso, inspiró hondo y dio media vuelta encaminándose a la puerta de entrada del edificio.

—Cosas como ésa nunca son inocentes —murmuró en voz baja, tratando de recordar las advertencias que su tía le repetía siempre de niña—. Cosas como ésa pueden llegar a... —Se detuvo, con la mano en el picaporte.

Detrás de ella, escuchó una suave risa gutural.

—¿En una bombonería? Créeme, si hubiera querido que eso llegara ser algo más, te habría llevado a un sitio mucho más íntimo y romántico antes de besarte la mano.

—¡Pues qué alivio! —contestó sarcástica, y empezó a abrir la puerta, pero él apoyó la mano e impidió que pudiera escabullirse.

—¿De qué va todo esto en realidad? —preguntó Harry.

—Deje que me vaya. —Cuando vio que él no iba a permitirselo, se volvió y lo fulminó con la mirada—. Me pregunto qué pensará la gente si ve a un hombre acosando a una mujer de esta manera.

—¿Qué gente? ¿Tu casera? Me parece que te pierdes por lo que piensen los demás.

—Es importante tener en cuenta la opinión de la gente que te rodea.

—No, no lo es. La respuesta a lo que está bien y lo que está mal no la encontrarás en las opiniones de los demás. Ni tampoco en los libros de etiqueta. Sólo hay un modo de saberlo. —Se inclinó hacia ella sin avisar, y la tocó justo en el esternón.

Emma se quedó sin respiración.

—Tienes que buscarla aquí —dijo, con la palma apoyada en el plexo de la muchacha y los dedos extendidos entre sus pechos—. Aquí es donde siempre encontrarás la verdad.

Angustiosamente consciente de que estaban en mitad de la calle y de que todos sus vecinos podían verla, Emma miró a ambos lados, pero por suerte era la hora de cenar, no había nadie por el barrio.

—Se refiere al corazón, supongo.

—No. Me refiero a tu instinto, él siempre te dirá la verdad. El corazón puede mentir. La intuición, el instinto, no.

—¿Y usted siempre sigue sus consejos?

—Siempre. —Hizo una pausa y apartó la mano—. Casi siempre.

No era asunto suyo, pero tuvo que preguntarlo.

—¿Y qué pasó la última vez que escuchó a su corazón y no a su instinto?

—Que me casé.

—Ya veo. —Dudó unos instantes, pero no pudo evitar continuar—. ¿Y qué fue lo que lo impulsó a divorciarse, su corazón o su instinto?

Él hizo una mueca de desdén.

—Supongo que tú, como el resto de la sociedad, me condenas por haberlo hecho. A pesar de que yo era la parte ofendida.

—Me educaron en la creencia de que el matrimonio es para toda la vida, de que es un voto sagrado que se realiza ante Dios y que no debe romperse, si es a eso a lo que se refiere.

—Qué fácil resulta para alguien como tú decir todo eso.

—¡El que esté soltera no implica que no pueda tener una opinión formada sobre el matrimonio y el divorcio! —replicó dolida.

—¿Y no deberías saber lo que hizo mi mujer, antes de juzgar si yo tenía o no motivos suficientes para divorciarme de ella?

—No me corresponde a mí juzgar eso.

—¿Que no te corresponde? —Se rió, pero fue una risa dura y sin humor—. La señora Bartleby se pasa la mayor parte del tiempo dando consejos a los demás sobre normas de etiqueta, así que, ¿cuál es el protocolo en una situación como la mía? —Bajó la voz, que le vibraba con una ira y una rabia que Emma no le había oído jamás—. ¿Qué debería hacer un hombre cuando su esposa se pasa todo el día insultándole y deseando estar con otro? ¿Debe ser educado y caballeroso y fingir que no se da cuenta y que no lo está pasando mal? ¿Tiene que comportarse como un santo o un mártir y no decir nada?

Se acercó a ella, y, a la luz nocturna, Emma vio brillar algo en sus ojos, algo frío y duro como el hielo.

—Y cuando ella se va a América con su amante —prosiguió el vizconde—, humillando públicamente tanto a su marido como a su familia política, ¿qué debe hacer él? ¿Fingir que no tiene importancia? ¿Empezar el proceso de separación? ¿Pasarse el resto de su vida célibe? ¿Buscarse una amante?

Ella se quedó atónita al ver el dolor que se reflejaba en su rostro.

—Quería a su esposa —dijo, comprendiéndolo por primera vez.

—¡Por supuesto! —Él apartó la mirada, y respiró hondo—. Si no, no me habría casado con ella.

—No lo sabía. Supongo que... —Se detuvo antes de continuar—. Supongo que siempre había pensado que, si la hubiera amado, habría ido tras ella.

—¿Te refieres a que debería haberla seguido hasta Nueva York? ¿Arrancarla de los brazos de su amante y convertir el resto de mi vida en un infierno? ¿Habría sido más apropiado que hiciera esa barbaridad antes que divorciarme de ella?

Emma lo miró sin saber qué decir. Para ella, el divorcio era tan impensable como salir de casa sin corsé o no ir a misa. Pero por otro lado, ¿qué sabía de las relaciones entre hombres y mujeres? Casi nada.

—Me enamoré de Consuelo la primera vez que la vi —prosiguió Harry, apoyando la espalda en la pared del edificio—. No sabía nada de ella, ni de su personalidad, ni de su carácter, pero no me importó. Me bastó con mirarla a los ojos para enamorarme. Tenía los ojos más grandes, oscuros y tristes que había visto jamás. Empecé a organizar la boda inmediatamente después de que me la presentaran. Fue así de rápido.

Emma se quedó mirándolo, atónita, y recordando un día, tiempo atrás, en el salón de casa de su tía, cuando otro hombre le había contado algo similar.

—Yo también me enamoré una vez —confesó.

—¿De verdad?

Ella asintió y apoyó la espalda contra la puerta, mirando a la gente que pasaba por la calle, pero con la imagen de la casa de Red Lion Square, seis bloques más allá, en su mente.

—Se llamaba Jonathan Parker, y era un amigo de la familia de mi madre. Lo conocía desde que ambos éramos niños. Cuando mi madre murió, mi padre rompió con su familia política y sus amistades, y no volví a verlo hasta que me mudé a Londres con mi tía. El señor Parker y yo nos hicimos amigos. Muy buenos amigos.

—¿Novios?

Emma respiró hondo.

—Eso creía yo.

—¿Qué pasó?

—El venía a visitarme a casa de mi tía casi cada día. Cenaba con nosotras, dos o tres veces por semana. Teníamos una gran cantidad de cosas en común, y pensábamos de forma parecida acerca de muchas cosas. En las fiestas, si había música, bañábamos el uno con el otro. Íbamos juntos a todas partes, y todo el mundo daba por sentado que algún día nos casaríamos.

—¿Y? —la instó Harry cuando ella se quedó callada.

—Y entonces, una noche fue a una fiesta. Yo tenía que ir también, pero estaba muy resfriada y no pude asistir. Mi tía se quedó en casa para hacerme compañía, y a la mañana siguiente me enteré de que el señor Parker había bailado mucho con una chica menuda de pelo rubio. Se llamaba Anne Moncreiffe, y era de Yorkshire. —Al contarle, Emma se dio cuenta de que ese recuerdo ya no le dolía—. Tres días más tarde, cuando ya me había recuperado del resfriado, el señor Parker vino a verme para contarme las buenas noticias: se había enamorado de Anne. Ella era la chica más guapa, más vivaz, más encantadora que había conocido jamás, e iban a casarse. —Hizo una pausa y negó con la cabeza, como si aún no lograra comprenderlo—. Acababa de conocerla y ya quería casarse con ella. Los seis años que él y yo habíamos compartido no eran nada comparados con los tres días que llevaba con Anne.

—Lamento que te rompiera el corazón.

—No fue sólo el corazón. Ese día también perdí a mi mejor amigo. La traición duele mucho.

—Sí —reconoció él—. Mucho.

—¿Cómo es posible? —preguntó curiosa, confiando en que Marlowe pudiera explicarle lo que nunca había logrado entender—. ¿Cómo puede uno enamorarse en un instante?

—No lo sé. Pero en mi caso puedo decirte que fue una especie de locura.

—¿Y ya se ha recuperado?

—Sí. Si se tiene suerte, se supera antes de cometer el error de casarse. Yo no la tuve, pero ¿qué me dices de tu señor Parker? ¿Está felizmente casado?

—Lo último que supe de él fue que era muy feliz. Claro que... —añadió con maldad—, él vive en Londres y su mujer en Yorkshire.

Lord Marlowe se rió.

—Seguro que ése es el secreto de un buen matrimonio.

—Seguro —asintió ella, riéndose también. De repente, se sentía relajada, como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Giró la cara y lo miró—. Es raro, es la primera persona a quien se lo cuento. Mi tía sabía lo que había pasado, por supuesto, y nuestras amistades, pero nadie

hablaba nunca del tema, ni yo tampoco. A las damas no se nos permite desmoronarnos frente a nadie, ni preguntar otras cosas que pueden ser indiscretas. Nunca me sentí capaz de decirle a nadie lo mal que lo estaba pasando.

—Es muy doloroso descubrir que el amor no es correspondido.

—¿Su esposa nunca le quiso?

—Nunca. Y lo peor de todo es que yo lo sabía. —Se colocó el puño en el mismo lugar donde momentos atrás la había tocado a ella—. Aquí dentro, mi instinto lo sabía. Pero no le hice caso. En vez de eso, escuché a mi corazón. Si hubiera atendido a mi instinto nos habría ahorrado, tanto a Consuelo como a mí, años de sufrimiento. —Meneó la cabeza e hizo el ademán de partir—. Está oscureciendo, será mejor que me vaya.

—Sí, claro. Buenas noches. —Se dio media vuelta para abrir la puerta, pero la voz de él la detuvo.

—¿Emma?

Ladeó la cabeza y lo miró.

Estaba de pie en la acera, observándola.

—Si de verdad creías que lo que estaba haciendo estaba mal, ¿por qué no me has detenido?

Harry dio media vuelta sin esperar a que ella respondiera, y se dirigió hacia su carruaje. Hasta que Emma no vio alejarse el coche no reconoció la verdad:

—Porque aunque sabía que estaba mal, dentro de mí he sentido que estaba bien. Y eso me asusta.

Miró cómo el carruaje desaparecía al doblar la esquina. Ella podía recitar de memoria todas las normas de educación del mundo, pero no podía dejar de preguntarse si esas normas servían para distinguir lo que estaba bien de lo que estaba mal. Y lo peor de todo era que empezaba a darse cuenta de que, aunque era una madura mujer de treinta años, no sabía nada de la vida.

Capítulo 12

La virtud puede ser una recompensa en sí misma, pero en mi opinión, eso no es ningún incentivo.

Lord MARLOWE
Guía para solteros, 1893

Por mucho que odiara reconocerlo, Harry sabía que Emma tenía razón. Lo que había hecho en Au Chocolat habría destrozado la reputación de la muchacha si alguien les hubiera visto. A pesar de su insistencia en que había sido algo inocente, sabía perfectamente que no era así. La virtud de una dama era algo muy frágil. A él no le importaba lo que la gente pensara de su comportamiento, pero al fin y al cabo era un hombre, y sabía bien que, para una mujer, las consecuencias eran mucho más graves.

Se propuso que su relación con Emma Dove volviera a los cauces impersonales de antes. En vez de reunirse con ella, le dio la excusa de que tenía una reunión de negocios y anuló la cita. Le mandó las correcciones con un mensajero y le pidió que le contestara a través de Quinn.

Pero por desgracia, la distancia no fue el revulsivo que necesitaba. Las imágenes de aquella tarde en Au Chocolat reaparecían en su mente una y otra vez, y no podía dejar de revivir el despertar de la pasión en los ojos de Emma. Jamás había visto algo igual.

Hasta ese instante, no habría soñado que alguien tan discreto como la señorita Dove pudiese contener semejante fuego en su interior. Ahora sabía la verdad, pero no le servía de nada. Ella no era del tipo de mujer que tiene aventuras ilícitas, hecho de lo más desafortunado, de modo que su única opción era redoblar esfuerzos para mantener las distancias.

Una cosa positiva era que su vida doméstica había mejorado un poco. Al parecer, Diana se había resignado a que ninguna de las chicas Dillmouth o Abernathy le gustara y pudiera llevarlo al altar. Cuando la estancia de las muchachas tocó a su fin, regresaron a casa de lord Dillmouth y la vida en la mansión Marlowe volvió a la normalidad, al menos en su mayor parte.

Los desayunos seguían siendo el momento escogido para elogiar a la maravillosa señora Bartleby. Ahora que trabajaba para él, a Harry no le molestaba tanto que hablaran de ella como cuando estaba empleada por Barringer, el problema era que sus hermanas estaban decididas a descubrir su identidad. Tan pronto como supieron que su hermano mayor había comprado el *Social Gazette*, y a la señora Bartleby con él, desplegaron todo su arsenal para sonsacarle su nombre y todos los detalles sobre su vida.

Pero Harry no era tonto. Aunque sabía que sus hermanas eran perfectamente capaces de guardar el secreto, tenía serias dudas acerca de las otras dos féminas de su familia. Pese a que pretendía ser reservada y distante, su abuela era una terrible chismosa. Y su encantadora madre no podría guardar un secreto ni aunque su vida dependiera de ello. Así que Harry tenía los labios sellados.

—¿Cómo puedes ser tan obstinado? —Louisa lo miró enfadada—. Ella escribe para ti, ¿no? No entiendo por qué no nos dices quién es.

—Es vital que preservemos su anonimato —respondió Harry mientras untaba su tostada con mantequilla.

—Nosotras no vamos a contárselo a nadie —replicó su madre, ofendida—. Creo que sabemos ser discretas, por todos los santos.

—Tú eres la discreción en persona, mamá —respondió él mordiéndose los labios para no reír—, pero tengo que respetar la vida privada de la señora Bartleby.

Todas las mujeres de su casa aceptaron esa excusa, pero a Harry no le gustó nada el modo en que Diana lo miró. Cuando se levantó de la mesa y pidió que le trajeran el carruaje, ella fue tras él con el pretexto de pedirle a Jackson que pidiera también uno para ella, pues iba a salir más tarde.

—¿Tienes noticias de la señorita Dove? —le preguntó su hermana mientras ambos esperaban en el vestíbulo—. ¿Sabes si ha encontrado ya otro trabajo?

Harry se dio media vuelta y la miró a los ojos, pero Diana no le devolvió la mirada.

Parecía absorta poniéndose los guantes.

—Seguro que sí —respondió él.

—Tal vez esté escribiendo libros de etiqueta, ¿quién sabe?

—Tal vez. Aunque dudo que yo lo supiera.

—¿Eso crees? —Diana lo miró entonces, y una irónica sonrisa apareció en sus labios, pero antes de que su hermano pudiera decir nada, continuó—: Me pregunto si la señorita Dove podría darme algunos consejos sobre la boda. Es tan eficiente, y estoy segura de que tiene un gusto impecable. Ni la señora Bartleby podría hacerlo mejor, ¿no crees?

—Diana... —empezó él, pero ella lo detuvo.

—No te preocupes, Harry. —Su sonrisa se hizo más amplia—. No se lo diré a nadie.

—Nunca he conseguido entender cómo descubres las cosas —farfulló el vizconde.

—Simple deducción, hermanito. Ya sabes lo mucho que me gusta Sherlock Holmes. —Se puso seria—. La verdad es que necesito ayuda con lo de la boda, Harry, y me encantaría poder contar con las geniales ideas de la señora Bartleby. ¿Crees que podría pedirle a la señorita Dove que me echara una mano?

—¿Acaso podría impedírtelo? —preguntó con voz firme.

—Por supuesto. Si me dijeras que no, tendría que aceptarlo. Pero tú nunca me niegas nada. Me malcrías. En realidad, nos malcrías a todas. Para ti, nada ni nadie es lo bastante bueno para nosotras.

Harry la miró con ganas de explicarle por qué. Quería decirle lo mucho que las quería. Que él era el cabeza de familia y su obligación era cuidar de ellas, pero que se arrancaría el corazón con tal de que nada malo les sucediera. Quería decirle que nada le parecía lo suficientemente bueno para ellas que habían estado a su lado durante los horribles cinco años que tardó en obtener el divorcio. Ante los ojos de la sociedad, las mujeres que eran su familia estaban tan marcadas como él, pero ninguna de ellas se habían quejado, nunca habían cuestionado su decisión, y él sabía que nunca podría compensarlas por ello.

Harry la miró a los ojos, queriendo decirle todas esas cosas.

—Diana, yo... —Se detuvo con las palabras atascadas en la garganta. Qué ironía. Tan charlatán como era y lo que le costaba decir lo que de verdad importaba. Carraspeó y apartó la mirada—. Bueno, pronto serás responsabilidad de Rathbourne —dijo en broma—. Pobre tipo. Por suerte, el dinero le sale por las orejas. Malcriarte resulta carísimo.

Ella le dio un codazo en el estómago.

—Su carruaje, milord —dijo Jackson, dirigiéndose a abrir la puerta.

Harry echó a andar, pero su hermana lo llamó.

—¿Harry?

Se detuvo y giró la cabeza para mirarla.

—¿Qué?

—Nosotras también te queremos mucho.

Él se puso bien el nudo del pañuelo, y sintió un cálido sentimiento en el pecho.

—Pídele todos los consejos que quieras a la señora Bartleby —dijo—. Sólo te pido que seas discreta.

De repente, Diana lo entendió todo.

—¿Lo dices porque la señorita Dove no tiene experiencia y la posición social que todo el mundo supone? —Cuando él asintió, continuó—: La gente puede ser tan tonta.

—No es la tontería lo que me preocupa —contestó su hermano encaminándose hacia la puerta—. La gente también puede ser cruel. Por eso es importante mantener la identidad de Emma en secreto. No quiero que nadie se burle de ella.

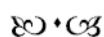
«¿Emma?» Diana se quedó boquiabierta mirando cómo Jackson cerraba tras salir él. Harry había llamado a la señorita Dove por su nombre. Por muy poco convencional que su hermano pudiera ser, había cosas que nunca hacía, y referirse a una mujer por su nombre era una de ellas. A no ser...

—Oh, Dios —murmuró Diana; el mayordomo la miró curioso. Ella negó con la cabeza, pero no dijo nada, pues estaba tratando de discernir todo lo que estaba pensando. Un hombre no llamaba a una mujer por su nombre a no ser que tuvieran una relación íntima.

Trató de recordar a la antigua secretaria de Harry, y las dudas empezaron a asaltarla. Siempre habían circulado rumores acerca de su hermano y la señorita Dove, pero ella nunca les había dado crédito. Si la memoria no le fallaba, la joven tenía el pelo de un color entre castaño y pelirrojo. No era fea, ni mucho menos, pero tampoco poseía una belleza exótica. Y, sin duda, no era temperamental. No era en absoluto el tipo de mujer que atraía a Harry, y seguro que él sería el primero en reconocerlo.

Pero a pesar de todo, Diana le había presentado a un montón de morenas temperamentales en los cinco años que hacía que se había divorciado de Consuelo, y ninguna relación había cuajado. Tal vez el tipo de mujer que convenía a Harry no fuera el que ella creía, ni el que creía el propio Harry.

Sonrió. Conseguir la ayuda de la señorita Dove podía ser más provechoso de lo que había pensado en un principio.



Emma estaba decidida a concentrarse en su trabajo. No iba a soñar despierta ni un segundo más e iba a cumplir con su horario. No se sentiría decepcionada cuando Marlowe volviera a enviarle las correcciones con mensajero en vez de traérselas en persona. No echaría de menos sus bromas, ni sus risas, ni su compañía. Y tampoco iba a volver a recordar cómo le había lamido el chocolate de los dedos.

Hacía años que había decidido que él no era del tipo de hombre que a una mujer como ella, con sentido común, le podía convenir. Cualquier mujer sensata huiría de alguien como él como

alma que lleva el diablo. Un hombre capaz de dejar a una amante por carta, tan propenso a enamorarse, un hombre que no dudaba en poner en peligro la reputación de una dama, y, por si fuera poco, divorciado y decidido a no volver a casarse jamás. Y, a pesar de todos sus esfuerzos por cambiar y ser más atrevida, Emma sabía que, en el fondo, ella era una mujer sensata.

Lo mejor sería que mantuviesen las distancias, igual que habían hecho en el pasado. Era obvio que Marlowe pensaba igual que ella. Así lo demostraban las dos semanas que llevaba evitándola.

Se quedó mirando la página en blanco que tenía enfrente y se preguntó por qué se sentía tan mal.

¿Qué le pasaba? Estaba viviendo el sueño que había perseguido durante tantos años y no lo estaba disfrutando. Las dos últimas secciones ampliadas de la señora Bartleby habían sido todo un éxito. Vivía en un piso muy confortable, tenía unas amigas entrañables y una vida cómoda. ¿Qué más podía pedir?

Unos golpes en la puerta la sacaron de su ensimismamiento y se puso de pie de un salto. Atravesó la habitación y abrió para encontrarse a la señora Morris con una tarjeta en la mano.

—Lady Eversleigh ha venido a verte, Emma —la informó la casera muy impresionada.

Lady Eversleigh era la hermana de lord Marlowe, y a pesar de que para la alta sociedad la familia del vizconde era de segunda categoría, a la gente de clase media seguía impresionándola conocer a un noble.

La mujer le dio la tarjeta.

—Está esperándote en el salón.

Emma se quedó atónita mirando el pedazo de papel. No se le ocurría ningún motivo por el que la baronesa pudiera haber ido a visitarla.

—Por favor, dígame que bajo en seguida.

La señora Morris se fue, y ella trató de poner en orden sus pensamientos. Fuera cual fuese el motivo de aquella visita inesperada, no sería para nada conveniente que siguiera soñando con los besos de lord Marlowe con su hermana sentada enfrente.

Minutos más tarde, bajó la escalera y encontró a la baronesa charlando amigablemente con la señora Morris.

Emma había visto a la hermana de Harry una sola vez, cuatro años atrás, pero sólo ahora se dio cuenta de cuánto se parecía a lord Marlowe. El mismo pelo oscuro e idénticos ojos azules.

Lady Eversleigh se levantó y se acercó a Emma tendiéndole las manos para saludarla.

—Señorita Dove, ¿cómo está? Nos conocimos hace unos cuantos años, aunque supongo que no se acuerda.

—Sí me acuerdo. Fui a Hanover Square, a la casa de su hermano, para dejar unos contratos que él tenía que firmar. Yo estaba de pie en el vestíbulo, esperando, y usted salía para ir a alguna parte. Me preguntó quién era, y luego insistió en que no esperase allí y me acompañó hasta el salón. ¿Cómo puede creer que haya olvidado un gesto tan amable?

—¿Amable? Tonterías. Fue simple educación. Que Jackson la hubiese dejado allí de pie en el vestíbulo era imperdonable.

Emma era consciente de que las normas de educación no dictaban que a una mera secretaria se la acompañara hasta el salón de un lord. El mayordomo de Marlowe estaba bien entrenado, y sabía que ella no era una carnicera que tuviese que utilizar la puerta de servicio, pero tampoco era una amiga de la familia, y digna por tanto de esperar en el salón. Era obvio que a lady Eversleigh las normas sociales le importaban tan poco como a su hermano.

—Además —añadió la joven antes de volver a sentarse—, después de la gratitud que sentía hacia usted, era lo mínimo que podía hacer.

—¿Gratitud? —preguntó Emma al tomar también asiento.

—Sí. Gracias a usted, Harry empezó a recordar los cumpleaños y sus compromisos. —Miró a la señora Morris—. Mi familia está en deuda con la señorita Dove.

—Vaya —dijo la casera, satisfecha con su inquilina.

La baronesa volvió a centrar su atención en Emma, y su gesto pícaro fue idéntico al de su hermano.

—Y tengo que confesarle que escoge usted los mejores regalos. Sólo Dios sabe qué nos regalará ahora que usted ya no es su secretaria.

Emma sonrió.

—Se supone que ese secreto jamás tenía que salir a la luz.

—Sí, bueno, mi hermano ya le contará lo mucho que me gusta resolver misterios y descubrir secretos. —Dudó unos segundos—. De hecho, los secretos son en parte la razón de que haya venido hoy aquí.

—¿Ah, sí? —El asombro de Emma aumentaba por momentos.

—Sí. —La baronesa miró de reojo a la señora Morris—. Me gustaría hablar con usted de un asunto muy importante y delicado...

Con esa deliberada pausa, la casera captó la indirecta.

—Dios santo —dijo al levantarse—. Con todas las cosas que tengo que hacer y estoy aquí perdiendo el tiempo. Tengo que dejarlas. Disfruta de tu visita, querida Emma —añadió, tratando de ocultar la decepción que sentía al no poderse quedar. Salió y cerró la puerta tras ella, dejando solas a las dos mujeres.

—¿En qué puedo servirla, lady Eversleigh? —preguntó Emma.

Diana le sonrió con tristeza.

—Odio que la gente me llame por mi título. Ese nombre me trae... —hizo una pausa y cerró los ojos—, me trae malos recuerdos. —Abrió los ojos y se inclinó hacia ella—. Ojalá pudiéramos utilizar siempre nuestros nombres sin más. Todo sería mucho más fácil. Dar tanta importancia a los títulos nobiliarios y marcar tanto las distancias es en ocasiones muy aburrido. Aunque supongo que usted, siendo como es la famosa señora Bartleby, la abanderada de los modales y el decoro, no estará de acuerdo conmigo.

Ella no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Sabe quién soy?

—Ya le dije que se me da bien resolver misterios. Pero le prometí a Harry que no se lo diría a nadie, y él sabe que puede confiar en mí. El secreto de la identidad de la señora Bartleby está a salvo conmigo. Ahora, en lo que se refiere al motivo de mi visita, supongo que sabrá que en enero me caso con el conde de Ralhbourn.

—Sí, y por favor acepte mi más sincera felicitación por el compromiso. Pero siento curiosidad, baronesa, ¿qué tiene que ver su matrimonio conmigo?

—Mis hermanas, mi madre, mi abuela y yo leemos cada semana sus artículos. Nos encanta la señora Bartleby.

Al escuchar esas amables palabras, Emma sintió que la inundaba un enorme placer.

—¡Cuánto me alegro! Espero no decepcionarlas.

—No se preocupe, no lo hará. He venido a verla porque, después de averiguar su identidad, quiero pedirle un favor. Sé que es muy descarado por mi parte, pero necesito que me ayude.

Verá... —La baronesa hizo una pausa, y se movió incómoda en el sofá—. Supongo que sabrá que el divorcio de Harry fue algo muy desagradable. Sobre todo para él, pero también para nosotras.

—Sí. —Emma la miró con comprensión—. Lo sé.

—Muchas de nuestras amistades condenaron a mi hermano por su comportamiento. En los periódicos de la competencia nos criticaron sin piedad, tanto a él como a nosotras. Dijeron un montón de cosas horribles. Y que la reina hiciera una declaración pública condenando el divorcio y censurando a todos aquellos que se atrevían a romper los lazos del matrimonio, no nos ayudó demasiado. Aunque la crítica fue en general, todo el mundo supo a quién iba dirigida, y eso significó nuestra muerte social.

Emma se mordió el labio, arrepentida y avergonzada por haber opinado como todo el mundo en un principio. En ese instante, la estrechez de miras de la sociedad la molestó como nunca antes.

—En mi opinión, no es justo que toda una familia tenga que pagar por el comportamiento de uno de sus miembros. Y en lo que se refiere al divorcio de su hermano, él y yo hablamos del tema no hace mucho, y entiendo que fue una decisión muy difícil. Sé que no la tomó a la ligera.

—¿Harry le contó lo de su divorcio? —Diana la miró atónita—. ¿Habló con usted de esa época?

—Sí, un poco. Parece sorprendida, baronesa.

—Lo estoy. Harry nunca habla de las cosas que le han hecho daño. Nunca. —Se rió—. Bueno, al parecer el día de hoy está lleno de sorpresas.

—Lamento mucho que su posición social se viera tan perjudicada por todo ello. Si quiere que la señora Bartleby escriba un artículo condenando tal comportamiento, lo haré encantada.

—No, no. No es por eso por lo que he venido a verla. Y, en cualquier caso, Harry ahora es el propietario del *Social Gazette*, y todo el mundo creería que él la había obligado a hacerlo.

—Es verdad. No había pensado en ello. Entonces, ¿qué es lo que necesita de la señora Bartleby?

—Quiero que me ayude a organizar mi boda.

—¿Su boda? —Emma estaba atónita—. Pero seguro que su madre, su abuela y sus hermanas...

—Quiero muchísimo a mi madre, señorita Dove, pero, para ser sincera, es un poco cabeza de chorlito. Mi abuela está chapada a la antigua, y aún cree que una boda no es una boda sin arroz y zapatos usados, y usted y yo sabemos que hoy en día eso ya no es así. Mis hermanas están ayudando tanto como pueden, por supuesto. Vivian me ha diseñado el vestido, le encanta la ropa y coser. Y la verdad es que se le da muy bien. Y Phoebe se está ocupando de las invitaciones y de organizar las mesas. Pero a quien de verdad necesito es a la señora Bartleby. Quiero que todo salga perfecto. Y no sólo por mi bien y el de mi familia, sino también por Edmund. Mi prometido también lleva el estigma del divorcio. Si nuestra boda es impecable, nadie podrá echarnos nada en cara. Incluso iré más lejos: quiero que nuestra boda sea el acontecimiento social del año, y para conseguirlo necesito las ingeniosas ideas de la señora Bartleby. Quiero que me ayude a escoger las flores, el menú, la decoración... todo. —Hizo una pausa y le sonrió de un modo que a Emma volvió a recordarle a su hermano—. Ya le he dicho que mi petición era un poco descarada.

—¡En absoluto! Me halaga mucho que haya pensado en mí, baronesa.

—Tengo que advertirle que si accede a ayudarme y la gente se entera, tal vez su reputación podría salir perjudicada.

Ella lo pensó un instante.

—Me imagino que sí, pero tal como le he dicho, no me parece bien juzgar a nadie por lo que hacen los demás. —Inspiró hondo, consciente de que era una decisión arriesgada, pero sabiendo que su conciencia no le permitiría hacer lo contrario—. Si alguien me critica por haberla ayudado a organizar su boda, se tratará de alguien cuya opinión no merece ser tomada en consideración.

—Creo que nos podemos evitar problemas si mantenemos su participación en secreto. No podemos decírselo ni a mi madre ni a mi abuela, porque se lo dirían a todo el mundo, pero mis hermanas saben ser discretas.

—Estaré encantada de ayudarla en todo lo que pueda.

Diana le cogió las manos en un gesto de agradecimiento.

—Gracias, señorita Dove.

—Estoy muy ilusionada, de verdad. ¿Cuándo quiere que nos reunamos para empezar a organizarnos?

—Deje que lo piense. Mi familia se va a Torquay todo el mes de agosto.

Emma asintió. Toda la alta sociedad se iba a Torquay en agosto.

—Harry sólo vendrá una semana, dice que tiene mucho trabajo aquí en Londres —prosiguió la baronesa—. Al parecer, lo único que hace es trabajar. A veces me preocupa que trabaje tanto.

—Es su idea de la diversión —dijo Emma sin pensar.

Diana la miró sorprendida.

—Sí, tiene razón —dijo despacio, estudiando a la joven desde otro punto de vista—. Y ése es otro de los motivos de que muchos esnobs lo condenen, me temo. Dicen que un caballero no debería trabajar para ganarse la vida. Al parecer, tendría que estar por encima de ese tipo de cosas.

—Entonces, no me extraña que la mayoría de los nobles estén arruinados.

Esa respuesta hizo reír a lady Eversleigh.

—Una observación muy perspicaz, señorita Dove, y muy cierta. En cualquier caso, cuando regresemos de Torquay, iremos directamente a la mansión de mi prometido, en Derbyshire, para pasar allí unas cuantas semanas. Luego nos trasladaremos a Berkshire a finales de septiembre, para pasar el otoño en Marlowe Park. Le propongo que venga allí a visitarnos la primera semana de octubre. Aunque le advierto que mi madre y mi abuela no la dejarán en paz tratando de averiguar la identidad de la señora Bartleby.

—Ya estoy acostumbrada —la tranquilizó ella—. Y acepto encantada su invitación. Seguro que entre las dos organizaremos la mejor boda del año.

—¡Oh, me alegro tanto de haber venido a visitarla! —Cogió las manos de Emma con cariño—. Gracias por acceder a ayudarme.

Después de que lady Eversleigh se fuera, ella regresó a su habitación. Se sentó al escritorio, aún incapaz de asimilar todo lo que había ocurrido. Que la baronesa le pidiera ayuda para organizar su boda era un gran honor. Seguro que habría quien dejaría de leer sus artículos si se enteraba de ello, pero aunque lady Eversleigh no se hubiera ofrecido a mantenerlo en secreto, Emma habría aceptado de todos modos. Por primera vez en su vida no le importaba lo que la gente pudiera pensar, y eso sí que era en verdad sorprendente.

Capítulo 13

Hay hombres que se sienten atraídos por las mujeres virtuosas. Si alguno de ustedes se encuentra en tal circunstancia, cuenta con toda mi simpatía.

Lord MARLOWE
Guía para solteros, 1893

Harry nunca se le había dado bien engañarse a sí mismo. Era precisamente por eso por lo que siempre prestaba atención a su instinto; éste solía decirle la verdad, presuponiendo claro, que él estuviera dispuesto a escucharlo. Pero últimamente, no podía confiar en él, pues, mientras su instinto comercial le decía que se mantuviera alejado de Emma Dove, su instinto masculino le aconsejaba algo completamente distinto.

La deseaba, y evitarla no había hecho desaparecer ese deseo; ésa era la pura e innegable verdad.

Harry se apoyó contra el escritorio y apretó los dedos contra la mesa de madera. A su espalda, podía escuchar cómo Quinn releía lo que él antes le había dictado, pero no le estaba prestando atención. En vez de eso, miró a través de la ventana de su oficina y trató de alejar a Emma de su pensamiento.

Emma. Qué nombre tan inocente. Aunque últimamente sus pensamientos no eran para nada inocentes. En realidad, eran bastante tórridos, y a cada día que pasaba iban a peor. Cerró los ojos y resiguió las curvas del cuerpo de ella en su mente, una a una, esbozó cada línea, cada recoveco de sus largas piernas, de sus pequeños pechos, y de aquella larga melena castaña que se volvía pelirroja bajo el sol del atardecer.

—...y por tanto, me veo obligado a rechazar su oferta... —La voz de su secretario flotó hasta él.

Emma. Un nombre precioso. Respiró hondo, imaginando el aroma a limpio y a polvos de talco, el aroma de Emma. Por enésima vez, se imaginó besándole los labios y el resto de su precioso cuerpo. Se imaginó desnudándola, desabrochándole la camisa y haciéndole un montón de cosas impropias.

—...si estuvieran dispuestos a reconsiderar las condiciones que en un principio les propuse...

Que le parecía atractivo, le había dicho aquel día en los jardines del Victoria Embankment, tan seria como si estuviera recitando una lección de catequesis. Con sus ojos almendrados abiertos como platos y sin un ápice de flirteo o estudiada seducción. Ojos inocentes.

Harry no quería que ella fuese inocente.

Cualquier hombre soltero y que quisiera seguir siéndolo tenía que mantenerse alejado de las vírgenes inocentes. Él sólo había estado con una en toda su vida, en su noche de bodas, y aún se

acordaba de lo mal que había salido todo. Había sido un desastre, el preludio de lo que iba a ser el resto de su vida matrimonial.

En su mente, retrocedió catorce años. Le parecía como si fuera otra vida. Todo el drama de Consuelo empezó cuando él fue a Nueva York para hacer negocios con el padre de ella. Cuando el señor Estravados lo invitó a pasar un mes en Newport, donde él y su familia Veraneaban, Harry aceptó encantado. Y así fue como, durante una calurosa y húmeda tarde de agosto en Rhode Island, con apenas veintidós años, miró por encima de la red de la cancha de tenis en la que estaba jugando y vio un par de ojos oscuros, atormentados e inocentes... y toda su vida se fue al garete.

Inclinó la cabeza, fijó la vista en la alfombra y recordó a Consuelo tal como la había visto por última vez, de rodillas y con las manos unidas, llorando. Suplicando por Dios santo que se divorciara de ella.

—Deja que me vaya, Harry. Por favor, deja que me vaya.

—...saludos cordiales, etcétera. ¿Quiere cambiar algo, señor?

Fue el silencio lo que lo llevó de vuelta al presente.

—¿Qué?

Miró a su espalda y vio a Quinn mirándolo sin inmutarse.

—¿Quiere cambiar algo de la carta, milord, o ya puedo mandarla?

No había escuchado ni una palabra de lo que el joven había dicho.

—Está perfecta —contestó—. Mándela.

Quinn salió de su despacho, y Harry se pasó las manos por la cara. Maldición, si pensar en Consuelo no conseguía hacerlo entrar en razón, nada lo lograría. ¿Qué le estaba pasando? Últimamente parecía incapaz de controlar sus pensamientos.

Tal vez necesitaba una nueva amante. Seguro que eso lo ayudaría a centrarse. O quizá incluso un alivio más inmediato. Cogió su sombrero y salió del despacho al instante. Al pasar junto a la mesa de su secretario, dijo:

—Estaré fuera el resto del día.

—Pero señor, creo... es que, creo...

Harry se detuvo junto a la puerta.

—Sí, sí, diga —espetó con impaciencia—, ¿qué es lo que cree? —El joven lo miró inseguro.

—Tengo anotado que tiene una reunión en su despacho dentro de unos minutos. —Miró hacia su escritorio, y con el dedo señaló el calendario—. El señor William Sheffield, encargado de producción del *Social Gazette*, vendrá a las dos. Creo que quería discutir con él sobre nuevos procedimientos. Aunque tal vez esté equivocado. —Y lo miró con aquella expresión agónica que a Harry tanto le molestaba.

«Para usted todo es un juego... No le importan los demás... Y no puedo evitar pensar que lleva una vida disoluta... su desprecio por el matrimonio, sus aventuras con bailarinas y otras mujeres de mala reputación.»

Al recordar esas palabras, a Harry se le fueron las ganas de ir al burdel; pasarse la tarde en brazos de una cortesana ya no le pareció una idea tan atractiva. Se apretó los ojos con las palmas de las manos y suspiró resignado. Se suponía que iba a dejar de pensar en Emma Dove. Imaginársela desnuda ya era malo de por sí, pero ¿tenía que recordar también todos sus sermones?

Harry levantó la vista.

—No, señor Quinn, no está equivocado. —Tiró del reloj que colgaba de su bolsillo y vio que aún faltaba un cuarto de hora para su reunión—. Iré yo mismo al otro edificio para reunir me allí con Sheffield —dijo, confiando en que el corto paseo lo ayudara a despejar la mente. Volvió a guardar el reloj y, antes de salir, se detuvo un instante—. ¿Quinn?

—¿Sí, señor?

—Gracias por recordarme cuáles son mis responsabilidades. Forma parte de su deber asegurarse de que llego a tiempo a mis reuniones. Siga haciéndolo.

Dejando a un atónito señor Quinn a sus espaldas, Harry se fue de allí. Cuando llegó a las oficinas de Sheffield, unos minutos más tarde, había decidido concentrarse en los negocios y, durante las dos horas que duró la reunión, consiguió no volver a pensar en aquella preciosa e inocente mujer a la que se moría de ganas de besar. Ni una sola vez pensó en desabrocharle la camisa, ni en levantarle la recatada falda de lana. Luego, mientras escribía el editorial de la *Guía para solteros*, no volvió a rememorar el aroma a los polvos de talco, ni a soñar con el tacto de su pie. Ni una sola vez.

Entonces ella apareció y todo se fue a paseo.

Harry ya se había despedido de Quinn y había salido de su despacho cuando la mujer a la que estaba tratando de olvidar chocó de bruces con él e hizo que ambos se detuvieran en seco en mitad del pasillo. En un acto reflejo, la sujetó por los brazos para evitar que se cayera.

—Oh, cuánto lo siento —dijo Emma y levantó la vista de los papeles que llevaba en las manos.

La colisión entre ambos hizo que una corriente eléctrica cargada de deseo recorriera a Harry de la cabeza a los pies, y le bastó con ver aquella cara pecosa y aquellos labios rosados para que sus dos horas de arduo autocontrol se desvanecieran en un instante.

—Lord Marlowe —dijo ella sorprendida—. ¿Qué está haciendo aquí?

Harry se dio cuenta de que aún le sujetaba los brazos. La soltó, dio un paso atrás y se obligó a decir algo.

—Bueno, al fin y al cabo soy el propietario —contestó, en un intento de hablar con ligereza—. Además, éste es mi despacho. De vez en cuando suelo venir por aquí.

—Sí, claro —dijo ella riéndose, y llevándose una mano a la cabeza—. Ha sido una pregunta algo tonta, ¿no? Es sólo que estaba pensando... —Hizo una pausa y señaló los papeles que llevaba en la otra mano—. Quiero decir, que estaba leyendo, y no me he fijado por dónde iba. ¿Está bien? ¿No le he pisado?

—No —respondió él, pero lo que en realidad quería era gritarle que no, maldita fuera, que no estaba bien, y que todo era culpa de ella. En ese instante, todas las partes de su cuerpo que habían chocado contra el de ella todavía ardían. Desesperado, trató de pensar en algo que decir—. ¿Qué ibas leyendo que te tenía tan distraída?

Ella movió los papeles.

—Borradores para la próxima edición. Iba a dejarlos en su despacho antes de salir. Voy a Inkberry.

Animoso, Harry trató de seguir con la conversación.

—¿A la famosa librería? —Cuando ella asintió, continuó—: Creía que el reportaje de esta semana era sobre dulces. ¿Has cambiado de opinión?

—No, no —aseguró ella—. La idea aún sigue siendo ésa, como podrá comprobar por los borradores. —Le entregó los papeles mecanografiados—. Voy a la librería porque quiero ver si al

señor Inkberry le ha llegado algún libro sobre la historia de... de... —Se detuvo y carraspeó—... Sobre la historia del comercio del chocolate.

Emma se metió la mano enguantada en el bolsillo de la falda, la misma mano que él había besado dos semanas antes, y un delicado rubor le cubrió las mejillas. Harry se dio cuenta de que él no era el único que no había podido dejar de pensar en lo que sucedió aquel día, y con lo mal que lo había estado pasando últimamente, se alegró de que fuera así.

—Su hermana, lady Eversleigh, ha venido a verme esta tarde. —Miró a su alrededor y añadió susurrando—: Ha averiguado que soy la señora Bartleby y quiere que la ayude a organizar su boda.

—Sí, lo sé. Diana tiene un talento innato para descubrir los secretos de los demás. Pero me ha jurado que no dirá nada.

—Sí, me lo ha dicho. —Se hizo un largo silencio, y entonces Emma miró el reloj que llevaba colgado—. Ya son más de las cuatro. Debería irme.

—Espera un momento, y te acompañaré abajo —dijo él, escapándose las palabras de los labios antes de que lo pudiera evitar. Ya no podía echarse atrás, y lo peor de todo era que no quería hacerlo. Entró en su despacho, dejó los papeles que ella le había dado encima del escritorio, y regresó al pasillo. Le señaló la escalera, y ambos se encaminaron hacia ella—. ¿Es Inkberry la mejor librería de Londres según la señora Bartleby?

—Por supuesto. Pero aunque no fuera así, no me atrevería a decirlo —añadió—. A los Inkberry les dolería mucho que los traicionara y recomendara otro establecimiento.

—Deduzco que conoces a los propietarios.

—Sí, conocí al señor y a la señora Inkberry cuando vine a vivir a Londres. Ella era la mejor amiga de mi tía. —Sonrió—. Y el señor Inkberry es un encanto. Siempre que recibe un nuevo libro sobre etiqueta, me lo guarda. Me gusta ver lo que escriben los otros autores.

—¿Ah, así que ahora espías a la competencia? Es una gran idea. —Se detuvo para abrirle la puerta—. Por lo que sé, es una gran librería —prosiguió Harry, caminando junto a Emma por la acera—, y se dice que dispone de una amplia colección de volúmenes antiguos. ¿Es cierto?

—¿Nunca ha estado allí? —preguntó ella.

—No, no he tenido el placer.

—Quiere... —Hizo una pausa y carraspeó—. Si no tiene nada que hacer, tal vez le gustaría... es decir, Inkberry es en verdad la mejor librería de Londres. Hay otras igual de famosas. Hatchards, por ejemplo, pero Inkberry es muy superior, al menos para mí. Y... y además, usted tiene que verla. Quiero decir, siendo editor, y... y todas esas cosas... —Se calló para ver si así dejaba de balbucear, y respiró hondo—. ¿Le gustaría acompañarme?

No debería. Pero iba a hacerlo. Lo sabía incluso antes de que ella se lo preguntara, porque a Harry nunca se le había dado demasiado bien hacer lo que debía.

—Será un placer.

La campanilla tintineó cuando lord Marlowe abrió la puerta de Inkberry para que ella pasara. Emma entró, y él la siguió dentro. Un anciano que estaba detrás del mostrador sonrió al verla.

—¡Emma! —la saludó cariñoso, saliendo de donde estaba.

—Buenos días, señor Inkberry. ¿Se encuentra bien?

—Más o menos. —La señaló con un dedo—. Josephine te ve cada domingo a la hora del té, pero yo no tengo tanta suerte. Hacía mucho que no venías por aquí, querida.

—Lo sé, y lo siento. De verdad. Pero le prometo que en el futuro no volverá a suceder. ¿Cómo está la señora Inkberry?

—Muy bien. Está arriba, tienes que subir a verla antes de irte. Quédate a tomar el té con nosotros. —Miró al hombre que la acompañaba.

—Oh, señor Inkberry, él es el vizconde Marlowe. Ya sabe que durante una época trabajé para Marlowe Publishing. Milord, le presento al señor Inkberry.

—¿Cómo está? —Harry inclinó la cabeza—. He oído decir que su librería es la mejor de todo Londres.

—Y yo no tengo ninguna duda de quién se lo ha dicho —contestó el anciano con una sonrisa y mirando a la joven con cariño—. Creo que me han llegado algunos libros nuevos sobre etiqueta, y también algunos de cocina. —Señaló una puerta que conducía al piso superior—. Los he dejado en el lugar de siempre.

Emma cruzó la puerta, y se dirigió hacia arriba. Marlowe se quedó atrás, charlando con el señor Inkberry, y las voces de los dos hombres se fueron apagando a medida que ella se adentraba en las habitaciones traseras. Las ventanas permitían que la luz del sol se colara por las estanterías superiores, pero el interior era algo oscuro, y comparado con el exterior hacía frío. El peculiar olor a polvo impregnaba el aire.

Se dirigió hacia la pared del final, en la que el señor Inkberry guardaba los libros para sus mejores clientes. Las cajas que contenían dichos volúmenes estaban debajo del hueco de la escalera que conducía a la vivienda particular de los propietarios. Emma tiró de la suya para poder verla e inspeccionar su contenido, pero no había nada interesante. Algunos libros de cocina de la señora Beeton, que ya había leído, y unos cuantos manuales de etiqueta de la señora Humphrey, que no tenían nada de extraordinario. También un ejemplar del *Libro de conducta para todos*, de M. C, y el excelente manual *Normas y consejos para la buena sociedad*, escrito por «un miembro de la alta aristocracia».

Dado que los había leído todos, volvió a empujar la caja hacia su sitio y decidió investigar entre los demás libros que había en la habitación, pues aquella estancia era la que más le gustaba de toda la librería. Allí estaban los libros más exóticos, las guías de viaje de Baedeker y Cook, los libros de historia de otros países, y montones de mapas. Si el señor Inkberry tenía algo sobre la historia del comercio del chocolate, seguro que estaba allí.

Recorrió las estanterías, y le divirtió ver que había incluso algunos ejemplares sobre poesía árabe. Fue leyendo los títulos de los lomos, moviendo la cabeza arriba y abajo hasta que unos ejemplares perfectamente encuadernados en piel rojiza captaron su atención.

Se puso de puntillas y alargó el cuello para leer mejor los títulos. Cuando se dio cuenta de lo que eran, una exclamación de sorpresa y deleite escapó de sus labios. El señor Inkberry no le había hablado de ellos. Por supuesto que no. Empezó a contarlos, y su alegría fue a más al comprobar que tenía toda la colección, los diez volúmenes en perfecto estado.

Aunque a ella lo mismo le daba, pensó, devorándolos con los ojos. De ningún modo podía permitirse comprarlos. Pero bueno, no pasaría nada por mirarlos. Estiró los brazos y alargó la mano, pero ni siquiera de puntillas consiguió alcanzarlos. Bajó el brazo y, con un suspiro de resignación, volvió a apoyarse en el suelo.

—Deja que lo haga yo —dijo una voz profunda tras ella.

Emma se quedó helada al oír a Marlowe pegado a su espalda. La sorprendió su cercanía, pues ni siquiera lo había oído entrar en la habitación. Cuando Harry levantó un brazo para alcanzar uno de los libros que ella quería, le rozó el hombro con el torso, y ella pudo oler su aroma a sándalo.

Cogió el volumen, pero cuando Emma dio media vuelta y tendió la mano para cogerlo, él no se lo dio sino que, para mayor vergüenza de ella, leyó el título.

—*Las mil y una noches* —dijo—, por sir Richard Burton. Décimo volumen. —La miró divertido—. ¿Y durante todo este tiempo me has estado sermoneando con normas de etiqueta?

Pillada in fraganti, la joven levantó la barbilla y trató de aparentar tanta dignidad como le fue posible.

—No sé a qué se refiere —dijo.

Harry se golpeó con el libro la palma de la mano.

—Me pregunto —murmuró—, ¿crees que a la señora Bardeby le parecerá que es un libro adecuado para una jovencita tan educada como tú?

En absoluto. Se trataba de la versión ampliada de los cuentos árabes, y se decía que eran muy muy explícitos. Emma trató de cambiar el tema de conversación.

—Tal vez sea educada, milord, pero ya no soy ninguna jovencita.

—¿No? Pues aparentas unos diecinueve. —Levantó la mano que tenía libre y le acarició la mejilla—. Será por las pecas.

Ella sintió un extraño cosquilleo en el estómago, y la sensación fue a más cuando él le recorrió el pómulo con los dedos. Harry apartó la mano antes de que la, muchacha pudiera decirle que no la tocara de ese modo, y dio un paso hacia atrás para entregarle el libro con una reverencia.

Emma no lo cogió. ¿De qué le serviría hacerlo? Jamás podría comprarlo, lo único que quería era echarle una mirada furtiva. Ahora ni siquiera podría hacer eso, no con él allí, observándola, mirándola como lo hacía. Sacudió la cabeza.

—Vuelva a colocarlo con los demás, por favor.

En vez de hacerle caso, el vizconde abrió el libro para mirar el interior, y luego levantó la vista hacia el resto de la colección.

—Son de la primera edición de 1850 —dijo, mirándola de nuevo a los ojos—. Hoy en día es muy difícil encontrar los diez volúmenes. ¿No los quieres?

Emma se moría de ganas de tenerlos.

—No —mintió—. Tal como ha dicho, la versión de Burton no es apropiada para... para alguien como yo.

—¿Y qué? Cómpralos de todos modos. No le diré a nadie que lees libros picantes.

—No son picantes —protestó ella.

—¿Ya los has leído?

—¡No la versión de Burton! Pero he leído la de Galland. —Tragó saliva—. Sólo quería verlos para... para... para poder compararlos.

—Y sólo para eso, sin duda. —La curva que dibujaron los labios de él le dejó claro que no la creía en absoluto, pero por suerte, volvió a colocar el libro en su lugar sin más comentarios—. ¿Y te gustó la versión de Galland?

—Sí, mucho. Pero creo que si yo hubiera estado en el lugar de Scheherezade no habría sobrevivido.

—¿Por qué dices eso?

—No creo que mis sermones sobre normas de etiqueta hubieran conseguido impresionar al sultán hasta el punto de indultarme.

Para un hombre, los cuentos sobre genios mágicos y alfombras voladoras son mucho más emocionantes que aprender a poner la mesa.

—Me temo que en eso coincido con el sultán, pero en lo que se refiere a la suerte que habrías corrido... —Hizo una pausa y la recorrió con la mirada—. Subestimas tus encantos, Emma.

Al escuchar esas palabras un placentero calor prendió en su cuerpo, pero cuando la mirada de lord Marlowe se detuvo en sus labios, le pareció que estaba dentro de un horno y optó por darle la espalda al hombre. De cara a las estanterías, recorrió los lomos de los libros con los dedos, como si leyera los títulos, aunque no pensaba en absoluto en poesía persa.

«Me gustaría mucho besarte.»

Se mareó sólo de pensarlo. Con el vizconde justo detrás de ella, cerró los ojos y volvió a imaginarse sus labios sobre su piel. ¿Qué sentiría si la besaba?

Oyó un sonido y abrió los ojos. Miró por encima de su hombro y vio que él seguía allí, inspeccionando las estanterías justo por encima de ella. Emma trató de recuperar el control y optó por iniciar una conversación.

—¿Qué tipo de libros le gusta leer?

Él cogió uno, lo miró, y volvió a guardarlo.

—La verdad es que no me gusta leer.

—¿No lee? Pero si se dedica a publicar libros.

—Por eso mismo. Cuando era un niño me encantaba leer, pero últimamente, leo todo el tiempo por obligación y ha dejado de ser algo placentero. Cuando tengo tiempo libre, lo último que me apetece es coger un libro.

—Es lógico, supongo. En cambio para mí, leer es toda una aventura. Con un libro puedo viajar por todo el mundo y visitar lugares en los que nunca he estado ni podré estar.

—¿Y si pudieras viajar de verdad? —Se agachó hasta quedar pegado a su oreja, y casi susurró—. ¿Si tuvieras una alfombra mágica, y pudieras ir a cualquier parte, adonde irías?

Estaba tan cerca, que Emma podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo, detrás de ella, en las oscuras sombras de la librería, mientras ambos seguían allí ocultos. Él levantó los brazos justo por encima de ella, atrapándola entre ellos pero sin tocarla. Primero se estremeció, pero luego se quedó quieta, mirándole las manos y los largos dedos que apretaban con fuerza la estantería que tenía delante. Se le aceleró la respiración.

—¿Adonde irías? —repitió él, rozándole la oreja con su cálido aliento y haciéndola temblar—. ¿Al harén del sultán?

—Por supuesto que no —contestó ella recatada, escogió un libro al azar y fingió que leía. Era *El Rubaiyat*.

Eso no detuvo a lord Marlowe, que, por encima del hombro de ella, vio el título impreso en la cabecera de la página.

—¿Así que tu destino serían los jardines persas de Ornar Khayyám? —Se rió con una risa profunda y gutural—. Creo que debajo de la armadura de modales y normas de etiqueta que Emma Dove lleva puesta, oculta el corazón de una hedonista.

—¿Qué? —exclamó ella cerrando el libro de golpe, y, tras devolverlo a su sitio, se dio media vuelta, furiosa por el calificativo—. ¡Yo no soy tal cosa! —Al darse cuenta de que había gritado, miró a su alrededor; por suerte, seguían estando solos—. Por favor, procure no insultarme.

—No quería insultarte. Todo lo contrario. Esta cara oculta de tu personalidad me tiene fascinado.

—¿Qué hay de fascinante en algo tan atroz?

—No es atroz. Y me fascina porque hace cinco años que te conozco y nunca me había imaginado que pudieras ser así. Cuanto más tiempo paso contigo, más consigues sorprenderme.

Se inclinó hacia ella, que lo empujó para salir de aquella prisión que más parecía un abrazo, pero él no se movió. Tras esa huida fallida, la joven echó la cabeza hacia atrás y, frunciendo el cejo, lo miró a los ojos.

—No tiene derecho a decirme tal cosa. ¡Hedonista! ¡Vaya tontería!

—No hay nada de malo en disfrutar de los placeres de la vida. Dios sabe que a todos nos suceden demasiadas cosas malas a lo largo de ella. Y tienes que saber que he llegado a esa conclusión después de conocer tus gustos.

—¿Mis gustos? No tengo ni idea de lo que está hablando.

—Trufas rellenas de licor, melocotones maduros, fresas en su punto. Los cuentos de Scheherezade y los poemas persas de Khayyám. A mí me parece que eres una persona con gustos muy terrenales.

—¡No lo soy! —negó con un furioso susurro—. Hace que mi pasión por el chocolate y la fruta parezca algo decadente. Algo... carnal.

—La comida puede ser muy carnal, créeme. —Entrecerró los ojos—. Atribúyelo a mi carácter disoluto.

Se estaba comportando como el otro día. Emma estuvo a punto de llevarse los dedos a los labios, pero se detuvo y dejó caer la mano. Lord Marlowe sonrió como si supiera lo que ella había estado pensando. Como si también él lo hubiera estado pensando. Le miraba los labios como si estuviera pensando en besarla, y en hacerle muchas otras cosas, cosas carnales. Emma no tenía más que una vaga idea de lo que eso podía significar, pero antes de que pudiera evitarlo, un delicioso escalofrío de emoción le recorrió todo el cuerpo.

—Y, además, estás equivocada —añadió él.

Ella trató de pensar, pero su cercanía, junto con sus palabras, lo hacía imposible.

—¿Sobre qué?

—Si te hubieras enfrentado al sultán con una caja de bombones bajo el brazo, seguro que habrías sobrevivido.

El recordatorio de lo que había pasado dos semanas atrás en Au Chocolat aumentó la emoción que sentía y, avergonzada, apartó la cara. Era lógico que él la considerara una hedonista. ¿Qué otra cosa podía pensar un caballero si una mujer permitía que rozara su pierna con la suya en medio del parque? ¿O que lamiera el chocolate que tenía en los dedos? ¿O si dejaba que la abrazara en la trastienda de una librería?

La rígida educación de Emma condenaba tales comportamientos, a pesar de que algo en el fondo de su alma ansiaba con desesperación volver a sentir todas esas cosas. Desesperada, asustada, lo miró a los ojos y contraatacó:

—Soy una mujer virtuosa, milord —le espetó—. ¡Y en absoluto decadente o carnal! ¡Yo no soy una mujer... apasionada!

—¿Ah, no? —Harry levantó una mano y con los nudillos le acarició la barbilla. Le echó la cabeza hacia atrás y, a continuación, rozó sus labios con las yemas de los dedos. Ella se estremeció, y el pánico retrocedió, junto con las fuerzas para seguir resistiéndose.

«No. No me toques. No hagas esas cosas.»

Trató de hablar, pero no pudo expresar ninguna de esas protestas. Lo único que podía hacer era continuar allí de pie mientras él seguía mirándole los labios entreabiertos y dibujándolos con los dedos. Una y otra vez, haciendo que su temblor se intensificara, hasta que sintió como si un millón de mariposas revolotearan en su interior.

El vizconde deslizó la mano hacia su mejilla, y ella suspiró asustada.

—¿Qué está haciendo? —susurró.

Él inclinó la cabeza, y sus labios se detuvieron a escasos milímetros de los suyos.

—Romper una norma de etiqueta —murmuró.

Y entonces él la besó.

En el momento en que su boca tocó la de ella, Emma se olvidó de dónde estaban, se olvidó de lo que era o no apropiado, de todo lo que le habían enseñado sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal. Allí, a media luz y entre libros cubiertos de polvo, se olvidó de que sólo los matrimonios podían besarse y que ella era una solterona de treinta años. Con la cálida mano de Harry acariciándole la mejilla y sus labios cubriendo los suyos, comprendió lo que era la felicidad, la bella y dolorosa felicidad. No podía compararse a nada que hubiera sentido antes. No podía compararse a nada que hubiera imaginado jamás.

Era como la primavera.

Cerró los ojos, y sus otros sentidos adquirieron una claridad que no habían poseído antes. Percibió el masculino y terrenal aroma que emanaba de Harry, la rugosidad de su palma contra su mejilla, el sabor de su boca al separarle los labios con los suyos. El sonido de su propio corazón, latiendo como las alas de un colibrí en busca del cielo.

Sus labios parecían ser extremadamente sensibles, pues los sentía conectados a cada poro de su cuerpo, que temblaba, vibraba, se estremecía. La piel de alrededor de la boca le escocía un poco por el roce de la de él, más áspera, y se dio cuenta de que era debido a su incipiente barba. Qué distinto a ella era aquel hombre, y qué maravilloso. Tan extraño y a la vez tan cercano.

Levantó las manos para poder tocarle el torso. Sintió la suavidad de la seda del chaleco bajo las palmas, y debajo de éste los músculos, duros y fuertes. Emma deslizó las manos por su pecho hasta alcanzarle los hombros, saboreando por primera vez la fuerza que desprendía un hombre, consciente de que, al menos por un instante, toda esa fuerza le pertenecía y podía hacer con ella lo que quisiera. Le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra su cuerpo, deseando que esa sensación la envolviera.

Ese movimiento pareció hacer estallar algo dentro de Harry, pues un sonido profundo salió de su interior y, con la mano que tenía libre, le rodeó la cintura. La levantó del suelo, y la pegó contra él por completo. Apartó la otra mano de su mejilla y le sujetó con ella la nuca, besándola luego con mayor profundidad, deslizando la lengua entre sus labios. Emma gimió sorprendida, pero entonces él acarició su lengua con suya, y una oleada de gozo le recorrió todo el cuerpo. Por primera vez entendió verdaderamente lo que era el placer terrenal.

Se abrazó a él, apretando aún más su cuerpo contra el suyo, con un descaro que debería haberla escandalizado, pero lo que sentía era tan poderoso y tan extraordinario, que a Emma no le importó. Era consciente de que el cuerpo de Harry era mucho más grande que el suyo, mucho más fuerte, y por mucho que lo intentaba, ella no conseguía tenerlo tan cerca como quería. Deseaba aún más proximidad, algo más, algo que no sabía cómo explicar. Se estremeció, y onduló las caderas contra las de él. Gimió desde lo más hondo de su ser.

Y entonces todo terminó.

El vizconde le cogió los brazos con las manos y la apartó, interrumpiendo así el beso. Tenía la respiración entrecortada, igual que ella, y sus alientos se mezclaban. Los ojos se le veían de un azul tan profundo como el mar.

Con las manos le recorrió los brazos hasta alcanzar su rostro.

—Nunca antes te habían besado, ¿no es así? —susurró.

Sin decir nada, la joven negó con la cabeza.

Él esbozó una leve sonrisa, y Emma se puso tensa de golpe. ¿Se estaba riendo de ella? ¿Había hecho algo mal? De repente se sintió torpe e incómoda, y muy, muy asustada.

—No deberías haberlo hecho —respondió, también susurrando.

—Supongo que no. —La abrazó y volvió a besarla, con pasión y rapidez—. Pero no suelo hacer lo que debo. Yo soy así.

Y con esas palabras la soltó, se dio media vuelta, y desapareció detrás de una estantería.

Ella escuchó cómo sus pasos desaparecían de la habitación, pero no le siguió. No podía, aún no. En vez de eso, se quedó allí, con la chaqueta arrugada, el sombrero ladeado, demasiado aturdida como para reaccionar.

Se llevó los dedos a los labios. Los tenía hinchados, y le escocían un poco debido al roce de la incipiente barba de él. Ahora sabía lo que se sentía al besar a alguien. Ahora lo sabía, y ya nada volvería a ser igual.

Emma tuvo ganas de llorar, pero no porque se sintiera culpable o arrepentida, que era como una mujer respetable debería sentirse, sino porque aquel beso era lo más maravilloso que le había sucedido nunca, y se sentía los ojos llenos de lágrimas de felicidad.

Capítulo 14

La virtud de una mujer es algo muy frágil, y hay que cuidarla con el mayor celo. Y, mis queridas amigas, no esperéis que los caballeros de vuestro entorno os ayuden en ese propósito. Todo lo contrario, a menudo es de ellos de quienes más tendréis que protegerla.

Señora BARTLEBY
Consejos para señoritas, 1893

El crujir de un escalón sacó a Emma de su eufórico estado de trance. Miró hacia la escalera y vio a la señora Inkberry allí de pie, con su cara redonda iluminada por un rayo de luz que entraba a través de la ventana del rellano.

Lo había visto todo.

Emma lo supo al instante. El cejo fruncido de la agradable anciana lo decía bien claro. Su felicidad se esfumó.

La señora Inkberry miró hacia la puerta por la que había desaparecido lord Marlowe y luego volvió a mirar a la muchacha. Arrugó aún más la frente.

—Ven, Emma, y toma una taza de té conmigo.

No esperó a que contestara, sino que dio media vuelta y empezó a subir la escalera. A Ella ni se le pasó por la cabeza negarse. Rechazar una invitación de la señora Inkberry sería como rechazar una de su propia tía. La consternación que sentía iba en aumento con cada escalón, pero aun así, siguió a la mujer hasta su sala de estar.

La señora Inkberry pidió que les trajeran el té, y luego fue a sentarse. Dio unos golpecitos en el cojín que tenía a su lado para que Emma ocupara ese lugar, pero no habló hasta que la doncella apareció con la bandeja.

Annie hizo una reverencia y saludó a la joven.

—Buenos días, señorita Emma.

Ella respondió con una sonrisa.

Las tazas tintinearón cuando la muchacha depositó la bandeja frente a la señora de la casa.

—¿El señor no sube?

—Todavía no. Annie, en la tienda hay un caballero de pelo oscuro, muy bien vestido, con un traje negro y pantalones a rayas. Ve y dile que quiero que se vaya de nuestro establecimiento ahora mismo.

La vergüenza de Emma crecía a cada palabra de la anciana, y agachó la cabeza. Aún sentía el beso de Marlowe en sus labios, como una marca a fuego, y tenía la sensación de que todo el mundo a su alrededor podía verlo.

—Luego —prosiguió la mujer—, dile al señor Inkberry que el té estará listo dentro de media hora. Asegúrate de que la cocinera tiene una tetera preparada para entonces. Cierra la puerta al salir.

—Muy bien, señora.

Emma oyó el susurro del vestido de la doncella, con su impecable delantal blanco, cuando ésta se fue, y el sonido de la puerta al cerrarse, pero no levantó la cabeza. Se quedó con la mirada fija en su regazo, esperando a que la señora Inkberry sirviera el té.

Hasta que no le entregó su taza, la mujer no habló:

—Emma, mi querida niña.

Justo lo que habría dicho su tía, palabras afectuosas pero pronunciadas con preocupación, y con algo de decepción.

Por supuesto que la mujer tenía que sentirse decepcionada. Cualquiera que la quisiera se sentiría así. Había permitido que un hombre la insultara y no había hecho nada para impedirlo. Peor aún, había bastado con que la tocara para que echara por la borda todo lo que había aprendido sobre moral a lo largo de su vida. Había hecho mucho más que aceptar el beso, lo había disfrutado.

Incluso ahora, el mero recuerdo bastaba para que olvidara el arrepentimiento y volviera a sentir felicidad.

Las siguientes palabras de la señora Inkberry consiguieron que levantara la cabeza.

—Emma, tu tía te educó con principios muy estrictos acerca de lo que estaba bien y lo que estaba mal. Pero soy consciente de que ahora te falta su guía, y que a menudo puedes sentirte... —hizo una pausa muy sutil— confusa.

Eso describía bastante bien sus caóticos pensamientos y el inexplicable comportamiento de los últimos días. Asintió con la cabeza.

—Ahora que Lydia ya no está entre nosotros —continuó la anciana—, no hay nadie que pueda aconsejarte. Nadie excepto yo, claro. Te conozco desde que tenías quince años, y me gusta pensar que, en el caso de que te alejaras de tus principios, a mi amiga Lydia le gustaría que te recondujera de nuevo hacia ellos. Me doy cuenta de que ya no eres una niña, sino una mujer madura...

«Si soy una mujer madura, no me trate como a una niña y deje de sermonearme.»

Esas palabras surgieron de la nada, resentidas y desafiantes. Pero Emma se mordió la lengua para no pronunciarlas.

—Al ser soltera —prosiguió la señora Inkberry—, aún no eres consciente de todo lo que son capaces de hacer los hombres. De lo ordinarios que pueden llegar a ser si no se comportan como caballeros.

—¡Nunca antes me había sucedido nada igual! —exclamó ella—. Él jamás... —Se detuvo, al recordar la tarde en Au Choclat. No podía mentirle a aquella mujer—. Él jamás ha sido ordinario conmigo.

—Me alegra saber que lo que he visto hoy es el único acto descortés que ha cometido —dijo la anciana, consiguiendo que Emma hiciera una mueca de dolor—. Pero aun así, querida, me corresponde a mí ocupar el lugar de Lydia y advertirte. Los hombres, a pesar de las apariencias, pueden conseguir llevar a una mujer por el mal camino.

¿Cómo podía estar mal algo tan maravilloso como aquel beso? El desafío volvió a avivarse, con mucha más fuerza que antes.

—¿Tan terrible es que un hombre bese a una mujer?

—Puede serlo, sí —respondió la mujer con voz más amable—. Si ese hombre no es tu marido, o como mínimo tu prometido. ¿Te ha ofrecido matrimonio?

Emma desvió la mirada hacia sus manos, que seguían apretadas en su regazo.

—No.

—¿Crees que quiere cortejarte del modo apropiado y casarse contigo?

Pensó en el sinfín de mujeres con que había visto a lord Marlowe a lo largo de los años que había trabajado con él. Mujeres que no le habían importado lo más mínimo, y en las que el vizconde nunca había vuelto a pensar una vez habían desaparecido de su vida.

—No.

—Un hombre que acosa a una dama en una librería y trata de hacerle el amor, y que no es lo bastante honorable como para cortejarla como es debido, conocer a sus amigos y a su familia y ofrecerle matrimonio, no es un caballero. Y tú lo sabes tan bien como yo, Emma. Te educaron para que pudieras distinguir lo que está bien de lo que está mal.

—Ese beso no ha estado mal —insistió ella.

La señora Inkberry suspiró.

—Lydia siempre dijo que te parecías mucho a tu madre.

Sorprendida, Emma abrió los ojos y, compungida, miró a la anciana.

—Mi tía se lo contó —dijo al comprenderlo—. ¿Le contó lo de mis padres?

—¿Que los obligaron a casarse? Sí, lo hizo.

Su rostro debió de reflejar la preocupación que sentía, porque la anciana levantó la mano y le dio unas palmaditas en el brazo para tranquilizarla.

—Vamos, vamos —murmuró—. Al menos tu padre se casó con tu madre y se portó como debía, así que no tienes de qué avergonzarte.

—Pero mi tía le contó que mis padres tuvieron que casarse. Si no lo hubieran hecho, yo sería... yo sería... ilegítima. —Se estremeció y deprimió aún más—. ¿A quién más se lo contó? ¿Lo sabe la señora Morris?

—Nadie más lo sabe, Emma, ni siquiera el señor Inkberry. Hace ya muchos años que guardo ese secreto. Lydia se sentía responsable por ti, y ésa era una carga muy pesada para sus hombros, así que cuando tenía ganas de charlar con alguien, venía a verme para pedirme consejo. Ya sabes que ella y el señor Worthington no tuvieron hijos, y yo en cambio había criado a cuatro chicas. Por favor, no te preocupes por eso.

Emma sacudió la cabeza; le preocupaba mucho más lo que su tía había dicho sobre ella que el hecho de que la señora Inkberry supiera las circunstancias que rodearon su nacimiento.

—Mi tía siempre me decía que corresponde a las mujeres mantener las distancias, porque los hombres son incapaces de hacerlo. ¿Cree usted que eso es verdad?

—Sí, por supuesto, las mujeres somos las que tenemos que establecer los límites. Los hombres son incapaces de contenerse. Ellos tienen un instinto animal que nosotras no poseemos.

Emma empezaba a creer que ella era la excepción a esa regla universal, pues cuando la habían puesto a prueba, había fallado estrepitosamente. Mientras besaba a lord Marlowe, en lo último que había pensado había sido en mantener las distancias.

—Mi madre se fue con mi padre antes de casarse. ¿Y la tía Lydia creía que yo era igual que su hermana?

¿Era por eso por lo que tenía que recordarse que lo que había sucedido con el vizconde estaba mal? ¿Porque en el fondo de su corazón era una mujer amoral tratando de portarse como era debido?

—¡Yo no soy una hedonista! —exclamó de repente—. Y no soy amoral. ¿Acaso la tía creía que lo era?

Ante su sorpresa, la señora Inkberry sonrió.

—Creo que lo que quería decir con eso era que tenías tendencia a soñar despierta, a ser una romántica, y que tenías muchísima curiosidad y un carácter aventurero. Y dado que poseías esas cualidades, era normal que de vez en cuando te rebelaras.

Emma se tocó la pequeña cicatriz en forma de estrella que tenía en la mejilla. Toda rebelión tenía sus consecuencias, y éstas a veces eran muy dolorosas. Ella no quería ser una rebelde. Bajó la mano y bebió un poco de té.

—Pero por culpa de esas mismas cualidades, tu madre cometió un grave error, uno que podría haber sido fatal si tu padre no hubiera hecho lo correcto. Odiaría ver que tú lo repites. Si Lydia estuviera viva, seguro que opinaría lo mismo.

Emma respiró hondo, y su sentido común retomó el control. Miró los compasivos ojos castaños de la mujer que tenía al lado.

—Yo no quiero deshonorar la memoria de mi tía con ninguna de mis acciones —dijo, y se preguntó cómo era posible que pronunciar esas palabras la hiciera sentir un enorme peso en el pecho que la presionaba hasta que casi no podía respirar.

«Mira aquí dentro. Es donde siempre encontrarás la verdad». Se notaba ese peso justo donde Harry le había puesto la mano al decir esas palabras. Ignoró la sensación y se obligó a continuar.

—No quiero deshonorarme a mí misma.

El rostro de la anciana se iluminó de alivio y satisfacción.

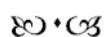
—Muy sensato por tu parte, Emma. Es una decisión muy, sabia y muy sensata —repitió.

—Sí —dijo resignada—. Lo sé.

—Hay un movimiento, querida, al que una mujer puede recurrir para defenderse si un hombre se propasa con ella. Sólo tienes que levantar la rodilla. Se lo enseñé a mis hijas. ¿Quieres que te lo enseñe?

—Gracias, señora Inkberry, pero no será necesario —contestó, terminándose el té que le quedaba.

No era necesario porque no tenía intención de permitir que Marlowe volviera a acercársele. A pesar de lo que la hacía sentir cuando lo hacía.



Mientras su carruaje se alejaba de allí, Harry se quedó de pie en una acera de la calle Little Russell, oculto entre las sombras y con un montón de libros atados con un cordel colgando de sus dedos. Miraba fijamente el edificio donde vivía Emma, pero no cruzó la calle para entrar. A través de la ventana iluminada podía ver a varias damas en el salón de la planta baja, y aunque la joven no estaba entre ellas, no podía entrar en el edificio sin que lo vieran. Levantó la vista hacia las habitaciones de Emma y la vio en una de las ventanas, luego volvió a mirar al salón, tratando de encontrar un modo de poder entrar.

Si unos meses atrás, alguien le hubiera dicho que estaría escondido fuera del apartamento de la señorita Emmaline Dove, presa de la lujuria, le habría dicho a esa persona que estaba loca. Pero en aquel entonces no sabía lo seductora que podía llegar a ser aquella pequeña pelirroja con pecas. No sabía cuánto fuego se ocultaba bajo el aspecto modoso de su antigua secretaria, y lo

adictivo que podía ser hacer que despertara a la pasión. Ahora lo sabía, y era una tortura. Una dulce y dolorosa tortura.

Dejó los libros que le había comprado en el suelo, y se apoyó contra la pared del edificio que había justo delante. Por enésima vez en las últimas horas, volvió a pensar en aquel beso. Recordó cada detalle; la suavidad y embriagadora ansiedad de sus labios, la sensación de sus brazos rodeándole el cuello y acercándolo más hacia ella, el calor que emanaba de su pequeño cuerpo cuando se movió contra el de él con la torpeza propia de la inexperiencia, y delatando que nunca antes la habían besado. Pero lo que mejor recordaba Harry era su rostro al terminar. A pesar de que la joven no había sonreído, su cara expresaba tanto placer que lo había dejado sin respiración. Nunca en toda su vida había visto a una mujer resplandecer de ese modo. Había necesitado hasta el último gramo de autocontrol para soltarla y alejarse de allí.

La había estado esperando en medio de volúmenes de Byron, Shelley y otros poetas muertos, durante lo que le había parecido una eternidad. Pero en vez de Emma, quien había ido a buscarlo había sido una doncella, para decirle que la señora de la casa quería que se fuera inmediatamente. En ese preciso instante comprendió el motivo, por supuesto. La mujer los había visto.

Se acordó de lo que Emma le había dicho acerca de que la señora Inkberry era la mejor amiga de su tía, y podía imaginar perfectamente el sermón que le habría echado después de que él se fuera. Miró de nuevo hacia la ventana. Conociendo a la muchacha, seguro que ahora se estaba llenando de reproches y recriminaciones. Jamás había conocido a una mujer tan sometida a las normas. Sospechaba que la culpa la tenían tanto su padre como su tía.

A él, claro está, las reglas le daban igual. Quería volver a besarla otra vez, y otra, y otra. El sabor de sus labios era como el opio, y ahora ansiaba sus besos como un adicto. Por eso estaba allí, con intenciones deshonestas, tratando de encontrar el modo de entrar en su piso. Contaba con que, una vez allí, ella dejaría a un lado todas esas normas y permitiría que la besara y le hiciera muchas otras cosas.

Cuando estuviera en el piso de Emma, pensó, ya encontraría el modo de hacerla cambiar de opinión. Ella utilizaba las normas de educación como una coraza, pero debajo era tan suave como el algodón. La joven le deseaba, y Harry sabía que podía utilizar ese deseo, recurrir a su vasta experiencia para derrotar su inocencia y darles placer a ambos. Primero la conquistaría con sus besos. Después, la tumbaría en aquella exótica alfombra turca y le quitaría de la cabeza todas esas ideas absurdas sobre lo que los hombres y las mujeres pueden hacer o dejar de hacer.

Dos ancianas pasaron por delante de él, y, con la mirada, estudiaron cada detalle de su carísimo traje. Él miró a su alrededor y vio que un grupo de niños que estaba jugando a canicas en una esquina también se habían detenido para observarlo con curiosidad. No podía quedarse allí, quieto como un pasmarote, mirando embobado las ventanas de aquella casa respetable, sin llamar la atención.

«Al diablo con todo —pensó—. ¿A quién le importa lo que piensen los demás?»

Se apartó de la pared, cogió los libros, y empezó a cruzar la calle para acercarse a la puerta de la casa de Emma, pero se detuvo a medio camino sin motivo aparente.

Soltó una maldición, cambió de dirección y se acercó a los chicos que había en la esquina. Unos minutos más tarde, uno de ellos había ganado seis peniques, Emma tenía la colección completa de *Las mil y una noches*, escrita por Burton, y Harry iba camino de su casa en un carruaje, preguntándose si se había vuelto loco.

Capítulo 15

Dame un beso, y empieza a contar; luego dame veinte, y luego cien más.

ROBERT HEKRICK, 1648.

La tía Lydia habría devuelto los libros. Su padre los habría quemado. Emma se los quedó.

Ni siquiera tuvo que pensárselo, y eso la sorprendió. Pero lo que aún fue más extraño fue que decidió colocar la escandalosa colección en la estantería que tenía en el salón, donde podía verlos desde el escritorio; de hecho, podía mirarlos hasta hartarse mientras escribía sobre el decoro. Tal vez fuera una hipócrita, pero cada vez que levantaba la vista y veía aquellos lomos de piel rojiza, sonreía y la envolvía una maravillosa sensación que saboreaba sin remordimientos.

Por lo visto, sí era una rebelde. Soltaba maldiciones cuando se enfadaba y estaba sola, comía demasiado chocolate cuando estaba triste, y, con aquellos libros, se rebelaba un poco contra la rígida educación que había recibido. Pero el beso de Marlowe, ya era otro cantar. Permitir que la besara había sido mucho más peligroso que soltar un par de maldiciones o tener una colección de libros prohibidos.

La señora Inkberry había hecho bien en recordarle la fragilidad de la virtud de una mujer, y las consecuencias que se sufría cuando ésta desaparecía. Pero cuando pensaba en Harry, y en lo que había sucedido en la librería, Emma notaba un calorcito en el alma, un placer que se permitía en secreto, pero que sabía que no podía saborear. Cada vez que el recuerdo emergía, ella trataba de contenerlo recordándose que nada bueno podía salir de allí, y que tenía que abandonar cualquier idea romántica en relación con aquel hombre que no quería que ninguna mujer llevase nunca más su apellido.

Ambos mantenían correspondencia sobre asuntos de trabajo mediante notas que se mandaban por recadero, y cuando Emma recibió una del vizconde pidiéndole que fuera a verlo en persona, creyó que había pasado tiempo suficiente como para sentirse capaz de resistir. Hacía casi dos semanas del beso en la librería de los Inkberry, y estaba segura de haber recuperado la compostura y de poder controlar los instintos carnales que anidaban en su interior.

Pero cuando el miércoles por la tarde entró en el despacho de él, Emma supo que estaba equivocada. Cuando el secretario de Marlowe le anunció que ella había llegado, Harry se apartó de la ventana y la miró, y su sonrisa le llegó al corazón, haciéndole recordar el doloroso y dulce placer que había sentido al besarlo. Sus miradas se encontraron, y en los ojos de él vio el mismo deseo que en los de ella, y entonces supo que todos sus esfuerzos por olvidarle habían sido en vano. Aquel beso había creado una intimidad entre los dos que existiría para siempre. Podían pasar veinte años y no importaría. En el instante en que volviera a verle, sentiría de nuevo la misma punzada de felicidad.

Emma aminoró el paso y se detuvo frente al escritorio, sujetando con fuerza el maletín que llevaba en una mano, incapaz de moverse, de dar otro paso.

—Hola —dijo.

—Emma.

El vizconde sonrió encantado, y el placer que eso le produjo a ella fue casi insoportable. Bajó la vista, pero eso tampoco le sirvió para nada, pues descubrió que del bolsillo de la oscura chaqueta de él sobresalía la tarjeta rosada que Emma le había enviado para darle las gracias por los libros. Se mordió el labio inferior.

—¿Es todo, señor?

El sonido de la voz de su secretario, tan ordinaria, rompió el hechizo. Lord Marlowe miró por encima de la joven.

—Sí, gracias, Quinn —contestó.

El muchacho salió, y Emma recorrió los centímetros que la separaban del escritorio de Harry. Se sentó, dejó el maletín junto a sus pies, y trató de recordar el motivo de su visita.

—¿Quiere que repasemos las correcciones, milord? —preguntó, tratando de mantener una distancia profesional, consciente de que la puerta estaba abierta y que fuera había un hombre que podía escuchar su conversación—. ¿Son muchas?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

Ella no dijo que se lo preguntaba porque mientras escribía esos artículos había estado embebada mirando la estantería y los libros de piel rojiza y tratando de olvidar su beso.

—Creía que por eso me había pedido que viniera.

Él miró hacia la puerta abierta, y luego se inclinó hacia adelante para susurrarle.

—Quería que vinieras porque tenía ganas de verte.

Emma sintió tal placer que no pudo evitar sonreír.

—Oh.

Harry ordenó unos papeles que tenía delante.

—Pero ahora que lo pregunta, sí quiero comentarle unas cuantas cosas. —Empezó a buscar entre las páginas—. Tiende a irse por las ramas. Su artículo sobre la historia del chocolate parece una clase magistral. Hay que animarlo un poco. Si necesita ayuda, yo estaría dispuesto.

Ella se quedó sin aliento, y él hizo una pausa mirándola desconcertado.

—¿Pasa algo?

—No. —Carraspeó—. Nada. ¿Y qué más?

Él volvió a mirar los papeles.

—Creo que eso es todo. Excepto que en la lista de ingredientes de la salsa de caramelo, se ha dejado el azúcar.

—¿De verdad?

Harry asintió, sonriendo.

—¿Ha tenido problemas para concentrarse?

Emma no iba a admitir algo así por nada del mundo. Extendió una mano.

—Déjeme ver.

Él le dio los artículos, y ella vio que, en efecto, se había olvidado del ingrediente más importante de la salsa, y a pesar de que Marlowe le había dicho que no había demasiadas correcciones, vio que ese error era sólo uno más. Las páginas estaban a rebosar de tachones y comentarios de su editor.

Cielo santo, pensó preocupada, si las cosas seguían así, su carrera como escritora peligraba.

Alguien tosió a su espalda, y ambos levantaron la vista hacia la puerta y vieron a Quinn allí de pie.

—He terminado con mis quehaceres, señor, y ya son más de las seis —dijo el joven—. ¿Necesita algo más antes de que me vaya?

—No, Quinn, puedes irte.

—Muy bien, señor. Si eso es todo, que pase una buena noche. —El secretario hizo una reverencia y se fue, y segundos más tarde, Emma oyó cómo se cerraba la puerta. Estaban solos.

—Pasaré las correcciones esta noche —dijo con rapidez, agachándose para guardar los papeles en el maletín—. ¿Has leído mis propuestas para las próximas semanas?

—Sí. —Él cogió otro montón de folios—. Me parecen correctas, pero quería preguntarte una cosa. —Buscó entre las páginas—. Dame un segundo, seguro que lo encontraré.

Ella lo estudió por debajo del ala del sombrero de paja que llevaba. Vio cómo un mechón de pelo negro le caía por la frente, y cómo él lo apartaba sin darse cuenta, sólo para que volviera a caerle segundos más tarde. Emma se moría de ganas de tocarlo, de acariciarlo con los dedos. Quería besarle. Quería...

—Aquí está —dijo Harry, señalando una línea de texto con un dedo—. ¿Qué es el lenguaje del abanico?

Emma inspiró hondo, tratando de alejar las imágenes de besos de su mente.

—Ah, es algo que mi tía me contó cuando era pequeña. Y dado que he decidido escribir un artículo sobre abanicos, pensé que sería un detalle interesante.

Él levantó la vista.

—¿En qué consiste?

—Al parecer, años atrás las damas utilizaban los abanicos para mandar mensajes a los hombres en los que estaban interesadas. Si una mujer quería que un hombre en concreto la invitara a bailar, o quería conocerlo, realizaba unos determinados movimientos con el abanico para decírselo.

—¿Movimientos? No sé a qué te refieres. —Se puso de pie y rodeó el escritorio para colocarse a su lado—. Enséñamelo.

—¿Cómo, ahora?

—Sí. ¿Tienes un abanico?

—Por supuesto. —Metió la mano en el bolsillo y sacó el de marfil y seda verde que utilizaba en verano—. Siempre llevo uno cuando hace calor.

—Excelente. —Harry le indicó que se levantara—. No entiendo eso de ese lenguaje, así que quiero ver esos movimientos por mí mismo.

Emma se puso de pie, después de pensarlo un momento, le pidió que fuera al otro extremo de la habitación. —Ve allí y quédate junto a la puerta —le dijo. Cuando él lo hizo, continuó—. Finge que estamos en un baile y...

—No puedo —la interrumpió—. No puedo fingir que estamos en un baile si llevas ese sombrero horroroso.

—¡No es horroroso! —exclamó Emma, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Qué tiene de malo?

—Todo. No entiendo por qué las mujeres de hoy en día os empeñáis en llevar esas cosas llenas de plumas. Es como si os pusierais un avestruz en la cabeza. Además, el ala es tan ancha que no puedo verte la cara, y me gusta verte la cara. Quítatelo.

Emma perdonó la crítica de su sombrero, que había requerido un chelín en plumas para ponerlo a la moda, al ir acompañada por la confesión de que le gustaba mirarla. Se metió el abanico en el bolsillo y, con ambas manos, tiró de la aguja que le sujetaba el sombrero, se lo quitó y dejó ambas cosas sobre el escritorio. Luego volvió a coger el abanico.

—Veamos, como iba diciendo, finge que estamos en un baile. Tú acabas de entrar y, aunque no nos conocemos, te he visto antes y me gustas.

—Eso no tenemos que fingirlo —contestó él con una sonrisa de satisfacción que era imposible de describir con palabras—. Me dijiste que te parecía atractivo, ¿te acuerdas?

Ella frunció el cejo e hizo como que se enfadaba.

—Presta atención —lo riñó, y abrió el abanico—. ¿Ves cómo lo sujeto, en la mano izquierda, delante de la cara y mirándote por encima de él? Esto significa que quiero conocerte.

Harry ladeó la cabeza, estudiándola desde el otro extremo del despacho.

—¿Si lo sujetaras en la mano derecha, querría decir algo distinto?

—Sí, eso significaría que quiero que me sigas. Entonces, saldría de la sala y tú vendrías detrás de mí.

Él la miró incrédulo.

—¿La gente de verdad hacía estas cosas? ¿No te lo estás inventando?

Emma se rió.

—Yo le dije lo mismo a mí tía. Le dije que si alguien quería mandar un mensaje secreto a otra persona, utilizar los abanicos era una tontería, puesto que cualquiera que lo viera sabría lo que pretendía. Pero insistió en que tanto ella como sus amigas recurrieran a este lenguaje en todas las fiestas y bailes a los que asistían.

Harry negó con la cabeza.

—No me lo creo. Los hombres jamás harían tal cosa. Es demasiado complicado, demasiado sutil. ¿Cómo pueden saber si una mujer está tratando de decirles algo o sencillamente se está abanicando? Lo que me has enseñado se puede malinterpretar con demasiada facilidad. Los hombres solemos ser más directos, enviar mensajes concretos.

—Sí, pero a las mujeres no se nos permite ser directas. Si yo quisiera conocerte, no podría acercarme a ti y presentarme sin más.

—Lo cual es una lástima. Y creo que hablo en nombre de todos cuando digo que nos encantaría que las mujeres hicierais precisamente eso.

—Seguro, pero así no es como funcionan las cosas. Y tú lo sabes tan bien como yo. Lo que sí podría hacer sería preguntar a mis amistades si alguien te conocía, y entonces pedir que nos presentaran, pero tal vez eso tampoco sería una opción. A la gente le gusta cotillear.

—Que Dios nos coja confesados si alguna vez esta sociedad permite que las mujeres sean directas. De acuerdo, sigamos, supongamos que he interpretado correctamente tu mensaje y sé que quieres conocerme. —Se acercó a ella—. Y dado que me fascinan las mujeres pelirrojas, yo también me muero de ganas de conocerte a ti.

Emma se quedó atónita, y sujetó el abanico con fuerza.

—A ti te gustan las morenas.

Él se detuvo delante de ella y acercó una mano hacia su rostro. La miró a los ojos a la vez que enredaba un mechón entre sus dedos.

—He cambiado de opinión.

Con los nudillos, le acarició la mejilla, y le colocó el mechón detrás de la oreja. Esa caricia, ligera como una pluma, bastó para provocarle a ella un hormigueo por todo el cuerpo.

—¿Y tú, Emma, has cambiado de opinión?

Él le había preguntado algo. Parpadeó.

—¿Qué?

—Dijiste que yo no te gustaba —le recordó, rozándole la oreja con las yemas de los dedos y haciéndola estremecer—. Dijiste que era un impresentable.

—Y lo eres. —El problema era que ahora eso ya no parecía importarle demasiado a sus sentidos. Cerró los ojos y trató de recordar lo que le había dicho la señora Inkberry, pero pensar en su virtud tampoco la ayudó en nada.

Él le sujetó la nuca con una mano. Podía sentir el calor que emanaba de su palma, y con el pulgar le acariciaba la mandíbula.

—Pero te sigo disgustando.

—Tú nunca me has disgustado.

El sonido de incredulidad que escapó de los labios de Harry le hizo abrir los ojos.

—Ya sé que lo dije, y cuando lo dije pensaba que era verdad, pero no lo era. En absoluto. Desaprobaba tu modo de vida, eso sí es cierto, y estaba resentida porque creía que no le habías dado a mis escritos la oportunidad que se merecían. Y, además, no me negarás que me explotabas como secretaria. Odiaba que lo hicieras, y eso es algo que no te volveré a permitir jamás. Pero por mucho que me esforzaba en detestarte, nunca logré hacerlo. —Tragó saliva—. Cada vez que me enfadaba contigo, luego hacías que lo olvidara. Tenías un gesto que me ablandaba, o decías algo que me hacía gracia.

—Tal vez se deba a que, a pesar de todos mis defectos, soy un tipo encantador —dijo él con una sonrisa—. Elegante, sofisticado, modesto...

Emma se rió. No pudo evitarlo. En verdad era encantador, y ella siempre lo había sabido, aunque nunca lo había apreciado como entonces.

Pero eso no implicaba que fuera a permitirle que se aprovechara. Cuando la mano de Harry se tensó en su nuca, y él se inclinó hacia adelante, ella levantó el abanico y lo colocó entre los dos, justo delante de sus labios, para que no pudiera tocarla con los suyos. Él se apartó y la soltó.

—¿Ese movimiento tiene algún significado?

Emma asintió y bajó el abanico para poder contestar.

—Significa que no confío en ti.

—¡Emma! —La miró fingiendo estar ofendido, y colocó una mano en su cintura—. ¿No confías en mí?

Ella le apartó la mano.

—En absoluto.

—En verdad te gusta ponérmelo difícil, ¿no es así?

—Reconozco que tiene sus ventajas, sí —respondió ella con una sonrisa.

—Pues disfrútalo mientras puedas, porque terminaré por vengarme. Veamos, ¿por dónde íbamos? —Frunció el cejo para pensar—. Ah, sí, he interpretado correctamente tu mensaje de que quieres conocerme. Supongamos que unos buenos amigos, cargados de buenas intenciones, nos presentan. Así que, el siguiente paso está claro. —Hizo una reverencia—. Señorita Dove, ¿me permite este baile?

—No podemos bailar. No hay música.

—Éste es nuestro momento mágico, no lo estropees con trivialidades. —Sujetó la mano enguantada de ella con la suya desnuda y colocó la otra en su cintura—. Podemos tararear.

—Yo no sé cantar —confesó ella mientras se guardaba el abanico en el bolsillo para poder colocar la mano izquierda sobre el hombro de Harry—. Cuando era pequeña, oí cómo el vicario le decía a mi padre que no podría afinar ni aunque mi vida dependiera de ello. A partir de ese día, mi padre me dijo que me mantuviera callada en los sermones. —Hizo una pausa, sorprendida de que ese recuerdo aún le doliera. Trató de apartarlo de su memoria con una sonrisa—. Seguro que los demás feligreses se lo agradecieron.

Marlowe no le devolvió la sonrisa y, por raro que pareciera, serio le pareció incluso más atractivo que antes.

—Canta tan alto como quieras, Emma. A mí me importa un rábano si desafinas.

De repente, a ella le entraron ganas de llorar, y parpadeó para mantener las lágrimas bajo control. Apartó la mirada, pero no pudo evitar sentir una punzada en el pecho.

—Gracias, pero creo que será mejor que cantes tú.

—De acuerdo. —Harry se balanceó hacia atrás y hacia adelante, llevándola con él mientras contaba—. Y dos, y tres, y cuatro. —Con eso, empezaron a bailar mientras con su voz de barítono, empezaba a cantar una de las absurdas baladas de Gilbert—. «Toca el concertino con melancolía; acaricia el arpa como nadie...»

Ella se echó a reír, interrumpiendo la canción, pero Harry no dejó de bailar.

—¿La historia del príncipe Agib?—preguntó mientras él seguía guiándola a ritmo de vals por todo el despacho.

—Sí, bueno, como te gustan tanto *Las mil y una noches*, he pensado que sería apropiado.

Tarareó algunos compases más y siguieron bailando, pero entonces, de repente, ambos se detuvieron. Emma lo miró a la cara, y con ese repentino silencio, el resto del mundo desapareció de su alrededor. Todo excepto él.

Harry le soltó la mano y volvió a sujetarla por la nuca.

—No me creo que eso del lenguaje del abanico sea verdad —murmuró—. Un hombre podría malinterpretarlo con demasiada facilidad. Por ejemplo, cuando te lo has puesto delante de la boca, has dicho que quería decir que no confías en mí, pero yo creo que quiere decir otra cosa.

—¿Ah, sí?

Él asintió y empezó a acariciarle la nuca, justo por encima del cuello de la camisa, y a hundir los dedos en su pelo.

—Yo creo que significa que quieres que te bese.

—¡Eso no es cierto! —Se movió entre sus brazos, pero en realidad no quería soltarse. Marlowe debió de darse cuenta, porque decidió ignorarla. Con los dedos fue describiendo despacio una serie de círculos en su nuca, y olas de calor empezaron a inundar su cuerpo; sintió que su deber era quejarse—. No te estaba pidiendo que me besaras.

—¿Y cómo puede un hombre estar seguro? A eso es a lo que me refiero. Las mujeres no sois capaces de compadeceros de nosotros, los pobres e indefensos hombres, y decírnos claramente: «Quiero que me beses». Eso no. —Dejó de acariciarle el cuello y hundió de nuevo los dedos en su pelo. Le echó la cabeza hacia atrás, pero en vez de besarla, se detuvo a escasos centímetros de su boca—. Una dama jamás podría decir algo así, ¿no?

—No. —Emma se humedeció los labios—. No podría.

Con la otra mano en su espalda, la atrajo hacia él, y ella se quedó sin aliento al sentir cada plano del duro cuerpo masculino pegado al suyo.

—No quiero malinterpretar las cosas, Emmaline Dove, porque entonces me abofetearás y dirás que soy un canalla. Así que, en el lenguaje de los abanicos, ¿cómo le dice una dama a un caballero que puede besarla?

—No lo sé —susurró—. Mi tía nunca me lo dijo.

—Vaya. —Entrecerró los ojos, y luego volvió a abrirlos—. Entonces supongo que tendré que arriesgarme.

Y acto seguido la besó. Al sentir sus labios contra los suyos, Emma notó cómo toda su convicción, junto con los consejos de la señora Inkberry, se hacía pedazos, y le rodeó el cuello con los brazos. La pasión que había sentido en la librería volvió a despertarse, pero esta vez más rápido, con más fuerza. Cuando él la acarició con la lengua, ella hizo lo mismo. Fue una reacción instintiva, inconsciente, y la sorprendió ver que era tan atrevida, tan lasciva, y sentir cuánto le gustaba acariciar la lengua de aquel hombre con la suya.

Harry tenía un sabor cálido y ácido, parecido al de las fresas que habían comido aquella tarde en los jardines de Victoria Embankment, y se preguntó si las habría tomado ese día de postre. Le sujetó la cara con las manos, para mantenerlo quieto, y él dejó que ella explorase aquel territorio desconocido. Lo recorrió con la lengua, resguio la línea de sus dientes, le acarició el interior de ambas mejillas. Se detuvo justo lo necesario para respirar, y luego le dibujó los labios con los suyos. El superior y el inferior, detectando que tenía la piel más suave que la última vez, y se dio cuenta de que hacía poco que se había afeitado. Le apresó el labio inferior entre los dientes y se lo succionó con delicadeza.

Harry gimió de placer contra su boca, y un estremecimiento sacudió todo su cuerpo. Emma supo que ella era la culpable. Ambos sentían lo mismo. ¡Era emocionante! Que ella, una mujer de treinta años sin experiencia, pudiese hacer que un hombre como él sintiera todo aquello era el afrodisíaco más potente y glorioso del mundo.

Pero él no la dejó seguir jugando, sino que le abrió los labios con los suyos y con el peso de su cuerpo la obligó a dar unos pasos hacia atrás. La parte trasera de los muslos de ella chocaron contra algo, y vio que era el escritorio. Harry deslizó las manos hasta sus nalgas, y Emma abrió los ojos sorprendida.

Marlowe también los abrió, y durante un segundo ambos se quedaron allí de pie, mirándose, con la respiración entrecortada. Luego, ella sintió que las manos de él se tensaban, y la levantó para sentarla en el borde de la mesa.

—Me has hablado de todas esas normas —empezó Harry, tratando de recuperar el aliento—, pero son normas de mujeres. —Sacó las manos de debajo de ella y, sin dejar de mirarla a los ojos, las llevó hacia los botones de la camisa de Emma.

Ella se tensó y le sujetó las muñecas. Él seguía mirándola, esperando, con sus ojos azul profundo como el mar, la boca seria y maravillosa, mientras con los dedos jugueteaba con un botón y con su virtud.

—Y... —dijo Emma, excitada, a pesar de que parte de ella le susurraba que fuera con cuidado. Pero ya no podía parar, estaba desesperada, necesitaba que él la tocara—. Y, ¿cuáles son las normas de los hombres?

—Cuando me pidas que pare, pararé. —Respiró hondo—. Te juro que pararé.

El tono bajo de su voz la desarmó. Emma le soltó la muñeca y, asintiendo con la cabeza, presentó su capitulación, avergonzada de la rapidez con que lo había hecho.

Cerró los ojos y él le desabrochó el primer botón de la camisa, luego otro, y otro, eliminando una a una las barreras que los separaban. Apartó la tela de lino y le besó el cuello, lamiéndole la

piel desnuda con la lengua. Ella se arqueó con un gemido, y echó la cabeza hacia atrás, ansiosa de más.

Él soltó su cálido aliento encima de su piel y con los dedos tiró de los corchetes, para ir apartando las distintas capas de tela, seda y encaje que cubrían su escote. Emma tembló nerviosa, y con los dedos le apretó los hombros mientras él le besaba la parte superior de un seno y deslizaba una mano por debajo de la prenda que aún llevaba puesta. Sabía que tenía que pedirle que parara, pero cuando sus dedos le rodearon un pecho, sintió tanta ternura y pasión que todo su cuerpo se estremeció como respuesta. Gritó, pero no le pidió que parara.

Él levantó la cabeza y apresó los labios de ella con los suyos, silenciando la voz que no dejaba de repetir su nombre. Con la mano, siguió acariciándole el pecho, y gimió a su vez mientras la besaba con ardor. Le recorrió el pezón, con los dedos dentro de los confines de su ropa interior, y Emma se estremeció. Era como si no pudiera controlar las reacciones de su propio cuerpo, y las caricias de Harry la hacían moverse de un modo completamente desconocido, buscando algo que no sabía dónde encontrar. Podía oír sus propios gemidos de placer junto con los de él, más primitivos, amortiguados por los labios de ambos, y sintió que se hundía en una bruma de sensualidad. Lo que Harry le estaba haciendo le provocaba sensaciones que no había experimentado jamás y que quería seguir sintiendo durante toda la eternidad.

De repente, sin avisar, él dejó de besarla, apartó la mano de su corsé, y se alejó de ella. Soltó una maldición en voz baja, y luego empezó a abrocharle los botones.

Mareada, Emma trató de recuperar la calma. Abrió los ojos y lo miró. Él no le devolvió la mirada, sino que la mantuvo fija en lo que estaba haciendo. La luz del atardecer iluminaba la habitación con suavidad, pero en el rostro de Harry no había nada suave. Parecía devastado.

—No te he pedido que pararas —farfulló ella, y la asustó comprobar que era cierto.

—Lo sé. —Se rió sin ganas—. Dios santo, lo sé.

Sus manos se detuvieron, y cerró los puños con fuerza sobre la tela. A continuación la soltó con brusquedad y se dio media vuelta.

—Está oscureciendo —dijo de espaldas—. Será mejor que te lleve a casa. Iremos en mi carruaje, y me importa una mierda si es o no lo apropiado.

Emma no se lo discutió. Después de lo que acababa de suceder, le parecía ridículo preocuparse por las normas de conducta, en especial cuando el deseo que sentía en su interior estaba ansioso por volver a arder bajo las caricias de Harry. Él volvería a acariciarla. Y ella ya no se engañaba a sí misma diciendo que no iba a permitirselo.

«Para», pensó con desmayo. Una palabra de sólo dos sílabas que había sido incapaz de pronunciar.

Capítulo 16

Cuando se está en buena compañía, no hay nada mejor que una buena conversación.

Señora BARTLEBY
***Social Gazette*, 1893**

No hacerle el amor a Emma había sido la cosa más difícil que Harry había hecho en toda su vida. Y empezaba a pensar que también la más estúpida. Se cambió de postura en el asiento del carruaje, tratando de aliviar la presión de sus pantalones, pero todo fue en vano, ya que la causa de tal incomodidad estaba sentada frente a él, deliciosamente desarreglada y con los labios aún hinchados por sus besos.

Ella no le miraba, gracias a Dios, sino que tenía la mirada fija en aquel horrible sombrero que sujetaba en el regazo, y probablemente estaría preguntándose si iba a ir al infierno.

El carruaje dio un salto, Harry hizo una mueca de dolor y volvió a sentarse bien. Cerró los ojos y, con la cabeza recostada en el respaldo del asiento, maldijo a las vírgenes, las normas de conducta y la inexplicable caballería que parecía haberlo invadido últimamente.

«Dime que pare y pararé.»

¿En qué diablos estaba pensando al decir tal idiotez? Para empeorar las cosas, ella ni siquiera le había pedido que se detuviera. Lo había hecho él solo. ¿Y por qué? Porque se había acordado de dónde estaban, por eso. Y porque no quería que la primera vez de Emma fuera encima de un escritorio.

Harry quería salir del coche, y soltar a uno de los caballos para que le diera una buena coz en la mollera. Tal vez entonces dejaría de pensar.

El carruaje se detuvo, y él respiró aliviado. El conductor apenas había abierto la puerta y colocado los escalones cuando Harry saltó y le tendió la mano a ella para ayudarla. La acompañó hasta la entrada del edificio.

—Buenas noches, Emma —dijo con una inclinación y se dio media vuelta para partir.

—¿Te gustaría...? —Hizo una pausa y carraspeó, señalando la puerta con el sombrero—. ¿Te gustaría entrar?

Él sintió un atisbo de esperanza, y luchó por apagarlo al recordar con quién estaba hablando.

—¿Por qué? —preguntó sin ambages—. ¿Me estás invitando a subir a tu habitación?

Ella se sonrojó de golpe.

—No. Por supuesto que no. Es que había pensado... que tal vez... te apetecería tomar el té.

—Lo miró a los ojos—. En el salón. En el piso de abajo.

¿Si quería tomar el té? La fulminó con la mirada.

—¿Té?

Ella asintió.

—Creo que a ambos nos iría bien refrescarnos un poco.

A veces se preguntaba si aquella chica era real. La miró y empezó a pensar que tal vez un espíritu travieso se había apoderado del cuerpo de Emma con el único propósito de convertir su vida en un infierno. Seguro que se había olvidado de dejar una vela encendida en alguna de las cuevas de Torquay en verano, y ahora las hadas querían vengarse.

—Tal vez si tuvieras whisky aceptaría la invitación. Dios sabe que me apetece una copa. Pero dado que no es así, me iré a mi casa.

Si le quedara algo de sentido común a donde se iría sería a un burdel.

—Quizá la señora Morris tenga una botella por algún lado.

Harry la contempló durante unos segundos y, canalla como era, empezó a calcular las posibilidades que tenía de escurrirse con ella en su habitación, donde podían hacer el amor en una cama. Hacerlo sobre los escritorios podía quedar para más adelante.

—Entonces acepto —dijo él, siguiéndola hacia el interior.

La chismosa casera de Emma, la señora Morris, estaba en el salón, y estuvo encantada de conocer al antiguo jefe de su inquilina, a pesar de que se puso nerviosa al recibir tan noble visita sin previo aviso. La muchacha debería haberla avisado de que él iba a acompañarla ese día. Aunque, bueno la señora Morris estaba acostumbrada a recibir a gente de categoría, como por ejemplo la tía de Emma, de la que había sido gran amiga y había estado casada con el tercer hijo de un barón. ¿Una taza de té? Por supuesto, Emma, preparar té no era ninguna molestia, ¿a no ser que su señoría prefiriera whisky? No, insistió la mujer, tampoco era ninguna molestia preparar algunos sándwiches. Era saber común que los caballeros necesitaban alimentarse. Por supuesto que ella misma se encargaría de prepararlos, confirmó entusiasmada, y salió corriendo hacia la cocina para ver qué podía ofrecerle al vizconde.

Emma se sentó en el horrible sofá y procedió a desabrocharse los guantes.

—Pobre mujer, tener que preparar una merienda entera a las siete de la tarde.

—Tengo hambre —se justificó él, y se sentó a su lado, inclinándose para besarla en la comisura de los labios—. Mucha.

—Mira que eres pesado. —Esas palabras eran una crítica, pero el tono con que las pronunció hizo que Harry concibiera esperanzas.

—Es uno de los privilegios de ser noble. Puedo ser pesado. —Ladeó la cabeza y buscó sus labios.

Ella lo esquivó.

—Creía que te apetecía una copa.

Harry descansó el brazo en el respaldo de madera que había detrás de ella.

—He cambiado de opinión. Si tu casera está abajo asegurándose que en su cocina se prepara la merienda perfecta, tengo más tiempo para estar a solas contigo.

Ella miró preocupada hacia la puerta.

—No estamos solos. Cualquiera podría entrar en cualquier momento. Aquí viven más inquilinos.

—Corramos el riesgo. —Esta vez sí tuvo éxito al capturar sus labios y la besó como era debido—. Sé valiente.

—Yo no corro riesgos.

—Sí —contestó él con pesar—, lo sé.

Estudió su perfil, la delicada línea de su mandíbula y su barbilla. Sólo la luz del anochecer iluminaba el salón, pero podía ver las puntas de sus pestañas doradas, la cicatriz en forma de estrella que tenía en la mejilla, y la peca que le adornaba la parte delantera de la oreja. Se la besó.

—Harry —susurró ella, levantando el hombro para darle un golpecito en la barbilla, pero él decidió interpretarlo como un gesto de cariño.

—Tengo un ojo fijo en la puerta —le aseguró, acariciándole la mejilla con los labios—. Supongo que no contemplas la posibilidad de cerrarla, ¿no?

—¡Por Dios santo, no!

Parecía tan horrorizada que, de no ser porque toda la situación no tenía ninguna gracia, Harry se habría reído.

—Dado que no puedo cerrar la maldita puerta y seducirte como me gustaría —murmuró—, tendré que conformarme con hablar contigo.

Ella se echó hacia atrás, pero al notar el brazo de él a su espalda volvió a incorporarse.

—Emma, relájate —dijo él con suavidad, apartando el brazo del sillón—. Recuéstate y cierra los ojos.

La muchacha obedeció, y Harry hizo lo mismo.

—Veamos —dijo él—, ¿de qué podemos hablar? ¿Del tiempo? ¿De la salud de la reina? ¿De cómo me estás volviendo loco?

—¿Por qué te has detenido? —susurró Emma.

Harry giró la cabeza, pero ella no le estaba mirando. Tenía la mirada fija en el techo. Se acercó y le respondió en voz baja al oído:

—Se me ha ocurrido la estúpida idea de que no debía arrebatarte la virginidad encima de un escritorio.

Las mejillas de Emma se sonrojaron, pero siguió sin mirarlo.

—No habría podido detenerte. No habría tenido la fuerza necesaria.

Eso lo hizo retroceder.

—Por Dios, Emma, jamás te habría forzado.

—No quería decir eso. Durante un momento, sólo un momento, he pensado que debía decirte que parases, cuando tú estabas... Hum... —Hizo una pausa y carraspeó—. Pero luego ya no he podido hacerlo. —Había una nota de sorpresa oculta en esa confesión—. No podía pronunciar las palabras que te habrían detenido.

—¿Porque te gustaba mucho?

Hubo un largo silencio antes de que ella respondiera.

—Sí.

Harry le acarició la mejilla con los nudillos. La tenía tan suave, como terciopelo.

—Podría hacerte tantas cosas que te gustarían... —murmuró, pensando en voz alta, y sintiendo cómo el deseo tomaba el control de su cuerpo—. Últimamente, mi pasatiempo preferido es pensar en las distintas maneras en que me gustaría hacerte el amor, Emma.

Ella se echó hacia atrás en el sofá, hundiéndose en los cojines como si quisiera que se la tragaran.

Siendo como era un optimista nato, Harry interpretó ese gesto a su favor. Al fin y al cabo, ella era libre de levantarse e irse de allí, pero hasta el momento no lo había hecho.

—En mí imaginación, lo primero que hago es soltarte el pelo y dejar que se deslice por mis manos. Esa preciosa melena rojiza. Luego te desabrocho la camisa y la hago caer por tus

hombros. Después te quito la falda. —Se le secó la garganta y tuvo que parar un segundo—. ¿Lo ves? —dijo tras un instante—. Lo he imaginado todo paso a paso.

Emma suspiró sorprendida, y Harry supuso que la ponía nerviosa saber que había tenido fantasías con ella como protagonista.

—El corsé y la camisola serían los siguientes —continuó él—. Lo que me recuerda que... por lo poco que he visto antes, tengo que decirte que llevas una ropa interior demasiado sencilla, Emma. Me gustaría verte con sensuales camisones de seda llenos de botones de madreperla. En el fondo lo hago por mí, ya sabes, me gustan los botones de madreperla porque son muy fáciles de desabrochar. Una vez ya no llevaras el corsé...

—Deja de hablar de mi ropa interior —susurró ella, a medida que el sonrojo se extendía por todo su escote—. No es... —se humedeció los labios—, no es decoroso.

—¿Decoroso? —Se rió—. Emma, cuando un hombre está desnudando a una mujer, el decoro no le preocupa lo más mínimo. Y tampoco a ella, si él lo está haciendo bien. Además, únicamente estamos hablando, charlando. —Le acarició la oreja con la nariz—. Haciendo vida social, por llamarlo de alguna manera.

Ella se atragantó.

—Me pasaría toda la vida besándote. Tus labios, tu cuello, tus hombros desnudos...

—¡Para! —dijo en voz tan baja que apenas pudo oírla—. Para, por favor.

—¿Porqué?

—Porque me da vergüenza.

—¿De qué? —Se echó hacia atrás y con la mano señaló la puerta—. Si no quieres escucharme, vete.

—La señora Morris ha ido a preparar la merienda —dijo sin moverse—. Sería de mala educación que me fuera.

—Pero así no oirías lo próximo que quiero decirte. —Le recorrió la mandíbula con el pulgar y vio cómo temblaba. Le tocó la boca—. Quieres saber qué sería lo próximo que te haría, ¿no es así?

Ella negó sin convicción contra su dedo, pero siguió sin moverse. Ni siquiera se cambió de silla. Juntó los labios bajo su caricia, y se quedó quieta.

—Creo que dejaría de desvestirte y empezaría a tocarte. —Le tocó la nuca con la mano, y ella saltó como si hubiera recibido una descarga eléctrica—. Deslizaría las manos por tus hombros y descendería por tus brazos desnudos —prosiguió, sintiendo cómo la lujuria se apoderaba de su cuerpo a cada palabra—. Te tocaría los pechos, el ombligo, las caderas, justo por encima de la camisola...

Ella emitió un sonido inarticulado.

—¿Es eso lo que llevas puesto? —Harry le besó el cuello—. ¿O tal vez llevas una combinación? Me he imaginado a mí mismo quitándote ambas piezas, claro está, pero ¿qué sueles llevar?

No respondió, y él le mordió los tendones del cuello, absorbiendo los temblores que la sacudieron como respuesta.

—Emma, Emma, dímelo —le suplicó contra la piel—, para que pueda imaginármelo cuando no esté contigo. ¿Una camisola?

Ella no se movió.

—¿Una combinación?

Asintió con un ligero y tenso movimiento de cabeza, y él continuó:

—Pues de momento te la dejaría puesta.

—¿Ah, sí? —Tan pronto como esas palabras salieron de su boca, se mordió el labio, y siguió sin mirarlo.

—Tendría que hacerlo —le explicó—. No podría quitártela sin quitarte antes los zapatos.

—Oh. —Fue sólo un susurro.

—Dado que hoy llevas unos sencillos zapatos para caminar, y no esas horribles botas altas que sueles...

Ella lo interrumpió indignada.

—¡No son horribles!

Como todos sus zapatos eran horribles, Harry decidió ignorar el comentario.

—Ahora sólo me preocupa desnudarte, así que no entraré a discutir eso, pero le aseguro que, a la primera oportunidad que tenga, le compraré unos bonitos zapatos, señorita Dove. Docenas de ellos, frívolas bailarinas llenas de encaje. ¿Por dónde iba? Ah, sí, y no vuelvas a interrumpirme, por favor. Interrumpir a alguien es de mala educación, ¿sabes? Veamos, ya te he quitado los zapatos, así que ahora voy a quitarte las medias...

Esta vez no fue Emma quien lo interrumpió, sino el sonido de unos pasos en la escalera. Harry gimió y se apartó. Ella, por su parte, se alejó tanto como pudo aunque sin abandonar el sofá en el que ambos estaban sentados. A él le pareció un gesto esperanzador. Respiró hondo varias veces, y trató de controlar lo excitado que estaba.

La señora Morris entró con una bandeja con el té. Una doncella con vestido rosa y cofia a juego iba tras ella con otra bandeja repleta de comida.

—Déjala allí, Dorcas —ordenó la casera depositando su carga en la mesilla que había frente al sofá, para luego sentarse en una silla que había al lado.

La doncella dejó la bandeja con sándwiches y pasteles en otra mesa que había delante de Emma y Harry, y les hizo una reverencia antes de salir.

—Me atrevería a decir —dijo él, acercándose a la bandeja y observándola como en realidad lo que tuviera fuera hambre y no ganas de hacer el amor—, que es el té mejor servido que he visto en mucho tiempo. Y lo ha preparado en un abrir y cerrar de ojos. Sus inquilinos son afortunados de tenerla.

La señora Morris se ruborizó de placer y empezó a servir el té.

—No todos mis inquilinos comen en casa, milord, pero me gusta creer que los que lo hacen están bien atendidos.

Miró a Emma, pero ésta tenía la mirada perdida, sin prestar atención a ninguno de los dos. Ya no estaba acalorada, y su piel había recuperado su palidez habitual.

—¿La señorita Dove come en casa? —preguntó Harry, concentrándose de nuevo en la anfitriona.

—Antes no solía hacerlo, milord, cuando trabajaba para usted siempre llegaba muy tarde. Pero ahora que es la secretaria de la maravillosa señora Bartleby y se pasa el día mecanografiando sus escritos, casi cada día come aquí.

Harry se inclinó hacia adelante y cogió una galleta de la bandeja. Mientras la comía, trató de pensar en alguna excusa, la que fuera, para conseguir que aquella mujer se fuera de allí.

—¿Azúcar? —preguntó la señora Morris mientras le servía una taza—. ¿Leche?

—Nada, gracias, pero tal vez... —Hizo una pausa, arrugó el cejo y escudriñó la bandeja como si buscara algo.

—¿Sí, milord? —La casera, ansiosa por complacerlo, casi se levantó de la silla—. ¿Quiere algo en especial?

Harry sonrió levemente, como disculpándose.

—No, no, no quisiera molestarla más de lo necesario.

—No es ninguna molestia —le aseguró ella—. Ninguna molestia en absoluto.

—Pensaba si tal vez tendría un poquito de limón.

—¿Limón? —La mujer miró la bandeja, y luego volvió a mirar al vizconde con una incómoda sonrisa—. ¡Qué torpeza la de Hoskins! Mira que no poner limón, iré a buscárselo en seguida.

—Muy amable por su parte. —Le dedicó la mejor de sus sonrisas—. Es usted muy considerada.

Detrás de él, Emma suspiró exasperada.

La señora Morris no se dio cuenta e, igual que una debutante, se tocó el pelo antes de levantarse.

—En seguida vuelvo —dijo, y salió de la habitación dejándolos solos de nuevo.

Harry se deslizó hasta quedar junto a Emma.

—Veamos, ¿por dónde íbamos?

—No tiene limón, si lo tuviera lo habría puesto en la bandeja. Ahora mandará a Hoskins a la tienda de la esquina.

—Confío en que vaya ella en persona. Así tendré más tiempo para desnudarte. —Silencio sus quejas con un beso—. Creo que estaba quitándote las medias. Y como tienes unas piernas tan largas y bonitas, creo que tardaré mucho en hacerlo. Te las quitaré una tras otra, despacio, muy despacio. Desnudaré tus preciosos pies, y te acariciaré los tobillos y la parte de atrás de las rodillas. Dios, me encanta acariciarte las rodillas.

Sólo de imaginárselo se sintió lleno de deseo, y supo que no podía seguir con aquello. Levantó la vista.

Emma estaba mirándolo, con los ojos como platos y los labios entreabiertos.

Harry decidió que podía intentar soportarlo un poquito más. Ladeó la cabeza y le besó la oreja.

—Creo que ha llegado el momento de que te quite la combinación que llevas puesta —murmuró—. Quiero verte los pechos.

Ella hizo un sonido de protesta.

—No podrías verme los... —Se detuvo, y luego volvió a intentarlo—. ¡Estaríamos a oscuras!

—¿Hacerte el amor a oscuras? Eso sería un pecado, Emma. No, quiero tener luz para poder verte bien. —Sus palabras, susurradas junto a su oreja, la hicieron estremecer—. Para poder mirarte mientras te toco, para poder ver mis manos sobre tu cuerpo.

Aunque tortuosa, la estrategia de Harry estaba funcionando, pues podía oír cómo a ella se le estaba acelerando la respiración. La suya tampoco era demasiado pausada.

—Me he imaginado tus pechos cientos de veces, Emma. —Volvió a cerrar los ojos y marcó cada palabra con un beso, sintiendo prender el fuego en su propio cuerpo—. Miles. —Se le quebró la voz y supo que estaba perdiendo el control.

Luchó por seguir seduciéndola un poco más.

—Los acariciaría una y otra vez, los besaría. —Le succionó el lóbulo de la oreja entre los labios, rozándole la piel con los dientes—. Los saborearía.

La joven inspiró hondo, jadeante, y antes de que él pudiera reaccionar, lo apartó y se puso de pie. Pero no corrió hacia la puerta. En vez de eso, se acercó a la ventana, la abrió y tomó aire.

Él iba a hacer lo mismo, pero justo entonces oyó por segunda vez los pasos de la señora Morris en la escalera. Maldición, se había olvidado de la condenada mujer. Volvió a sentarse, su cuerpo presa de la agonía. Rápido como un rayo, se desabrochó la chaqueta, se la quitó y se la colocó descuidadamente sobre las rodillas. Iba a coger otro sandwich cuando la casera entró en el salón.

—Aquí tiene —dijo orgullosa—. Mis disculpas, milord, pero mi cocinero ha tardado mucho en encontrar los limones. Estaban ocultos en la alacena.

Desvió la mirada de Harry, que comía un sandwich de pepino en un intento por parecer amable, hacia Emma, de pie junto a la ventana, tratando de respirar y abanicándose al mismo tiempo.

—Emma, ¿te encuentras bien? —le preguntó preocupada.

—Estoy perfectamente —contestó ella con voz entrecortada y abanicándose aún más rápido—. Es sólo... es que hace mucho calor aquí.

—Un poco —reconoció su casera mientras se sentaba—. Has tenido una buena idea al abrir la ventana, querida. —Dejó en la bandeja el plato con las rodajas de limón y miró a Harry sonriendo—. Emma siempre tiene buenas ideas. Es una joven muy dulce y sensata. Su tía Lydia era una buena amiga mía...

Harry estaba convencido de que en ese instante Emma no se definiría a sí misma como dulce ni sensata. Y en lo que a él se refería, estaba hecho un lío. Todas y cada una de las células de su cuerpo estaban excitadas, el corazón le latía en el pecho como un tren desbocado, y era dolorosamente consciente, por segunda vez en una misma tarde, de su enorme erección.

Observó cómo la señora Morris le servía una taza de té, pero aunque su vida dependiera de ello, se vio incapaz de seguir charlando sobre frivolidades.

—Señora Morris, disculpe —interrumpió la retahíla de halagos de la mujer sobre la querida e inestimable tía Lydia, y miró a Emma, que seguía de pie junto a la ventana, abanicándose—. Me temo que la señorita Dove está un poco acalorada. No creo que el té, siendo como es una bebida caliente, sea lo más adecuado para ella. ¿Tal vez sería tan amable de traerle un vaso de agua?

—No quiero un vaso de agua —dijo Emma desde el otro extremo de la habitación.

—Realmente pareces un poco alterada, querida —convino la señora Morris—. Tal vez un poquito de agua te sentaría bien.

Harry asintió con énfasis, y cuando la casera se encaminó hacia la puerta él fue tras ella. Ambos se detuvieron en la entrada, y Harry le susurró algo al oído. La mujer abrió la boca con estupefacción, pero hizo lo que le pedía, y salió de allí cerrando la puerta a su espalda.

Emma arrugó el cejo al ver que Harry se le acercaba. Miró tras él y, al ver la puerta cerrada, volvió a mirarlo.

—¿Qué le has dicho? —quiso saber.

—No soy un hombre paciente, Emma, y la poca paciencia que tenía se ha esfumado por completo. Le he dicho que quería estar a solas contigo un momento, y le he pedido que nos diera un poco de intimidad.

Emma gimió y ocultó la cara entre las manos.

—Sólo existe un motivo honorable para que un hombre y una mujer que no están casados se queden a solas, y es para declararse —farfulló. Levantó la cabeza y lo fulminó con la mirada—. Y

ambos sabemos —añadió, susurrando furiosa—, que lo único que tú tienes intención de proponerme es algo indecoroso.

—No tenemos mucho tiempo. —La cogió en brazos y jugó su última carta—. Llévame a tu piso —le pidió, y le inundó la cara de besos—. Hagamos el amor y terminemos con esta tortura.

—¡No podemos! —gimió ella—. La señora Morris nos vería. Sabría lo que íbamos a hacer.

—Le diré que vaya a hacer un recado. Subiré por la escalera de incendios. —Se estaba quedando sin opciones; el deseo y la desesperación estaban haciendo mella en su capacidad para razonar—. Le pagaré por su silencio.

Tan pronto como esas palabras salieron de su boca, supo que había cometido un error.

—El dinero puede comprarlo todo, ¿no es así? —Se zafó de su abrazo—. La señora Morris en una mujer respetable. No aceptaría tu dinero. No podría fingir que no lo sabe y mirar hacia el otro lado. Y, aunque lo hiciera, no importaría. Yo tendría que seguir viéndola cuando todo terminara.

—¿Y qué importa eso? No te coserán una letra escarlata en el pecho, si es eso lo que te preocupa.

—¿No lo entiendes? Ella era amiga de mi tía. Me conoce. Tendría que verla a diario, y ambas sabríamos lo que yo habría hecho. Sabríamos que yo... que yo... —se le quebró la voz—... que yo habría dejado de ser casta.

—Por Dios santo, Emma, ni siquiera es tu amiga, sino amiga de tu tía. Y no tendrías que seguir viéndola si no quisieras. Puedes mudarte. Te conseguiré un piso nuevo. Mejor aún, una casa.

—¿Igual que a Juliette Bordeaux? —Lo miró con desdén—. ¿Y dentro de unos meses también recibiré un collar de topacios y diamantes comprado por tu secretario, junto con una carta de despedida?

Fue como si lo hubiera abofeteado.

—No es lo mismo.

—¿Ah, no? ¿Y qué es lo que hace que sea distinto?—preguntó ella, cruzándose de brazos—. Yo no soy una bailarina de cancan. Me merezco que me cortejen como es debido.

Harry debería haber sabido que acabarían llegando a ese punto.

—¿Quieres que me case contigo, es eso?

Emma lo miró tan horrorizada que, de no ser por el alivio que lo inundó, se habría sentido insultado.

—¿Casarme contigo? —exclamó ella—. ¡No, por Dios santo! —Y lo miró con una cara de desaprobación digna de la santa de su tía—. Ninguna mujer con sentido común querría casarse contigo. Eres el peor marido que podría imaginar.

—Tienes razón. Me alegro de que hayamos aclarado el tema.

—Y además, maldita sea, Harry, tampoco yo quiero casarme. ¿Por qué debería querer? Tengo una brillante carrera profesional. Soy la señora Bartleby.

—Tú no eres la señora Bartleby —soltó él antes de poderlo evitar—. Tu tía Lydia es la señora Bartleby.

—¡Eso no es cierto! Las ideas que aparecen en los artículos son mías.

—Algunas tal vez sí, lo reconozco, como eso del origami o lo de las servilletas, pero la rondel texto no es la tuya. ¡He publicado lo suficiente como para saberlo! Tú no eres la señora Bartleby, tú no eres una matrona de mediana edad que se preocupa por tonterías y normas estúpidas. —Recurrió a sus artículos para demostrar que tenía razón—. Tú no crees que las

chicas solteras sólo puedan comer alitas de pollo, que no deban comer codorniz ni queso, y que tengan que escoger los platos más sosos del menú.

—¡Las normas de conducta son importantes, en especial para las jóvenes damas!

—¡No, si esas normas son estúpidas! ¡Y hacer que unas pobres chicas se mueran de hambre, obligándolas a sobrevivir a base de alitas de pollo y pudín es una soberana tontería! Va en contra del sentido común. Y siendo como eres una mujer sensata, Emma, tú lo sabes tan bien como yo. ¿Por qué escribes sobre normas en las que de verdad no crees?

Ella entrecerró los ojos, y él vio menguar las posibilidades que tenía de que se acostaran, pero estaba tan frustrado que casi no le importaba.

—Tú no eres la señora Bartleby —prosiguió—. Ni eres la tía Lydia. Tú eres Emma. —La cogió por los hombros y la zarandeó con suavidad, para ver si así dejaba a un lado su tozudez y entraba en razón—. A ti te gusta maldecir y leer libros picantes. Eres una mujer cálida y apasionada, y tienes los labios más dulces que he probado jamás. Y no crees que hice mal en divorciarme de mi mujer, ni tampoco me desapruebas tanto como dices. Si lo hicieras, jamás habrías accedido a escribir para mí. Y, maldita sea, sé que no crees que besarme estuviera mal.

—¡Está mal si esas dos personas no son marido y mujer o están comprometidos! —Trató de soltarse, pero él no se lo permitió.

—¿Por qué? ¿Porque te han dicho que es así? Tú no sientes que esté mal. Y lo sé desde el día en que te besé en la librería, porque te vi la cara al separarnos. Dios, Emma, estabas radiante, era como si tuvieras una luz en tu interior, igual que el amanecer. Fue la cosa más preciosa que he visto nunca. Y esta noche no creías que estuviera mal que te tocara, o me habrías detenido. Cuando antes te he dicho todas esas cosas, podrías haberme dicho que me fuera. Podrías haberme dado una bofetada, o haberme sermoneado, pero no lo has hecho. Querías que te las dijera. Querías escucharlas. Tú sabes que es así, Emma, lo sabes.

—Ha estado mal que te escuchara decir esas cosas. —Se tapó las orejas con las manos—. Pero no seguiré haciéndolo.

—Lo harás, ya lo creo que lo harás. —Le cogió las muñecas, y le apartó las manos, sujetándoselas con fuerza—. La mujer a la que besé en aquella librería y hoy en mi despacho no estaba pensando en ninguna norma de educación. Estaba sintiendo, absorbiendo los sentimientos igual que el oxígeno. Esa mujer besa como se supone que una mujer debe besar a un hombre.

—Y tú has besado a suficientes mujeres como para saberlo.

Él ignoró ese comentario.

—¿Por qué no eres honesta y dices lo que piensas y sientes de verdad? ¿Dónde está Emma? ¿Qué le sucedió? ¿Qué le pasó a esa niña a la que le gustaba jugar con el barro y cantar a pesar de que desafinaba?

A ella se le descompuso el rostro y se le escapó un sollozo.

Harry sabía que le estaba haciendo daño, pero tenía que soltarlo, ya no podía aguantar más.

—Yo te diré lo que le pasó: se ha pasado la vida presa y asfixiada por un montón de gente y por las opiniones de los demás.

—¿Quién eres tú para criticar a mi familia? ¡No les conociste y no sabes nada sobre ellos!

—Sé todo lo que necesito saber, como sé también que no consiguieron hacer desaparecer a la auténtica Emma, ¿me equivoco? En ocasiones, ella consigue escaparse y salir a la luz, y cuando lo hace, Dios, es tan preciosa que me muero por poseerla.

Ella se derrumbó, incapaz ya de pelear.

—Vete —dijo—. Vete, por favor.

—Me dijiste que era un hipócrita, Emma, pero eres tú quien miente. Te mientes a ti misma. Dejas a un lado lo que de verdad quieres y te dedicas sólo a lo que se supone que tienes que hacer. Haces caso omiso de lo que de verdad piensas y te ciñes a lo que te dijeron que debías pensar. Eres deshonesta con tu propio corazón, y ésa es la peor deshonestidad que existe. Maldita sea, te preocupas demasiado por ser una dama, y no entiendo por qué no te permites sencillamente ser una mujer.

Le soltó las muñecas, pero antes de que ella pudiera darse media vuelta, le tocó la cara con una mano, con la otra le rodeó la cintura y la besó.

Emma no le devolvió el beso, sino que se quedó abatida entre sus brazos, sin oponerse, pero también sin responder. Algo dentro de él se rompió, justo en el centro de su corazón, y sintió que iba a desmoronarse. La besó con más fuerza, impulsado por la lujuria, la rabia y la frustración.

Una lágrima se deslizó por sus dedos, quemándolo como si fuera ácido.

—¡Dios! —La apartó soltándola, y trató de controlar la indignación que sentía. Se había pasado semanas pensando en ella como si fuera un adolescente, ¿y para qué? ¿Para que ella lo hiciera sentir como un mendigo o un animal? Tenía que dejar de verla. Ya. Para siempre.

Se pasó las manos por el pelo, se alisó la ropa y trató de hablar con un tono civilizado, cuando lo que en realidad quería era romper algo.

—No volveré a tocarte —dijo, acercándose al sofá para coger su chaqueta—. Jamás. Volveremos a levantar el muro de la educación entre nosotros y nos trataremos como si fuéramos meros conocidos. —En cuanto lo dijo, supo que era una estupidez.

Respiró hondo.

—Pensándolo mejor —se corrigió—, creo que lo mejor será que no volvamos a vernos. A partir de ahora, nos comunicaremos sólo por carta y a través de recaderos, como antes.

Se dio media vuelta y se encaminó hacia la salida.

—Así, tu preciosa virtud seguirá intacta —añadió sin mirarla—, y yo recuperaré mi cordura.

Abrió y no le sorprendió encontrarse a la señora Morris al otro lado de la puerta. Muerta de vergüenza, la mujer se apartó para que pudiera pasar. Harry hizo una inclinación de cabeza y se fue sin decir ni una palabra, preguntándose por qué diablos le importaba a Emma lo que pensara aquella vieja chismosa. De hecho, había muchísimas cosas que a ella le importaban y que él no lograba comprender.

Salió del edificio, y al salir dio un portazo que hizo temblar todas las ventanas de la casa. Las mujeres virtuosas eran un auténtico dolor de muelas.

Capítulo 17

Portarse siempre bien no sale a cuenta.

Señorita EMMA DOVE, 1893

Estaba empezando a llover. Desde su silla del escritorio, Emma miró a través del balcón que daba a la salida de incendios, y observó cómo la brisa de tormenta balanceaba las cortinas. No sabía cuánto rato hacía que Harry se había ido, pero era como si hubiera transcurrido toda una vida. Su vida. A medida que el reloj iba demorando minutos y dando las horas, los recuerdos se habían ido sucediendo, uno tras otro, en su mente.

Vestidos blancos cubiertos de lodo, y la voz de su madre inventando excusas para calmar a su padre, explicándole por qué el vestido de los domingos volvía a estar sucio de barro.

Oficios religiosos pasados en silencio, sin cantar, para así no ofender los oídos de Dios.

Que le cortaran el pelo... el olor de un libro quemado... papá sentado a la presidencia de la mesa sin hablarle durante un mes.

Se tocó la mejilla, y sintió cómo se le cerraba la garganta y no podía ni respirar. Por pura fuerza de voluntad, se obligó a dejar de pensar en su padre y a concentrarse en su tía. Eso la hacía sentir mejor. Recobró el aliento. La tía Lydia había sido capaz de demostrarle afecto, y nunca se había pasado días sin hablarle. Su tía, y eso lo sabía sin ninguna duda, la quería.

Pero también recordaba haberse pasado horas sentada con ella, con la espalda erguida, sus sermones sobre que debía llevar guantes, sobre que no podía correr ni emocionarse, y que siempre tenía que ser amable. Valses a más de medio metro de distancia.

Tenedores encima del plato. Pañuelos sin almidonar. Caballeros de instintos animalescos. La gente no se besaba a no ser que estuvieran casados o comprometidos.

Las palabras de Harry resurgieron, unas palabras que le habían hecho daño porque eran ciertas.

«Tú no eres la señora Bartleby. Es tu tía Lydia... ¿Dónde está Emma? ¿Qué le sucedió? ¿Qué le pasó a esa niña a la que le gustaba jugar con el barro y cantar aunque desafinara?»

Ella sabía lo que le había pasado. Con tal de recibir muestras de cariño y aprobación, se había perdido a sí misma, poco a poco, en miles de pequeños pedazos que había ido sacrificando a lo largo de los años, hasta convertirse en una mujer reprimida, apagada, y apenas con vida.

Y entonces Harry la besó y todo cambió. En ese instante se despertó, como si lo hiciera después de un largo invierno. Asustada, sí, pero también ansiosa y vital, una vitalidad que se extendía a cada poro de su cuerpo, a cada célula de su cerebro y a cada recoveco de su alma. Y esa noche lo había echado todo a perder a cambio de no perder la familiar y vacía aprobación de quienes la rodeaban.

Cerró los ojos y respiró hondo, pensando en todo lo que él le había hecho en su despacho, y en las cosas tan escandalosas que luego le había dicho que quería hacerle. Sólo de pensarlo su cuerpo se tensaba de vergüenza y excitación.

«Llévame arriba.»

Lo habría hecho, que Dios la ayudara. Una vida repleta de virtud se habría esfumado bajo las eróticas e ilícitas promesas de aquel hombre, si ella no hubiera sabido que su casera estaba escuchando detrás de la puerta, con la esperanza de oír cómo la sobrina de su querida Lydia recibía una ilustre propuesta de matrimonio.

De repente, Emma tuvo ganas de reír. Qué sorpresa se habría llevado la señora Morris al descubrir la verdad; que el vizconde le estaba proponiendo algo muy distinto, y qué impresión descubrir que la sobrina de la santa Lydia era, en realidad una mujer de carne y hueso, una hedonista que había disfrutado con cada una de las palabras del vizconde. Incluso las que le había dicho enfadado, pues eran brutales, honestas, y ciertas.

«¿Dónde está Emma? ¿Qué le sucedió?»

Una marea de resentimiento la invadió al recordar todas las cosas que le habían negado a lo largo de su vida. Resentimiento hacia aquellas personas a las que había querido y cuya aprobación había ansiado. Resentimiento hacia ella misma por haber tardado tanto en descubrir que la vida era maravillosa, y que correr riesgos era increíble, así como era fascinante besar a un hombre y que él te acariciara. Resentimiento por haberse perdido tantas cosas sólo por miedo.

Ahora era ya demasiado tarde. Emma giró la cabeza y estudió el jarrón con plumas de pavo real que tenía en el escritorio, su regalo de cumpleaños de consolación. Una vez más, había esperado demasiado y había llegado tarde.

Portarse siempre bien no salía a cuenta.

Emma se puso de pie de un salto y cogió la bolsa de encima de la mesa, la abrió y se aseguró de que tenía dinero suficiente para coger un carruaje.

Apagó la vela, pero aunque cerró el balcón, no echó el cerrojo a propósito. Salió por la puerta principal, cerró tras ella, y metió la llave en la bolsa.

Se acercó a la escalera de incendios sin que nadie la viera, llegó al callejón, y salió bajo la lluvia. Con las prisas, se había olvidado la capucha, el paraguas, e incluso el sombrero, pero daba igual. No iba a volver a por ello.

Corrió hacia la esquina, donde se detuvo. Se pasó una mano por la cara mojada y miró hacia la empapada, oscura y desierta calle. Era de noche y no había ningún coche a la vista.

Cerca del hotel Holborn siempre había carruajes, así que se dirigió hacia allí acelerando el paso. Esquivando el tráfico, recorrió cinco calles sin detenerse, y estaba casi sin aliento cuando se detuvo junto al primer cabriolé que vio allí.

—Al catorce de Hanover Square —le dijo al cochero jadeante—. Y le daré una corona extra si llega allí en menos de media hora.

Saltó dentro, y el vehículo se puso en marcha. Emma jugó con los dedos sobre sus rodillas, movió los pies y cambió de postura mil veces a medida que pasaban los minutos. Era como si el carruaje no fuese a llegar nunca a Mayfair, y tal como había temido, las dudas empezaron a asaltarla.

Ni siquiera sabía si Harry estaba en casa. Seguramente habría salido. A su club. O con alguna bailarina. ¿Qué pensarían de ella los sirvientes cuando la vieran llegar y preguntar por él? ¿Y qué pasaría si había cambiado de opinión? ¿Y si estaba cometiendo el mayor error de su vida?

Hizo a un lado dudas e incertidumbres. Esa noche tenía intención de convertirse en una mujer caída. Emma se llevó la mano a la zona donde, según Harry, estaba su instinto. No sentía que se estuviera equivocando. No se sentía malvada. Se sentía... atrevida, salvaje. Por primera vez, era ella misma.

Tenía el estómago encogido de nervios y miedo. Todo su cuerpo anhelaba estar con Harry. El trayecto se le estaba haciendo eterno.

Abrió la ventana y sacó la cabeza, parpadeando bajo la lluvia que le mojaba el semblante. Estaban ya cerca de la calle Regent. Hanover Square no quedaba lejos.

Pero aun así, tuvo la sensación de que pasaban horas hasta que el carruaje se detuvo frente al número catorce. No comprobó cuánto había tardado, y le dio la media corona extra al cochero por el mero hecho de que le apetecía hacerlo. Luego saltó del vehículo y corrió hacia la casa, rezando para que, por una vez en su vida, no llegara tarde. Cogió el tirador, y lo sacudió con fuerza.

Unas campanillas tintinearón dentro de la casa, y momentos más tarde un lacayo apareció en la entrada. Se quedó atónito mirándola.

—¿Sí, señorita?

—He venido a vera lord Marlowe —dijo, entrando como si visitar al vizconde fuera lo más normal del mundo—. ¿Está su señoría en casa?

El sirviente la miró de arriba abajo con recelo.

—No... no estoy seguro, señorita. Lo preguntaré. ¿Quién le digo que quiere verle?

—Dígale... —Lo pensó un momento, preguntándose cuál sería el protocolo para esas situaciones. Era obvio que no podía utilizar su nombre, ni tampoco su seudónimo—. Dígale que Scheherezade ha venido a verlo.

El hombre frunció el cejo como si pensara que estaba mal de la cabeza, pero se fue y la dejó de pie en el vestíbulo.

Había un espejo de cuerpo entero en la pared opuesta, colocado allí con el propósito de reflejar la luz que entraba por las ventanas, y Emma se acercó, riéndose en voz baja.

Dios, estaba hecha un desastre. No era de extrañar que el lacayo la hubiera mirado de ese modo. La falda se le había pegado a las caderas, y tenía la camisa tan empapada que le transparentaba la ropa interior. Se le había soltado el recogido, y seguro que con la carrera por encontrar un carruaje había perdido todas las horquillas. Ni siquiera se había dado cuenta. Tenía varios mechones pegados a la cara, y el resto del pelo le caía suelto por la espalda. Chorreaba agua por todas partes y estaba dejando empapado el suelo.

Esbozó una divertida sonrisa. Era evidente que lo de la seducción no se le daba demasiado bien. Cualquier mujer con más talento para el tema, se habría arreglado antes de acudir allí, y mucho más teniendo en cuenta que el hombre en cuestión había jurado no volver a verla nunca. Se llevó la mano al cabello e intentó peinárselo con los dedos, tratando de desenredarlo, pero fue inútil.

—¿Emma?

Al oír su voz, buscó sus ojos en el espejo. «Ya no puedes echarte atrás», pensó, y echó los hombros hacia atrás antes de volverse hacia la escalera que tenía a la derecha.

Harry estaba de pie en el rellano, con una mano en la afiligranada barandilla de hierro forjado, y sólo con verlo se puso más nerviosa; no contaba con encontrarlo medio desnudo. Sólo llevaba unos pantalones oscuros y un batín color burdeos. Ni siquiera llevaba camisa, y podía ver perfectamente la «V» de su torso por el escote de la bata. Se le aceleró el corazón.

Él la miró sin inmutarse, su precioso rostro no desveló nada de lo que sentía. Ni una sonrisa, ni un comentario gracioso.

—Creía que habíamos decidido que no volveríamos a vernos más.

—No lo decidimos. Tú lo decidiste. Yo he decidido... algo distinto. —Se sujetó la empapada falda y caminó hacia él—. Harry, tengo que hablar contigo.

Mientras se acercaba, él le recorrió el cuerpo con la vista.

—Dios santo, estás calada hasta los huesos.

—He tenido que recorrer cinco calles para encontrar un carruaje. Después de que te fueras, he pensado en lo que has dicho. En todo lo que has dicho.

Él giró la cara, y se miró la mano, que abría y cerraba encima de la pina que había al inicio de la barandilla. Entonces la miró.

—No deberías estar aquí, Emma. Mi ayuda de cámara, un lacayo y yo somos los únicos que estamos en casa. Casi todo el servicio está en Marlowe Park, y el resto se ha ido con mi familia a Torquay.

Ahora que había decidido desprenderse de su castidad, quería seguir adelante, pero no sabía muy bien cómo hacerlo.

—Sí, lo sé, pero es importante. —Miró al lacayo que seguía por allí cerca—. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado?

Él se pasó la mano por la cara.

—Dios, ¿sería mucho pedir que las cosas fueran un poquitín más fáciles? —Suspiró, se dio media vuelta, y señaló hacia la izquierda—. Vamos.

La acompañó al salón. Cuando estuvieron dentro, cogió la campanilla.

—Le diré a Garret que encienda la chimenea.

—No, no. No hace falta. No tengo frío. Estamos en agosto. Además, después de todo lo que me has dicho, ¿cómo quieres que tenga frío? Tengo la sensación de que estoy ardiendo.

Él la miró durante unos instantes, luego cerró la puerta, se recostó contra ella, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿De qué quieres hablar? Creía que esta tarde los dos nos habíamos dicho todo lo que teníamos que decirnos. ¿O nos hemos dejado algo?

—Quiero contarte una historia.

Él se movió incómodo, sin ocultar su impaciencia. Bajó los brazos.

—¿Has venido aquí a estas horas, y con la tormenta que cae, porque quieres contarme una historia?

Ella asintió y se echó a reír.

—Sí. Es una locura, ¿a que sí?

—Emma...

—Todo empezó con un abanico de plumas de pavo real. Un abanico enorme y muy extravagante. Era muy caro y poco práctico, pero era precioso y exótico, y me moría de ganas de tenerlo. Lo pensé durante días, y fui a la tienda un montón de veces, pero nunca me decidía a comprarlo. Costaba dos guineas, Harry. ¡Dos! Y ya sabes cómo soy.

Eso casi lo hizo sonreír. Casi.

—Tacaña.

—Ahorradora.

—Lo que tú digas.

—Da igual, el día que me dijiste que no ibas a publicar mi manuscrito era mi cumpleaños, y...

—¿Tu cumpleaños? No lo sabía. Deberías habérmelo dicho.

—Jamás esperé que te acordaras de algo así. Sé cómo eres para esas cosas. Y, además, ningún jefe sabe qué día cumple años su secretaria. En fin, estaba tan enfadada contigo por no saber quién era la señora Bartleby, y porque creía que no habías leído mi libro, que decidí que iba a dimitir, pero de camino a casa me convencí de que no debía hacerlo. Yo suelo hacer esas cosas, hablar conmigo misma para convencerme de que no haga nada frívolo, poco práctico o poco apropiado.

—Sí, a no ser que haya perdido completamente la chaveta, esta tarde creo que hemos discutido precisamente por eso.

Emma continuó sin hacerle caso.

—Decidí que iba a comprarme ese abanico como regalo de cumpleaños, así que fui a la tienda, pero cuando llegué allí, alguien lo estaba comprando. Era una chica joven, casi una niña, que estaba viviendo su primera Temporada, y se lo compraba para asistir a un baile. Había esperado demasiado, ¿entiendes?, había perdido mi oportunidad. Y allí, en mitad de aquella tienda, toda mi vida pasó por delante de mis narices, recordándome que siempre había tomado las decisiones más sensatas, más seguras, más respetables. Esperé a que el señor Parker se declarara, esperé para comprarme ese abanico, esperé a que tú publicaras mis libros, cuando mi instinto me decía una y otra vez que ibas a seguir rechazándolos.

Dio un paso hacia él, y luego otro.

—Lo que quiero decir —prosiguió— es que todos estos años me he mantenido a la espera, nunca he luchado por lo que de verdad quería, y siempre me he conformado con menos. Y mientras tanto, la vida seguía pasando a mi alrededor sin que yo llegara nunca a formar parte de ella. Por eso dejé mi trabajo.

Se detuvo delante de él.

—Verás, cuando vi a aquella chica salir de la tienda con mi abanico de plumas, pensé que me lo tenía bien merecido. Al fin y al cabo, ella estaba en la primavera de su vida, y la mía ya había pasado. La dejé escapar. He permitido que muchísimas cosas maravillosas se me escurrieran de entre los dedos porque tenía miedo. Y no quiero que esto que hay entre tú y yo sea una de ellas.

Lo tocó, le cogió la cara entre las manos.

—Quiero recuperar el tiempo perdido, Harry. Quiero mi primavera.

Él levantó los brazos, le cogió las muñecas y le apartó las manos, sujetándoselas con fuerza.

—Dejemos las cosas claras. ¿Qué estás tratando de decirme exactamente?

—Quiero que me hagas el amor. ¿Es eso lo bastante claro?

Harry no pareció alegrarse. Y por la curva de sus labios se diría incluso que estaba enfadado.

—Ya sabes que nunca volveré a casarme.

—No te he pedido que te casaras conmigo.

—Eso significa que vamos a tener una aventura clandestina. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

Emma respiró hondo y mandó al traste treinta años de buena chica.

—Sí, Harry. Eso es lo que quiero.

Capítulo 18

Mucha gente me ha dicho que no estoy bien de la cabeza. En ocasiones creo que tienen razón.

Lord MARLOWE

Guía para solteros, 1893

Harry sabía que al fin se había vuelto loco. Y lo sabía porque Emma Dove estaba de pie en medio de su salón, insinuándosele.

Apenas unas horas antes, eso habría sido tan probable como que los cerdos volaran o que los liberales ganaran las elecciones. Tenía que ser una alucinación.

Pero no, Emma seguía allí, frente a él, tentadora y desarreglada, con el pelo suelto y la ropa empapada pegada a su cuerpo. Había escuchado cómo le decía que quería tener una aventura con él. En realidad no importaba si todo aquello era un sueño fruto de la locura. Iba a llevársela arriba para desnudarla antes de despertar.

—Vamos, pues —dijo, cogiéndola de la mano.

Levantó el quinqué que tenía más cerca, y la llevó hasta su habitación. Una vez dentro, cerró la puerta y dejó la lámpara en la mesilla de noche, para luego abrir el cajón y sacar un pequeño sobre rojo que guardaba allí. Podía sentir la mirada de Emma encima de él mientras dejaba el sobre en la almohada. Cuando se dio media vuelta vio que, en efecto, lo estaba mirando con curiosidad.

—¿Qué es eso? —preguntó.. No era el momento para hablarle de ese tipo de precauciones. —Luego te lo cuento.

Ella asintió, con la confianza iluminando su dulce rostro lleno de pecas, y, de repente, Harry tuvo dudas.

—¿Estás segura? —preguntó, maldiciéndose por haber desarrollado una conciencia—. ¿No quieres cambiar de opinión? Cuando esté hecho, no habrá marcha atrás, Emma.

—Lo sé. —Le cogió las manos—. ¿Te acuerdas de todas esas cosas que has dicho que querías hacerme? —Cuando él asintió, continuó—. Me alegro, porque quiero que las hagas todas, Harry. Todas y cada una de ellas.

Ella le levantó las manos, y se las colocó encima de sus pechos, y con ese gesto, supo que estaba perdido. Abrió las palmas, recorriendo su forma por encima de las capas de tela. El deseo se extendió por su cuerpo como lava ardiendo.

Le apartó el pelo mojado de los hombros y empezó a desabrocharle la camisa, igual que se había imaginado tantas veces, pero la realidad estaba demostrando ser distinta de lo que su imaginación había conjurado, y Harry no pudo evitar sonreír.

—¿De qué te ríes?

—En todas las veces que me he imaginado haciendo esto, jamás pensé que tus botones iban a ser tan difíciles de desabrochar. Están empapados. Ahora sí que voy a comprarte camisas con botones de madreperla.

Ella también se rió, pero sonó nerviosa.

—Puedo hacerlo yo, si...

—Ni lo sueñes. Me gusta, y no voy a permitir que me lo impidas. Tú desabróchate los puños.

Lo hizo, y cuando ambos hubieron terminado, Harry pudo por fin quitarle la camisa.

Tiró de la tela que quedaba bajo la cintura de la falda y lanzó la camisa al suelo, luego se concentró en el primer botón del cubrecorsé, y volvió a empezar de nuevo. Cuando terminó y pudo liberarla de la segunda prenda, supo que, aunque tuviera que desabrochar mil botones, valdría la pena.

Tenía los hombros llenos de pecas doradas que se moría de ganas de besar. Y, a medida que iba bajando la vista, éstas iban perdiendo intensidad, hasta que, a la altura del escote la piel era blanca como la nieve. Con dedos temblorosos le recorrió los hombros, las clavículas, los brazos. Su textura era como la seda. Harry quería seguir tocándola, pero el deseo que sentía era tan sobrecogedor que amenazaba con arrebatarle el control, y supo que tendría que dejar toda esa ternura para más tarde. Antes tenía que deshacerse de toda la ropa.

Desabrochó los botones de la falda, y la pesada y empapada lana cayó al suelo, amontonada junto a los tobillos de Emma.

—Ven aquí —le dijo, y ella así lo hizo, mientras él levantaba las manos para alcanzar el primer corchete del corsé.

Los abrió uno a uno, acompañando cada gesto con un beso en el hombro.

Los mechones de la melena de Emma le hacían cosquillas en las mejillas mientras le inundaba el cuello de besos. Bajo sus labios, pudo sentir cómo a ella se le aceleraba el pulso.

«Sólo me faltan unos cuantos botones —pensó aliviado cuando le quitó el corsé y ella se quedó sólo con la combinación—. Pronto podré tocarle la piel.»

Emma, como ya venía siendo costumbre últimamente, volvió a sorprenderlo. Le cogió las muñecas y le apartó las manos, deteniéndolo. Él levantó la cabeza y la miró.

—No es justo —dijo la chica—. Quiero decir... —Se detuvo, frunció el cejo, y apartó la vista—. ¿Yo no...? —Volvió a detenerse.

Harry tenía una idea bastante clara de lo que iba a preguntarle, pero quería oírse lo decir.

—¿Tú no qué? —la presionó.

Ella tiró del cinturón del batín.

—¿Yo no puedo desnudarte? —susurró.

—¿Quieres hacerlo?

Asintió, con la mirada clavada en su cuerpo.

—Sí. Sí, quiero.

Harry abrió los brazos.

—Adelante pues. Esta noche haremos todo lo que tú quieras. —Le sonrió—. Más tarde te enseñaré todo lo que yo quiero.

Emma soltó el nudo del cinturón y luego sujetó el batín por las solapas. Deslizó la pesada seda por los hombros de Harry y dejó que cayera al suelo. Dio un paso hacia atrás y observó su torso, pero pasados unos segundos él ya no pudo soportarlo más.

—Tócame, Emma —suplicó con voz ronca—. Tócame.

Ella colocó las manos sobre los pectorales.

—Jamás había visto el cuerpo de un hombre —le dijo, extendiendo los dedos—. Aparte de las estatuas, quiero decir.

Harry respiró hondo y echó la cabeza hacia atrás mientras ella iniciaba su expedición. Le recorrió el torso con las manos, subió hasta los hombros y luego descendió por los brazos para a continuación deshacer el camino. Le acarició las costillas y se detuvo en su abdomen. Sin dejar de tocarlo, se inclinó hacia adelante y le besó la clavícula. Se rió con suavidad, y su cálido aliento rozó la piel de Harry.

—Eres perfecto.

Él sintió que algo dulce y cálido le oprimía el pecho, algo que no tenía nada que ver con el deseo que dominaba su cuerpo. La inocencia que se escondía en la voz de Emma le afectó en lo más hondo y lo hizo sentir como si fuera el rey del universo.

Ella se puso de puntillas y lo besó, sus labios suaves y sensuales presionaron los suyos, y cuando lo rozó con la lengua, como él le había enseñado, la caricia lo hizo estremecer de placer. Debido a la inexperiencia de Emma, Harry había tomado la iniciativa las otras veces que se habían besado, pero ahora era ella quien marcaba el ritmo, y la combinación de inocencia y seducción le resultó increíblemente erótica. Demasiado erótica.

Cuando la vio deslizar las manos por debajo de la cinturilla de sus pantalones para seguir explorando, Harry supo que tenía que recuperar las riendas. Si permitía que ella siguiera adelante, todo terminaría demasiado pronto. Una copulación rápida tenía sus atractivos, pero eso lo dejaría para mucho más adelante. Esa noche no tenía intención de que sucediera nada por el estilo. Lo que Harry más quería en el mundo era que la primera vez de Emma fuera preciosa, tan preciosa como él fuese capaz de conseguir.

—Basta —dijo, cogiéndole las muñecas para apartarle las manos.

—Pero has dicho que podía hacer todo lo que quisiera. —Volvió a apoyarse en los talones, y se la veía tan contrariada que a Harry le dieron ganas de reír.

—Así es. —Le soltó las manos y se agachó. Arrodillado ante ella, le levantó un pie para quitarle el zapato—. Y tú querías que te hiciera todo lo que te he dicho, ¿recuerdas? Pues aún me faltan unas cuantas cosas. Por no mencionar todas las que no he tenido tiempo de contarte. Así que no discutas.

Dejó el zapato a un lado y procedió a hacer lo mismo con el otro. Luego le quitó las medias tan despacio como le había prometido. Vio que le gustaban las caricias en la parte posterior de las rodillas, porque cuando la tocó ahí, ella se estremeció de placer.

—Oh, Harry. Es increíble.

—Uno de estos días —murmuró él—. Te recorreré las piernas a besos hasta llegar a las nalgas, pero ahora mismo... —Hizo una pausa y empezó a desabrochar la última pieza de ropa que le quedaba—. Ahora mismo tengo otros planes.

Aún de rodillas, desabrochó los botones de la combinación de ropa interior y deslizó la prenda por los hombros de ella, dejando al descubierto sus pechos desnudos. La muchacha levantó los brazos con intención de cubrirse, pero él no iba a permitirselo. Soltó la suave tela para atrapar sus muñecas, y ésta cayó sobre las caderas de Emma.

—Te he dicho que quería verte los pechos —le recordó—. Deja que lo haga.

—Son demasiado pequeños —susurró ella mientras él le extendía los brazos.

Eran preciosos. Tal como se había imaginado.

—Dios, Emma, son perfectos. Sí son pequeños, pero también redondos, suaves, blancos, y con estos increíbles pezones rosados... —Se le secó la garganta y no pudo decir nada más.

Le soltó las muñecas y levantó las manos para poder tocárselos. Se los acarició, los dibujó con los dedos, jugó con los pezones recorriéndolos con los pulgares una y otra vez, apresándolos entre ellos. Emma empezó a gemir, y él pudo sentir los temblores que recorrieron su cuerpo. Se inclinó hacia adelante, acariciando un seno con una mano mientras abría los labios para rodear el otro con la boca.

Ella gritó de placer y se le aflojaron las rodillas. Harry le rodeó la cintura con un brazo para mantenerla en pie, y siguió saboreándola.

—¿Te gusta?

—Ah...ah...

Él se rió, y con ternura le mordió el pecho.

—¿Eso es un sí?

Ella asintió, tratando de articular algo que sonó sin duda como una afirmación. Hundió las manos en el pelo de él, acercando su cabeza como si quisiera que estuviera aún más próximo de lo que estaba. El brazo de Harry la sujetó con más fuerza por las caderas, y siguió lamiéndola, justo del modo en que le había dicho que lo haría.

Los dedos de Emma se movieron convulsivos entre el pelo de él, y empezó a gemir. Agitada, se onduló entre sus brazos, moviendo las caderas de un modo instintivo, pero Harry no la soltó, apretándola contra su cuerpo para mantenerla quieta, buscando aumentar así la tensión.

—Harry —suspiró ella—. Oh, oh, oh.

Él se dedicó al pecho un poco más, y luego se detuvo. Se echó hacia atrás, y deslizó la combinación hasta sus tobillos. Emma levantó un pie para quitársela, y Harry la apartó. Después, le colocó las manos en las caderas y la empujó con suavidad hacia el lecho.

—Sujétate en la barandilla de los pies de la cama —le pidió, y ella, con dedos temblorosos, apretó el hierro forjado que tenía detrás.

Despacio, le fue cubriendo el estómago de besos ardientes hasta alcanzar los rizos que cubrían su entrepierna. La chica se quedó sin aliento y, entre sorprendida y asustada, apretó los muslos. Negó con la cabeza, pero Harry de ningún modo iba a permitir que les negara ese increíble placer a ninguno de los dos. A pesar de que Emmaline Dove era la mujer con más sentimiento de culpabilidad que había conocido en su vida, de que todo el cuerpo de él estaba ardiendo de deseo y de que su erección temblaba por el esfuerzo que estaba haciendo para contenerse, de ningún modo iba a saltarse esa parte.

—Emma, tengo que hacerlo. Tengo que tocarte aquí.

—¡Harry, ni siquiera yo me toco ahí! —confesó ella, haciéndolo sonreír a pesar de la tensión que estaba soportando—. Bueno, excepto cuando me baño. ¡No lo hagas!

Se estremeció al sentir que él soplaba encima de sus rizos.

—Deja que lo haga. Quiero hacerlo, Emma. Lo necesito. Necesito tocarte y besarte aquí. Deja que lo haga.

—De acuerdo —consintió ella en voz tan baja que casi no la oyó. Separó un poquito las piernas, y él deslizó la mano entre sus muslos.

Todo había valido la pena, aunque sólo fuera por el placer de acariciarla de ese modo. Era como tocar el cielo, y Harry gimió de puro placer. Era tan suave, tan sedosa, y su esencia lo estaba volviendo loco. Le acarició el sexo con los nudillos, y todo el cuerpo de la joven respondió

por instinto. Cuando le rozó el clítoris con la lengua, gimió extasiada. Soltó los pies de la cama y se cubrió la boca con las manos para no volver a gritar.

Él, levantó los brazos, se las apartó de allí, y volvió a colocárselas donde estaban, dejando las suyas encima para impedir que las moviera. No quería que ella le ocultara lo que estaba sintiendo. Si sólo podía enseñarle una cosa, sería que disfrutara del placer sin que ninguna de las tonterías que le habían enseñado se interpusiera.

—Emma, Emma, tranquila —la calmó, con sus labios sobre su pubis—. Tú límitate a sentir, y deja que esta sensación tan maravillosa te envuelva.

La besó y la lamió, y, tras uno o dos segundos, ella suspiró y se relajó un poco. Empezó a mover las caderas. Harry interpretó ese gesto como una invitación, y se dispuso a darle el placer que reclamaba su cuerpo de mujer, de prisa, cada vez más de prisa, hasta que toda ella tembló y se arqueó contra él, hasta que la sintió estremecerse en pequeñas sacudidas, y unos gemidos inarticulados salieron de sus labios. Hasta que el largo y lánguido grito del éxtasis femenino la atravesó y se derrumbó encima de él.

Harry se levantó y la cogió en brazos antes de que cayera al suelo, mientras Emma se abrazó con fuerza, con la respiración entrecortada y suspirando contra su torso. La llevó hasta la cama, la tumbó encima, y empezó a quitarse los zapatos.

Ella se quedó mirándolo, sin decir nada. Nadie le había explicado nada acerca de las relaciones entre hombres y mujeres, pero ahora entendía los motivos de tal reticencia. ¿Cómo podía explicarse aquello? No había palabras para describir lo que Harry le había hecho. Aquella dulzura que aumentaba con cada caricia, paso a paso, segundo a segundo, hasta estallar y convertirse en fuego en su interior y saciar por fin el deseo que la consumía.

Pero por el modo en que Harry la miraba, supuso que aquello no había terminado, pues sus intensos ojos seguían mirándola ardientes.

Lo vio desabrocharse los pantalones, y, cuando se los quitó, Emma bajó la vista y se quedó atónita.

—Dios santo —exclamó, y empezó a entender, más o menos, lo que iba a suceder. Sintió un poquito de pánico—. ¿Harry?

Él dejó los pantalones a un lado, y el colchón se hundió bajo su peso cuando se tumbó a su lado. Abrió el sobre que había dejado antes en la almohada y sacó algo, luego tiró el envoltorio rojizo al suelo y se colocó encima de ella. Emma sintió la dureza de lo que antes sólo había visto, la notó presionarle el muslo, y tragó saliva para controlar los nervios.

—¿Harry? —dijo de nuevo, ansiando que la tranquilizara.

Él apoyó su peso en un brazo, suspendido encima de ella, y Emma sintió cómo deslizaba la otra mano entre sus piernas. A Harry le cayó un mechón de pelo sobre la frente, y vio que tenía los labios fuertemente apretados. Estaba hermoso como un arcángel, cosa que no la tranquilizó demasiado.

La tocó justo donde la había estado acariciando antes con la boca, el más leve roce para abrirla esa parte tan íntima, y flexionó luego un poco los brazos para acercar su cuerpo al de ella.

—Emma, escúchame.

Su voz sonaba rara y estrangulada, tenía la respiración entrecortada, y ella se puso aún más nerviosa. Pero entonces, con la mano que tenía libre, él le acarició la cara y el pánico retrocedió. Emma giró la cabeza y le besó la palma.

—Te va a doler, pequeña. —Mientras lo decía empezó a mover despacio las caderas y la respiración se le aceleró aún más—. No hay ningún modo de evitarlo.

Mientras él se movía, ella podía sentir cómo aquella parte dura del cuerpo masculino le acariciaba entre las piernas, y volvió a sentir aquel delicioso y extraño placer. Se arqueó contra él como minutos antes, y el placer fue a más, se intensificó. Gimió.

—Emma, no puedo esperar —dijo él, apretando los dientes—. No puedo controlarme más. No puedo.

Se movió hasta apoyar todo el peso de su cuerpo en los antebrazos, enterró el rostro en el cuello de la muchacha, y adelantó las caderas. Introdujo su sexo en su interior, dentro de ella.

Emma se estremeció debajo, pero no de placer. Un sonido profundo y desesperado salió de lo más hondo de la garganta de Harry, que giró la cabeza para besarla. Lo hizo con pasión, de repente, y volvió a empujar para hundirse completamente en su cuerpo.

Aunque la había advertido, a ella le sorprendió sentir tal dolor cuando antes sólo había sentido placer. Gritó contra los labios de él y lo abrazó con todas sus fuerzas, desconcertada y con el cuerpo paralizado.

Y entonces Harry empezó a besarla, el pelo, el cuello, las mejillas, los labios. Podía sentir su cálido aliento contra la piel.

—Emma, Emma, todo saldrá bien —le dijo, moviéndose, hundiéndose en su interior al mismo ritmo con que ella se arqueaba contra él—. Te lo prometo.

El dolor se estaba desvaneciendo.

—Estoy bien, Harry —le susurró, moviéndose debajo, tratando de acostumbrarse a aquella extraña sensación.

Entonces él aceleró el ritmo, sus embestidas se hicieron más profundas. Estaba muy concentrado, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Emma lo miró y sonrió, pues estaba claro que le estaba dando tanto placer como él a ella. Levantó las caderas hacia él y Harry gimió y deslizó los brazos bajo su espalda para acercarla más; y ella volvió a sonreír, aquello cada vez le gustaba más. El dolor había desaparecido, y sólo quedaba ya un ligero escozor, pero nada comparable a lo de antes. Volvió a arquearse, acompasando sus movimientos a los de él, como si estuviera bailando.

La respiración de Harry era irregular, resoplaba junto a su pelo. Con su cuerpo la tenía presa contra el colchón y a medida que las fuertes y rápidas embestidas de él se intensificaban, volvió a sentir cómo aquel placer maravilloso que había sentido antes volvía a nacer, despacio, cada vez más intenso, más demoledor, en su interior.

Entonces, de repente, él se estremeció y gimió extasiado. Empujó una última vez y luego se detuvo, cubriéndola con todo su cuerpo, con la cara hundida en su cuello.

Emma le acarició los duros y a la vez suaves músculos de la espalda, y le apartó los sedosos mechones de pelo de la frente. Cuando Harry le besó el pelo y susurró su nombre, ella sintió una ternura como no había sentido jamás por nadie en toda su vida.

Se dio cuenta de que ya era una mujer sin reputación, pero no sintió ningún remordimiento, ni tampoco vergüenza. Sólo una increíble y arrolladora felicidad que se extendió por todo su ser y la hizo abrirse, igual que el sol a una flor. Aquello era lo que estaba buscando al ir allí. Aquel sentimiento de vibrante belleza y de vitalidad. Sí, ahora era una mujer sin reputación. Emma se echó a reír. Era maravilloso.

Capítulo 19

El amor es algo inexplicable. Nos hace tener ganas de reír sin motivo. En mi opinión, eso no es malo.

Señora BARTLEBY
***Social Gazette*, 1893**

—¿Emma? —Harry levantó la cabeza al oír el sonido de su risa, que era lo último que esperaba.

A medida que las últimas sacudidas del orgasmo empezaban a menguar, la realidad fue reapareciendo poco a poco. Todavía encima de ella, se sintió un poco desconcertado. Basándose en su única experiencia previa con una virgen, esperaba llantos, recriminaciones, o, como mínimo, remordimientos. La reacción tan contradictoria de la joven fue toda una sorpresa. Se incorporó sobre los codos, y estudió su rostro sonrojado y radiante.

—¿De qué te ríes?

—No lo sé. Es que me siento feliz.

Y lo parecía, allí sonriéndole, como si él le hubiera entregado el mundo en una bandeja de plata. Una maravillosa sensación de alivio lo inundó, junto con una sobrecogedora satisfacción.

Emma volvió a reírse.

—Pareces el pirata de una opereta —le dijo—. Tienes cara de haber abordado un barco y haber conseguido un gran botín.

—Qué descripción tan acertada. —Sonrió, complacido con la comparación, y con oírla en boca de ella—. Me encanta.

La besó, y se apartó.

—¡Oh! —exclamó Emma, y fue obvio que la sorprendió que él saliera de su cuerpo. Harry se tumbó de espaldas y ella se incorporó, sentándose, y aunque él trató de deshacerse del condón con rapidez, la joven vio lo que estaba haciendo—. ¿Qué es eso? —preguntó.

Él ocultó el caucho arrugado en su mano, convencido de que no le hacía falta ver un preservativo usado, en especial si éste estaba manchado de su sangre virginal. Pero comprendió su curiosidad, y palpó por el suelo hasta dar con el sobre de terciopelo rojo. Se lo dio.

Emma lo abrió, sacó uno de los preservativos doblados y se quedó mirándolo.

—¿Para qué sirve?

—Para prevenir el embarazo. Se llama condón.

—¡Oh! —Entonces lo entendió—. ¡Ohhhh!

Ruborizada, volvió a guardarlo. Le devolvió el sobre, agachó la cabeza, y, con el cejo fruncido, empezó a resecuir con el dedo las cenefas de la colcha.

Él volvió a dejar el paquete en el suelo.

—¿Tu tía nunca te contó cómo se hacen los niños?

Cuando Emma negó con la cabeza, Harry se puso furioso.

—Dios, ¿por qué la gente no explica esas cosas a sus hijos? —murmuró, y se tumbó en la cama mirando al techo.

—¿Tu padre sí te lo contó a ti? —preguntó ella—. Oh, claro. Supongo que en tu noche de bodas —añadió en seguida sin esperar su respuesta.

—¿En mi noche de bodas? ¡Por Dios, no! Mi padre me contó las cosas básicas de la vida cuando yo tenía once años. Sólo lo básico relacionado con los aspectos físicos, por desgracia. Ojalá me hubiera contado más sobre las mujeres.

—Mi tía no me dijo nada de nada. Seguro que creía que hablar de estos temas no era apropiado. Supongo que te parece una tontería.

—Es peor que una tontería. Es peligroso. La ignorancia puede hacer mucho daño, incluso destruir a las personas. —Pensó en Consuelo, recordando su miedo, su terror, su repulsión. Él jamás olvidaría esa noche. ¿Cómo podría hacerlo? Su esposa se la había echado en cara infinidad de veces.

—Harry, ¿qué pasa?

Apartó esos pensamientos de su mente.

—Nada. Es que creo que a todos deberían decirnos la verdad, en vez de todas esas tonterías sobre calabazas mágicas o cigüeñas que vienen desde Dios sabe dónde. Si la gente estuviera bien informada, nos ahorraríamos muchos disgustos.

—Estoy de acuerdo contigo.

Ese inesperado comentario hizo que él la mirara a los ojos.

—¿De verdad?

—Sí. Me gustaría creer que mi tía me lo habría contado antes de mi noche de bodas, si hubiera llegado a casarme —añadió en voz baja—. Pero no estoy segura de que lo hubiera hecho.

—Yo tampoco. La madre de mi esposa nunca lo hizo. Y eso fue motivo de situaciones muy desagradables entre nosotros. —De repente, sacó las piernas de la cama y se puso de pie. Atravesó la habitación y fue hasta el vestidor. Allí, envolvió el condón en un trozo de papel y lo tiró a la papelera, luego echó agua en el cuenco del tocador y se lavó las manos. Cogió una toalla limpia, la mojó, la escurrió, y la llevó consigo de vuelta a la habitación.

Emma aún estaba sentada en la cama, rodeándose las rodillas con los brazos. Lo miró al acercarse. Harry le acarició la barbilla.

—Tumbate —le pidió—, y estira las piernas.

Ella obedeció, apoyándose en los codos. Él le separó los muslos con dulzura. No tenía demasiada sangre, sólo unas pocas manchas en cada pierna, pero lo bastante para recordarle la magnitud de lo que había sucedido. Harry se las limpió, y, mientras lo hacía, no pudo evitar preguntarle:

—¿Te ha dolido?

—Un poco.

—Lo siento. —Paró un momento y la miró—. No volveré a hacerte daño, Emma. —Y al percibir el fervor y la dureza en su voz trató de templarla—. Si alguna vez te hago daño, tienes que decírmelo en seguida. No quisiera hacértelo por nada del mundo.

—Pues claro que no, Harry.

La convicción de la muchacha le llegó al alma, en especial teniendo en cuenta que acababa de hacer precisamente eso. Se inclinó y le dio un beso en el estómago, luego se levantó y llevó la toalla de vuelta al vestidor.

Mientras se acercaba al lecho, Emma no dejó de mirarle el sexo hasta que él llegó a la cama, y luego lo miró a los ojos.

—Había visto estatuas de hombres en los museos —dijo—; recuerdo una en especial. Tenía una hoja de higuera en su... en su... —Se interrumpió y señaló aquella parte de la anatomía masculina.

—Pene —la ayudó él, revelándole así la palabra adecuada mientras se tumbaba a su lado.

—Sí, gracias. Tenía una hoja de higuera ahí, tal como te he dicho, pero no la habían puesto demasiado bien, porque desde un lado podía verse parte de lo que escondía y, como yo era una niña muy curiosa, me pregunté qué sería. Entonces traté de verlo mejor.

—¿Y?

—Que mi tía me pilló con las manos en la masa —contestó, recordando la frustración que había sentido en ese instante. Sacudió la cabeza indignada y vio cómo Harry sonreía—. Me echó de ahí sin que llegara a verlo bien.

La sonrisa de él se hizo más amplia. Cruzó las manos por detrás de su cabeza y le dijo:

—Mira cuanto quieras.

Emma se puso de rodillas, se echó la melena hacia atrás y se sentó sobre los talones para estudiar fascinada el cuerpo desnudo de Harry. Moviò la cabeza de un lado a otro, como si su pene fuera algún tipo de misterio que ella no comprendía.

Haciendo un esfuerzo por permanecer serio, él le dijo:

—No tiene un mecanismo demasiado complicado, Emma.

Ella alargó la mano, pero luego lo pensó mejor y la apartó.

—Adelante —la animó, y cuando lo tocó, el deseo de Harry se reavivó. Cerró los ojos, deleitándose en sus caricias, en aquellos dedos que lo rozaban y exploraban con ternura. Su miembro empezó a tensarse, y Emma apartó la mano de inmediato pero él volvió a cogérsela y colocó sus dedos alrededor de la erección, guiándola, enseñándole cómo tocarlo—. No pares.

Abrió los ojos y observó cómo el rostro de ella cambiaba de expresión a medida que sus caricias iban excitándolo.

—Cuando vi esa estatua de pequeña, jamás me imaginé... —Apartó la mano y se quedó fascinada mirando la erección—. Jamás me imaginé que pudiera crecer hasta este punto.

Harry se rió con ganas.

—Y también sabe saludar —le dijo.

Con la rodilla, la joven le dio un cariñoso golpe en la cadera.

—¡Eso no es verdad! —Pero se mordió el labio inferior y lo miró insegura a los ojos—. ¿No?

Él volvió a reírse sin poderlo evitar. Emma era lo más dulce que había visto en toda su vida. Cogió otro condón del paquete que estaba en el suelo, y se puso de lado, tumbándola también a ella, con la espalda contra su torso. Con el condón aún en la mano, deslizó el pene entre sus muslos sin llegar a penetrarla y empezó a mover las caderas, balanceándose hacia adelante y hacia atrás, cerca del sexo femenino, preparándola para volver a hacer el amor. Le besó la oreja y le acarició los pechos con la mano que tenía libre. Cuando deslizó la mano por su ombligo hasta sus muslos, Emma ya tenía la respiración entrecortada y su feminidad deliciosamente húmeda. Harry extendió esa humedad por todo su sexo, dibujando lentos círculos con los dedos, hasta que las caricias se volvieron más atrevidas y se colocó el condón con la otra mano.

Desde atrás, deslizó la punta del pene dentro de la calidez de ella, y luego se apartó un poco. Repitió el movimiento varias veces, mientras seguía acariciándola por delante, atormentándolos a

ambos, hasta que Emma estuvo tan excitada que sus caderas se movían desesperadas en busca del climax. Estaba ya muy cerca.

Entonces, Harry la penetró por completo y empujó con toda el alma. Al mismo tiempo, le tocó el clítoris, y la muchacha estalló de placer al instante, gritando su nombre, y envolviéndolo estrechamente con todo su ser, haciendo que él tuviera el mayor orgasmo de toda su vida.

Después, Harry sintió cómo el letargo empezaba a apoderarse de él y deseó con todas sus fuerzas poder quedarse así dormido, dentro de ella. Pero no podía permitírselo, no les quedaba mucho tiempo. Se movió y se apartó despacio. Besándole la mejilla, le dijo:

—Emma, tenemos que levantarnos. Tengo que llevarte a casa antes de que amanezca.

Ella asintió, y cuando él se levantó, hizo lo mismo. Se vistieron en silencio, pero Harry sabía que, antes de despedirse, tenían mucho de que hablar. Él estuvo listo antes, y, mientras Emma terminaba, fue a buscar a su ayuda de cámara.

Cummings, que tenía gran experiencia además de tacto y discreción, había respetado la intimidad de su patrón durante toda la noche, y no había dormido en su habitación, justo al lado del vestidor de Harry, sino que estaba descansando en una de las habitaciones que el servicio tenía en el piso inferior. Harry lo despertó y le pidió que se ocupara de conseguirle un carruaje.

Cuando regresó a la habitación, Emma ya estaba lista. Se había sentado en el borde de la cama, y se levantó al verlo.

—¿Ya es la hora?

—Casi.

Cogió un impermeable del vestidor.

—Aún llueve —le dijo, dándole la resbaladiza prenda.

—¿Iremos en tu carruaje?

—Mi ayuda de cámara se está encargando de buscar uno de pago en la calle. Creo que es lo mejor. No quiero que nadie pueda ver mi blasón.

—A estas horas es poco probable. Son las tres de la madrugada.

—No quiero correr el riesgo. Lo que de verdad me preocupa es cómo vamos a hacer para que entres en tu apartamento sin que nadie se entere.

—No hace falta...

—La puerta principal está cerrada, ¿no?

—Sí. La señora Morris la cierra a las once, por fuera y por dentro, a no ser que alguno de sus inquilinos vaya a regresar tarde del teatro o algo por el estilo. En ese caso, deja la puerta sin correr el cerrojo y una doncella espera despierta hasta que esa persona ha llegado. Pero...

—Supongo que no se te ocurriría decirle nada antes de venir. ¿Te inventaste alguna excusa para decirle que ibas a llegar tarde?

—No, Harry pero...

—Bueno, pues tenemos que encontrar alguna excusa que justifique que te hayas quedado fuera hasta tan tarde. A las chicas solteras tal vez les esté permitido pasear con un caballero a las tres de la tarde, pero dudo que esa norma se aplique también a las tres de la madrugada.

—Hace rato que trato de decirte que no tienes de qué preocuparte. Escúchame; he dejado abierta una ventana de mi habitación. La del balcón —aclaró mientras él seguía mirándola sin entender nada—. Esa ventana da a la escalera de incendios. Vaya —añadió, sacudiendo la cabeza sin dejar de mirarlo—, es una suerte que al menos uno de los dos tenga el suficiente sentido común como para pensar en estas cosas, si no tendríamos un grave problema.

Miró el chubasquero y empezó a desdoblarlo.

—Creo que se me va a dar muy bien esto de tener una aventura, ¿no crees?—concluyó.

Harry se ocupó de todo. Alquiló una pequeña casa de campo para los dos en Kent, un pueblo que estaba a sólo dos horas de Londres en tren, y en el que Emma le aseguró que no la conocía nadie. Para mantener a raya los chismes, Harry dijo a los habitantes del pueblo que eran el señor y la señora Williams, un matrimonio muy reservado.

Irían allí cada viernes y regresarían los lunes, le explicó a Emma durante su última reunión en su despacho, susurrándole la información para que su secretario no pudiera oír nada a través de la puerta abierta de rigor. Fue contándole los detalles entre comentarios sobre las correcciones de los futuros artículos. Viajarían hacia allí en trenes separados y se marcharían del mismo modo. Él se ocuparía de que en la casa hubiera de todo, y contrataría a alguien para que limpiara durante la semana, mientras ellos estaban en Londres. Mientras estuvieran allí, en la vivienda no habría ningún sirviente, pues dedujo que la señora Bardeby, que escribía tan maravillosas recetas, sabría cocinar. Y, si no, él podía hacer tostadas con queso en la chimenea.

Cuando Harry consiguió tenerlo todo organizado, ya habían transcurrido dos semanas. En el transcurso de éstas, Emma descubrió algo maravilloso: el placer de la anticipación. En el momento en que el tren se detuvo en el pequeño pueblo de Cricket Somersby, estaba tan nerviosa y excitada que apenas podía contenerse.

Él estaba esperándola en el andén, y tan pronto como la vio sonrió, y a ella le dio un vuelco el corazón. Quería echar a correr hacia sus brazos, pero ni siquiera allí, lejos de todo el mundo, podían dar rienda suelta a sus sentimientos. Harry le cogió la maleta, y se encaminaron juntos hacia un carruaje que los estaba esperando. Él le dio el equipaje al cochero y la ayudó a entrar. Cuando ambos estuvieron sentados, el conductor se subió al pescante y emprendieron la marcha.

La casa era una pequeña construcción de piedra de dos pisos, tenía el techo de paja, buhardillas y una enorme puerta de color rojo. Estaba rodeada de árboles, y muy cerca había una laguna. Tenía un pequeño jardín en la parte de atrás, le dijo Harry mientras la acompañaba dentro, y estaba completamente amueblada.

Emma se detuvo en el pequeño vestíbulo, pero sólo le dio tiempo a ver que a su derecha estaba el comedor antes de oír cómo su maleta caía al suelo con un golpe sordo. Se dio media vuelta y vio que Harry cerraba la puerta. Su cara de determinación hizo que a ella se le acelerase la respiración. Cuando él la cogió entre sus brazos, le echó la cabeza hacia atrás y la besó, Emma se llevó una mano al sombrero y rezó para que cerca hubiera una cama.

La había, una cama enorme, con un antiguo cabezal de madera. El colchón era alto y mullido, y estaba cubierto con sábanas recién lavadas y muchas almohadas. A la señora Bartleby, le dijo Emma a Harry, aquel lecho le encantaría, pero no, añadió con picardía, lo que iban a hacer con él.

Harry prefería no hablar del tema de la señora Bartleby, y Emma tampoco lo llevaba demasiado bien. Después de la conversación que la señora Morris había escuchado a escondidas aquel día, sabía que ella no era la secretaria de la señora Bardeby, sino la famosísima autora en persona. Su casera sabía también que Harry no le había propuesto matrimonio a la sobrina de su querida amiga Lydia. Y, aunque era obvio que la mujer estaba encantada con la fama de su inquilina, y dispuesta a mantenerle el secreto, Emma sabía asimismo que no se creía en absoluto que ese fin de semana hubiera ido a «documentarse» para un artículo. Por suerte, la señora Morris no le preguntó nada ni le echó ningún sermón, y ella hizo un esfuerzo para ignorar la expresión de desaprobación y preocupación que veía en el rostro de la mujer cada vez que se cruzaban por el pasillo.

Pero Emma no se arrepentía de la decisión que había tomado, y apenas tenía tiempo para preocuparse. Cuando estaba con Harry, se sentía demasiado feliz disfrutando de lo que hacían, y cuando estaban separados, recordándolo. Durante las cuatro semanas siguientes, todos los momentos que pasó con él en aquella casita de campo estaban repletos de descubrimientos fascinantes y de aventuras maravillosas.

Le encantaba ver cómo se afeitaba. Él no lograba comprender que no se aburriera de verlo repetir ese ritual matutino tan cotidiano.

—Es que es tan... no sé, tan masculino —trató de explicarle ella, obteniendo unas espontáneas carcajadas como recompensa.

—Eso espero —contestó Harry serio, cuando dejó de reírse—. Si algún día hago algo femenino, márame por favor.

—Hablo en serio.

—Yo también —replicó él, dejando la cuchilla a un lado para coger la toalla.

—Ver cómo te afeitas es... —Hizo una pausa, y se apoyó contra la pared que había junto al lavamanos, observando cómo se quitaba la espuma que le quedaba en la cara. Le recorrió el torso desnudo con la mirada, contempló los poderosos músculos de sus brazos y hombros tratando de dar con la palabra adecuada—. Excitante —dijo al fin—. Me excita.

—¿De verdad? —Él se quedó quieto y levantó la vista hacia el espejo para, a través de éste, mirarla a los ojos, con aquellos ojos ardientes, de un azul tan sensual que se le estaban convirtiendo en tan familiares. Emma adoraba esa mirada. Casi siempre hacían el amor cuando terminaba de afeitarse.

Harry le enseñó a pescar, y a ella le encantó. Le gustaba estar descalza en medio del arroyo, con la falda subida hasta las rodillas, y ver recompensada su paciencia al pescar lo que más tarde se convertiría en su cena. Él le miraba las piernas desnudas en el agua, y decía que pescar se había convertido en su segundo pasatiempo favorito. Ella sabía de sobra cuál era el primero.

Harry le contó cosas que nadie se había atrevido a contarle antes, como por ejemplo por qué sangraba cada mes y cómo funcionaban y se llamaban ciertas partes del cuerpo, tanto del suyo como del de él. Aprendió a escupir, una costumbre de lo más desagradable, y a hacer un nudo de pañuelo como Dios manda, y también que si le acariciaba la piel que había justo en la punta del pene lo volvía completamente loco.

Harry la introdujo en un mundo de placer que nunca se había atrevido a soñar; le enseñó lo maravilloso que podía ser hacer el amor al aire libre, de noche, sobre la hierba; lo romántico que podía ser que la peinara, lo íntimo que era tener los cepillos de dientes juntos en el mismo vaso, lo increíble que era cocinar huevos con bacon en esa pequeña cocina el uno junto al otro, y lo agradable y relajante que era tumbarse juntos en la hamaca para dormir una siesta a media tarde.

Los cálidos días de agosto se fueron sucediendo. Juntos dieron largos paseos y exploraron la campiña, a menudo veían a una pareja con su misma afición. Debían de tener unos setenta años, y siempre que Emma y Harry se los cruzaban, iban cogidos de la mano como si fueran unos jóvenes enamorados.

Él la llevó al río. Emma no sabía nadar pero a pesar de sus quejas alquiló un bote y le dijo que no tuviera miedo, pues el agua apenas le llegaría al cuello, y le aseguró que algún día le enseñaría a nadar. Ella contestó que eso no sucedería jamás, y discutieron sobre el tema. Harry se tomaba muy en serio las opiniones de Emma, y solían discutir apasionadamente sobre muchas cosas. Como por ejemplo, política, normas de conducta, la importancia de la institución del matrimonio en la sociedad, o si Blake era mejor poeta que Tennyson. Él la hacía reír como

mínimo doce veces al día, y ella descubrió que también era capaz de hacerlo reír, en especial cuando no se lo proponía. Pero no le importaba. Le gustaba el sonido de la risa de Harry.

Éste le enseñó asimismo a jugar al póquer, y Emma descubrió una cosa más sobre sí misma igual de escandalosa que las anteriores: le gustaba apostar. Pero cuando le dijo a Harry que jamás sería capaz de apostar dinero de verdad, se ganó otro comentario acerca de lo tacaña que era. Decidieron utilizar cerillas en vez de monedas, una cerilla equivalía a una guinea, y a Emma le bastó con eso, pues lo que de verdad le gustaba era competir con él. Y, por si eso fuera poco, tuvo la suerte del principiante.

—Me he quedado sin blanca —dijo él cuando ella subió la apuesta otras diez cerillas.

—Cómo lo siento —le contestó, sonriéndole desde el otro extremo de la mesa y sin disimular que en realidad no lamentaba en absoluto haberse quedado con todas sus cerillas—. Me temo que tendrás que abandonar.

—No necesariamente —dijo él, e hizo una pausa—. Hay otras cosas con las que apostar, aparte de dinero.

Algo en su voz hizo que un escalofrío la recorriera entera. Desvió la mirada hacia los cuatro reyes que sujetaba entre los dedos, y luego lo miró con fingida inocencia.

—¿Tienes algo que pueda interesarme?

—Un montón de cosas. La cuestión es, ¿qué es lo que más te gustaría que te diera?

Se le aceleró el corazón de emoción, pero no se lo demostró. En vez de eso, trató de parecer indiferente.

—Veamos, creo recordar que dijiste que un día me besarías las piernas hasta llegar a las nalgas.

—Así es. ¿Es eso lo que quieres?

—Mucho más que eso, Harry. Quiero que me beses todo el cuerpo —sonrió—. Durante una hora.

—¿Una hora? —gimió él—. Jamás seré capaz de aguantar tanto sin hacerte el amor.

—Una hora. Todo el cuerpo. Y sólo besos.

—¿Y dejarás que también te toque?

Ella ladeó la cabeza, fingiendo pensarlo.

—Sí, dejaré que me toques. Pero nada más, y tiene que durar una hora.

—De acuerdo, de acuerdo, si insistes... —Le enseñó sus cartas.

Emma disfrutó durante una hora entera de los besos y las caricias más maravillosas del mundo, y aunque Harry no dejó de farfullar que aquellos preliminares tan largos eran una tortura insoportable para cualquier hombre, a partir de ese día ya nunca más jugaron con cerillas. Lo mejor de todo fue que, durante aquel primer mes de su aventura, Emma aprendió algo muy importante: a admitir lo que de verdad quería y a luchar por conseguirlo.

Capítulo 20

Últimamente me he aficionado mucho al campo.

Lord MARLOWE
Guía para solteros, 1893

El fin de semana siguiente, Harry enseñó por fin a Emma a nadar. Aunque le costó muchísimo convencerla. Al principio trató de persuadirla diciendo que era algo que todo el mundo debería aprender, aunque sólo fuera por motivos de seguridad. Pero que se preocupara por su bienestar no pareció impresionarla demasiado.

—Es muy cariñoso por tu parte, Harry —le dijo, moviéndose en la hamaca para poder apoyar la mejilla en su hombro—, pero no es necesario, no pienso acercarme nunca a ningún lugar con bastante agua como para cubrirme la cabeza.

Él no estaba dispuesto a darse por vencido.

—Esto no es propio de ti. Te encanta aprender cosas nuevas. Además, eres una mujer muy sensata, y negarte a aprender a nadar es una insensatez.

—Sensata. —Levantó la cabeza y le hizo una mueca—. Qué palabra tan horrible.

—No es horrible. —Le besó la nariz—. A mí me gusta que mi Emma sea sensata.

Ella negó con la cabeza, y él la miró intrigado.

—¿Cuál es el verdadero motivo de tanta reticencia? Dímelo. ¿Es que no confías en mí?

—Por supuesto que confío en ti. Es que... —Suspiró exasperada y Harry siguió mirándola, esperando una respuesta—. De acuerdo, si tanto te interesa te lo diré. Es que no me sentiría cómoda quitándome la ropa a plena luz del día y fuera de la casa.

—Pues ponte algo, una combinación o cualquier otra cosa.

—Cuando esté mojada será como si estuviera desnuda.

—Sí. —Él la miró como el villano de vodevil—. Sí... —repitió.

—Harry, lo digo en serio.

Supo que decía la verdad y dejó de bromear.

—¿Tanta vergüenza te da?

—Siempre he sido tímida. Recatada, quiero decir. Ya lo sabes.

—Dios, Emma, ¿no me dirás que sigues sintiendo vergüenza conmigo? Yo ya te he visto desnuda a la luz del sol, y deja que te diga que cada día doy gracias a Dios por ello. Cada día.

—No me importa que tú me veas, pero podría verme alguien más. Y entonces me moriría de vergüenza.

—¿Y por eso no quieres aprender a nadar? —Cuando ella asintió, él se rió y la besó—. Cariño, ¿por qué no me lo habías dicho antes? Te enseñaré de noche. —Volvió a besarla—. Desnuda. Qué gran idea, no entiendo que no se me ocurriera antes.

Esa noche, Harry hizo realidad su deseo, y Emma recibió su primera clase de natación. Y mientras estaba flotando en el agua, con la luz de la luna iluminando su cuerpo desnudo, sus labios esbozaron una sonrisa de felicidad tal y miró a Harry a los ojos con tanta confianza, que éste agradeció al destino que nadie hubiera enseñado a nadar a la señorita Emma Dove.



—Los perros son mejores.

—No es verdad. —Emma cogió una mora del cesto que descansaba entre ellos sobre el mantel y se la comió.

—Sí lo son. —Harry buscó el pan en la cesta del picnic y cortó un trozo—. Los perros son leales y cariñosos.

—Y los gatos también.

Él hizo una mueca de desprecio y untó unas rebanadas con mantequilla para los dos.

—*Señor Gorrión* siempre ha sido muy cariñoso contigo —le recordó—. ¿Cómo puedes decir que no es leal? Siempre me trae pájaros.

—Pájaros muertos.

—Es una muestra de lealtad gatuna.

—Emma, expulsa bolas de pelo. Es asqueroso. ¿Como puedes querer a un animal que escupe pelo?

—¿Cómo puedes querer a un animal que babea? —contraatacó ella, y dio un mordisco a su pan con mantequilla—. Creo que la próxima vez traeré a *Señor Gorrión* para que lo conozcas mejor.

—Ni hablar.

—Él te adora, ¿es que no te acuerdas?

—Cariño, me encantaría decirte que el sentimiento es mutuo, pero no es así. No tengo nada en contra de *Señor Gorrión*, pero odio a los gatos.

Emma no respondió, pues algo en lo lejos le había llamado la atención.

—Ahí están otra vez —murmuró, señalando a la pareja de ancianos, los mismos que veían cada fin de semana. Cogidos de la mano, estaban cruzando la pradera, a unos cincuenta metros de distancia—. Siempre van cogidos.

—¿Ah, sí? —Harry sacó el queso y el bote de mostaza de la cesta—. No me he fijado.

—Es muy romántico. —Emma hizo una pausa, aturdida por lo que acababa de pensar—. Tú y yo caminamos mucho tiempo, Harry, y nunca nos damos la mano.

—¿Ah, no? —dijo él sin prestar atención—. Muy británico por nuestra parte.

A él le había molestado el comentario. Emma lo sabía, pero no entendía el motivo. Decidió insistir más en el tema, preguntarle por qué nunca le daba la mano, pero algo en el rostro de él la hizo desistir, así que se quedó callada, se terminó el pan, cogió otra mora y se tumbó de espaldas para mirar el cielo.

—Consuelo y yo solíamos caminar cogidos de la mano. Era el único gesto remotamente romántico que se nos permitía hacer.

Emma se quedó quieta, con la mora a medio camino de sus labios. Era la segunda vez en todos los años que hacía que conocía a Harry que éste mencionaba el nombre de su anterior esposa. Se comió la mora, esperando que continuara, pero cuando vio que, pasados unos segundos, no lo hacía, fue ella quien habló:

—Que raro —dijo, tratando de sonar lo más neutral posible. Se tumbó sobre el estómago—. Los americanos suelen ser más relajados que nosotros.

—El padre de Consuelo era medio cubano. Y también muy estricto, chapado a la antigua, al igual que su madre. —Harry empezó a cortar porciones pequeñas de queso sin mirarla—. Nunca nos permitieron estar a solas. Todas nuestras conversaciones fueron delante de otras personas, a no ser que estuviéramos bailando. Todo fue muy respetable, muy apropiado. La única vez que pude hablar con ella sin testigos antes de comprometernos fue cuando le pedí que se casara conmigo. Y estoy seguro que, incluso entonces, su madre estaba pegada a la puerta, espiando por la cerradura.

Emma detectó el desprecio que escondían sus palabras, y no supo qué decir.

—Una vez comprometidos —continuó—, podíamos darnos la mano, y caminar unos metros adelantados de los demás si queríamos hablar a solas. Pero ¿cuan íntimas pueden ser las conversaciones cuando estás rodeado de gente que puede escuchar todo lo que estás diciendo? Y en lo que atañe a algo tan simple como los besos, eso ya era completamente imposible. —Se calló unos segundos y la miró—. La primera vez que pude besar a Consuelo fue el día de nuestra boda.

Se rió sin ganas.

—No es de extrañar que nuestro matrimonio estuviera condenado de antemano. Yo estaba completamente enamorado de una mujer, de una niña, de la que no sabía nada, y a la que no tenía oportunidad de conocer. De haber tenido esa oportunidad, tal vez me habría dado cuenta de la verdad. Pero entonces era muy joven, y muy estúpido. Tenía la sensación de que algo iba mal, pero tenía veintidós años, y me encontraba en un país extranjero. No quería ofender a la familia. Y tampoco ayudaba mucho que todo el día nos persiguiera la prensa americana. Nos seguían a todas partes; casi todos creían que me casaba con ella por dinero y que ella lo hacía para conseguir un título nobiliario. Y tenían razón.

Dejó de cortar. El queso estaba destrozado. Miró a Emma.

—Consuelo nunca me amó. Era un niña de diecisiete años a la que habían obligado, presionado, amenazado, llámalo como más te guste, hasta que aceptó casarse conmigo. Creo que Estravados quiso que me convirtiera en su yerno desde que me conoció. Yo no sabía que Consuelo estaba enamorada de otro, de un hombre que su familia consideraba inapropiado para ella.

Emma asintió.

—Sí, el señor Rutherford Mills. Lo sé.

—Ella había tratado de fugarse con él sin éxito, por eso nos vigilaban tanto. Pensaban que iba a tratar de escapar otra vez. En esa época, yo no era mucho mejor que Mills, pero a Estravados le caía bien. Y lo que era más importante, tenía un título nobiliario y propiedades, y amigos importantes que podían serle útiles para hacer negocios en Inglaterra. Para él, yo era mucha mejor opción que Mills, que no tenía nada que ofrecer.

Harry se sirvió un vaso de vino y se lo bebió de un trago.

—Así que, después de un cortejo cortísimo y muy planificado, un noviazgo aún más corto, y una boda relámpago, el señor Estravados se hizo con un yerno británico, vizconde nada menos, consiguió introducirse en las más altas esferas sociales y evitó que su hija se fugara con un

pretendiente de poca monta. Y todos contentos. Todos excepto Consuelo, que se pasó los cuatro años siguientes sintiéndose enormemente desgraciada, y culpándose a sí misma de lo sucedido, eso cuando dejaba de culparme a mí, claro. Traté de hacerla feliz. Dios sabe que lo intenté...

De golpe se calló y se puso de pie. Se alejó un poco, apoyó el hombro en un árbol, y dejó vagar la mirada por el prado, de perfil a Emma.

—Pero no se puede obligar a nadie a ser feliz. Ni a que se enamore. Y la frustración empieza a hacer mella, y el resentimiento. Y el dolor al descubrir que lo que tú sientes no es recíproco, al sentirte como un canalla por querer hacer el amor con tu propia esposa, al darte cuenta de que te han mentido. —Volvió la cara y la miró—. Consuelo y yo nos pasamos cuatro años haciéndonos la vida imposible. Ella se portaba como una cría, y se pasaba el día culpándome de todo. Yo en cambio decidí evitarla, ignorarla, y la ironía se convirtió en mi aliada. Llegamos a un punto en que ni siquiera podíamos hablar de un modo civilizado. Ella cerraba con llave la puerta de su dormitorio y, a decir la verdad, yo pronto dejé de tener ganas de tratar de abrirla. Fue un verdadero infierno.

—Lo entiendo —murmuró Emma, comprendiendo lo solo que debió de sentirse, atrapado en un matrimonio como aquél. La soledad era algo que ella entendía muy bien, y le dolió el corazón al pensar que Harry también había tenido que soportarla.

—No sabía que ella había empezado a escribirse en secreto con Mills. Miles de cartas contándole lo desgraciada que era viviendo en Inglaterra conmigo, asegurándole que siempre lo amaría, suplicándole que fuera a rescatarla. —Hizo una pausa—. Suplicar era la táctica preferida de Consuelo. También a mí me suplicó que me divorciara de ella. Pero yo me negué.

Ella asintió comprensiva.

—Por tus hermanas.

—Incluso ahora, diez años después de que solicitara el divorcio, siguen siendo unas parias. Mis hermanas, mi madre, incluso mi abuela han sufrido el desprecio de la sociedad, y eso les ha hecho daño. —La desafió con la mirada—. ¿Aún te extraña que no pueda soportar las normas de etiqueta? ¿Que crea que son estúpidas e inútiles?

Ella negó con la cabeza.

—Es totalmente comprensible.

Harry se encogió de hombros, y su furia se desvaneció igual de rápido que había aparecido.

—El resto, como suele decirse, es historia. Consuelo se fugó con Mills a América, y lo hizo de forma tan pública como le fue posible, dándome argumentos de sobra para divorciarme de ella alegando adulterio y demandándolo también a él. Estravados la desheredó, y ella y Mills se fueron juntos del país. Lo último que supe de ellos fue que estaban en Argentina.

—¿Y por qué demonios no te dijo la verdad antes de que os casarais? —preguntó Emma desconcertada—. Seguro que habría podido hacerlo. ¿Por qué te mintió y te dijo que te quería si no era cierto?

—Es obvio que no conoces a sus padres. Estravados era un hombre temible, y su esposa igual. Consuelo no era una rival digna de ellos. Ella se derrumbó bajo la presión y se resignó a hacer lo que esperaban para así no decepcionar a su familia.

Harry la miró a los ojos, y Emma vio en ellos algo que la hirió, que le arañó el alma.

—Consuelo sólo quería ser una buena chica, ganarse la aprobación de su familia. Me mintió a mí, y se mintió a sí misma.

Ella se quedó sin aliento. Le dolió mucho que la equiparase con su esposa, en especial recordándole que en muchas ocasiones ella también se había mentido a sí misma. Se levantó, se acercó a él y le rodeó la cintura con los brazos.

—Yo nunca te he mentado, Harry, y nunca lo haré —le dijo—. Y nunca más volveré a mentirme a mí misma, ni siquiera para ser una buena chica.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.



—Esto se me da fatal —la advirtió Harry cogiendo el cuchillo de trinchar y el tenedor—. Ya te dije que siempre destrozo el pollo —añadió, mirando el ave que tenía delante.

Emma se colocó junto a él en la mesa y le señaló por donde debía cortar el muslo.

—Si inclinas así el cuchillo —le indicó, haciendo el gesto con la mano—, podrás seccionar la carne y evitar el hueso.

Harry siguió sus instrucciones.

—¿Lo ves? —dijo ella al ver cómo el cuchillo se deslizaba con suavidad—. Es fácil. Lo único que necesitas saber es dónde cortar.

—Tal vez este trozo no me haya quedado tan mal, pero ¿qué hago con las alas? —Le sonrió—. Al fin y al cabo, es la única parte que tú puedes comer.

—En lo referente al pollo, he llegado a la conclusión de que tú tienes razón.

—¿De verdad?

—Sí. Comer sólo las alitas es una soberana tontería. Además, me gusta más la carne blanda.

—Los muslos, Emma —dijo él, riéndose—. Eres incapaz de decirlo, ¿a que sí?

—Los muslos —repitió, riéndose con él—. Me gustan los muslos.

—Vaya, vaya. —Volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo—. A mí en cambio me gustan más las pechugas.

Hacía poco más de un mes que eran amantes, y ella no siempre sabía cuándo le tomaba el pelo, pero lo que sí sabía era cuándo se le estaba insinuando. Le cambiaba el tono de voz y se volvía más seductor y provocativo. Se acercó a él, rozándole el brazo con el pecho con toda la intención.

—¿Así que crees que las pechugas tienen la carne más sabrosa? —preguntó con voz insinuante.

—Vaya, Emma Dove —murmuró él, dejando el cuchillo y el tenedor a un lado—, ¿estás tratando de seducirme? —Cuando la miró con aquella mirada tan especial, el cuerpo de Emma empezó a arder.

—Sí. —Levantó las manos y comenzó a jugar con los botones de su camisa—. Hagamos el amor.

—Excelente idea. —La besó—. Ya comeremos después.

Ella miró la comida que tenían sobre la mesa, y luego lo miró a él, sorprendida por lo que acababa de ocurrírsele.

—¿Por qué no hacemos ambas cosas a la vez?

Harry se rió con sensualidad, una risa ronca y profunda.

—Emma, Emma, qué atrevida te has vuelto.

—Y todo por tu culpa. —Cogió una uva de la cesta de la fruta y la colocó entre los labios de él—. Fuiste tú quien dijiste que la comida era un placer muy terrenal.

—Es cierto. —Mordió la uva y se la tragó.

Ella empezó a desabrocharle la camisa, pero ante su sorpresa, Harry la detuvo.

—Ve arriba a por el sobre.

Ella miró a su alrededor. Estaban en la cocina.

—¿No quieres que nos llevemos la comida a la habitación?

—Demasiado complicado. Y tampoco quiero tener que subir luego corriendo a por el condón. Estropearía la magia del momento. Además, cuando empezamos a besarnos, tiendo a perder la cabeza y tal vez me olvidaría.

Una extraña sensación la invadió al oír esas palabras, y no supo explicar por qué. Tomar precauciones era lo más sensato, si se las saltaban, las consecuencias podían ser muy graves. Subió a la habitación y cogió el sobre rojo, tratando de apartar aquella extraña sensación de su mente.

Cuando regresó a la cocina, vio que Harry llevaba puestos sólo los pantalones y que estaba colocando diferentes tipos de comida en una bandeja. Lo observó cortar pequeños pedazos de pan, un plato con trozos de pollo y quesos, y una selección de uvas, melocotones cortados, y dos pequeños botes, uno de mostaza y uno de miel.

—¿Miel? —preguntó ella con reservas.

—Miel, Emma. —Le sonrió con picardía, y sacó la cuchara que había en el bote. Ambos miraron cómo caía la miel, un largo reguero dorado bajo la luz del atardecer.

—Harry —suspiró, entendiendo lo que pretendía. Estaba tan sorprendida, tan excitada, que apenas podía respirar. Se lamió los labios—. ¿No pretenderás...?

—Más vale que te desnudes —le aconsejó mientras repetía el gesto.

Ella estaba como hipnotizada mirando la mano de él cuando de repente la inundó la lujuria, una lujuria cálida y dulce, igual que la miel que resbalaba de aquella cuchara.

—Pero la miel... me dejará pegajosa —objetó, pero sin embargo empezó a desabrocharse la camisa.

Harry se rió.

—Ésa es la intención, cariño mío, que estés pegajosa. Por eso es mejor que te desnudes antes de empezar.

Sólo le quedaba por quitarse la combinación cuando se dio cuenta de que él no parecía tener intención de quitarse los pantalones. Seguía jugando con la miel, con la mirada clavada en ella.

—¿Y tú no tienes que desnudarte? —le preguntó mientras se aflojaba las cintas de la ropa interior.

—Si un hombre no se desnuda del todo puede aguantar más, y yo quiero que esta cena sea muy larga. Ya me desnudaré más tarde.

—Oh, no, ni hablar. —Tiró la combinación al suelo, junto al resto de su ropa, y le arrebató la cuchara de las manos—. Quitate los pantalones, Harry —le ordenó—. Ahora.

—Te estás volviendo muy mandona, ¿no crees?

—Sí. —Se rió, y pensó que era verdad. Sorprendida de sí misma por ser capaz de estar desnuda en mitad de una cocina con su amante, Emma descubrió que se le estaban ocurriendo un montón de cosas que hacer con aquel bote de miel y aquella bandeja de comida—. Me gusta darte órdenes.

—Vaya, ahora sí que estoy perdido —contestó él, desabrochándose los pantalones—. Has descubierto que puedes hacer conmigo lo que quieras y jamás volveré a salirme con la mía.

—De prisa. —Apoyó una cadera en la mesa y se llevó la cuchara a los labios—. Me muero de hambre.

Lamió la miel de la cuchara con un descaro y sensualidad que nunca antes había mostrado al hacer el amor, y que al parecer lo sorprendió a él tanto como a ella, pues vio cómo las pupilas de Harry se dilataban. Limpió la cuchara con la lengua.

Él gimió y los pantalones cayeron de su cintura.

—Quería que disfrutaras de una cena de cinco tenedores, pero ahora será imposible.

—Lo único que me interesa es el postre. Ya sabes que soy muy golosa. —Dejó la cuchara y cogió la bandeja que había en la mesa.

Desnudos, se arrodillaron en el suelo de madera. Emma depositó la comida junto a ellos, sin saber muy bien qué hacer a continuación.

Él se lo enseñó. Cogió un pedazo de pan, lo hundió en miel y se lo acercó a los labios. Ella lo mordió. Y entonces, al recordar lo que Harry había hecho aquel día en Au Chocolat, le lamió la miel de los dedos.

—¿Qué le ha pasado a mi recatada y tímida Emmaline? —preguntó, apartando los dedos para coger un trozo de melocotón, que también empapó de miel.

—Ya te lo he dicho, contigo no me siento tímida. Ya no.

Le acercó la fruta a los labios, y se los recorrió con la miel.

—¿Y cómo te sientes?

—Hermosa. —Iba a morder el melocotón, pero él lo apartó y la besó, succionando el labio inferior como si fuera un dulce. Ella apoyó las palmas en su torso, saboreando la sensación de aquellos duros músculos latiendo bajo sus manos. Le encantaba la fuerza que su cuerpo desprendía.

Él volvió a apartarse.

—Tumbate.

Cuando lo hizo, Harry la siguió, inclinándose. Muy despacio fue deslizándose el pedazo de fruta por el cuello de Emma, y a medida que la lujuria se extendía por dentro de su cuerpo, al igual que la miel hacía por fuera, la piel le empezó a arder. Se estremeció, y sentir el suelo de madera a su espalda intensificaba el erotismo.

—¿Te acuerdas del día en que te acompañé al mercado de Covent Garden? —preguntó él.

—Aja —respondió ella con los ojos cerrados.

—Estábamos en una parada, y tú dijiste que te encantaban los melocotones. Maduros, dulces, jugosos. —Le acarició un pecho con la fruta, y ella se quedó sin aliento—. Me comentaste que tenía una expresión muy rara. ¿Te acuerdas de eso, Emma?

—Sí —jadeó ella cuando él empezó a resequir su pezón con la miel—. Sí, me acuerdo.

—Me estaba imaginando esto.

Sorprendida, abrió los ojos para mirarlo fijamente.

—¿Estabas pensando en hacer esto? ¿Conmigo?

Él asintió y le colocó en los labios el pedazo de melocotón, luego cogió otro, lo hundió en la miel, y volvió a las andadas, deslizándose la fruta por el otro pecho. A Emma le gustaba la textura de la miel, acariciaba su piel de un modo increíblemente erótico, y apenas era ya capaz de respirar. Se estremeció de nuevo, el deseo era cada vez más intenso, más ardiente. Cuando él soltó la fruta

y se agachó para comerla encima de su pecho, ella arqueó la espalda, desesperada por disfrutar de uno de sus apasionados besos.

—Harry —gimió—. Oh, Dios, esto es tan atrevido.

Él se rió y se comió la fruta, al terminar, levantó la cabeza. Iba a acercarse de nuevo a la bandeja, pero ella le cogió la muñeca.

—No, no. Ya te lo he dicho, tengo mucha hambre.

Emma se sentó, y le colocó una mano en el hombro para indicarle que se tumbara. Luego se acercó a la bandeja.

—A ti te gusta más lo salado, ¿no? —dijo al decidirse por un trozo de queso. Lo pasó por la mostaza y se lo dio para que lo comiera, después hizo lo mismo con un poco de pollo. Llegó el turno al melocotón, y, una vez lo tuvo empapado de miel, lo sujetó entre los dientes, se inclinó hacia adelante, y también se lo ofreció.

—Humm —murmuró él, mordiendo la fruta con cuidado y quedándose con su mitad—. Creo que esto se te da muy bien.

Ella se tragó el pedazo de melocotón y fingió no estar convencida.

—No sé, Harry. Creo que necesito seguir practicando.

Cogió otro trozo de melocotón, lo hundió en la miel e, imitando lo que él había hecho antes, le recorrió el pecho con la fruta. Él pronunció su nombre entre gemidos, y Emma sonrió. Le encantaba cómo sonaba cuando lo decía de ese modo. Dejó el melocotón encima de su torso y lo devoró allí mismo, rodeándole el pene con los dedos al mismo tiempo.

Lo acarició del modo en que él le había enseñado. La respiración de Harry se aceleró, se volvió más profunda, y Emma supo que el resto de la comida iba a tener que esperar. Con la mano que tenía libre, le acarició los testículos con suavidad.

Él levantó las caderas, y hundió los dedos en su melena.

—Llévame dentro de ti.

Ella estaba disfrutando de la sensación de dar placer, saboreándola al máximo, y no quería dejar de hacerlo. Le recorrió la parte inferior del pene con el pulgar.

—Pero si sigo hambrienta.

—Pues a mí me estás matando —gimió Harry, abriendo y cerrando la mano con la que le sujetaba el pelo—. Matando.

Jamás se había sentido tan atrevida, ni tan segura de sí misma como en aquel instante.

—¿De verdad quieres estar dentro de mí?

—Dios, sí. Vamos, por favor, vamos.

Ella no le hizo caso, sino que siguió acariciándolo, aumentando así su propia excitación.

—Emma, por Dios santo...

—Cuando se quiere algo —murmuró ella, deleitándose con su poder—, es de buena educación decir por favor.

—Por favor —contestó al instante—. Maldita sea, por favor.

Ella se rió. Se colocó a horcajadas encima de él, y deslizó su pene hacia su interior, saboreando por fin la dureza y el calor que desprendía su erección. Con la cabeza hacia atrás, empezó a moverse. Él ya le había soltado el pelo, y la melena se le balanceó alrededor. Se movía despacio, con movimientos lentos, torturándolo.

Pero ella no era la única capaz de recurrir a esas tácticas. Sintió que la mano de Harry se deslizaba hasta su ombligo, y luego la tocaba en el lugar más dulce de todo su cuerpo. Emma gimió de placer.

—¿Te gusta?, ¿a que sí? —le preguntó, acariciándole el clítoris con el pulgar una y otra vez—. ¿Te gusta?

—Sí —suspiró temblando—. Sí.

Y con cada una de esas caricias, su placer fue en aumento y empezó a moverse más rápido.

—Te he dicho que iba a ser una cena corta —farfulló él, levantando las caderas para ajustar el ritmo al de ella y sin dejar de acariciarla con el pulgar.

Incapaz de hablar, desesperada, sólo pudo asentir. Movi6 las caderas aún con más rapidez, y Harry hizo lo mismo hasta que ambos alcanzaron el límite. Ella se desmoronó antes, gritando el nombre de él a la vez que la envolvía un placer que iba más allá de las palabras. Harry la siguió, y con una última y decidida embestida, alcanzó el climax.

Emma se desplomó sobre su cuerpo con un gemido de pura satisfacción. Sintió que le besaba el pelo y sonrió. Siempre lo hacía al terminar.

Permanecieron allí tumbados varios minutos, con él aún dentro de ella, que tenía la mejilla recostada en su hombro. Aquellos momentos le gustaban casi tanto como hacer el amor. A veces incluso más, por la dulzura que solían contener, y por aquel algo indescriptible y precioso que llevaban intrínseco. Algo fugaz.

Tembló de repente, como si la brisa otoñal se hubiera colado en la habitación.

Harry la rodeó con los brazos.

—¿Tienes frío? —le preguntó, frotándole la espalda con las manos y apartándole el pelo.

—No. —Se sentó. Aún estaba a horcajadas en su regazo, así que le acarició la cara y él sonrió—. Tenías razón.

Le besó la palma.

—¿En lo de que iba a ser una cena rápida?

—En eso también, pero me refería a otra cosa. —Se inclinó hacia adelante, y su melena les cubrió a ambos. Lo besó, deleitándose con el sabor de los melocotones con miel que aún permanecía en los labios de Harry—. Soy una hedonista.

Capítulo 21

El santo matrimonio... es un honorable vínculo, creado por Dios... predestinado a ser bendecido por hijos... un remedio contra el pecado, para evitar la fornicación... para el bien de la sociedad, y para que cada uno de sus miembros cuide del bienestar del otro...

Celebración del matrimonio
Libro de las plegarias, 1689

Los calurosos días de agosto dieron paso a los de septiembre mucho más fríos, y Emma y Harry establecieron una especie de rutina. Cada miércoles por la noche se reunían para comentar los artículos, y los viernes por la tarde viajaban de Londres a Cricket Somersby para regresar de allí los lunes por la mañana. El frenesí y la euforia del primer mes se convirtieron en algo mucho más pausado y confortable, algo que, para Emma, era más profundo y enriquecedor.

Durante la semana, cuando estaba sola en su piso, ni el ronronear de su querido gato podía llenar el vacío de no tener a Harry durmiendo a su lado. De hecho, su piso ya no parecía su hogar. Era un lugar desconocido. Su hogar era ahora la casa de campo.

Trataba de evitar a la señora Morris por todos los medios, pues cada vez que veía a su casera, tenía la sensación de que la mujer sabía todo lo que estaba haciendo. En su favor, Emma tenía que reconocer que la mujer nunca le hacía preguntas, pero a ella cada vez le era más difícil mantener su relación en secreto.

Las cosas empeoraron cuando una tarde, a mediados de septiembre, visitó la tienda de los Inkberry. Fue allí con la intención de buscar algún libro que le diera ideas sobre bodas, pues se suponía que tenía que reunirse con lady Eversleigh en menos de quince días, y aún no se le había ocurrido nada. El señor Inkberry la riñó por no haberlos visitado durante tanto tiempo, e insistió en que se quedara a tomar el té con ellos.

—Querida, Josephine se pondría furiosa conmigo si permitiera que te fueras sin verla —le dijo, mientras colocaba el cartel de cerrado en el escaparate.

Así que Emma se sentó en salón de los Inkberry, lo mismo que había hecho en otras muchas ocasiones, pero esa vez todo fue distinto. Ella era distinta.

—Espero que estés contenta con tu nueva vida, Emma, querida.

Se asustó al oír esas palabras. Ladeó la cabeza y al ver a la señora Inkberry, se sonrojó.

—¿Nueva vida?

—Trabajar para la señora Bartleby. —Hizo una pausa y la miró directamente a los ojos—. Es mucho mejor que trabajar para ese divorciado y crápula vizconde Marlowe.

Emma miró a la anciana, y recordó que le había presentado a Harry al señor Inkberry. Seguro que éste le había dicho a su esposa el nombre de su acompañante. Dadas las habladurías sobre lord Marlowe, más su reputación y que la había besado en un lugar público, no era de

extrañar que la señora Inkberry la mirara de ese modo. Si supiera cuántos besos más le había dado desde entonces...

El sonrojo fue a más, pero luchó por mantener la compostura.

—Sí, me gusta mucho mi nueva vida. Dios, hace mucho calor para ser septiembre, ¿no les parece?

Su nueva vida era una mentira. Varias, para ser exactos. No sólo era una mujer soltera que estaba teniendo una aventura, sino que además no era la secretaria de la señora Bartleby, y seguía trabajando para el vizconde Marlowe.

Una horrible y repentina melancolía se apoderó de ella, y allí, sentada en el salón del señor y la señora Inkberry, bebiendo té y esquivando preguntas, Emma se dio cuenta de que no tenía a nadie con quien hablar de lo que estaba viviendo. Engañar no era sólo muy complicado, sino también muy solitario.



Como cada viernes, Harry la estaba esperando en el andén de Cricket Somersby. Él solía llegar antes, pues siempre cogía el tren anterior para que nadie les viera juntos en la estación de Victoria. Le cogió la bolsa y, justo cuando iban caminando hacia el carruaje, una voz masculina llamó a Harry.

—¡Marlowe, qué grata sorpresa!

Ambos se detuvieron, y Emma vio de reojo a un hombre rubio, más o menos de la edad de Harry, acercándose a ellos por el andén para saludarlos.

—Espera aquí —le dijo él en voz baja, y dejó la bolsa en el suelo para acercarse al otro hombre—. Weston, me alegro de verte. ¿Qué diablos estás haciendo en este pueblecito? ¿Acabas de bajar del tren?

Emma observó por el rabillo del ojo, y no se le pasó por alto que Harry mantenía al tal Weston alejado, sin duda para evitar tener que presentársela. También vio que el hombre en cuestión la estudiaba con disimulo.

Le dio la espalda y fingió estar fascinada con el paisaje, tratando de no imaginar de qué estarían hablando. Tuvo la sensación de que Harry tardaba una eternidad en regresar.

—¿Vamos? —preguntó él, cogiendo de nuevo la bolsa.

Emma no se dio la vuelta para ver si el hombre seguía mirándola, sino que se encaminó con Harry hacia el carruaje sin inmutarse.

—¿Quién era ese hombre?

—El barón Weston. Nos conocimos en Harrow. —Le dio la bolsa al cochero, la ayudó a entrar, y luego se sentó a su lado.

—¿Sois buenos amigos? —le preguntó, Y cuando él asintió, bajó el tono de voz para que el conductor no pudiera oírlos—. ¿Lo bastante como para saber que no soy tu hermana o una prima?

—Sí. —Levantó la vista y se aseguró de que el cochero ya estaba en el pescante—. Póngase en marcha —le indicó.

—¿Ha preguntado quién soy?

—No, Emma. —Al ver la mirada escéptica de la muchacha, prosiguió con la explicación—: No me ha preguntado nada sobre ti. Los hombres tenemos una especie de código de honor para estas situaciones.

—¿No preguntes lo que no quieras saber?

—Algo por el estilo.

Eso pareció poner fin a la conversación, pero Emma sabía qué tipo de mujer había creído el barón Weston que era, y no le gustaba lo más mínimo.

Durante toda la velada, no pudo evitar pensar en el barón Weston, y en la señora Morris, y en los Inkberry, y en la cruda y solitaria realidad que envolvía a toda aventura amorosa ilícita. Y se deprimió.

—Esta noche estás muy callada —dijo él mientras fregaban los platos de la cena—. ¿Te preocupa lo de Weston?

—No —respondió, pasándole un plato limpio y chorreante.

—Emma, él no te conoce —la tranquilizó Harry mientras lo secaba—. No sabe cómo te llamas, ni nada sobre ti. Sólo está aquí porque uno de sus caballos participa en el Derby de Kent Field. No ha venido para hacer vida social. Seguramente no volveremos a verlo.

—Seguro que cree que soy una bailarina de cancan o una actriz, o una mujer de mala reputación.

—Bueno, si eso es lo que piensa, se equivoca por completo, ¿no? Mi acompañante es una mujer muy inteligente. —Harry dejó a un lado el trapo y se colocó tras ella para poder rodearle la cintura con los brazos—. Weston no hará nada que pueda dañar tu reputación. Tal como te he dicho, no sabe quién eres. Y, si lo supiera, también te he dicho que los hombres somos discretos con estos asuntos. ¿Qué importancia tiene lo que él piense?

—Me importa, Harry. Yo no soy como tú, ¿sabes? No puedo ignorar la opinión de los demás del mismo modo que tú.

Dejó de fregar platos y levantó la vista, y al mirar el paisaje que se veía por la ventana no pudo evitar pensar en lo limitado que se había vuelto el horizonte de su vida. Se imaginó el futuro, y le dolió comprobar que lo único que podía llegar a tener con Harry eran aquellos clandestinos fines de semana en el campo.

Pensó en la pareja de ancianos que siempre paseaban cogidos de la mano, y supo que jamás tendría eso con él. Ellos no envejecerían juntos. Pensó en el sobre de terciopelo rojo; y tampoco tendrían hijos. El corazón se le detuvo de repente, y comprendió que algún día su aventura terminaría, y entonces lo único que le quedaría serían recuerdos.

Harry la estrechó con más fuerza.

—No tiene sentido que te preocupes por lo que piense Weston —le dijo, besándole la frente—, y tampoco podemos hacer nada para evitarlo.

«Podrías casarte conmigo.»

Tan pronto como lo pensó, trató de borrar esa idea de su mente. Siempre había sabido que Harry no se casaría de nuevo, ni con ella ni con ninguna otra mujer. Cuando se embarcó en aquella aventura lo hizo con toda la información, y durante los dos meses que llevaban juntos, jamás se había arrepentido. Era feliz.

Muy feliz, se repitió a sí misma con convicción. Se secó las manos, las colocó encima de las de él en su cintura y se echó hacia atrás, recostándose en aquel torso tan tranquilizador. Más feliz de lo que había sido en toda su vida, pensó. Y eso era lo más triste de todo.

El humor de Emma no mejoró al día siguiente. Ella jamás había sido muy habladora, pero aquel fin de semana estaba especialmente callada, y Harry sabía que seguía preocupada por lo que había pasado la tarde anterior. Él no cambiaría ni un pelo de ella, ni siquiera una peca, pero a veces desearía que dejara de preocuparse tanto por lo que pensaban los demás.

Apartó la vista de los contratos que estaba leyendo para mirarla sentada en la cama, junto a él, y se dio cuenta de que, aunque ella tenía su escritorio de viaje en el regazo y una pluma en la mano, no estaba escribiendo nada, sino que tenía la mirada perdida en el infinito.

Se inclinó y vio que unas cuantas gotas de tinta manchaban la página en blanco.

—Veo que estás inspirada.

—¿Humm? ¿Qué?

—Tu lista de ideas para la boda de Diana. ¿No se supone que ibas a hacerla esta noche? ¿Escribir tus ideas para su boda con Rathbourne?

—Sí.

Volvió a mirar.

—¡Ah! —exclamó asintiendo, tratando de animarla—. ¿Así que los folios en blanco son lo que se lleva este año?

Ella se rió.

—Dios santo, no he escrito nada.

—Ya me he dado cuenta. ¿Qué te pasa, Emma? ¿Sigues preocupada por lo de Weston?

Negó con la cabeza.

—No, estaba pensando en esa pareja.

—¿Qué pareja?

—Ya sabes, esos dos ancianos con los que nos cruzamos cuando vamos a pasear.

—Hoy no los hemos visto. ¿Qué te ha hecho pensar en ellos?

—La boda de tu hermana. Estaba sentada aquí, tratando de que se me ocurriera alguna idea brillante, y he empezado a preguntarme si dentro de unos años tu hermana y Rathbourne serán como ellos, y pasearán por el campo cogidos de la mano. Y he empezado a imaginarme cómo debe de ser esa pareja, a preguntarme si estarán casados. Tal vez sean como nosotros, y vivan en pecado durante los fines de semana en su nidito de amor. Quizá en su época protagonizaron el escándalo local. Puede que...

—Mírate —la interrumpió él con una sonrisa, empeñado en hacerla cambiar de humor—. Preguntándote cosas sobre esa gente, imaginándote cómo son. Deberías escribir una novela.

—¿Yo, escribir una novela?

—¿Por qué no? Eres buena escritora. Podrías hacerlo.

—Y eso lo dice el mismo hombre que me dijo que cuando escribo los artículos de la señora Bartleby es la voz de mi tía Lydia la que habla —le recordó sin piedad.

—Cuando te lo dije, era víctima de un ataque de frustración masculina muy agudo. Si herí tus sentimientos, lo siento.

Ella dejó de jugar con el papel.

—La verdad suele hacer daño.

—Emma...

—Ya no estoy dolida —lo tranquilizó—. Tú mismo me dijiste que tenía que aprender a sobrellevar las críticas. Además, tenías razón. Cuando escribo las columnas de la señora Bardeby tengo la voz de mi tía en la cabeza. En realidad no es ningún problema, lo que escribo son cosas prácticas. Pero no podría escribir una obra de ficción. No tengo una voz propia.

—Sí la tienes. Lo único que tienes que hacer es encontrarla, y eso lleva tiempo. Creo que tendrías que tratar de escribir una novela. O relatos cortos, si crees que así te será más sencillo empezar.

Emma dejó la pluma en el tintero y se dio media vuelta para colocar el escritorio en el suelo, junto a la cama. A continuación, apagó la vela de su mesilla de noche.

—Yo no sé contar historias, Harry —insistió, deslizándose bajo las sábanas.

—Tonterías —la contradijo él, y también dejó a un lado su trabajo—. Cuéntame una.

Ella giró la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Qué, ahora mismo?

—Ahora mismo. —Se apoyó en la almohada—. Inténtalo, Scheherezade.

—¿Y si no te gusta me ejecutarás al amanecer? —preguntó sonriendo.

—El peor castigo que podrías recibir de mí serían mis críticas, y ni siquiera haré eso, te lo prometo. Me limitaré a escuchar. De hecho, incluso te ayudaré a empezar. Érase una vez...

Ella gimió exasperada.

—Qué típico.

—Bueno, es sólo el primer borrador. Vamos, no te escabullas y cuéntame un cuento.

—Oh, de acuerdo. —Se tumbó y pensó durante un rato—. Érase una vez una niña que quería un diario.

—Bueno —la animó él—. Muy bueno. Sigue.

Emma se sentó.

—Estaba muy sola, y no tenía a nadie con quien hablar. Su madre había muerto hacía cinco años y como era muy tímida no había hecho demasiados amigos. Tenía trece años y las niñas a esa edad son muy crueles. Además estaba asustada, pues cada mes sangraba y no sabía por qué. Creía que se estaba muriendo. Nadie le había contado nunca nada.

Harry empezó a sentir un doloroso nudo en el pecho. Esa historia no se la estaba inventando. Apoyó la espalda en el cabezal y observó cómo ella se enroscaba hecha un ovillo, sujetándose las rodillas contra el pecho.

—No había nadie a quien pudiera preguntarle nada. No le estaba permitido escribir a su tía, pues ella no se llevaba bien con su papá. Y la doncella que iba a su casa cada día era una estricta mujer alemana que le daba mucho miedo.

—Es perfectamente comprensible que quisiera un diario.

—Su padre no quería darle dinero para que se lo comprara, porque eran muy pobres, y le decía que no podían permitirse esas frivolidades. Pero la niña tenía muchas ganas de tener un diario, así que fue al barbero del pueblo donde vivían y se cortó el pelo, como un niño. Vendió su melena, y con el dinero se lo compró. Cuando llegó a casa, su papá ya se había ido al bar.

El pecho de Harry empezó a arder de rabia. ¿Aquel hombre no podía permitirse comprarle un diario a su hija, pero sí podía ir al bar? Bastardo.

—Esa noche, ella se quedó despierta hasta tarde, escribiendo y escribiendo sin parar. Sobre chicos y vestidos bonitos, y sobre cómo sería su boda, y todas esas cosas en las que sueñan las niñas. Al ser un hombre, no creo que lo entiendas.

—Sí lo entiendo. Tengo tres hermanas.

—Entonces tal vez sí entiendas cómo se sentía esa niña. —Emma giró la cabeza y, con la mejilla recostada en la rodilla, le sonrió—. Fue maravilloso. Fue un alivio poder expresar lo que pensaba y sentía, y dejar allí escrito todo lo que quería en esta vida. Entonces su padre llegó y vio lo que había hecho. Ella ya lo había visto enfadado antes, pero nunca de ese modo. Al fin y al cabo, el pelo vuelve a crecer, le dijo, así que no pasaba nada. Pero su padre... no lo vio del mismo modo.

Harry cerró los ojos un instante. No quería saber cómo habían terminado las cosas. No quería escucharlo. Apretó la mandíbula y los abrió de nuevo.

—Continúa.

Emma levantó la cabeza, con una mano en el cuello y la mirada perdida al frente.

—Su padre llevaba un anillo —dijo—, un anillo en forma de estrella.

Harry sintió náuseas.

—¿Y cuando vio lo que la niña había hecho, qué hizo su padre?

Hubo un largo silencio.

—Le dijo que era una puta por haberse cortado el pelo, le dio una bofetada y quemó el diario. No le habló durante todo un mes. —Se sujetó las rodillas con fuerza—. Esa niña jamás volvió a escribir un diario.

La rabia de Harry se intensificó hasta que amenazó con asfixiarle. Le dolía el pecho. Trató de pensar en algo que decir, pero las palabras se negaban a salir de sus labios. A él se le daba bien hablar de tonterías, pero era incapaz de mantener una conversación como aquella. Y, además, Dios, ¿qué podía decir?

Pero Emma seguía allí sentada, hecha un ovillo en medio de la cama, igual que debió de hacer aquella niña pequeña con la cara marcada. Tenía la mirada fija en el infinito, recordando lo que le había sucedido. Harry sabía que tenía que decir algo, y que tenía que ser lo correcto.

Respiró hondo y levantó la mano para acariciarle la mejilla. La tocó para que lo mirase a él y no a la pared.

—Emma, Emma —la reprendió con suavidad, con toda la ternura de la que fue capaz—. Y dices que no sabes contar historias. Ella lo miró a los ojos, y le tembló el labio inferior.

—No me lo he inventado, Harry —susurró.

Con el pulgar, él le acarició la cicatriz en forma de estrella que tenía en el pómulos.

—Lo sé.

—Así pues, ¿por qué lo dices?

Harry se inclinó y le besó la pequeña marca.

—Porque si has superado todo eso, dentro de ti tienes lo que hay que tener para escribir grandes historias, Scheherezade.

Ella empezó a llorar.

—Emma, no. —Harry la rodeó con los brazos y la tumbó. Le acarició el pelo, le besó las lágrimas de las mejillas, y la estrechó entre sus brazos hasta que concilio el sueño.

Apagó la vela que aún ardía en su mesilla de noche, pero no durmió. Se quedó allí tumbado a oscuras, pensando en dos cosas.

Por un lado, se alegraba de que el padre de Emma estuviera muerto. Pero por otro, desearía que el bastardo aún estuviera vivo para poder matarlo con sus propias manos.

Capítulo 22

Queridos lectores, deseo de todo corazón que los consejos que he compartido con ustedes durante los últimos seis meses les hayan sido de ayuda y les hayan hecho pasar un rato agradable, pero ha llegado el momento de decirles adiós.

Señora BARTLEBY
***Social Gazette*, 1893**

Emma estaba sentada frente a su escritorio, mirando otra página en blanco, pero esta vez la tenía en la máquina de escribir. Al cabo de unos pocos días iba a viajar a Marlowe Park, y aún no tenía ninguna idea que ofrecer a lady Eversleigh. Lo más inspirado que se le había ocurrido había sido que doblasen las servilletas de la mesa nupcial principal en forma de cisne.

Señor Gorrión estaba acurrucado en su regazo, ronroneando entre sueños. Sospechaba que la echaba mucho de menos cuando lo abandonaba durante los fines de semana, pues cuando regresaba se pasaba todo el día tras ella, como un niño enamorado. Harry no sabía lo que decía. Los gatos eran mucho mejores que los perros.

Centró la atención en el montón de papeles mecanografiados que tenía junto a la máquina de escribir. Los artículos para la próxima edición ya estaban terminados, pero sólo porque había recurrido a viejos temas de números anteriores. Algo que al parecer hacía mucho últimamente. No estaba inspirada. Harry había acertado al decir que escribía lo que la tía Lydia le susurraba al oído, y, desde el día en que se lo había dicho cada vez le costaba más interesarse por averiguar qué confitería de Londres vendía el mejor pastel de ciruela, dónde podía comprarse terciopelo a buen precio o si era o no *comme il faut* estrechar la mano a alguien en un almuerzo.

Harry le había dicho que tratara de escribir una novela. Tal vez debería hacerlo. Una chispa de excitación la sacudió. Tal vez debería hacerlo ese mismo día. Pero antes tenía que terminar con lo de la boda de la hermana del vizconde. Tenía que tener alguna idea para cuando fuera a Marlowe Park. Se lo había prometido a lady Eversleigh, y las buenas chicas siempre cumplen sus promesas. A pesar de la liberación que había ido experimentando durante aquellos dos últimos meses, a pesar de lo maravilloso que era portarse mal, Emma sabía que, en el fondo, ella siempre sería una buena chica.

Al parecer, volvía a estar en el punto de partida.

Cogió a Señor Gorrión y lo dejó con cuidado en la silla más cercana. Se acercó a la ventana y salió a la escalera de incendios, recordando cuando subió por allí tras pasar aquella primera y maravillosa noche con Harry. Desde entonces, había habido muchos días y muchas noches igual de maravillosos.

Se sujetó a la barandilla de metal y miró hacia el callejón que había cuatro pisos más abajo. De repente, se puso melancólica, algo que le sucedía mucho en los últimos tiempos. Desde aquella tarde en el andén de Cricket Somersby, cuando Harry no pudo presentarla a su amigo.

Alguien llamó a su puerta, y Emma dio un paso hacia atrás y regresó al apartamento. Fue a abrir y al hacerlo vio a un chico con un paquete envuelto en papel marrón.

—Sí.

—Una entrega para usted, señorita.

Ella aceptó la caja, le dio una moneda al chico de propina, y cerró la puerta. El corazón le dio un vuelco al ver lo que había escrito en el paquete. Su nombre y dirección con la caligrafía de Harry. Rompió el papel, preguntándose qué diablos podía ser.

Aparte de la colección de Burton de *Las mil y una noches*, Harry nunca le había regalado nada. Tampoco esperaba que lo hiciera. Él no era de esos, y, además, ella le había dejado bien claro que no era una de sus bailarinas de music hall. Libros y flores, le dijo una vez, eran los únicos regalos aceptables que un hombre podía hacerle a una dama que no fuera su esposa. Joyas, perfumes y delicados zapatos de seda no. Así que, cuando Emma abrió el envoltorio y vio la piel azulada de las cubiertas de un libro, no se sorprendió. Pero cuando lo cogió y comprendió lo que era, su corazón se rompió en mil pedazos.

Era un diario.

Emma esperó a que fueran las seis y media pasadas para ir a Marlowe Publishing y celebrar su habitual reunión de los miércoles con Harry. Cuando llegó, Quinn ya se había ido, y eso la tranquilizó. Ella y Harry tendrían intimidad, y la necesitaba para lo que iba a hacer.

Él debió de oírla cerrar la puerta de entrada, porque lo vio esperándola ante su despacho antes de que ella hubiera alcanzado la mesa del secretario.

—Llegas tarde. Estaba preocupado.

Ella lo miró, y el estómago se le encogió de dolor. Estaba devastadoramente guapo, como siempre, pero fue su mirada de preocupación lo que la emocionó y casi consiguió hacerla cambiar de opinión. Casi. Él sentía cariño por ella, eso lo sabía. Pero ella lo amaba, y esa diferencia lo era todo.

En realidad, Emma siempre había sabido que las cosas iban a terminar así. Era inevitable, supuso, que una tímida soltera de treinta años se enamorara de su atractivo jefe, que una mujer a la que nunca habían besado se enamorara del hombre cuyos besos habían conquistado su corazón e iluminado su alma. Era tan predecible que casi parecía un cliché, y había sido tan precioso que sólo de pensar en lo que ambos habían vivido le daban ganas de echarse a reír y a llorar al mismo tiempo. Pero también la hacía querer más. Y no había nada más. Ella siempre había sabido eso, también.

Sujetó con fuerza el asa del maletín que llevaba en la mano y pasó junto a él para entrar en su despacho.

—Te he traído los artículos de la señora Bartleby para la edición de esta semana.

Él la siguió, pero en vez de colocarse en su lado del escritorio, se detuvo junto a ella.

—¿Qué te pasa?

Emma dejó el maletín encima de la mesa y sacó los papeles que contenía.

—No tengo las propuestas para el sábado que viene —le dijo, dejándolos allí—. No he tenido tiempo.

Una mentira, y le había jurado que nunca le mentiría.

Harry le colocó las manos en los hombros, y le dio media vuelta para que lo mirara, pero no pudo hacerlo. Aún no.

—Emma, ¿has recibido mi paquete?

—Sí, Harry. Lo he recibido. Gracias. —Trató de sonreírle sin mirarle a los ojos—. Siempre dices que no se te da bien comprar presentes, pero no es verdad. Escoges unos regalos maravillosos. No permitas nunca que Quinn lo haga por ti.

—No lo haré, pero... —Nervioso, le apretó los hombros con los dedos—. ¿Qué te pasa? Estás empezando a preocuparme. ¿No quieres contarme por qué estás así?

Ella señaló los folios que había dejado en el escritorio.

—Ésos son los últimos artículos que la señora Bartleby va a escribir para ti.

—¿Qué? Pero ¿por qué?

—Voy a escribir una novela.

—¡Excelente! Ya te dije que deberías hacerlo. Pero ¿por qué no quieres seguir con lo de la señora Bartleby? ¿Crees que no vas a tener tiempo para ambas cosas?

Ella sacudió la cabeza y se apartó de él con cuidado, retrocediendo unos pasos.

—No, no es eso. Tenías razón al decir que la señora Bartleby no soy yo. Es la tía Lydia, y yo no soy la misma mujer de hace seis meses, esa que creía que todo lo que decía su tía era verdad, y quería compartirlo con el resto del mundo. Ahora soy distinta. Y te lo debo a ti.

Él sonrió.

—¿Así que ahora crees que las jóvenes damas deberían poder comer codorniz y beber dos copas de vino durante la cena?

—Sí, lo creo. Sé que la señora Bartleby es muy popular, y que si desaparece tendrás que hacer cambios, pero espero que el *Gazette* no salga perjudicado.

—Eso no me importa. Bueno, ya sabes que no me gusta perder dinero, pero quiero que te dediques a lo que te haga feliz. Me alegro de que te hayas animado a escribir una novela, de verdad. Te prometo que no la destrozaré cuando la edite.

Emma inspiró hondo.

—No la escribiré para ti, Harry.

Él se quedó mirándola, frunciendo el cejo y sin comprender nada. Iba a decir algo, pero ella se le adelantó.

—No puedo seguir escribiendo para ti porque me duele demasiado. Te amo, Harry. —Al ver lo atónito que se quedaba, esbozó una sonrisa—. ¿De verdad te parece tan increíble que me haya enamorado de ti? —le preguntó con ternura—. Yo creo que era inevitable. Incluso al principio, cuando vine a trabajar para ti la primera vez, pensé... —Hizo una pausa y se llevó la mano a las costillas—. Sentí que iba a suceder. Una vez me dijiste que mientras era tu secretaria había una especie de muro entre los dos, y tenías razón. Yo lo había puesto allí, un muro de educación y desaprobación, y de distancia, porque sabía que si ese muro desaparecía me enamoraría de ti y tú acabarías por romperme el corazón. Cada vez que una mujer entraba o salía de tu vida, cada vez que leía tus artículos condenando el matrimonio, me recordaba a mí misma todos los motivos por los que ninguna mujer sensata debería enamorarse de ti.

—Emma, siempre te he dicho que tú no eres como ninguna de esas mujeres...

—Por favor, Harry, no me interrumpas. Ya me resulta bastante difícil decirte la verdad tal cual es, y tengo que decírtela porque eso es lo que tú me has enseñado. A decir lo que pienso, a saber lo que realmente quiero, y a entender lo que siento. Y ése es el regalo más grande que me ha hecho nadie jamás. Ya te lo he dicho, eso de hacer regalos se te da mejor de lo que crees. —

Podía oír cómo empezaba a quebrársele la voz, y supo que tenía que terminar antes de derrumbarse delante de él—. Y por eso tengo que poner fin a lo que hay entre tú y yo.

—¿Poner fin? —Dio un paso hacia ella—. ¿De qué diablos estás hablando?

—Tengo que poner punto final a nuestra aventura, Harry. No puedo vivir así, mintiendo a mis amigos y viendo cómo los tuyos me miran con desprecio.

—Weston no te miró con desprecio, Emma.

—Pero otros lo harán, seguro. Tú lo sabes tan bien como yo. Y también está tu familia. No puedo ir a tu casa, ayudar a tu hermana a organizar su boda, sentarme a la mesa con tu madre y tu abuela, y saber que soy tu amante y que vivimos en pecado durante los fines de semana.

—¡Lo que hay entre tú y yo no es pecado! Y no me importa una mierda que el resto del mundo lo crea así.

—Pero a mí sí me importa —le dijo con voz baja, y cuando él hizo una mueca de dolor, sintió que se le desgarraba el alma—. Y ésa es precisamente la diferencia entre tú y yo. Nuestra aventura ha sido preciosa, maravillosa y siempre la recordaré con cariño. No me arrepiento ni me avergüenzo de haberla vivido, pero tengo que dejarla ahora, cuando aún es algo bonito, antes de que empiece a exigirte que pases más tiempo conmigo, antes de que te pida que nos casemos. Entonces te irías, ya lo sabes; por eso has dejado a todas esas mujeres, porque empezaban a exigirte cosas. Y yo no quiero ser una de ellas.

Emma no podía descifrar la expresión del rostro de él porque empezaba a verlo borroso. Tenía que irse. Ya. Dio media vuelta.

—Emma, espera. —Harry le rodeó la cintura con las manos y la apretó contra él—. No lo hagas —le dijo—. No nos hagas esto.

Ella cerró los ojos, tratando de controlar el dolor.

—No existe un «nos» —contestó, con lo que empezaba a parecer un sollozo—. Y nunca lo habrá. No si no nos casamos.

Luchó por mantener la compostura, sabiendo que tenía que aguantar lo suficiente como para salir de entre sus brazos, de su despacho, de su vida. Trató de soltarse de nuevo, pero él no se lo permitió, y el pánico se apoderó de ella.

—¡Harry, deja que me vaya! —exclamó, moviéndose desesperada—. ¡Por Dios, deja que me vaya!

Esas palabras parecieron dejarlo destrozado. Con una maldición, la soltó, y Emma corrió hacia la puerta sin mirar atrás. Él no trató de seguirla, y mientras bajaba corriendo la escalera, la avergonzó pensar que había esperado que lo hiciera, que una pequeña parte de ella soñaba que cuando pusiera punto final a la historia, Harry no lo aceptase y que, como por arte de «magia», se diese cuenta de que el matrimonio era algo maravilloso. Había pensado que talvez se pusiera de rodillas, y se le declarara, que le dijera que la amaba. Dios, debería escribir un libro, estaba claro que tenía suficiente imaginación como para hacerlo.

Tratando de reprimir los sollozos con una mano delante de la boca, con la otra abrió la puerta del carruaje que la estaba esperando en la esquina. Hasta que no se alejó de la vista de las oficinas de Harry no se derrumbó. Lloró, y no porque hubiera puesto fin a lo más maravilloso que le había sucedido en toda su vida, lloró porque él había dejado que lo hiciera.

«Harry, deja que me vaya.»

Las palabras de Emma resonaban en su mente sin cesar. Cuando ella se las dijo, fue como recibir una patada en el estómago. O una puñalada en el corazón.

Ahora eran como un latigazo, como un látigo que se abatiese sobre su piel al ritmo de los movimientos del tren que lo llevaba hasta Kent. Primero había ido a su piso con la esperanza de encontrarla allí, pero ella no estaba en casa, y su maldita casera había insistido en que se había ido, llevándose al gato.

Le mandó un telegrama a Diana, aunque sabía que tampoco había ido a Marlowe Park, y su hermana se lo confirmó en seguida. Emma no estaba en Berkshire. En un intento desesperado, decidió ir a la casita de campo.

Cuando llegó comprobó que tampoco se hallaba en aquel lugar que sin ella era sólo una cáscara vacía. Pensando que tal vez llegara en un próximo tren, se quedó a pasar la noche, y con cada crujido de la cama y cada balanceo de la hamaca, las palabras de Emma resonaban en su cabeza, impidiendo que durmiera en ninguno de los dos sitios. Ambos estaban vacíos sin ella.

«Te amo.»

Se quedó contemplando el lago donde la había enseñado a nadar y recordó su luminoso rostro bajo la luz de la luna. Se sentó en la orilla y se la imaginó allí de pie, con la falda arremangada, dejando al descubierto sus largas y preciosas piernas. La vio desnuda en el suelo de la cocina, comiendo melocotones, y de pie junto a él mientras se afeitaba, y cuando se cepillaba los dientes.

—Yo también te amo —le susurró al espejo, al fantasma de ella en él reflejado, furioso consigo mismo por no haberlo dicho antes. Por no habérselo dicho a Emma. Ni siquiera se lo había dicho a sí mismo. Porque no lo supo hasta que ella se fue.

Desconsolado, paseó por el prado, deseando haberle dado la mano cuando caminaban juntos. Debería haberlo hecho.

«Quiero mi primavera.»

Harry se detuvo y miró alrededor. Esa estación ya se había desvanecido, y también el verano. Estaban en otoño, y las hojas empezaban a cambiar de color. Pensó en las tardes que quería que pasaran juntos, tostando pan en la chimenea. Eso ya no iba a suceder.

Todo aquello era una estupidez. Ella no iba a ir a Kent. ¿Por qué debería hacerlo? Iba a darse la vuelta para regresar a la casa, recoger sus cosas y marcharse a la estación, cuando algo lo detuvo. En medio del camino, y acercándose lentamente hacia él, estaban la pareja de ancianos que tanto habían fascinado a Emma. Harry se quedó donde estaba, observándoles, cogidos de la mano como siempre. Movié la cabeza para saludarlos, igual que hacía cada vez que se cruzaban.

Harry les miró pasar.

—Disculpen —les dijo una vez lo hubieron rebasado.

Ambos se detuvieron y se volvieron para mirarlo.

Él se rió incómodo y les señaló las manos que aún llevaban entrelazadas.

—Disculpen mi impertinencia, pero ¿están ustedes casados?

La pareja se rió y se miraron el uno al otro, pero fue la mujer quien respondió.

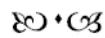
—Por supuesto —dijo—. Y usted también, señor... Williams. —Lo miró con ojos llenos de sabiduría y le sonrió con cariño—. Sólo que aún no se ha dado cuenta.

Él observó atónito cómo se daban media vuelta y seguían su camino, y justo antes de que desaparecieran de su vista, oyó cómo el marido decía:

—Se los ve siempre tan felices juntos... Espero que él no tarde en hacer de ella una mujer honesta.

Harry se quedó allí de pie, sintiendo como si la tierra se tambaleara bajo sus pies, y en su mundo todo empezara a encajar por fin y a ponerse cada cosa en su lugar.

Echó a andar hacia la casa, pero de repente empezó a correr. Sólo tenía veinte minutos para coger el tren hacia Londres.



Era domingo, y en la calle Little Russell era la hora de tomar el té. Emma estaba sentada en el salón, con la señora Morris, la señora Inkberry, y sus amigas solteras, hablando de temas diversos. Todos apropiados. El tiempo, que seguía inestable. La salud de la querida, queridísima reina, que las tenía a todas preocupadas. La moda, frívola como siempre.

Intercambiaron chismes varios, comentarios sobre sus trabajos, y comieron una considerable cantidad de sándwiches, bueno, todas excepto Emma, a la que no le gustaba chismorrear, no tenía trabajo y, para consolarse, se había comido casi un kilo de bombones la noche anterior. Sólo con mirar la bandeja del té repleta de dulces sentía arcadas.

Hablaron de la inminente boda de su querida Beatrice. La joven resplandecía de felicidad, y Emma hizo un esfuerzo para dejar de compadecerse a sí misma. Otro tema de conversación fue, por supuesto, la carta de despedida de la señora Bartleby. Todas querían que Emma les contara los detalles, pero cuando ella se negó, cambiaron de asunto.

Al dejar a Harry había hecho lo correcto, y lo sabía, pero eso no la consolaba. Le echaba mucho de menos. Pasar la semana sin él había sido insoportable, pero ese día estaba siendo mil veces peor. Era domingo y no estaba tumbada con Harry en la hamaca, durmiendo la siesta, sino sentada en el salón de la señora Morris, tomando el té.

Miró hacia el sofá donde ahora se sentaban Prudence y María, y recordó todas las cosas picantes que Harry le había susurrado al oído aquella tarde, dos meses atrás, y luego rememoró todas las ocasiones en las que las habían llevado a la práctica.

Bajó la mirada hacia la taza que tenía en el regazo. Ella ya no era la señora Bartleby. Tampoco era Scheherezade, ni la amante de nadie. Ahora era sencillamente Emma Dove, de treinta años, camino de cumplir los treinta y uno, y destinada a la soltería eterna.

Intentaba animarse. Había empezado a escribir su novela, de hecho, tenía ya siete páginas. Pero temía que le fuera a salir una novela romántica, y eso hacía que se deprimiera aún más. Si no fuera una mujer con fuerza de voluntad, pensó pesimista, seguro que se daría a la bebida, como hacían muchísimos escritores. Miró la taza con asco. En aquellos momentos la ginebra le parecía mucho más tentadora que el té.

Oyó que alguien abría la puerta principal, y sintió el frío viento otoñal a su espalda, pero siguió con la mirada perdida en su taza, sin mostrar interés por ver quién llegaba.

Y entonces lo notó. Algo indescriptible cambió en la sala, una agitación femenina saturó el aire. Y de repente, se hizo el silencio, exceptuando el roce de las faldas y algún leve pero audible suspiro. Entonces vio cómo frente a ella, Prudence Bosworth y María Martingale se tocaban el pelo al mismo tiempo.

Emma giró la cabeza y miró por encima de su hombro. Aunque pareciera increíble, Harry estaba de pie en la puerta del salón de la señora Morris. Sólo con verlo, el corazón le dio un vuelco de alegría, pero inmediatamente después experimentó una profunda pena.

Apartó la vista, sintiendo la irreprimible necesidad de salir corriendo de la habitación. Y lo habría hecho, de no ser porque él, y su impresionante cuerpo, bloqueaban la puerta de salida.

—Buenas tardes, señoritas —saludó detrás de ella, causando otra ronda de suspiros—. Señora Morris, es un placer volverla a ver. ¿Té? Es muy amable por su parte. Sí, me encantaría tomar una.

¿Por qué?, ¿por qué había ido allí?, se preguntó desesperada mientras a su alrededor tenían lugar las presentaciones de rigor.

—Señorita Bosworth, señorita Martingale, señorita Cole. Es un placer conocerlas. Señora Inkberry, ¿cómo está usted? La librería de su esposo es la mejor de todo Londres.

Emma cerró los ojos. Había ido para tratar de convencerla de que volviera con él. El terror le anudó el estómago, tenía miedo de que si conseguía hablarle a solas y le decía cosas como por ejemplo que quería quitarle las medias, ella estaría perdida para siempre.

Qué frágiles eran sus convicciones, pensó. Una caricia, un beso, y todo su orgullo y respeto por sí misma se irían a paseo. Volvería a ser su amante, y se sentiría feliz de serlo, y volvería a disfrutar de todos aquellos placeres terrenales con él. En secreto. Hasta que su aventura terminara y recibiera un collar y una carta de despedida.

Emma vio que tenía los dedos salpicados de té, y se dio cuenta de que le temblaban las manos. Sujetó la taza con tanta fuerza que le sorprendió que no se rompiera.

Las piernas de Harry aparecieron ante su línea de visión.

—Se le ha caído el té, señorita Dove —dijo, con tanta ternura que ella no pudo soportarlo. Con una mano, él cogió la taza, mientras con la otra sujetaba el plato. Tiró de ambas piezas, y Emma se obligó a soltarlas; pronto desaparecieron de su vista.

—Señoritas, como simple hombre que soy, tengo que confesar que no estoy al tanto de todas las normas de etiqueta.

Dejó la taza y el plato a un lado y regresó junto a Emma, pero esta vez con un pañuelo. Se agachó y, dejándola atónita, le cogió las manos. Cuando empezó a secárselas con la tela de lino, todas las demás mujeres suspiraron al unísono.

—Dada mi ignorancia, es una suerte que haya tantas damas presentes —prosiguió él como si estuviera hablando del tiempo, como si acariciarle las manos en público fuera lo más normal del mundo.

—Milord —susurró Emma y, desesperada, recorrió el salón con la mirada sintiéndose desfallecer al ver las caras de asombro de las allí presentes—. ¡Harry, basta!

La voz de él ocultó el frenético susurro de ella.

—Señoras, les agradecería muchísimo que resolvieran una duda que tengo. —Le apretó los dedos con fuerza al notar que trataba de soltarse—. Cuando un caballero quiere pedirle a una dama que acepte convertirse en su esposa, ¿debe ponerse de rodillas?

Sin esperar a que le respondieran, se arrodilló delante de Emma, que fijó la mirada en aquellos preciosos ojos azules como el océano, temerosa de no haberle entendido bien. No vio en su cara la menor burla, ni tampoco su devastadora sonrisa. Se lo veía serio e insoportablemente atractivo.

—Aconséjame, Emma. —Le levantó una mano y se la besó—. ¿Cómo se declara un hombre a la mujer que ama?

Hubo más suspiros, y algo a medio camino entre un sollozo y un resoplido muy poco femenino. Emma se temió que lo segundo había salido de sus labios.

De repente, todas se pusieron en pie a la vez, como si fueran unos títeres movidos por cuerdas invisibles. Entre susurros y sonrisas se encaminaron hacia la salida y se fueron del salón.

Harry levantó la cabeza, esperando a que se marcharan y cerraran la puerta, y entonces la miró a los ojos.

—Esta vez quiero hacerlo bien, empezar con buen pie, por decirlo de alguna manera, así que tengo que declararme como es debido.

Emma seguía estupefacta, incapaz de razonar.

—Pero tú no quieres volver a casarte. Tú mismo me lo dijiste. Se lo has dicho a todo el mundo. Si incluso has escrito miles de artículos sobre ello.

—Pues ahora tendré que tragarme mis propias palabras, ¿no crees? Lo tengo bien merecido por haber sido tan cínico durante todos estos años. —Ladeó la cabeza—. Dime una cosa, ¿es normal que la mujer en cuestión esté tan indecisa? ¿No se supone que tiene que poner fin al suspense y decir sí para que así el pobre tipo sepa por fin que no ha sido un completo idiota?

—No —consiguió pronunciar emocionada—. Él se merece sufrir hasta que ella esté convencida de que sus sentimientos son profundos y sinceros.

—¿Y un anillo ayudaría a lograrlo? —Empezó a buscar por los bolsillos.

—¿Me has traído un anillo de compromiso?

—¿No tenía que hacerlo? Espero que el condenado te vaya bien —añadió sin dejar de buscar—. La señora Morris me dijo tu medida, pero...

—¿La señora Morris estaba al tanto de esto? —Emma lo miró atónita—. ¿Sabía que ibas a declararte?

Él dejó de buscar y la miró con ternura, entendiendo que ella aún no se creyera que todo aquello era real.

—¿Y de qué otro modo habría podido saber tu medida de anillo? No te imaginas lo difícil que le ha resultado colarse en tu casa y coger uno para medirlo. Me dijo que te has pasado los días deprimida y encerrada.

—¡No estaba deprimida! Estaba escribiendo mi novela.

—Discúlpame. Eso es lo que se consigue escuchando chismes. —Retomó la búsqueda del anillo—. Lo único que puedo decir es que me alegro de que ayer salieras a comprar chocolate. Aunque seguro que era para *Señor Gorrión*, como tú no estás deprimida. ¡Ah! —con esa exclamación de triunfo, le mostró una sortija de platino con esmeraldas—. Espero que te guste. La señora Morris hasta ayer no pudo telefonarme para darme la medida, pero me dijo que las esmeraldas eran tus piedras preciosas favoritas. Y entonces me recorrí toda la calle Bond en busca de un anillo de compromiso con esmeraldas. —Le cogió la mano y le deslizó la joya en el dedo—. Fue una tortura, Emma. No entiendo cómo te gusta tanto ir de compras. —Se inclinó hacia ella para mirarle mejor la mano—. ¿Te va bien?

Le encajaba a la perfección, pero aunque abrió la boca para decírselo, no pudo hablar. Volvió a cerrarla. No podía dejar de mirar la preciosa alhaja que lucía en el dedo, y pronto las lágrimas empezaron a deformarla ante sus ojos. ¿Harry quería casarse con ella? Seguía sin poderlo asimilar, sin poderse creer.

Él suspiró.

—Supongo que si la dama en cuestión aún no está convencida, el caballero tiene que hacer algún gesto heroico, ¿no?

Ella tragó saliva y levantó la vista, obligándose a decir algo.

—Estaría bien —consiguió articular, porque a mí nunca me han cortejado como es debido.

—Muy cruel, Emma. Eso ha sido muy cruel. —Frunció el cejo, pensó durante unos segundos, y luego las arrugas desaparecieron de su frente—. De acuerdo. Para demostrarte lo

mucho que te amo, haré el mayor de los sacrificios y permitiré que *Gorrión* viva con nosotros. Puede perseguir a los pájaros de Marlowe Park hasta hartarse. Pero no dormirá en nuestra cama. No quiero levantarme con pelo de gato en la boca.

Ella no se rió.

—Harry, por una vez en la vida, habla en serio.

—Sé que digo muchas tonterías. Tenías razón al decir que soy un hombre muy simple. Pero verás... —Hizo una pausa y le cogió las manos. Inspiró hondo—. Te amo. Debería habértelo dicho hace muchísimo tiempo, lo sé, pero me cuesta tanto decir las cosas que de verdad importan, y enamorarme de ti ha sido tan paulatino y natural que no me di ni cuenta. Quiero decir que no ha sido de repente. Debería habértelo dicho cuando me informaste de que querías poner punto final a lo nuestro, pero entonces me quedé helado. No podía creérmelo, ¿comprendes? No podía creer que me dejaras cuando yo creía que todo era perfecto. Me hiciste daño, Emma. Me hiciste tanto daño que no pude decir nada, y de repente, ya no estabas.

—Pero ¿de verdad quieres casarte conmigo? ¿Estás seguro?

—Emma. —Le soltó las manos y le sujetó la cara. La besó en los labios—. Mí querida y dulce Emma, ¿realmente pensaste que podría soportar que te fueras de mi vida?

—¡Oh, Harry! —Completamente convencida le rodeó el cuello con los brazos—. ¡Te amo tanto!

—Yo también te amo. —Se puso de pie levantándola con él, y cogiéndola luego por la cintura—. Así que, a pesar de que soy un impresentable y un desconsiderado, y que probablemente llegue tarde a nuestra propia boda, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí. —La alegría se extendió por todo su ser y se echó a reír—. Sí. Me casaré contigo.

—Tampoco es que nos haga falta. —Se apartó y la miró a los ojos, rozando su mejilla con los nudillos—. Tú y yo ya estamos casados. Lo único que nos falta es pronunciar los votos en una iglesia y que lo sepan nuestros amigos.

—¿Ya estamos casados? ¿Qué quieres decir? —Lo miró intrigada—. ¿Ya me estás tomando el pelo otra vez?

Él se rió.

—Te lo explicaré más tarde. Ahora mismo, tengo algo mucho más importante que hacer.

Le levantó la cara e inclinó la cabeza.

Y entonces él la besó.

Emma apretó más los brazos alrededor de su cuello y le devolvió el beso con pasión y entusiasmo. Al fin y al cabo, era perfectamente apropiado que un hombre besara a una mujer si estaban comprometidos. Todo el mundo sabía eso. Incluso Harry.

Fin